

The background of the cover is a dynamic illustration. At the top, a dark, spiky silhouette of a Chaos Lord's head is visible. Below it, a large, heavily armored Chaos warrior with a green and gold face and a spiked helmet is the central focus. To the left, a Dwarf warrior in ornate armor is shown from the waist up, holding a massive, double-headed battlehammer. The scene is set against a backdrop of intense orange and yellow flames, suggesting a battle in a fiery environment. The overall style is highly detailed and characteristic of Warhammer fantasy art.

**WARHAMMER ONLINE**  
AGE OF RECKONING™

# Caos en el Imperio

Anthony Reynolds



Una plaga terrible arrasa los territorios del Imperio. Cuando unos mutantes atacan y destruyen el pueblo de Annaliese Jaeger, ella y un elfo cautivo herido son los únicos supervivientes. Junto con un canoso cazador de brujas y un guerrero enano, los héroes luchan junto a los ejércitos del Imperio y los enanos, sobre la tierra y por debajo de ella, contra tribus de pieles verdes y hordas del Caos.



Anthony Reynolds

# **Caos en el Imperio**

**Warhammer » Age of Reckoning - 1**

ePub r2.0

diegoan 05.06.2018

Título original: *Empire in Chaos*

Anthony Reynolds, 2008

Traducción: Diana Falcón, 2009

Editor digital: diegoan

Primer editor: epublector (r1.0 a 1.1)

ePub base r1.2









*Esta es una época oscura, una época de demonios y de brujería. Es una época de batallas y muerte, y del fin del mundo. En medio de todo el fuego, las llamas, y la furia, también es una época de poderosos héroes, de osadas hazañas y de grandiosa valentía. En el corazón del Viejo Mundo se extiende el Imperio, el más grande y poderoso de todos los reinos humanos.*

*Conocido por sus ingenieros, hechiceros, comerciantes y soldados, es un territorio de grandes montañas, caudalosos ríos, oscuros bosques y enormes ciudades. Y desde su trono de Altdorf reina el emperador Karl Franz, sagrado descendiente del fundador de esos territorios, Sigmar, portador del martillo de guerra mágico.*

*Pero estos tiempos están lejos de ser civilizados. A todo lo largo y ancho del Viejo Mundo, desde los caballerescos palacios de Bretonia hasta Kislev, rodeada de hielo y situada en el extremo septentrional, resuena el estruendo de la guerra. En las gigantescas Montañas del Fin del Mundo, las tribus de orcos se reúnen para llevar a cabo un nuevo ataque. Bandidos y renegados asuelan las salvajes tierras meridionales de los Reinos Fronterizos. Corren rumores de que los hombres rata, los skavens, emergen de cloacas y pantanos por todo el territorio. Y, procedente de los salvajes territorios del norte, persiste la siempre*

*presente amenaza del Caos, de demonios y hombres bestia corrompidos por los inmundos poderes de los Dioses Oscuros. A medida que el momento de la batalla se aproxima, el Imperio necesita héroes como nunca antes.*



# PRÓLOGO

El trueno retumbaba por el cielo y pesadas nubes preñadas de lluvia flotaban muy bajas sobre el territorio. Había una figura malformada que se encontraba de pie, apoyada en una pala, con una expresión de idiotez pintada en los toscos rasgos recubiertos de fango, y observaba a Udo Grunwald mientras se aproximaba.

Udo ascendía trabajosamente por el barro y la basura, y conducía una mula medio muerta de hambre que se esforzaba por arrastrar hacia el templo el carro al que estaba uncida.

La desdichada bestia tiraba y las ruedas desparejas e hinchadas de agua del carro giraban laboriosamente, dejando un par de profundos surcos en el fango. Una oscura capa de cuero aceitado cubría los grandes hombros de Udo, y a la espalda llevaba una pesada ballesta. Su afeitada cabeza estaba expuesta a los elementos, y tenía cara de hombre brutal, con una nariz que le habían roto más de una vez y había soldado torcida, y una mandíbula pesada y protuberante. El malformado sirviente del templo sonrió estúpidamente cuando pasó. Él posó una dura mirada sobre el bobalicón durante un momento, antes de volverse a mirar hacia la verja de entrada del templo.

Dominando el paisaje circundante con su brutal arquitectura marcial, el templo se parecía más a una pequeña fortaleza que a un lugar de adoración, como correspondía a la deidad guerrera que honraba. Los contrafuertes estaban adornados por estatuas cuyos rasgos habían sido suavizados y desmenuzados por siglos de ataque de los elementos. Estos eran los santos de su hermandad, guerreros todos, los devotos del sagrado Sigmar. Cada

uno de ellos llevaba una pesada armadura y malla, y empuñaba armas: martillo y azote.

Atravesó la arqueada puerta fortificada, pasando por debajo del rastrillo alzado que pendía como una hilera de mortíferos dientes, y entró en el pasadizo adoquinado de iluminación mortecina que conducía al patio del templo. Condujo la mula y el carro a través del cuerpo de guardia, donde aspilleras y saeteras vigilaban sombríamente su avance.

Docenas de pares de ojos siguieron su aproximación: hombres de armas que se encontraban en lo alto de la muralla, apoyados en largas alabardas de ancha hoja, sacerdotes de fríos ojos con brazos de herrero, y fangosos sirvientes de todas las edades, algunos tullidos y deformes. Un corpulento soldado vestido con cuero tachonado de remaches le cerró el paso; Udo posó sobre él una mirada feroz. Tras comprobar brevemente el contenido del carro, el soldado se apartó a un lado sin hacer comentarios.

Se detuvo en el centro del patio, ante la gran puerta doble del templo. La mula se desplomó de agotamiento, con los huesos marcados contra la fina piel. Udo avanzó hasta la parte posterior del carro y bajo los ojos hacia el fondo plano y el cadáver que sobre él yacía: el cuerpo de su patrón.

Ataviado con negras botas de caballería altas hasta la rodilla, pantalones, camisa y chaleco negros, y una capa negra sin capucha y forrada de púrpura, el cadáver podría haber sido el de cualquier adinerado joven noble del Imperio que sintiera predilección por los colores lúgubres, pero era la combinación de estas ropas con el sombrero negro de ala ancha el par de ornamentadas pistolas de rueda de su cinturón, y el prominente talismán de bronce que pendía en torno al pálido cuello lo que delataba su verdadero oficio.

Era un cazador de brujas.

Un oficio que hacía que incluso los inocentes se sintieran invadidos por el miedo y la culpabilidad.

Implacables y sin piedad, los cazadores de brujas recorrían las tierras del Imperio desenterrando la corrupción, la brujería y la mutación dondequiera que se encontraran. La simple sospecha de que uno andaba en tratos infernales, significaba ser sometido a la crueldad de los cazadores de brujas.

Y muchos confesaban crímenes de los que no tenían el más remoto conocimiento, con tal de que les dieran una muerte rápida.

Una de las grandes puertas del templo se abrió con un chirrido, y por ella salió una anciana figura de anchos hombros cuyo aliento se condensó en el aire frío. Era obvio que el sacerdote ataviado con sencillos ropones del más profundo rojo, y con un broche en forma de martillo de guerra como único adorno, prendido en el pecho, había sido un poderoso guerrero en otros tiempos, pero la crueldad del paso del tiempo lo había despojado de su fuerza. Tenía la piel muy arrugada y cubierta de manchas hepáticas, aunque se movía con una seguridad que desmentía la edad que tenía.

El sacerdote bajó por los anchos escalones del templo y se detuvo ante Udo. Sus ojos estaban ligeramente velados, pero aún había fuerza en ellos. Su cara era severa, con un profundo ceño fruncido que parecía no haberse movido de allí en varias décadas, y acusó recibo de la presencia de Udo con un asentimiento de cabeza muy poco amistoso.

—Le informaré al abad que nos has traído su cuerpo de vuelta —dijo el anciano sacerdote, con seriedad, mientras miraba el cuerpo roto del cazador de brujas. Ni siquiera las ropas oscuras del cadáver podían ocultar las terribles heridas que lo habían matado, los salvajes desgarrones de su carne que no habían sido hechos por ninguna mano humana.

Udo rememoró su muerte, acaecida apenas siete noches antes. Vio otra vez la piel pintada del fanático cubierto por una capa de plumas, por debajo de la cual caminaban cosas. Volvió a ver la horrenda carnicería que siguió.

El anciano sacerdote dio media vuelta para ascender otra vez por la escalera que conducía al interior del templo. En el primer escalón se detuvo y volvió los reumáticos ojos hacia la cara del hombre ataviado con capa.

—Ven —dijo—. Tu antiguo señor nos habló bien de ti. El Templo de Sigmar tiene muchas cosas de las que desea hablar contigo.



# LIBRO PRIMERO

*Los Ejércitos de Destrucción marchan contra el Imperio.*

*Del este llegan las hordas de pieles verdes y sé reúnen al otro lado de las Montañas del Fin del Mundo, en las Tierras Oscuras, donde suman números no vistos desde la época del sagrado Signar, antes de la fundación del imperio. Los enanos son defensores fornidos, pero temo que ni siquiera sus grandiosas fortalezas antiguas bastarán para contener esta oleada.*

*En el remoto este, allende el Gran Océano, nuestros aliados, los altos elfos de Ulthuan, se ven acosados por sus odiados congéneres oscuros que desbaratan todos los esfuerzos que realizan para acudir en nuestra ayuda.*

*Y desde el norte avanza la peor de las amenazas, porque las hordas del Caos, las de aquellos que han vendido su alma inmortal a la condenación, marchan contra nosotros una vez más.*

*La Hueste del Cuervo, un ejército reunido con el único propósito de destruir el Imperio, avanza contra nosotros. Ya han arrasado el paso del Pico e invadido los territorios de nuestros aliados los kislevitas, situados en el gélido norte. Mensajeros enviados a mí por la zarina han informado que la gran ciudad de Praag está sitiada.*

*Se ha entablado batalla en los estados del norte, y las partidas de guerra avanzan hacia el sur en dirección a Talabec mientras escriba esto. Se saquean ciudades y pueblos incluso mientras los electores reúnen sus ejércitos. Todbninger de Mideknheim reúne sus fuerzas al norte de Talabec, pero temo que ni siquiera su destreza marcial logrará mucho contra el abrumador odio que impulsa al enemigo. Los electores altercan entre sí y sacan a relucir viejas enemistades y animosidades en este nuestro momento de mayor peligro. Los templos de Sigmar y Ulric están irritados el uno con el otro, y temo lo que pueda llegar a suceder si no se logra una reconciliación.*

*Una gran plaga barre los territorios, y millares de mis ciudadanos caen bajo su pestilencia antinatural. Mis agentes de la Orden del Grifo están aún ahora investigando el origen de esta horrenda enfermedad, y todos los dedos señalan su naturaleza mágica; da la impresión de que sea una maniobra del enemigo destinada a debilitar nuestra resolución mientras nos golpean sus primeras*



*incursiones. Incluso ha llegado a las propias calles de Altdorf parece que no hay ningún lugar que esté a salvo de esta vil pestilencia. Los agoreros predicen que esto es la aproximación del Fin de los Tiempos. Temo que puedan decir la verdad.*

# UNO

Las llamas crepitaban, enroscándose en torno a la leña nueva como infernales lenguas. Annaliese Jaeger contemplaba las profundidades del relumbrante fuego, perdida en su destructiva belleza.

Aunque sentía que el calor del hogar le estaba enrojeciendo la cara, no lograba desterrar el gélido frío que impregnaba la oscura habitación de la cabaña. Por mucha leña que apilara dentro del hogar, por muy arriba que se alzaran las llamas, el intenso frío no desaparecía. Era como el cruel toque de la propia muerte: imparable y tan tan frío...

La ventana de la habitación estaba cubierta por una pesada cortina apolillada que en otros tiempos había sido de un color verde oscuro, pero hacía mucho que se había desteñido. Por los agujeros que las polillas habían abierto en la raída tela, entraban haces de fría luz gris. Las vigas de madera del techo se curvaban hacia abajo como si el peso de la existencia fuese demasiado para ellas, y las deformadas tablas del suelo estaban cubiertas por una alfombra. En la habitación no había más muebles que un viejo camastro de paja sobre el suelo, y una silla baja junto a él. En tiempos mejores, su padre se sentaba en esa silla, ante el fuego, perdido en sus pensamientos.

Annaliese apartó de las llamas su mirada inexpresiva, y la devolvió al pálido semblante gris de su padre. Les rezó a los dioses para que le permitieran recordarlo como el hombre fuerte que había sido, no como a ese consumido esqueleto que respiraba dolorosamente bajo las pesadas mantas empapadas de sudor. Sus brazos, en otros tiempos de músculos fuertes, eran ahora poco más que piel y huesos, consumidos por la enfermedad que le destrozaba el cuerpo. Había permanecido en este estado comatoso durante

cuatro días, sin despertar ni emitir el más mínimo sonido. Sólo el casi imperceptible subir y bajar de su hundido pecho le indicaba a ella que aún estaba vivo.

No sería así durante mucho tiempo, si Morr era misericordioso.

¡Misericordioso! Casi rio al pensarlo. La misericordia que hubiera en el mundo hacía mucho que había abandonado a las gentes de Averland.

El invierno aún abrazaba el territorio estrechamente contra su gélido seno, como lo había hecho durante casi cinco meses, mucho después del momento en que el deshielo debería haber llegado y desaparecido. La nieve se amontonaba en el exterior. En los campos, las cosechas hacía mucho que se habían marchitado y perecido en la tierra congelada, y no había sobrevivido ninguna de las resistentes ovejas de largas lanas que se criaban en la zona. Prevalecía la muerte, particularmente entre los ancianos y los de salud débil, e incluso se había derramado sangre entre los desesperados habitantes del pueblo, por disputas sobre las escasas reservas de mantas, leña y comida. Adelmo Haefen, el molinero del pueblo, hombre de discurso suave, había sido apuñalado en el estómago hacía apenas dos días, tras un altercado por una hogaza de pan.

Pero la dureza del invierno no era nada comparada con lo que había llegado a continuación.

Casi tres semanas antes, había aparecido en el pueblo un desdichado perturbado medio desnudo. Le habían clavado clavos en los huesos de los brazos y tenía la espalda desollada, con la piel colgándole en jirones ensangrentados. En la frente le habían grabado una tosca figura de un cometa de dos colas, y tenía la cara cubierta de sangre, tanto seca como fresca.

Había gritado y delirado sobre el fin del mundo, y proclamado que se aproximaba la muerte y que él era su heraldo. Como acompañamiento de su incendiario discurso cargado de muerte, se azotaba con un látigo de tientos de cuero erizados de púas metálicas.

Y el flagelante había estado en lo cierto, aunque posiblemente no del modo que él había creído, porque había llevado la plaga consigo. Ese mismo día se había desplomado, para caer en un coma mortal del que no pudieron sacarlo.

En cuestión de días, docenas de habitantes del pueblo se contagiaron, aparentemente de modo aleatorio, y no pasó mucho tiempo antes de que familias que habían trabajado la tierra desde hacía docenas de generaciones empaquetaran sus pertenencias, las metieran en los carros que habitualmente usaban para llevar las mercancías al mercado, y se marcharan hacia la etérea seguridad de ciudades lejanas: Nuln, Averheim y Wisenburgo. Pero comenzaron a correr rumores que decían que la plaga era epidemia incluso en las calles de la capital del Imperio, Altdorf, y fue entonces cuando cundió el verdadero pánico.

Cada día eran más las víctimas que arrastraban hasta la casa consistorial que se encontraba situada en la plaza del pueblo. Este edificio ruinoso, con su tejado medio hundido y sus muros peligrosamente inclinados, había dejado de ser utilizado hacía mucho tiempo, y se había decidido convertirlo en centro de cuarentena. Las puertas y ventanas se mantenían cerradas con llave, con los postigos echados y barrados, y en torno a su circunferencia se habían clavado postes con carteles de advertencia. Para aquellos que no sabían leer las palabras en Reikspiel que había en los carteles, como sucedía con la mayoría de los plebeyos del Imperio, se dejaba muy clara la intención de los carteles: de ellos pendían cráneos de reses muertas, con la marca de Morr pintada sobre ellos, junto con cadáveres podridos de ratas, aves negras y otros macabros trofeos que advertían de la presencia de plaga y pestilencia.

El alcalde de la ciudad había huido en plena noche, abandonando su cargo y a los habitantes del pueblo a su suerte. No había nadie que horneara pan, porque el panadero, su esposa y sus aprendices habían caído todos entre las primeras víctimas, y yacían, comatosos y consumidos dentro de la creciente inmundicia de la casa consistorial. El carnicero, que hacía las veces de apotecario y era lo más parecido que el pueblo tenía a un sanador, había sucumbido en las primeras etapas de la enfermedad de consunción. Ahora no había nadie que se atreviera a entrar en el mortífero edificio para atender a los enfermos y agonizantes. Cada mañana, los hombres del pueblo sacaban pajitas para determinar quién arrastraría a las nuevas víctimas de la plaga hasta el edificio, cubriéndose boca y nariz con telas mientras echaban con rapidez la carga dentro, y volvían a cerrar las puertas con llave.

Hasta ese momento aún no se sabía si había muerto alguna de las víctimas de la plaga, pero se creía que ninguna había despertado del agónico estado en que caían unos tres días después de que se identificaran los síntomas iniciales. Ciertamente, no había nadie que intentara salir del horrendo centro de cuarentena.

Annaliese volvió a mirar el consumido rostro de su padre. Hacía apenas una semana había estado sano como una rosa. Ella se había negado a llevarlo al infernal centro de cuarentena de la casa consistorial, maldita fuera si permitiría que pasara sus últimas horas pudriéndose en aquel infeccioso lugar de muertos y agonizantes.

Hasta la cabaña llegaron unas voces coléricas procedentes de la aldea situada más abajo, y Annaliese se puso de pie. Apartó hacia los lados las pesadas cortinas polvorientas, y abrió la sucia ventana para ver a qué se debía la conmoción. Se apantalló los ojos para protegerlos del repentino resplandor de la luz solar reflejada en la nieve, y entonces vio que un grupo de hombres, algunos vestidos con el uniforme amarillo y negro propio de los soldados del estado de Averland, avanzaba por la fangosa nieve medio fundida. Algunos blandían armas —alabardas, horcas y garrotes—, y sus gritos atraían más mirones que salían de sus casas y su miseria.

Le dirigió una mirada de preocupación a su padre y se mordió el labio inferior, indecisa últimamente, los desconocidos que habían llegado al pueblo no habían llevado más que problemas y congoja, y ella temía lo que llevaría este nuevo drama. No obstante, una curiosidad morbosa la impelía a presenciar esta nueva llegada. Su padre no parecía haber empeorado para nada en los últimos dos días, así que tomó la decisión. Tras envolverse bien con el abrigo de piel de oveja, abrió la puerta de la cabaña y salió al paisaje invernal. Sólo estaría apartada del lado de su padre durante un momento.

Al descender la ladera, haciendo crujir la nieve helada que le mojaba el ruedo del largo vestido, vio que los hombres empujaban y pinchaban con palos a un prisionero atado y amordazado que llevaban ante sí. Vio que un soldado derribaba al prisionero de un garrotazo al suelo, donde era pateado por tres hombres o más antes de que lo pusieran en pie otra vez.

Vio un atisbo de sedoso cabello negro, largo, antes de que la figura desapareciera otra vez dentro del grupo. Algunos de los hombres llevaban



antorchas encendidas, y se oían coléricas voces que pedían sangre a gritos.

Estaba reuniéndose una muchedumbre en la plaza del pueblo. Nadie se situaba demasiado cerca de la casa consistorial, y muchos se cubrían boca y nariz con trapos sucios y tiras de tela. Annaliese se rodeó el torso con los brazos para protegerse mejor del frío, y fue a situarse junto a Johann Weiss, un aldeano corpulento de mandíbula voluminosa.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Johann, en voz baja. Era el posadero para el que ella trabajaba, y lo conocía desde la infancia.

—Tres familias se marcharon ayer del pueblo con todas sus pertenencias metidas en un solo carro —replicó él con voz carente de toda emoción, pero con ojos cansados y tristes. Annaliese asintió con la cabeza, atemorizada. Conocía bien a las hijas de esas familias.

—Los asesinaron a todos en el camino. Ni siquiera se salvaron los pequeños. Ese —añadió, señalando al prisionero con un gesto de la cabeza —, es uno de los responsables del asesinato.

La aflicción y el horror inundaron a Annaliese, y el posadero le rodeó los hombros con un brazo paternal.

Los hombres arrastraron al asesino cautivo hasta el centro de la plaza del pueblo. Allí se alzaba, desde hacía incontables décadas, un sólido cadalso antiguo, con una jaula de metal ennegrecido colgada del travesaño. Ella siempre había sentido una horrible aversión hacia aquella cosa, y de niña siempre se había mantenido apartada cuando los otros críos les tiraban piedras a los condenados.

Dentro del aparato de hierro destinado a la tortura, había un esqueleto desplomado, los restos de un ladrón al que habían metido dentro un año antes como advertencia para los demás. Aflojaron las pesadas cadenas que mantenían suspendida la jaula, y esta cayó al suelo con estruendo, acompañada por una aclamación de la multitud.

Leonard Host, un aldeano flaco como un palo y de movimientos tan afectados y rígidos como los de una cigüeña al pescar, se subió encima de una bala de heno medio podrida y agitó una mano para pedir silencio. Era el carcelero del pueblo, hombre con reputación de duro. Se decía que una vez había matado a golpes a un comerciante por intentar no pagar el impuesto

de caminos que él exigía. No obstante, era un hombre respetado, porque nadie dudaba de su devoción para con la aldea y su gente.

—El herrador Hellmaan y su familia, y las familias de sus dos hermanas, han sido brutalmente asesinadas en el camino de Averheim —dijo Horst, con voz amarga y cargada de odio. Los que formaban el grupo que había ante él mantenían las armas aferradas con fuerza, con expresión colérica. Los dos hombres que sujetaban al cautivo contra el suelo, apretaron más.

—Hemos regresado con uno de los asesinos: un odioso asesino de negro corazón, de la raza élfica.

Se oyeron varias exclamaciones ahogadas de los aldeanos. La mayoría había llegado a creer que los elfos no eran más que cuentos que se les contaban a los niños.

—¿Un elfo? —susurró Annaliese. Se apartó del posadero y avanzó poco a poco por la pendiente para ver mejor al cautivo.

—¡Colgadlo! —gritó un hombre, y otros vocearon su acuerdo.

—¡Quemadlo vivo! —rugió otro, sugerencia que fue recibida con aclamaciones.

—Le vamos a hacer algo mucho peor que eso —dijo Horst, con su delgadez enfermiza, desde lo alto de la bala de heno medio podrida—. Debe hacérsele sufrir durante mucho tiempo por el salvajismo a que sometió a esas pobres familias.

Su voz ascendía en tono, enojo y amargura que alimentaban la diatriba.

—Amordacémoslo para que no pueda entonar sus viles brujerías ni gritarles a sus detestables dioses para pedirles ayuda. Suspendámoslo dentro de la jaula y lancémosle guijarros y piedras. ¡Arranquémosle los ojos y démoselos a las cornejas! Después de que haya pasado una semana dentro de la jaula, saquémoslo fuera y descuarticémoslo, y dispersemos sus entrañas por los cuatro extremos del pueblo. ¡Entonces, él y toda su odiosa raza nos temerán y conocerán la verdadera venganza de Averland!

De la multitud reunida se alzó un rugido tremendo, y Annaliese se sintió conmovida y horrorizada al ver a sus vecinos, gentes de buen corazón y afectuosas, vociferando para pedir sangre y tortura, con la cara convertida en una máscara de odio. Se dio cuenta de que eran el miedo y la

desesperación los que alimentaban esas emociones, la necesidad de culpar a alguien por sus horrendas, desesperadas penalidades.

Vio que ponían de pie al elfo de pelo negro, y atisbó su pálido perfil arrogante por primera vez. Casi tan blanco como la nieve recién caída, tenía un rostro anguloso y alargado, y grandes ojos oscuros de forma almendrada. Era altivo y distante a pesar de los cardenales y la sangre que lo cubrían, y vio que se mantenía con la cabeza alta ante la multitud.

Un rechinar metálico acompañó la apertura de la jaula. Sacaron de dentro el esqueleto a patadas, y el elfo fue arrastrado hacia el vacío armatoste de hierro. Luchó contra sus captores y, tras zafarse de la presa de uno de ellos, le estrelló el codo contra la cara y le partió la nariz. Con una rapidez inhumana pateó a otro soldado estatal en la cara, y luego rotó al tiempo que giraba la muñeca de tal modo que el brazo del que aún lo sujetaba rotó también hasta quedar con el codo hacia arriba. Con un seco golpe descendente, el elfo destrozó la articulación del brazo excesivamente extendido del soldado.

Un pesado mazo se estrelló contra la parte posterior de la cabeza del elfo, y su cuerpo quedó laxo. Sudoroso, sangrando por la nariz, el primero de los caídos se puso de pie con una daga en las manos y mirada asesina en los ojos. Avanzó hacia el desplomado elfo, pero Horst lo detuvo apoyándole una mano en el pecho.

—Nos aseguraremos de que su sufrimiento sea largo y prolongado — siseó. El hombre envainó el cuchillo con una maldición, y le escupió encima al elfo.

El cautivo, apenas consciente, con la parte posterior de la cabeza cubierta de sangre, fue arrastrado hasta la jaula de torturas que tenía forma humana. Lo metieron en los estrechos confines y cerraron la puerta, a la que pusieron un herrumbroso candado viejo; grande como la cabeza de un hombre. No tenía espacio para moverse. Medio inconsciente y sangrando, el elfo fue izado hasta colgar en el aire, tras lo cual le arrojaron piedras y comida podrida.

Annaliese, que no quería ver nada más estaba ansiosa por volver junto a su padre, se abrió paso a empujones a través de la multitud que la rodeaba, presa del pánico y asqueada por el odio, el miedo y las intenciones asesinas

que veía en las caras de aquellas gentes. Con lágrimas en los ojos, salió de dentro de la turba frenética y subió corriendo por la ladera nevada hacia su casa.

\* \* \*

Annaliese cerró la puerta de golpe tras de sí, jadeando, con el cuerpo sacudido por sollozos incontrolables. Aún oía los gritos apagados de los aldeanos, un horrendo sonido de virulento odio alimentado por el miedo y la desesperación.

Fue hasta la pequeña cocina contigua a la habitación principal, hundió las manos en un cubo de agua y se lavó la cara. El agua estaba fría como el hielo, y la recorrió un escalofrío involuntario. Se apartó de la cara el largo cabello rubio e inspiró profundamente para calmarse.

Si de verdad el elfo había asesinado a aquellas familias, merecía la muerte, pensó... pero no una larga agonía torturada. Eso era salvaje y bárbaro.

Volvió a inspirar profundamente, y fue entonces cuando oyó los primeros gritos.

Atravesó corriendo la cabaña y, al salir precipitadamente por la puerta delantera, vio una escena muy diferente de la que acababa de abandonar. La gente corría en todas direcciones, y vio la nieve salpicada de sangre. Se oían gritos y alaridos, y lo primero que pensó fue que el elfo había logrado escapar de algún modo, o que sus aliados habían acudido a rescatarlo. Pero no, porque aún podía ver su cuerpo enjaulado, suspendido por encima de la sangre derramada que había abajo.

Vio a un guerrero ataviado con el uniforme amarillo y negro de los soldados del estado a sueldo del Elector de Averland, que rodaba por la nieve medio fundida y luchaba con un aldeano vestido con ropas de colores apagados. Otros dos hombres de ropa sencilla arrastraron a un segundo al suelo y le rodearon el cuello con las manos. Otros fueron derribados por la

estampida de personas que intentaban escapar. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué locura era aquella?

Se produjo un potente golpe que hizo estremecer las tablas del suelo, y Annaliese se sobresaltó. Se había originado en la habitación de su padre, y un momento después se oyó un sonido de madera que raspaba contra madera, y un golpe fuerte. Fue como si hubieran empujado hacia atrás la silla que había junto al jergón de su padre, y la hubieran derribado. Apartó la mirada del demente salvajismo asesino de abajo, y avanzó cautelosamente hasta el centro de la zona de estar de la casa, con el corazón acelerado, para ver mejor el interior de la habitación de su padre. Las tablas del suelo crujían bajo sus pies.

Percibió confusamente una neblina baja que flotaba dentro de la habitación a oscuras. Vio la oscura silueta de un hombre que se apoyaba sobre manos y rodillas junto al jergón, y su corazón se paró durante un segundo. ¡Su padre estaba vivo y se había levantado!

—¡Padre! —gritó, al tiempo que corría a su lado. En cuando entró en la habitación, notó que la temperatura descendía notablemente. El fuego que había estado encendido cuando salió antes de la cabaña se había apagado completamente, y sólo un jirón de humo ascendía de los tizones.

Annaliese se arrodilló y rodeó con un brazo los huesudos hombros de su padre. El cuerpo de este radiaba un frío gélido a través de la camisa de dormir de algodón que le cubría la piel. Tenía la cabeza muy baja, y el oscuro pelo lacio le caía sobre la cara.

—Padre —repitió, con los ojos llenos de lágrimas Hacia días que se había resignado a su muerte.

Él volvió la cara hacia ella que atisbo labios teñidos de azul, y vio que su padre tenía los ojos cerrados. Su piel estaba gris, cenicienta, y veía las venas azules que se entrecruzaban por debajo.

Los fríos labios azules de su padre se tensaron en una repugnante sonrisa que le puso los pelos de punta, y sintió que por un momento la recorrían la revulsión y el horror. Entonces él comenzó a sufrir convulsiones, y los consumidos músculos se le tensaron al temblar su cuerpo con espasmos incontrolables. Cayó de espaldas, y en las comisuras de los labios aún sonrientes se le formó una repugnante espuma amarilla. Annaliese gritó, sin



saber qué hacer. Rodeó con fuerza la cabeza de su padre y la abrazó contra su seno para intentar impedir que se la golpeará contra las tablas del suelo a causa del ataque.

Las convulsiones acabaron en un momento, y quedó completamente laxo. Jadeando a causa de la conmoción, Annaliese apoyó con cuidado la cabeza de su padre en el suelo. No lo oía respirar, así que le buscó el pulso en el consumido cuello flaco. No lo había.

La joven cerró los ojos y dejó que el agotamiento y la desesperación la inundaran. No recordaba cuándo había dormido por última vez, y todo su cuerpo se sacudió a causa de los violentos sollozos provocados por la conmoción del ataque de agonía de su padre.

Al abrir los ojos, vio un par de ojos fríos que la contemplaban.

En las hundidas cuencas oculares de su padre parpadearon llamas azules, y Annaliese sintió que su cordura comenzaba a flaquear.

Con un alarido involuntario, gateó hacia atrás por el suelo. La cosa que había sido su padre rodó hasta yacer sobre el estómago, y comenzó a arrastrarse por el suelo hacia ella, clavando las uñas de las manos en las tablas. Sus movimientos eran convulsivos y bruscos, como si fuera una marioneta retorcida de cuyos hilos tirara alguien.

Aún tenía en la cara aquel monstruoso rictus sonriente, una maníaca mueca agónica, y sus ojos de fuego azul brillaban con luz fría.

## DOS

Udo se quitó el sombrero negro de ala ancha, y se pasó una mano enguantada por la cabeza afeitada. Si hubiera tenido pelo en ella, habría sido entrecano, como sucedía con su bigote y con la barba algo crecida que le cubría la voluminosa mandíbula. Estás envejeciendo, pensó para sí. Le dolían las piernas, y volvió a maldecir a los bastardos que le habían robado el caballo.

Volvía hacia su alto semental negro tras haberse aliviado contra un árbol, cuando se encontró con ellos. Eran tres hombres duros con aspecto de desertores, y luchaban para evitar que el semental corcoveara.

Tan concentrados estaban en el poderoso corcel, que no repararon en la aparición de Grunwald hasta que él mató tranquilamente a uno de ellos con una bala disparada en la nuca.

El aspirante a ladrón murió al instante y las riendas cayeron de su mano laxa. El poderoso semental pateó con los cascos y derribó al suelo a otro de los hombres. Grunwald había avanzado en ese momento, con el oscuro abrigo agitándose en el viento detrás de él, al tiempo que dejaba caer la pesada ballesta al suelo. Alzó una pesada maza doble con una mano, mientras con la otra desenfundaba una ornamentada pistola con detalles de oro, una de las armas de su antiguo señor. El bandido al que había derribado el caballo se puso trabajosamente de pie, y la pistola disparó con una detonación ensordecedora. La bala de plomo impactó contra la cabeza del hombre, e hizo que a sus espaldas apareciera una niebla roja un instante antes de que se desplomara.

El tercer bandido, un tipo menudo y con aspecto de comadreja, saltó sobre la silla del caballo que corcoveaba, con las riendas aferradas con fuerza en las manos.

—Sería mejor para ti bajarte ahora mismo de mi caballo —dijo Grunwald. El forajido escupió a modo de respuesta, y taconeó al caballo que salió al galope.

No había sido difícil seguirle el rastro a través de las empobrecidas tierras de Stirland.

Los tres hombres habían formado parte de un grupo más numeroso que hacía presa en la debilitada gente de la zona. La plaga había despoblado gran parte de la región, y los ejércitos del graf Alberich Haupt-Anderssen, elector de Stirland, estaban limpiando la zona, matando y quemándolos cadáveres de los infectados por la inmundicia epidemia.

Los desgraciados a los que Grunwald perseguía ahora eran parásitos que se ganaban a duras penas la vida aprovechándose de la horrenda situación en que se encontraba el Imperio. Carroñeros de mal vivir, saqueaban asentamientos y pueblos abandonados, y hacían presa en quienes huían con todas sus pertenencias mundanas. Durante sus investigaciones, Grunwald había averiguado que los habían reclutado por la fuerza para el ejército del Graf, con el fin de que lucharan contra la terrible amenaza que avanzaba desde el norte, pero habían preferido desertar de sus puestos y huir a los bosques, antes que quedarse a luchar por el bien del Imperio.

La cara de Grunwald era ceñuda. Lo asqueaba el hecho de que mientras decenas de miles de leales soldados estaban luchando y muriendo en el norte para proteger el Imperio, hubiera otros como estos que abandonaban sus puestos y hacían presa en los inocentes. Se aseguraría de que estos hombres fuesen castigados por sus crímenes.

Pero ninguno de esos crímenes era tan atroz como el que habían cometido el día antes. Habían llegado a una capilla rural consagrada a Sigmar, y en un acto de extremo sacrilegio habían robado el bote de ofrendas y derribado al suelo la estatua de la sagrada deidad en su precipitación por marcharse. Con estas acciones, se habían condenado. El contuso y vapuleado sacerdote se había mostrado avergonzado al hablar de

cómo los rufianes lo habían vencido, y el brutal rostro de Grunwald adquirió una expresión colérica al recordar el incidente.

Odiaba ese territorio, Stirland. Siempre pobre, y que vivía a la sombra del maldito reino de Sylvania, parecía generar corrupción y desgracia. El inhóspito paisaje, con sus campos de plantaciones agostadas, sus opresivos bosques oscuros y sus montañas peladas, no parecía hacer otra cosa que alimentar la sensación de desesperanza que impregnaba la vida de los habitantes de Stirland.

La noche caía con rapidez. Y las espesas nubes de lo alto garantizaban que ni la luz de las lunas ni la luz de las estrellas delatarían su presencia. Lo rodeaban retorcidos árboles como oscuras presencias malevolentes, y Grunwald comenzó a arrastrarse por la nieve una vez más, para aproximarse al aburrido centinela.

Se puso de pie detrás del hombre y le cubrió la boca con una mano enguantada mientras con la otra le pasaba un cuchillo de través por la garganta. Arrastró al hombre hasta el suelo sin hacer el más leve ruido, y lo sujetó con fuerza mientras sufría convulsiones y su cálida sangre empapaba la prístina nieve.

Después de semanas de seguirles el rastro a aquellos condenados bandidos, se deleitó con la sensación de satisfacción que experimentó al observar cómo la vida se apagaba en los ojos del rufián.

Tras ocultar el cuerpo bajo un gran leño caído, Grunwald continuó adelante, deslizándose entre los gruesos troncos del denso bosque. Maldijo al recorrer con la mirada el campamento de desertores. Al menos eran media docena de ellos los que estaban arrellanados en torno al fuego, pero no fue eso lo que hizo maldecir al cazador de brujas.

En el campamento no había caballos atados, pero sí una inconfundible forma equina asándose sobre el fuego, ensartada en un espetón.

Semental de batalla bien entrenado, descendiente de las mejores estirpes de caballos de guerra de Averland, aquel animal valía el rescate de un Elector, y aquellos imbéciles ignorantes estaban asándolo.

Grunwald se aplastó contra la nieve al oír una voz que se alzaba con tono de alarma. Se preparó para un enfrentamiento. ¿Habrían encontrado ya al centinela? Eso era improbable; había vigilado el campamento durante casi

una hora antes de entrar en acción, y estaba bastante seguro de que nadie iría a comprobar cómo estaba durante unas cuantas horas. Se esforzó por oír la apagada conversación.

—... por el sendero —comprendió.

—¿... persiguiéndonos a nosotros? —fue parte de la respuesta, en una voz más grave que la primera.

Grunwald avanzó cuidadosamente impulsándose con los codos. Vio a un hombre menudo —el que se había marchado con el caballo—, hablando con un forajido de constitución más sólida. Puede que en otra época hubiera estado bien proporcionado, pero daba la impresión de que hacía mucho que sus músculos se habían convertido en grasa.

—No lo creo, sargento —dijo el hombre más menudo.

—¡Te tengo dicho que no me llames así, demonios!

—Lo siento. Es un viajero solitario, por lo que parece. Un enano fuertemente acorazado. Y también lleva una mochila que parece pesada. Dentro tiene que llevar algo que merezca la pena quitarle... oro, a lo mejor. Todos saben que esa raza lo guarda en secreto, cuenta sus riquezas mientras los de Stirland nos morimos de hambre.

El bandolero más corpulento respondió con un gruñido.

—Ciertamente, sería descortés dejar escapar semejante oportunidad, en especial cuando se nos ha presentado ante la puerta de casa. Vale, pongámonos en movimiento, entonces, pandilla de indignos hijos de puta —dijo, mientras les daba puntapiés a los hombres adormilados.

Grunwald volvió a maldecir. Había planeado moverse por la oscuridad e ir matando a cada centinela por turno antes de atacar el campamento dormido. Suspiró, y comenzó a arrastrarse hacia atrás para alejarse del campamento.

\* \* \*

La baja figura de anchos hombros de Thorrik Lokrison tarareaba desafinadamente para sí, sentada ante un pequeño fuego. Sobre el fuego,



encima de una pequeña pila de piedras, había una sólida cacerola de hierro, y a su lado, en la nieve, yacía una pesada mochila con un objeto envuelto en cuero aceitado colocado cuidadosamente encima.

Apoyado contra el tronco sobre el que se sentaba Thorrik había un escudo redondo de metal que tenía labrada una estilizada cara barbuda en el centro, y cuya circunferencia estaba adornada por un entretejido de filigrana de bronce. Junto al escudo se veía un hacha de un solo filo, adornada con runas y más intrincadas filigranas de bronce.

Tras eructar sonoramente, Thorrik se inclinó sobre el humeante guisado que burbujeaba dentro de la cacerola de hierro, y se regaló con el aroma de la pesada, indigesta comida, antes devolver a repantigarse y reanudar el tarareo.

Se había quitado el casco, pero por lo demás iba cubierto desde el cuello hasta los pies por una pesada armadura. La única piel que quedaba a la vista era la de su frente, su bulbosa nariz, los carrillos coloradotes, y el resto de su cara enmarcada por una fina cofia de malla y una prodigiosa barba trenzada. Esa barba llevaba entretejido alambre de bronce y colgaba sobre el ornamentado peto. Las trenzas estaban adornadas por discos metálicos que tenían grabadas caras estilizadas.

Con una pesada mano enfundada en un guantelete, el enano removió el guisado de carne con una gruesa cuchara metálica.

—Huele bien amigo —dijo, detrás de él, una voz que lo parecía todo menos amistosa. El rostro de Thorrik se tornó serio. No había oído acercarse al hombre.

Recogió el hacha al tiempo que se ponía de pie, y se volvió para encarar a aquel humano que interrumpía su cena. Unos ojos duros como piedra destellaron bajo sus enmarañadas cejas. Su mirada fue rápidamente a izquierda y derecha, y vio que había seis hombres que se desplegaban en torno a él. Dos tenían arcos en las manos, mientras que los otros iban armados con espadas y hachas, aunque no las llevaban desenfundadas. Detuvo la vista sobre el gordo del centro, el que había hablado: Un bruto enorme, llevaba gastadas ropas teñidas de amarillo y verde, y una gruesa piel sobre los hombros. A su lado había un tipo menudo y con cara de pito que a Thorrik no le pareció semejante de los hediondos goblins que infestaban

las profundidades de debajo de las montañas, aunque su piel no era verde como la de aquellos odiados enemigos de su raza.

—Es una noche fría y ventosa para estar a solas aquí fuera, amigo —dijo el hombre gordo con una voz que destilaba amenaza—. ¿No te gustaría tener un poco de compañía? Me gustaría muchísimo probar esa comida de buen aroma que estás preparando.

—Yo diría que tú ya has comido lo que te tocaría para dos vidas, humano —gruñó el enano.

El jefe del grupo se echo a reír al oír esto, y el de cara de goblin soltó una adulatora risa entre dientes. El resto del grupo no mostró ninguna reacción; sus ojos tenían una mirada dura.

—No hay necesidad de ser hostil, amigo enano, aunque yo diría que has acertado en esa estimación —replicó el hombre, con una sonrisa brutal en su gran cara mofletuda, mientras se daba palmaditas en la prodigiosa barriga—. No somos más que leales soldados del Imperio que buscamos calentarnos en tu campamento. ¿Podemos? Te aseguro que no tenemos intención de causar daño alguno.

Thorrik apretó el mango del hacha con más fuerza y frunció el ceño.

—No hay ninguna patrulla del estado de Stirland en treinta kilómetros, y no sois ni exploradores ni miembros de la milicia —dijo, con tono brusco—. Yo diría que sois desertores, cobardes. Vuestra palabra vale menos que la mierda de cerdo.

La sonrisa desapareció de la cara del jefe de los forajidos.

—Valientes palabras para alguien tan superado en número, enano.

Sus codiciosos ojos se desviaron hacia la mochila de Thorrik, y el objeto envuelto en cuero que descansaba encima.

—Danos tus pertenencias y nos marcharemos. No tienes por qué sufrir ningún mal, amigo.

—Llámame amigo una vez más, cara de cerdo, y te separaré la grasa de los huesos —gruñó el enano—. ¿Dónde están vuestros compañeros? Pensaba que haría falta un grupo más numeroso que vosotros, perros cobardes, para reunir la valentía que se necesita para robarle a un guerrero de un clan de Karaz-a-Karak.

Uno de los desertores, el de cara de goblin, miró en torno.

—¿Dónde está Antón, sargento? ¿Y Valdar?

—Cierra esa boca —le gruñó el forajido corpulento—. Se ha acabado el tiempo para sutilezas, enano. Disparadle.

Los dos arqueros tensaron los arcos, y Thorrik rugió un grito de guerra en khazalid, la lengua de los enanos; a continuación, alzó el hacha y cargó. Se produjo un destello de movimiento en la oscuridad del camino, más adelante, y uno de los arqueros cayó con una flecha negra clavada en el cuello. El otro arquero disparó, y la flecha hendió el aire en dirección al enano.

Thorrik giró para presentarle un hombro al proyectil, que resbaló sobre la gruesa hombrera de gromril, incapaz de atravesar o abollar siquiera la gruesa placa metálica. A continuación cubrió la distancia que lo separaba del jefe de los forajidos con una velocidad asombrosa, y el corpulento gordo maldijo al tiempo que retrocedía para tener más espacio, y desenvainaba un enorme mandoble que llevaba a la espalda.

Un bandido se lanzó desde la izquierda y dirigió una estocada con una espada corta hacia la cara descubierta del enano. Thorrik barrió el aire con un poderoso brazo para desviar el arma con el avambrazo, y estrelló el hacha contra el cuello del hombre, haciendo manar una fuente de sangre de la herida mortal que le causó.

Thorrik vio a un feo bruto que salía de la oscuridad, y detonó una pistola cuya bala destrozó una pierna de otro de los forajidos, que cayó al suelo entre gritos. El recién llegado llevaba una amplia capa oscura, y se cubría con un sombrero de ala ancha. Un pesado peto negro le protegía el pecho, y su cuerpo era un entramado de hebillas y correas de las que pendía una impresionante colección de cuchillos y otras armas mortales.

Y luego el recién llegado ya estaba entre ellos y pulverizaba con su maza la cara de uno de los enemigos que se había vuelto para hacerle frente a la nueva amenaza.

Thorrik avanzó hacia el gordo jefe de los forajidos, consciente de la presencia del hombre armado con un hacha que se situaba en uno de sus flancos, pero sin apartar los ojos del gordo al que el otro había llamado sargento.

—¿Qué sucede, amigo? —gruñó el enano, con voz áspera—. ¿Las cosas no están saliendo como esperabas?

Thorrik vio que alguien disparaba una flecha apuntada con precipitación por encima de un hombro del hombre de cabeza afeitada, y vio que el arquero sacaba un cuchillo que llevaba dentro de una bota. El matón le dirigió una puñalada, pero el tipo vestido de negro lo atrapó por la muñeca y mantuvo el cuchillo apartado de sí. Una pesada maza descendió con fuerza sobre el hombro del bandido y se lo destrozó con un horrendo chasquido. El tipo gritó de dolor y cayó de rodillas. Sus gritos fueron acallados por la maza que le destrozó el cráneo.

Thorrik giró en el momento en que el hombre armado con un hacha que tenía a la derecha lo acometía a la carrera, y desvió con su propia hacha la del enemigo que descendía hacia él. Hizo girar la hoja y de un golpe le hizo perder el equilibrio al hombre, que de un traspié se situó en el camino del jefe de los forajidos que había avanzado blandiendo el mandoble con intención asesina. El forajido detuvo el tajo con cierta dificultad, a punto de cortar a su camarada en dos.

El enano avanzó para estrellar el hacha contra una rodilla del bandido, que cayó pesadamente.

El jefe de los forajidos rotó al percibir una presencia detrás de sí, y vio una pistola que le apuntaba a la cabeza. Quedó petrificado durante un momento, como un ciervo deslumbrado por la luz de una linterna, los ojos desorbitados y fijos. Luego apretaron el gatillo y la cabeza del hombre estalló en pedazos en medio de una fuente de sangre y hueso.

Ya no quedaban forajidos en pie, aunque varios de ellos gemían de dolor, tendidos en la nieve.

—No necesitaba vuestra maldita ayuda —gruñó Thorrik, mientras entrecerraba los ojos y alzaba la cabeza para mirar al hombre de cabeza afeitada.

—Y yo no he acudido en vuestro auxilio —replicó el hombre, al tiempo que enfundaba la humeante pistola—. Hace varios días que persigo estos hombres.

—Os robaron, ¿verdad? —preguntó Thorrik, y el hombre asintió con la cabeza.

—Me robaron el caballo.

El enano gruñó a modo de respuesta.

—¿Lo habéis recuperado?

—No —fue la réplica del hombre, que avanzó hacia uno de los hombres heridos que gemían de dolor. Sin ceremonia alguna, lo degolló con el cuchillo y se encaminó hacia el siguiente—. Estos bastardos se lo comieron.

—Ah —dijo Thorrik, que estaba limpiando la sangre del hacha en la blusa de uno de los muertos—. Es bueno para comer el caballo.

El hombre le echó a Thorrik una mirada feroz, pero el enano hizo caso omiso del humano y se sentó pesadamente, para ponerse a remover el humeante guiso.

Alzo la mirada de la cena demasiado hecha, con el ceño fruncido, y observó cómo el hombre encontraba al último de los forajidos vivos. El desertor herido había intentado huir a rastras y dejado tras de sí una pista de sangre, y Thorrik observó en silencio cómo el hombre vestido de negro apoyaba una rodilla en la cintura del forajido y le echaba atrás la cabeza. Era el de cara de goblin. Y gimoteó de miedo. Sin vacilar, el otro lo degolló.

Grunwald dejó al agonizante forajido tendido donde estaba, para volver sobre sus pasos por la nieve y recuperar la pesada ballesta que había dejado caer antes de trabarse en combate cuerpo a cuerpo. Cuando volvió junto al fuego, el enano estaba fumando en una ornamentada pipa cuya cazoleta era una cabeza de dragón.

—¿Puedo? —preguntó, señalando una gran piedra que había frente al tronco que ocupaba Thorrik.

El enano gruñó, cosa que Grunwald interpretó como un asentimiento. Se sentó pesadamente y se puso a sacudir y soplar la nieve que se había metido en el mecanismo de disparo de la pesada ballesta.

—Lucháis bien —dijo, cuando quedó claro que el enano no iba a iniciar la conversación.

El enano volvió a gruñir.

—También vos —dijo al fin—, para ser un humano.

—Me llamo Udo Grunwald —tendió una mano enguantada de negro hacia el enano, que chupó largamente la pipa antes de tenderle también la

mano, metida dentro del pesado guantelete. A Grunwald le pareció que la fuerza con que el enano le estrechaba la mano iba a partirle los huesos.

—Thorrik Lokrison, Rompehierros del clan minero Barad, de Karaz-a-Karak, guardián del Ungdrin. —Grunwald reparó en que el enano tenía buenos conocimientos de Reikspiel, lengua del Imperio, aunque lo hablaba con un fuerte acento.

—Karaz-a-Karak... —dijo Grunwald, que formó las extrañas palabras del idioma de los enanos con una cierta dificultad. Resultó evidente que su pronunciación fue inadecuada, porque Thorrik frunció el ceño.

—Es la más grande de todas las fortalezas de los enanos, la sede del mismísimo Alto Rey. En las lenguas de los hombres es conocida como Pico Eterno.

—Ah —dijo Grunwald, al reconocer el nombre—. Eso está muy lejos, al otro lado de las Montañas del Fin del Mundo y de las Montañas Negras, hacia el sudeste, ¿verdad?

—Esos son los nombres conocidos por los humanos, sí —dijo Thorrik, malhumorado.

—Estáis muy lejos de casa, Thorrik.

—Gracias por recordármelo —contestó el enano, con tono cortante. Chupó largamente la pipa, con los ojos destellando de enojo. Suspiró pesadamente—. Han pasado ocho años desde la última vez que vi la gran fortaleza.

Grunwald alzó las cejas.

—Es mucho tiempo, para pasarlo fuera de la patria.

—Para vuestra especie, humano. Pero, sí, ha sido demasiado tiempo.

—¿Qué os ha impedido regresar durante estos ocho años?

—Hace nueve años, se reunió un ejército en Karaz-a-Karak, por orden del Alto Rey. Los guerreros del clan Barad respondimos a la llamada, y yo formé parte de los reclutados. Hemos pasado siete años luchando en el norte de vuestro Imperio, reforzando vuestras defensas contra las hordas que se concentran en el norte.

—¿Habéis estado luchando dentro del Imperio para proteger nuestras fronteras? —preguntó Grunwald. Su valoración del enano y su raza ascendió en picado.

—Sí. El Alto Rey se toma muy en serio los juramentos hechos por el rey Kurgan.

—El rey Kurgan...

Conocía el nombre, pues se decía que ese rey había luchado junto al bendito Sigmar en las batallas libradas contra los pieles verdes.

—Eso fue... hace miles de años.

—Un juramento es un juramento —gruñó Thorrik—. Basta de charla.

Sacó un pesado cuenco de metal, sirvió una generosa porción de guiso y se lo tendió a Grunwald, que le dio las gracias con un asentimiento de cabeza. El enano se sirvió una porción para sí y comenzó a comer ruidosamente. Grunwald pinchaba los trozos de carne con la punta del cuchillo. La comida era pesada y simple pero sabrosa. Thorrik refunfuñó que estaba demasiado hecha.

—No había mucha carne en esa cabra —dijo, como si le hablara al guiso—. Ojalá hubiera sido caballo —acompañó el comentario con un bufido, y Grunwald se preguntó si estaría haciendo una broma.

\* \* \*

Después de la comida, Thorrik le ofreció a Grunwald una pipa de mas que tenía, pero este declino cortésmente con la esperanza de que no fuera una violación de la etiqueta de los enanos Thorrik se limitó a encogerse de hombros y gruñir, y volvió a coger su pipa.

Tras girar la cabeza hacia ambos lados para hacer crujir el cuello, Grunwald se puso de pie y se echó al hombro la pesada ballesta.

—Te deseo suerte, Thornk Loknson —dijo—. Y te agradezco la comida.

El enano no se levanto sino que se limito a alzar los ojos entrecerrados hacia él. Gruñó lo que podría haber sido una despedida, y volvió a chupar largamente su pipa con cazoleta en forma de cabeza de dragón.

Thorrik observo como Grunwald desaparecía oscuridad adentro. Parecía bastante sólido para ser un humano, y al menos no hablaba tanto como la mayoría de ellos, que solían ser incesantes con su necia cháchara, como si

tuvieran que apiñar demasiadas palabras dentro de sus cortas vidas. Hacia mucho que había renunciado a intentar entender la naturaleza de los humanos y los ocho años pasados en los estados septentrionales del Imperio no habían hecho más que reforzar su opinión.

Pero un juramento era un juramento.

Con una mano sacudió la fina capa de nieve de encima del cuero aceitado que protegía de todo mal el precioso objeto que transportaba. Sí. Un juramento era un juramento.



## TRES

Annaliese se estrelló contra el marco de la puerta al retroceder a gatas, frenéticamente. Intentó ponerse de pie, pero cayó hacia atrás dentro de la zona de comedor de la cabaña, en su prisa por escapar de la horrible criatura que se arrastraba hacia ella.

Se impulsaba hacia delante con consumidas manos esqueléticas. Aún estaba medio envuelta en las mantas que arrastraba tras de sí. Y continuaba con aquel rictus de muerte en la cara, los ojos de ardiente friego gélido fijos en ella.

—¡Padre! —gritó la joven, mientras se impulsaba con los pies, hacia atrás para ponerse fuera del alcance de la criatura que intentaba atraparla por una pierna—. ¡Padre, que soy yo!

Entonces la criatura habló, pero la voz no era la que ella tan bien conocía los labios se movían en concordancia con las palabras pronunciadas.

La muchacha no entendió el torrente de palabras farfulladas, y con horror se dio cuenta de que no era una sola voz la que hablaba, sino que parecía que una multitud de criaturas intentaban hablarle a la vez, y sus voces se volvían borrosas y superponían.

—Tzch'aaaarkan gharbol'ankh'ha mesch'antar'mor' —declaró, arrastrando las palabras, la voz más potente, con un sonido que a Annaliese le erizo la piel.

Por fin se puso de pie, entró corriendo en la pequeña cocina de piedra y cerró la pesada puerta tras de sí. El miedo le confirió fuerza para que pudiera arrastrar un pesado mueble de madera que colocó contra la puerta.

Retrocedió y se recostó, jadeando, contra la ventana que tenía echados los postigos.

Aquella cosa ya no era su padre. Les imploró a Morr y a Sigmar que el alma de su padre hubiese escapado, que ese fuera de verdad sólo un cuerpo abandonado y que el alma de él no continuara habitando, atormentada, dentro de la inmundicia criatura. Era algo horrendo, y deseó no haberlo pensado.

Oyó el sonido de madera podrida que se hacía pedazos, y una mano fría la aferró por el cuello. De la ventana que tenía detrás volaron astillas de madera mojada hacia el interior.

Annaliese intentó gritar, pero se encontró con que no podía porque la fría mano apretaba con más fuerza aún. Aferró el brazo y lo arañó con las uñas, pero sintió que se le entumecían los dedos al entrar en contacto con aquel frío sobrenatural.

De detrás de ella llegó un susurro sibilante. Era la misma hueste de voces que había susurrado a través de la garganta de la criatura, pero en este caso lo hacía justo en su oído.

—Sth'aaark Tzch'aaaarkan —siseó.

Manoteó frenéticamente en torno cuando la visión comenzaba a enturbiársele, y una de sus manos se cerró sobre un cuchillo con empuñadura de hueso. Lo recogió al instante y comenzó a apuñalar el brazo que la sujetaba contra la pared, momento en que sintió correr sangre fría como el hielo. La presa no se aflojó, y se puso a serrar frenéticamente la muñeca de la criatura. La bañó la fría sangre, y volvió tan resbaladizo el cuchillo que estuvo a punto de escapársele de la mano. Pero la sangre también hizo que resbalara la mano con que la criatura la sujetaba y, con un brusco tirón, Annaliese se liberó de la presa, y se apartó, inspirando con dificultad y ansia.

Algo pesado se lanzó contra la puerta que daba al área del comedor, y el mueble de madera se meció a causa del golpe. Ella se lanzó contra el aparador, y se volvió para mirar con ojos desorbitados los destrozados postigos de la ventana. Un brazo fuerte apartó a un lado los restos de madera, y ella dio un respingo.

Vio la forma del monstruo silueteada contra la prístina nieve blanca del exterior. De sus rasgos no distinguía nada más que los ojos, llamas azules que parpadeaban y ardían fríamente. Extendió un brazo para aferrar los destrozados postigos y arrancarlos de los goznes, sin darse cuenta de que gruesas astillas le atravesaban la carne.

—Ten siempre un arma a mano —le había dicho continuamente su padre—, y nunca permitas que te acorralen; déjate siempre libre una vía de escape.

Y sin embargo, allí estaba, de espaldas contra un rincón y sin nada más que un cuchillo de deshuesar. Maldijo, sabedora de que al otro lado de la pared estaba la preciosa espada de su padre, desesperantemente fuera de su alcance. Por mucho que hubieran empobrecido, él jamás había considerado siquiera la posibilidad de vender la espada, y Annaliese nunca había mencionado el tema. Era el último vínculo que le quedaba con su antigua vida de soldado, y ella sabía que su padre echaba de menos esos tiempos. Pero un accidente le había arrebatado todo eso cuando había perdido el pulgar de la mano derecha, con la que empuñaba la espada. Un guerrero que no podía sujetar la espada ya no podía, ejercer de soldado.

Annaliese hizo girar el cuchillo para sujetarlo con la punta hacia abajo como si fiera una daga, y saltó hacia delante en el momento en que la criatura muerta comenzaba trepar para pasar a través de la ventana, mientras por su boca abierta manaba una incesante cacofonía de odioso galimatías susurrado. Y con todas sus fuerzas clavó hasta la empuñadura el cuchillo en un costado del cuello de la criatura, antes de volver a arrancarlo.

Lo que habría constituido una herida fatal para cualquier hombre, solo ralentizó el avance del monstruo. Metió un brazo teñido de azul dentro de la cocina para izarse y pasar a través de la ventana, y cayó sobre el suelo de piedra con un golpe fofu, sordo; el oscuro pelo enredado le cubrió los ojos.

Aun así, Annaliese no necesitaba verle la cara para saber que esa criatura había sido Jonás Scriber, el aprendiz del herrador. Su rostro y brazos, antiguamente enrojecidos por el calor de la forja, estaban ahora desprovistos de todo color; la criatura se levantó pesadamente, como una mole ante la adolescente de estructura ligera. También en su cara había, fijo, un rictus de muerte, y los anchos rasgos demoníacamente estaban iluminados por ojos

flameantes. Tenía la camisa rasgada y abierta, y en su torso se veían varias heridas, tajos profundos que dejaban a la vista los músculos de debajo de la piel. Se lanzó hacia la joven como si intentara rodearla con sus enormes brazos.

Ella se agachó y le dirigió un tajo horizontal al vientre con el cuchillo, que le abrió la piel. Luego fue lanzada hacia un lado cuando el mueble de madera que bloqueaba la puerta salió despedido hacia delante a causa de un poderoso empujón que le dieron a la puerta desde el otro lado, y avanzó dando traspiés hacia el monstruo que había sido Jonás.

Uno de los pesados brazos de él la derribó al suelo de un golpe que le dejó entumecidos el hombro y el brazo.

La multitud de voces pareció alborotarse más, comenzaron a hablar con rapidez, y las palabras balbuceadas empezaron a salir por la boca en un horrendo torrente de inmundas palabras sin sentido.

Tras concentrar todas sus fuerzas en levantarse clavó el cuchillo hacia arriba en la zona blanda de debajo del mentón de la criatura. La hoja atravesó el paladar y continuó hasta penetrar en el cerebro.

El monstruo se estremeció por un segundo, como hipnotizado y ella lo empujó con un hombro y lo derribó de espaldas cuan largo era, sin soltar el cuchillo cubierto de sangre que le había clavado.

Percibió otra presencia detrás de sí y se volvió, ciegamente al tiempo que hendía el aire con un tajo horizontal en un arco dirigido hacia la criatura que había sido su padre. Demasiado tarde se dio cuenta de quién era y, aunque intentó detener el cuchillo la hoja abrió un tajo profundo. La cabeza del no muerto fue lanzada hacia un lado a causa de la fuerza del golpe, y dio traspiés hasta el umbral de la entrada, donde cayó de rodillas.

Con un grito, Annaliese soltó el cuchillo y se arrodilló a su lado. La cabeza rotó para fijar la mirada en ella una vez más, y la muchacha retrocedió ante el rostro empapado de sangre y sonriente. El ser tendió las manos hacia Annaliese, pero ella se levantó y corrió hacia la zona del comedor de la cabaña.

Su mirada se posó sobre la espada de hoja corta de su padre. La cogió de los ganchos de exposición donde descansaba en la pared más larga, y se volvió, ceñuda, hacia las oscuras formas que avanzaban hacia ella y tenían de

azul toda la estancia con la luz bruja de sus ojos. Le arranco la vaina a la espada, y se situó con la destellante arma preparada ante sí.

Aquel ser no era su padre se recordó a sí misma.

Y si ese era realmente el momento para entrar en los salones de Morr, maldita fuera si no se llevaba consigo a aquellas criaturas.

Retrocedió un paso para darse un poco de espacio con la boca apretada en una expresión decidida al tiempo que flexionaba las rodillas para adoptar una postura de combate, con la espada sujeta ante sí.

—Tu no eres Jonas y tú no eres mi padre —les dijo, con voz, jadeante a las figuras que avanzaban con el paso vacilante de las marionetas hacia ella.

El aire antinaturalmente frío se inundo del tumultuoso estruendo que manaba a través de las gargantas de los monstruos, y una docena de voces se puso a susurrar y sisear en torno a ella. El contorsionado rostro cortado de la criatura que había sido su padre continuaba sonriéndole mientras avanzaba, y ella retrocedió frenéticamente ante las manos extendidas.

Annaliese no era ni remotamente un espadachín experto, pero aquellas criaturas, con sus movimientos espasmódicos y torpes, estaban lejos de ser enemigos diestros. Cuando la criatura que se parecía a Jonás llegó hasta ella, le asestó tajos con la espada cuya la hoja cercenó varios dedos ennegrecidos y congelados. Los ojos de la criatura se encendieron con luz aún más brillante, hasta que ella clavó la punta de la espada en su pecho y le atravesó el corazón. El fuego parpadeó y se apagó, y la criatura se desplomó en el suelo como una marioneta con los hilos cortados.

Una mano, tan fría como la propia muerte, la aferró por los largos cabellos rubios y le echó bruscamente la cabeza hacia atrás, y entonces ella vio la cara cortada de la criatura cerca de la suya propia, con la boca abierta de par en par al lanzarse hacia su garganta. El frío gélido que exudaba del monstruo la hizo sentir como si se quemara, y al lanzarse hacia un lado con desesperación le dejó un puñado de cabellos en la mano. La cabeza de Annaliese se estrelló contra una pata de la pesada mesa de madera, y el dolor la recorrió como una descarga eléctrica.

Las voces la rodeaban por todas partes, y cuando se le aclaró la visión, alzo los ojos hacia el rostro contorsionado del monstruo. Se encontraba de

pie junto a ella, con un pesado tronco de leña sujeto entre las manos, por encima de la cabeza, preparado para hundirle el cráneo.

—¡Padre, no! —gritó, desesperada, pero si la criatura la entendió, no dio señales de ello.

Barrió el aire con la espada, la hoja impactó contra una de las espinillas de la criatura y partió el hueso. La pierna cedió y el monstruo cayó de rodillas. Annaliese se puso de pie al instante y le lanzó un tajo a ciegas. La hoja penetró en el cuello y cortó hasta el hueso, donde se atascó entre las vértebras y le fue arrebatada de la mano al caer la criatura.

Temblando frenéticamente, respirando con un jadeo corto y brusco, Salió como una tromba por la puerta de la cabaña, al exterior.

Huyó ciegamente de la cabaña, su hogar, tropezando por la nieve, mientras se daba cuenta de que en torno a ella había movimiento de gente. Cayó de rodillas al tropezar con algo... un cadáver. Se puso en pie de un salto al tiempo que gemía de horror, con la sangre saturada de adrenalina.

La gente corría y gritaba, con sus hijos abrazados contra el cuerpo para protegerlos, y huía en todas direcciones. No había orden ninguno en la huida, puesto que en esa gente no había más que pánico y terror, y luchaban unos con otros en su precipitación por escapar.

Annaliese fue derribada al suelo por un aldeano de mediana edad a quien conocía, aunque nunca antes había visto aquella expresión de abyecto horror en su rostro, y él no dio muestras de reconocerla ni hizo intento alguno de disculparse, sino que continuó la fuga ciega. El suelo estaba sembrado de cuerpos, y la sangre salpicaba la nieve y se mezclaba con el fango. Se oían gritos y alaridos de dolor y miedo por todas partes, y ella miró a un lado y otro para intentar ver al enemigo o determinar una dirección en la que poder huir sin peligro.

Algunas personas se defendían con armas que habían desenvainado, y Annaliese lanzó un grito ahogado al ver a un aldeano que pataleaba enloquecidamente, atravesado por una lanza. Ni siquiera eso hizo que dejara de luchar, sino que continuó avanzando a lo largo de la lanza que tenía clavada, en su ansia por acercarse lo bastante al guerrero como para poder arañarlo.

Una mujer gritó cuando la aferraron por detrás. El atacante le arrancó la garganta con los dientes, y la sangre manó en abundancia por la fatal herida.

Vio a una figura consumida y flaca acucillada sobre una mujer caída. Annaliese comenzó a retroceder, pero como si sintiera su mirada, la demacrada criatura alzó la cabeza. Sus ojos eran ardientes esferas azules de fuego, y de la boca y el mentón le goteaba sangre. Estaba claro que había estado devorando a su víctima, pero soltó a la mujer y comenzó a dar traspiés hacia Annaliese, con movimientos espasmódicos y descoordinados, aunque con intención mortífera.

Sin armas a mano, Annaliese sabía que no era rival para aquella criatura, así que dio media vuelta y corrió a través de la carnicería. Vio a un anciano que gritaba y luchaba frenéticamente al ser arrastrado al suelo por otras dos víctimas de la plaga cuyos ojos ardían con fría intensidad, y por un momento vaciló al ver la desesperada súplica que había en el rostro del anciano. Un instante después, sus alaridos fueron silenciados cuando una de las criaturas le estrelló la cabeza contra el suelo y se oyó un crujido horrible.

Un soldado de aspecto aterrorizado giró hacia ella, y la apuntó con la larga punta del extremo de la alabarda. Tenía los pantalones manchados porque, claramente, había perdido el control de las funciones corporales, y Annaliese alzó las manos ante sí para demostrarle que no tenía intención de hacerle daño. La punta de la alabarda osciló peligrosamente ante la joven, quien miró brevemente por encima del hombro a la criatura que avanzaba hacia ella con paso tambaleante.

—No soy uno de ellos —dijo, al volverse, aunque fue lo mismo que si hablara un idioma extranjero, porque el soldado sólo retrocedió, con el arma aún dirigida hacia ella y los ojos desorbitados de terror. Tropezó con un brazo cercenado y cayó de espaldas sobre la nieve.

Pasó a toda velocidad junto al soldado caído y oyó que lanzaba un grito horrible, pero no se volvió a mirar atrás. En ese momento, lo único que tenía en mente era la huida.

Se encontró con que entraba corriendo en la plaza del pueblo. Desorientada en medio de la multitud que iba de un lado a otro, la ciega huida la había llevado hasta allí, y gimió de miedo. La lucha era intensa, y vio que las puertas de la casa consistorial habían sido derribadas desde el

interior. Mientras estaba allí, de pie, desesperada, vio que una de las ventanas tapiadas con tablones estallaba hacia el exterior, y que un par de sonrientes monstruos de flameantes ojos salían gateando a través de la madera podrida y destrozada.

La jaula de hierro negro continuaba colgada del cadalso, y el elfo de oscuro cabello contemplaba toda la locura de abajo con ojos desorbitados. Por mucho que sacudía la puerta de la jaula, el herrumbroso candado que lo aprisionaba se mantenía firme.

Annaliese vio su oportunidad: había un estrecho pasaje entre la carnicería y la Espiga Dorada, la posada donde trabajaba ella, que llegaba hasta los campos de cultivo, y allende estos estaba el bosque. Al no ver a nadie en el pasaje, echó a correr hacia él, esquivando a combatientes que rodaban por el fango, así como las manos de las víctimas de la plaga convertidas en zombis, que intentaban atraparla.

Un aldeano corpulento, un cazador local, luchaba por su vida contra dos de los monstruos de la plaga, con un hacha de leñador en las manos. Derribó a uno con un tajo salvaje que le cortó el cuello, pero el otro tendió las manos hacia su cara. Retrocedió con paso tambaleante para ganar espacio, y alzó el hacha por encima del hombro.

Al echarla hacia atrás, la hoja del hacha golpeó el mecanismo de trabado que mantenía la jaula en alto, la cadena quedó libre y la jaula se precipitó hacia el suelo. Al cazador se le escapó el hacha de las manos, y al instante la criatura cayó sobre él para desgarrarle la piel y la carne con manos esqueléticas curvadas como las garras de un ave de presa.

Mientras el hombre gritaba de horror y dolor, la jaula de hierro negro se estrelló contra la tierra con estruendo, y cayó de lado. Varias víctimas de la plaga giraron la pesada cabeza hacia el sonido, y abandonaron los cadáveres que devoraban para avanzar con paso tambaleante hacia la jaula. Annaliese vio que el elfo sacudía frenéticamente los barrotes, pero el candado resistía.

Se detuvo en seco, se mordió el labio inferior, y se volvió a mirar al elfo que continuaba luchando por salir de su prisión. Parecía una manera de morir innecesariamente cruel, aun para alguien que había cometido negros actos homicidas.



Se inclinó para recoger el hacha caída del cazador que había sido devorado vivo al pie del cadalso, y la alzó por encima de un hombro antes de lanzarse hacia la jaula. Con todas sus fuerzas, acompañadas por un grito de furia y miedo, descargó un tajo sobre la cabeza de una de las víctimas de la plaga que intentaba arañar al elfo a través de los barrotes. Le hendió el cráneo, salpicando de sangre y sesos su vestido y el prístino rostro blanco del elfo, y el zombi cayó al suelo.

Los ojos de Annaliese se encontraron con los del prisionero, y se sintió conmovida por la extraña mirada desafiante de él. Aquellos ojos no eran negros, como había pensado en un principio, sino que tenían una ligera tonalidad espliego que aumentaba aún más la impresión que causaba el elfo de ser inhumano, de pertenecer a otro mundo.

Mientras les rezaba a los dioses para estar haciendo lo correcto, descargó un hachazo sobre el candado herrumbroso, y lo cortó en dos. Con los dedos entumecidos dejó caer el hacha, y, sin esperar a ver si el prisionero escapaba, dio media vuelta y echó a correr. Le había dado una oportunidad al elfo, y ahora dependía de él hacer lo que quisiera con esa oportunidad.

Sin volver a detenerse, se lanzó al interior del estrecho pasaje y corrió por él hacia los campos de cultivo y el bosque que parecían llamarla.

Tropezó con algo y cayó pesadamente al suelo, golpeándose con tal fuerza que se quedó sin respiración. Ni siquiera había tenido tiempo de tender las manos ante sí para parar la caída, y se quedó boqueando al intentar respirar, con el aliento cortado, boca abajo sobre la nieve.

Había algo que la sujetaba por un tobillo, y se puso a patear frenéticamente para soltarse. Cuando aún intentaba recobrar el aliento, lanzó un grito ahogado porque un dolor intenso ascendió por su pierna. Al girar sobre el gélido barro, vio una mano que le aferraba el tobillo y cuyas ennegrecidas uñas le atravesaban las polainas de cuero. Los dedos eran de un color rojo amoratado, y a que la sangre se había coagulado en las venas al detenerse el corazón de la víctima de la plaga. Pateó la mano con la pierna libre, y sintió que bajo el tacón se partían huesos de dedos, pero la presa no se aflojó.

Entonces vio la cara de la criatura, y esto hizo que la inundara un terror cervical. Era la cara de una amiga, Lisa, una de las camareras de la Espiga

Dorada, pero su mofletudo semblante bonito estaba contorsionado y mugriento. Tenía los labios hinchados, abotagados, y la piel estaba tan demacrada y pálida que podía ver el entramado de venas azules que pasaban por debajo. Los huesos de la cabeza estaban repugnantemente malformados, y en la sien derecha se veía un manojo de excrecencias óseas parecidas a ramas que atravesaban la piel. Mientras Annaliese las contemplaba con horror, las puntas de esta mutación se agitaron en el aire y avanzaron hacia ella como si sintieran la presencia de vida. Llamas azul hielo se encendieron en las cuencas oculares de la muerta, que abrió desmesuradamente la boca para dejar a la vista dientes ennegrecidos. Donde debería de haber tenido la lengua, había un bulboso globo ocular que la miraba fijamente, con un iris de iridiscente azul moteado de dorado. Ese ojo parpadeó lentamente al mirarla, y Annaliese luchó contra la presa de la inmunda criatura a la que pateó una y otra vez.

El monstruo no aflojó la presa, sino que comenzó a ascender por las piernas de la joven, mientras el bulboso ojo la miraba fijamente desde el interior de la boca cada vez más abierta.

Por encima de un hombro de la criatura vio un destello de movimiento, y al alzar la mirada con el pánico más absoluto en los ojos, vio que el elfo corría hacia ella con el hacha del cazador en las manos; La echó atrás por encima de la cabeza y la lanzó hacia ella.

Annaliese chilló cuando el arma voló por el aire, girando sobre los extremos.

La hoja impactó contra la parte posterior de la cabeza de la muchacha mutante, con un repugnante sonido mojado. Annaliese volvió a gritar, mientras se apartaba del ahora laxo monstruo, pateando y arrastrándose hacia atrás.

Y entonces el elfo apareció a su lado y la levantó para ponerla de pie con una fuerza que desmentía su alta constitución ligera e inhumana. Las manos con que la aferraba por los brazos eran fuertes y le causaban dolor, y un aroma a extrañas hierbas y especias sobrenaturales le inundó las fosas nasales.

El horror y la conmoción del día se borraron, y Annaliese vio estrellas de luz durante un segundo antes de caer al suelo, sin sentido, como una

muñeca de trapo.

Mascullando una maldición en su lengua nativa, el elfo se inclinó para tomar a la muchacha en brazos. La cabeza de ella cayó hacia atrás, laxa, y el rubio cabello rozó el suelo.

Mientras se maldecía por estúpido, el elfo, con el delgado cuerpo de la mujer humana en brazos, se alejó a paso ligero de la carnicería en que se había convertido la aldea, en dirección a los acogedores árboles que había a lo lejos.

## CUATRO

Udo Grunwald abrió la pequeña puerta que encajaba mal en el marco, bajó la cabeza para no golpearse con el dintel bajo, y entró en la posada de aspecto ruinoso. Se llamaba *Burro Ahorcado*, y en el exterior de la puerta de reja pendía el cadáver cubierto de nieve del supuesto burro, colgado con un lazo corredizo en torno al cuello. Por un breve instante se preguntó qué delito habría cometido el animal, qué fechoría habría tramado con su tortuosa mente criminal como para merecer un castigo semejante.

Probablemente había sido el amante de la mujer del posadero, pensó, y sonrió para sí. Esa sonrisa solo logro que su feo rostro brutal pareciera aún más peligroso.

La posada era oscura, con un ambiente cargado de humo, y se hizo el silencio en cuanto él entró. Al avanzar, sus pesadas botas resonaron con fuerza sobre las tablas de madera del suelo, mientras él miraba ferozmente en torno desafiando a todos los presentes a decir algo.

Udo sabía que era una figura intimidante y estaba habituado al modo en que los ojos de la gente se apartaban con rapidez de los suyos. En este caso, no fue diferente, aunque resultaba tangible la hostilidad que había en la estancia, a pesar de que ninguno de aquellos viajeros y granjeros se atreviera a mirarlo a los ojos.

Podía entender la reacción que causaba su presencia, en esos tiempos, nadie estaba seguro en los caminos y las noticias que llegaban del norte eran muy malas. Bandoleros y forajidos deambulaban por la campiña, donde hacían presa en aquellos que huían de las zonas en conflicto, y corrían rumores de que dentro de los bosques había cosas mucho más oscuras que

comenzaban a volverse inquietas. Brujas, aquelarres secretos, inmundos mutantes y bestias del Caos que caminaban en dos patas como los hombres; eran todas cosas dignas de ser temidas por las gentes del Imperio, y allí sucedía lo mismo. Los forasteros eran mirados con temor y desconfianza, en particular con los crecientes rumores de la horrible plaga que se propagaba como un incendio descontrolado por las ciudades pequeñas y las aldeas.

Pero más que esto, era un cazador de brujas, y su ocupación resultaba obvia. Su presencia inspiraba miedo y provocaba punzadas de culpabilidad en los inocentes.

Las charlas en voz baja recomenzaron cuando los bebedores y viajeros volvieron a sus reflexiones y conversaciones privadas, al tiempo que se echaban sobre el rostro capuchas y sombreros con el fin de no atraer la atención del cazador de brujas. Udo avanzó hacia la barra, se quitó el sombrero de ala ancha y lo dejó ante sí. Los que se encontraban cerca retrocedieron. Vio que un parroquiano intentaba ocultar dentro del abrigo una mano malformada que parecía una porra, y sacudió ligeramente la cabeza. Siempre era igual: cualquier desdichado que tuviera una discapacidad intentaba ocultarse a los ojos de un cazador de brujas por temor a ser procesado. Udo no tenía ningún interés en quemar tullidos ni personas afligidas por taras de nacimiento, pero podía entender el temor de aquellas gentes simples: había cazadores de brujas que estarían dispuestos a purificarlos mediante las llamas.

—¿Qué le puedo servir, amigo? —preguntó el posadero, que intentó ocultar el nerviosismo y fracasó. Era un hombre rechoncho, con globos oculares un poco demasiado prominentes que hacían que pareciera que se le salían de las órbitas y le conferían una expresión de sobresalto semejante a la de un pez. También parecía estar sudando en abundancia, aunque dentro de la sala no hacía excesivo calor. A Udo le cayó mal de inmediato.

—Una habitación. Una comida. Pero, en primer lugar —dijo—, quiero una bebida.

—Si no es mucha molestia, buen señor, querría ver vuestro dinero por adelantado —replicó el posadero, mientras se frotaba nerviosamente las manos húmedas—. No quiero ser descortés, pero estos son tiempos difíciles, y estoy seguro de que comprenderéis que sea reacio a servir a un

desconocido sin saber primero sí puede pagar. ¿Podéis hacerlo, señor? Pagar, quiero decir.

Udo posó sobre el hombrecillo una mirada colérica durante un momento, mientras fruncía los labios con disgusto. El posadero se movió con nerviosismo y sus ojos protuberantes fueron de izquierda a derecha. Udo se quitó el guante de cuero negro de una mano, dedo a dedo, y el hediondo posadero sudoroso dio un brinco cuando lo dejó de golpe sobre la barra. Sin dejar de mirarlo, Grunwald alzó una tintineante bolsa de cuero oscuro que llevaba al cinturón, y sacó de ella un par de monedas que dejó de golpe sobre la barra.

—¿Bastará con esto? —preguntó, burlón.

—¡Más que suficiente, gracioso señor! ¡Mas que suficiente! —dijo el posadero. Las monedas desaparecieron en un segundo, y le tendió una mano a Grunwald—. Soy Claus Fiedler, propietario de este establecimiento, y me complace tener a un caballero tan distinguido como vos bajo mi techo.

Udo contempló con desagrado la sudorosa mano que le ofrecía el posadero, e hizo caso omiso de ella.

—Tomaré ahora esa bebida —dijo.

—Pero, por supuesto que sí, señor. —Con entusiasmo, comenzó a llenar de cerveza una jarra mugrienta, sonriendo como un idiota, mientras el sudor le caía por la frente.

«No caigas dentro de mi cerveza», pensó Grunwald, al ver una gruesa gota de sudor que colgaba precariamente de la frente de Fiedler, sobre su jarra. Por suerte, no cayó, aunque la imagen ya había estropeado el placer que pudiera proporcionarle la bebida.

Recogió la jarra y le volvió la espalda al desagradable posadero. Probablemente era a aquel tipo a quien habían pillado con el burro, pensó.

Buscó un sitio aislado donde sentarse, dado que no tenía ganas de ponerse a hablar con nadie. En un rincón vio al enano con quien se había encontrado tres días antes, fumando la pipa con cazoleta en forma de cabezas de dragón. Se llamaba Thorrik, ¿verdad? Inclino la cabeza para saludar al robusto guerrero enano, que asintió con gesto solemne a modo de acuse de recibo. No le sorprendió volver a ver al enano, ya que esa era una de las pocas posadas que había en el camino que iba hacia el sudeste.

Udo se abrió paso entre la maloliente multitud de viajeros, granjeros y bebedores locales, y halló un banco retirado que había en un rincón oscuro, apartado de la masa de comensales. Dejó la cerveza sobre la mesa, se descolgó la ballesta que también fue a parar a la mesa con un golpe sordo, y desplazó el banco para que quedara contra la pared, dirigiendo miradas feroces a los parroquianos que chasqueaban la lengua y bufaban al ser empujados fuera del camino.

Se dejó caer en el asiento, con la espalda contra la pared, y giró la cabeza de un lado a otro para hacer crujir el dolorido cuello.

Se llevó la jarra a la boca y bebió un sorbito de prueba. Se trataba de una cerveza suave, pero no era mala, y tragó un buen sorbo.

Estaba dolorido y cansado, y suspiró al apoyar la dolorida espalda contra la pared. Después de librar la batalla junto al enano, había recuperado el dinero que había podido de los bandidos, y regresado al santuario sigmarita donde habían robado, con la intención de entregárselo al sacerdote. Había encontrado al sacerdote tendido en el suelo del sagrado santuario, salvajemente degollado, y con el cuerpo cosido a puñaladas. Durante dos días había buscado algún rastro de los asesinos, pero no había encontrado nada. Lo afligía haber fracasado en el descubrimiento de los culpables, y tras enterrar al sacerdote y poner el santuario en condiciones, había continuado su camino, un poco a regañadientes. Su maestro lo esperaba, y ya había desperdiciado bastante tiempo.

No pasó mucho tiempo antes de que el sudoroso Fiedler apareciera a su lado, para dejar un cuenco de humeante guiso gris ante él, junto con un trozo de pan. Tenía un aspecto increíblemente poco apetitoso, y lo removió con la cuchara. Fiedler permanecía a su lado, sonriendo como un idiota, obviamente esperando alguna reacción halagüeña ante la comida.

—Marchaos —dijo Udo, y el rechoncho posadero asintió con la cabeza y tartamudeó algo antes de volver tras la barra. Udo vio que le daba un golpe fuerte a uno de los sirvientes en la parte posterior de la cabeza.

—¡Fuera de mi camino! —oyó que gritaba Fiedler, cosa que provocó la risa de algunos de los clientes. Estaba claro que el sirviente era un inocentón, pues llevaba la cabeza ladeada y la mandíbula floja. Al apartarse del camino

de su patrón arrastrando los pies, Udo vio que tenía las piernas torcidas, cosa que le confería un paso saltarín poco agraciado.

Grunwald comió hasta hartarse, mojando el pan en el humeante guiso, que no era tan malo como parecía, aunque no pudo identificar los trozos de carne que llevaba. Decidió que probablemente era mejor que no supiera qué era.

Cuando acabó de comer, el inocentón acudió a saltos por entre el apiñamiento de gente a recoger el plato de Udo, el cual levantó de la mesa con la carnosa lengua asomando por un lado de la boca a causa de la concentración. En un instante, Fiedler estaba junto a él, y volvió a golpear la cabeza del sirviente, al tiempo que lo insultaba y le arrebatava el plato de las manos.

—Os pido perdón por él, señor, no está bien de la cabeza y no debería estar molestándoos —dijo, con tono de disculpa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Grunwald.

—Otto. Es el hijo idiota de mi difunta hermana —respondió, bajando la voz con tono de conspiración, como si le hablara a alguien que comprendería sus sentimientos—. Si no fuera de la familia, me lo habría quitado de encima hace años. Y eso todavía podría suceder, por el modo en que se conduce el inútil tullido. Molesta a los clientes —rio entre dientes para sí y tocó a Udo con un codo—. Y no podemos tolerar que los clientes como vos sean molestados por los que son como él, tanto si pertenecen a la familia como si no.

Grunwald miró a los ojos al repugnante tabernero.

—Tocadle una vez más os partiré la cara —declaró en voz baja. Fiedler palideció visiblemente. Sin hacerle el menor caso, Grunwald miró al sirviente que se encontraba, encogido, junto al tabernero—. Gracias, Otto.

El inocentón le dedicó una ancha sonrisa.

—Vuestra presencia me repugna, fétido hombrecillo —dijo Grunwald a Fiedler, que continuaba a su lado y que, a pesar de lo que acababa de decirle, no se marchó, así que Grunwald lo miró, con una ceja alzada—. Marchaos —añadió, lenta y amenazadoramente—. Ahora.

Udo suspiró. No ganaría nada con amenazar al hombre, salvo un escupitajo o algo peor en el plato si alguna vez volvía a comer allí. Pero no



volvería a comer allí, porque se marcharía antes del amanecer y comería por el camino. Aún le quedaba bastante distancia por recorrer, y cuando antes saliera de allí, mejor. Por un breve instante, consideró la posibilidad de pedir que le devolvieran el dinero y marcharse, dormir al raso por el camino, pero la promesa de un camastro era demasiado tentadora, aunque estuviera en un tugurio como la posada *Burro Ahorcado*.

Grunwald acababa de decidir que se retiraría temprano, cuando estalló una pelea al otro lado del salón. A un parroquiano le estrellaron la cabeza contra la mesa, lo que provocó que se le rompiera la nariz y dejara una mancha de sangre en la madera.

—No queremos tener más por aquí a los de tu clase —gritó un borracho fornido, natural del lugar, al tiempo que ponía rudamente de pie al hombre aturdido. Los amigos del matón intentaron calmarlo, pero él se sacudió de encima las manos con enojo.

—¡No! —bramó el borracho, que se balanceó adelante y atrás, con precario equilibrio a causa de la bebida. Le dio un puñetazo en el estómago al hombre, que se dobló por la mitad debido a la fuerza del golpe, y cayó al suelo.

—Vale, Rikard, ya basta —dijo Fiedler, que se acercó al borracho con las sudorosas manos tendidas ante sí.

—A ti ya te está bien —respondió el borracho, con voz pastosa—. Te estás engordando con el dinero de todos estos viajeros. A ti ya te está bien, pero a mí no —insistió, golpeándose el pecho—. Vienen aquí... y cualquiera de ellos podría traer la plaga. ¡Yo digo que no se les debería permitir más que vinieran aquí!

Una vigorosa aclamación ebria de más de la mitad de los parroquianos siguió a esta declaración. Los viajeros, muchos sentados con sus esposas e hijos con quienes habían huido de los estragos causados por la plaga y la guerra, miraron en torno con nerviosismo al sentir que la hostilidad del salón era dirigida contra ellos. Alentado, el aldeano borracho pateó con fuerza la cara del hombre caído.

—Yo digo que nos plantemos... nos aseguremos de que nadie pasará por aquí hasta que haya pasado mucho tiempo desde la desaparición de la plaga

—bramó, y le respondió otra vigorosa aclamación. Para reafirmar esta última declaración, volvió a patear al caído.

—Venga, Rikard, creo que ya has bebido bastante por esta noche. Vete a casa a dormir la mona, ¿eh? —dijo Fiedler, al tiempo que avanzaba otro cauteloso paso hacia el oscilante matón. El borracho se manoteó el cinturón y sacó un cuchillo de hoja corta con el que apuntó a la garganta del posadero.

—No te acerques más, o te destriparé como el cerdo que eres, Fiedler —gruñó, y luego inclinó la cabeza hacia el caído—. Voy a ahorcar a este cabrón. Correrá la voz, y los forasteros ya no pasarán por aquí. Recogedlo —les espetó a sus amigos, que de inmediato levantaron al hombre casi inconsciente y siguieron al borracho que salió al exterior con pesados pasos.

Se oyeron algunas aclamaciones dispersas y el sonido de sillas que echaban hacia atrás otros parroquianos al ponerse de pie para seguir al brutal trío, obviamente con la voluntad de presenciar el resultado de la confrontación.

Udo suspiró y se levantó. Depositó una moneda en la mano deformada del sirviente inocentón, Otto.

—No permitas que nadie toque mi ballesta —le advirtió—, y no le digas a tu tío que te he dado esta moneda —añadió. Otto le sonrió, y Udo atravesó a grandes zancadas la abarrotada taberna, apartando a la gente a empujones para seguir a los que salían.

En el exterior, el hombre golpeado se encontraba de rodillas en medio de la calle.

—¡Por favor, Sigmar, no! —Imploraba, con la cara bañada de lágrimas y sangre—. ¡Viajo para reunirme con mi esposa y mis hijos, en Averheim! ¡Los envié por delante! ¡Si me matáis a mí, también los matáis a ellos! ¡Por favor, no podéis hacer algo así!

Sin hacer caso de los ruegos, el borracho aferró al hombre por el pelo y le echó la cabeza atrás para asestarle el golpe mortal. La multitud rugía para pedir sangre.

Udo avanzó a grandes zancadas hasta el centro del círculo, apartando a la gente a empujones.

—Mata a ese hombre y serás el siguiente en morir —dijo. No habló en voz muy alta, pero el tono fue tan autoritario y amenazador que dio qué pensar a los aldeanos. Grunwald había desenfundado una de las ornamentadas pistolas que llevaba bajo la capa, y apuntaba con ella a la cabeza del borracho aspirante a asesino. Los rugidos se apagaron, y el caído alzó la mirada hacia él, con una desesperada esperanza en los ojos.

—¿Quién es este? —gruñó el borracho, agitando el cuchillo hacia la figura ataviada de negro de Grunwald, mientras sus ojos intentaban enfocar el cañón de la pistola que lo apuntaba.

—Grunwald —declaró Udo, en voz alta, con el timbre perfecto para lograr que se transmitiera a todos los que se hallaban reunidos en torno a ellos. Las siguientes palabras las dijo lenta y claramente, para que nadie las entendiera mal—: Udo Grunwald, cazador de brujas del Templo de Sigmar. —Se produjo un silencio repentino, y varios integrantes de la multitud comenzaron a alejarse poco a poco de él—. Y lo repito: Mata a ese hombre y serás el siguiente en morir. Eso te lo prometo.

Parpadeando pesadamente, el borracho miró a la multitud que lo rodeaba. Era fácil comprender qué estaba haciendo: estudiaba la reacción de los presentes para intentar determinar si acometerían al cazador de brujas en caso de que las cosas se pusieran más serias. Miró una vez más la pistola que lo apuntaba, y escupió una gran bola de flema al suelo, a los pies de Grunwald, antes de envainar el cuchillo.

—Esto no ha terminado —gruñó, para luego dar media vuelta y alejarse con pesados pasos vacilantes. Al marcharse hizo el gesto de patear otra vez al caído, y sonrió afectadamente al ver que el hombre se encogía. La multitud se disipó con rapidez. Al cabo de poco Grunwald se encontraba solo, salvo por el hombre contuso que le daba las gracias y lloraba. Le sorprendió ver al enano, Thorrik, de pie a pocos pasos de distancia, con el hacha en las manos.

—Pensaba que esta vez iba a tener que ser yo quien acudiera en vuestro auxilio —dijo, con voz grave.

—Me alegra que hayan entrado en razón y no fuera necesario —replicó Grunwald, con tono sombrío.

—¡Bah! Ese humano tenía mirada asesina. Pero pienso que le pareció razonable no discutir con una pistola cargada, aunque sea un arma de pésima calidad hecha por las torpes manos de los hombres.

Grunwald soltó un bufido.

—Venid —dijo, mientras ambos iban camino de vuelta a la posada y ayudaban al herido a entrar—. Os invito a una copa.

Vieron a Fiedler de pie en la puerta, donde se retorció nerviosamente las manos.

—Ocupaos de que lleven a este hombre a una habitación y curen sus heridas. Si no recibe una buena atención, os haré personalmente responsable de ello —le dijo Udo. La cara del tabernero palideció, pero asintió con la cabeza y ayudó al hombre a entrar.

—Repugnante troll —comentó Thorrik, con el rostro fruncido como si hubiera pisado algo asqueroso.

—Es un poco injusto, tal vez —dijo Grunwald, con dulzura—. Con los trolls, quiero decir.

El enano miró seriamente a Udo durante un momento antes de que sus ojos se fruncieran con expresión humorística, y soltó una carcajada gutural.

—Sí —dijo—. Puede que tengáis razón.

\* \* \*

Annaliese se detuvo a descansar durante un momento, con una mano apoyada en un árbol, respirando trabajosamente. Aunque hacía un frío gélido, el pesado abrigo forrado de pieles la hacía sudar. Miró hacia arriba por la empinada cuesta en la que se encontraba de pie el elfo, con el rostro vuelto hacia atrás para mirarla. Le hizo un gesto brusco para que continuara, y ella se armó de valor para el ascenso.

Siempre se había enorgullecido de su buena forma física. Hacía regularmente turnos de catorce horas en la Espiga Dorada, donde pasaba todo el día de pie transportando bandejas de comida de la cocina al salón y de vuelta, y limpiaba al final del día, pero nunca se había sentido tan

exhausta como en los últimos dos días. Sabía que el elfo se sentía frustrado porque viajaban demasiado lentamente. Su resistencia era asombrosa; no le habría sorprendido que fuera capaz de correr durante varios días seguidos sin ralentizar. También se movía en enervante silencio, y en varias ocasiones la había sobresaltado al aparecer a su lado cuando ella pensaba que estaba sola.

No tenía ni idea de adónde la llevaba el elfo, pero se mostraba insistente y parecía saber con total exactitud adónde iban. Daba la impresión de que no sabía, o no quería, hablar una sola palabra de Reikspiel, y aunque ella lo había interrogado respecto al lugar de destino, el silencio era su única respuesta.

Estaban adentrándose en el Westenholz mucho más de lo que Annaliese se había aventurado jamás, y en verdad era posible que ya se encontraran allende ese bosque, en territorio desconocido. Aquellos bosques eran peligrosos, refugio de bandidos, bestias salvajes y cosas peores.

Rememoro las palabras del carcelero de la aldea, que había dicho que aquel elfo era uno de los que habían asesinado a la familia en el camino. ¿Acaso ahora sería su cautiva? No le había atado los brazos, y en realidad la había salvado del mutante en la plaza del pueblo. Se estremeció. Todo lo que le había sucedido parecía irreal, como una pesadilla. Pero era todo demasiado real.

Habían estado viajando en silencio durante una noche y un día, con la impaciencia del elfo claramente manifiesta en su inhumano rostro. No obstante, le permitía que se detuviera a descansar siempre que lo necesitaba, y le daba comida: unas extrañas galletas planas y sabrosas que la saciaban al instante.

¿Sería su esclava, ahora? ¿Se aprovecharía de ella cuando juzgara que estaban lo bastante lejos de la aldea como para no ser perseguidos? La noche anterior había decidido que no dormiría, sino que esperaría hasta que el elfo se durmiera para luego escapar de él. Ese plan había quedado en nada, porque se había sumido en un profundo sueño inquieto. La habían atormentado pesadillas horribles en las que veía la cara de su padre, contorsionada y sonriente con ardientes globos azules donde debería haber

tenido los ojos. Cuando finalmente había despertado, el elfo ya estaba levantado y la esperaba.

«Esta noche —pensó—. Esta noche escaparé de él».

Recobrado el aliento, comenzó a trepar por la cuesta, resbalando en la oscura tierra húmeda, con los músculos de las piernas doloridos. Al acercarse al elfo de pálida piel, alzó la cabeza para mirarlo a los ojos con expresión desafiante. Los duros y fríos ojos color espliego de él le sostuvieron la mirada durante un momento antes de alzar el puntiagudo mentón con un rápido gesto para indicarle que continuara subiendo.

Era alto, más alto incluso que el padre de ella aunque inhumanamente delgado. Pero no era débil, decidió. No, ni remotamente débil. Era delgado y nervudo, como un lobo ágil, y hasta el último de sus movimientos era perfectamente equilibrado y elegante. En él había una aspereza que hacía que cada uno de sus gestos pareciera cargado de amargura, y ella se sobresaltaba con frecuencia ante aquellos movimientos veloces y bruscos.

Iba vestido con suave cuero gris llevaba un par de finas vainas vacías sujetas a los muslos, y dos aljabas vacías a la espalda. Era evidente que los soldados le habían arrebatado las armas. Aun así, no parecía ni un ápice menos peligroso por estar desarmado.

Sus ojos parecían burlarse de ella, comentar su fragilidad. Annaliese estaba decidida a no demostrar debilidad frente a él.

Con la cabeza bien alta paso ante el elfo y continuo ascendiendo por la cuesta, intentando no hacer caso del dolor de piernas.

Ascendió hasta la cima de la elevación y comenzó a avanzar a lo largo de la cresta. Sumida en su propia desdicha, camino durante un buen rato hasta que sintió una mano sobre un hombro, y profirió una involuntaria exclamación ahogada.

Era el elfo, por supuesto, y Annaliese se maldijo por demostrar miedo.

Él señaló hacia el sotobosque, pero ella no vio nada. Se encogió de hombros al tiempo que fruncía el ceño, y el elfo respondió con una leve sacudida desdeñosa de la cabeza, antes de indicarle que lo siguiera.

Recorrieron unos treinta metros a través de helechos, hacia un vetusto y retorcido roble ante el cual se detuvo el elfo. Se quitó la larga capa gris con un veloz movimiento y la echo sobre una rama baja donde la sujeto con

simples tientos de cuero, para luego fijar las esquinas de la capa al suelo mediante ramitas que usó como improvisadas estacas. Sólo había tardado unos segundos, pero había hecho un refugio unipersonal básico aunque muy efectivo. Le indicó a ella que se sentara bajo la capa, pero ella se quedó donde estaba, mirándolo con hostilidad.

Pasado un momento, él se encogió de hombros, arranco del húmedo suelo las ramitas que había usado como estacas, y se echo la capa sobre los hombros para luego ponerse la capucha de modo que la cara quedara casi oculta en sus profundidades, con los ojos destellantes.

Un momento después comenzó a caer aguanieve una cortina de lluvia gélida. El agua resbalaba sobre la capucha del elfo como si fuera aceite, y Annaliese se cerró mas el abrigo Creyó ver un destello divertido en los ojos del elfo, y alzó mucho la cabeza, con la boca apretada en una línea severa.

El elfo la señaló con un dedo, y luego señaló el suelo. Estaba indicándole que se quedara allí. Repitió la acción y ella asintió con la cabeza.

Entonces él se marchó, deslizándose entre los árboles como una sombra. Al cabo de un instante había desaparecido.

Ella sabía que aquella era la oportunidad para escapar, pero no tenía ni idea de dónde estaba, ni sabía si había más de aquellos monstruos merodeando por las inmediaciones. Aquellos densos bosques estaban plagados de forajidos y asesinos. Incluso había quienes afirmaban haber visto criaturas enormes con cuernos en la bestial cabeza y que caminaban como hombres, pero con patas rematadas por pezuñas. En los cuentos que había oído de niña se decía que esos bosques estaban encantados por los criminales ahorcados en su periferia, y que caminaban entre los árboles en medio de la noche, buscando vivos. Los miedos de la infancia despertaron en su interior.

Si moría allí, nadie la lloraría.

Se estremeció una vez más y se agachó al socaire del retorcido roble, para intentar protegerse del cortante viento y la implacable aguanieve. Metió las manos dentro de las mangas del abrigo para calentárselas. Se dio cuenta de que no tenía adónde huir, y por su rostro corrieron lágrimas que se hicieron invisibles en la gélida lluvia que le mojaba la cara.

Se preguntó cómo había llegado a encontrarse en esa situación. Tenía las piernas rígidas y doloridas, y se encontraba sentada sobre una raíz retorcida, sin preocuparse del fango. Se recostó contra el tronco y se rodeó el torso fuertemente con los brazos. A pesar del viento, del aguanieve que azotaba el árbol y de la postura incómoda, se quedó dormida en pocos instantes.

Annaliese despertó con el delicioso aroma de la carne asada. El viento y la lluvia habían cesado, y caído la noche.

Se sentó. Estaba dolorida a causa de la incómoda postura en que había dormido. Se puso de pie y se desperezó como un gato para estirar los fríos músculos entumecidos. Vio al elfo ocupado ante un pequeño fuego sin humo hecho dentro de un pozo cavado en la tierra. Estaba cocinando lo que parecían dos objetos verdes de forma esférica, pero el olor que se desprendía de ellos era divino.

Los hizo rodar elegantemente con un par de palitos para sacarlos del fuego y colocarlos sobre un par de piedras planas.

Le hizo a la joven un gesto para que se acercara, y ella lo hizo con cautela. Dejó una de las piedras planas junto a Annaliese, y luego se sentó frente a ella, al otro lado del pequeño pozo relumbrante.

Ella se sentó sobre un tronco caído y miró la comida, intrigada. Miró al otro lado de las resplandecientes brasas y observó cómo el elfo separaba diestramente la envoltura verde con un palito y una mano. Del interior se alzó una nube de vapor que manó con un suspiro. Al sentir que lo miraba, los ojos de almendrada forma de él se alzaron, y ella se apresuró a bajar la vista hacia la comida que tenía delante.

Vio que la bola verde era una serie de hojas cuidadosamente entretejidas y superpuestas para formar un contenedor esférico. Era hermosa en su simplicidad y en el obvio cuidado que se había invertido en formarla. Ella la abrió con una mano y un palito, intentando emular los diestros movimientos del elfo, y del interior manó un vapor que contenía el aroma del conejo y de toda clase de hierbas, muchas de las cuales no reconoció.

El estómago le protestó sonoramente, pero ella vaciló. El elfo mordisqueaba delicadamente su ración mientras la observaba. ¿Y si la carne estaba envenenada?, pensó ella. «Entonces, morirás, pero al menos lo harás con una comida caliente en la barriga», se respondió.



Probó un trocito de conejo para ver qué tal estaba. Era exquisito, y le dedicó una tímida sonrisa al elfo antes de ponerse, a comer vorazmente. El elfo la observaba fríamente, pero a ella no le importaba.

Después se dio cuenta de que debió parecerle una bárbara voraz debido a la rapidez con que devoró la deliciosa comida. Mientras se chupaba los dedos, se encontró mirando fijamente al elfo por encima de las relumbrantes ascuas.

Llevaba el largo pelo negro peinado hacia atrás y recogido en una apretada cola de caballo, y tenía un fino tatuaje negro en una mejilla, que mostraba extraños símbolos de líneas en espiral y florituras elegantemente ahusadas. Era un dibujo bello y que transmitía poder, y ella se preguntó qué significaba. El elfo comía con lentitud, arrancando delicadamente trocitos con sus largos dedos pálidos que, por alguna misteriosa razón, a ella le recordaban las patas de una araña: delicados, de movimientos medidos que ocultaban su mortífero poder.

Annaliese apartó la mirada con rapidez. En el elfo había algo escalofriante. Le tenía miedo, de eso no había duda; todo en él era tan... inhumano. Sin embargo, a pesar del miedo, sentía curiosidad.

—Yo... —comenzó Annaliese, y se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué decirle—. No creo que puedas entenderme —dijo, y él la miró fijo e inexpresivamente.

—¿Mataste a esa familia? ¿Asesinaste a esas pobres niñas? —preguntó—. ¿Y vas a matarme a mí también?

El elfo se encogió de hombros y se levantó para rodear el fuego hacia la muchacha. Annaliese retrocedió. Él se acuclilló ante ella y le tendió las manos. Al bajar los ojos, la joven vio que le ofrecía su comida, que aún no había acabado. De repente, se sintió estúpida. Y un rubor invadió su rostro ligeramente pecoso. Sacudió la cabeza. Él volvió a ofrecerle su comida, con rostro inexpresivo, y esta vez ella la aceptó. Al recibirla le tocó las manos, que aunque parecían tan frías y duras como el más blanco de los mármoles, eran tibias y suaves.

Volvió a sonrojarse, y comenzó a comer mientras él se alejaba. Cuando hubo acabado esta segunda comida, intentó otra vez hablar con él.

—Gracias por la comida —dijo. Se sintió un poco tonta por hablarle a aquella silenciosa figura altiva; era como hablar con una lisa pared de piedra. Pero estaba decidida a intentar comunicarse. El impassible rostro blanco y fantasmal de él no mostraba el más leve indicio de qué estaba pensando.

Ella se señaló el pecho.

—Annaliese. Annaliese —repitió. Luego señaló al elfo y alzó las cejas con expresión interrogativa. Él no hizo el más leve movimiento; simplemente continuó mirándola fijamente con sus ojos color espliego.

—Annaliese —dijo, una vez más, dándose golpecitos en el pecho. Volvió a señalarlo a él e hizo un gesto interrogativo. «Probablemente piensa que he perdido la razón», pensó. Él la miró fijamente durante un rato más, y luego comenzó a girar la cabeza.

De inmediato se volvió otra vez hacia ella y se dio golpecitos en el pecho.

—Eldanair Lathalos ath Laralemenos lo Nagarythe —dijo con susurrante voz y cuidadosa enunciación, las palabras bruscas y pronunciadas con rapidez.

Annaliese lo miró fijamente. No había entendido nada de lo que acababa de decirle, y eso se manifestaba en la expresión de su rostro.

El elfo parpadeó, y luego habló más lentamente mientras se tocaba el pecho.

—Eldanair —dijo, y luego le volvió la espalda.

—Eldanair —dijo Annaliese en voz baja, para sí, escuchando el sonido del nombre al salir por sus labios. El modo en que ella lo dijo no tenía el mismo sonido que cuando el elfo había pronunciado la palabra, pero al menos ahora sabía su nombre. Era un comienzo.

# CINCO

La oscura bodega era un baño de sangre.

Los hombres yacían desmadejados sobre el áspero suelo de adoquines, gimiendo en su agonía mientras la sangre manaba por sus fatales heridas. El hedor de los muertos y agonizantes era abrumador. Se oían gritos y maldiciones, el tintineo del acero contra el acero, el escalofriante sonido de las espadas que hendían carne.

Una voz atronadora se alzó por encima del estruendo.

—¡Sin clemencia! ¡No permitáis que ninguno salga de aquí con vida!

Por la escalera bajaron más soldados con las espadas desnudas. Vestían los negros jubones acuchillados de Nuln, y llevaban espadas y rodelas, ya que sus más tradicionales alabardas habrían sido casi inútiles en aquel reducido espacio.

No resultaba difícil identificar a los enemigos en medio de la frenética refriega, porque llevaban largos ropones de seda de color azul, amarillo y púrpura. Habían sacado armas propias, y una vez que se dieron cuenta de que no tendrían escapatoria posible, comenzaron a luchar con un frenesí y una ausencia de instinto de conservación que resultaban desalentadores incluso para los soldados más endurecidos, ya que peleaban como animales rabiosos acorralados.

—¡Grunwald! ¡Conmigo! —gritó la voz atronadora.

El fornido sargento sin afeitar disparó una flecha con la ballesta. El proyectil se clavó en la frente de uno de los miembros del aquelarre, que cayó de espaldas, muerto.

—Ya lo habéis oído —rugió Udo Grunwald, al tiempo que arrojaba a un lado la ballesta y sacaba la pesada maza con rebordes que llevaba al cinturón—. ¡Avanzad! ¡Acabemos ya con esto!

Con un rugido, encabezó la carga de los soldados vestidos de negro hacia la refriega. Apartó de sí una espada con un golpe de la pesada arma, y con el golpe de retorno estrelló la cabeza de la maza contra la cara de un adorador del Caos, a quien le destrozó la mandíbula inferior en una lluvia de sangre y dientes.

Otro cayó con el estómago atravesado por una espada, y Grunwald le dio una salvaje patada en la cabeza en el momento en que caía. Una espada le abrió un tajo en un hombro, y él hizo una mueca de dolor, antes de destrozarse el cerebro del atacante a quien los rebordes de la pesada maza le hicieron pedazos el cráneo.

Oyó una sarta de palabras vociferadas; frases chilladas en un idioma que desconocía.

Mientras sorbía por entre los dientes a causa del dolor del hombro, vio la muy alta figura cubierta por la negra capa del cazador de brujas Stoebar que batallaba contra un trío de atacantes. Espadachín consumado, su sable avanzó veloz como el rayo para degollar al primero, y retrocedió a la velocidad suficiente como para bloquear el tajo letal de otro enemigo, que lo habría destripado.

—¡Conmigo! —gritó Grunwald, y se abrió paso empujando a través de la apretada masa de cuerpos, en dirección al cazador de brujas, mientras su maza destrozaba hombros y partía extremidades.

El soldado que avanzaba a su izquierda murió al atravesarle la garganta una lanza, y otro que tenía a la derecha cayó cuando un cuchillo se le clavó en un muslo. Aun así, el peso de los soldados apartó hacia los lados a los adoradores del Caos que gruñían, derribándolos al suelo y clavando las espadas en sus cuerpos tendidos.

Una ola de revulsión y náusea pasó por encima de ellos, y Grunwald dio un traspié. Oyó una voz que salmodiaba en un idioma atroz, y sintió que el estómago se le contraía con fuerza, dolorosamente.

La voz del cazador de brujas volvió a resonar.

—¡Sigmar, danos fuerzas!

Grunwald sintió que disminuía el dolor de su interior, y al abrir los ojos que tenía fuertemente cerrados vio una figura que estaba de pie sobre una plataforma, con los brazos alzados por encima de la cabeza, en el momento en que su salmodia alcanzaba un *crescendo*.

El cazador de brujas Stoebar acabó con el último de sus oponentes y subió a saltos por los escalones hacia la figura, con Grunwald dando traspiés detrás de sí.

Con un grito que hería los oídos a causa de su intensidad, la figura concluyó el encantamiento y dejó caer los brazos a los lados. Un cuello alto de plumas iridiscentes enmarcaba la parte inferior de la cabeza del fanático. Iba desnudo hasta la cintura, y le habían pintado esmeradamente dibujos azules en forma de espiral en la piel. Grunwald vio que los dibujos comenzaban a moverse, a rotar en sentido circular, para tejer nuevos dibujos y símbolos sobre la piel del fanático.

Con un rugido de odio y repugnancia puros, Stoebar alzó su sable de larga hoja por encima de los hombros al acercarse al jefe del aquelarre, y la hoja destelló al salir velozmente hacia la garganta de la inmóvil figura.

En el sótano, los últimos adoradores del Caos morían, y los soldados del estado de Nuln avanzaron hacia la plataforma, aferrando con fuerza sus armas ensangrentadas al ver caer el terrible tajo.

Unos quince centímetros antes de que la espada llegara a la carne, fue detenida. El arma del cazador de brujas se inmovilizó en medio del aire, y a Stoebar se le escapó una exclamación ahogada al esforzarse por intentar que la espada acabara de descender.

Entonces el fanático alzó la cabeza, con fuego azul destellándole en los ojos y una sonrisa en los labios.

El aire que rodeaba al brujo parecía rielar como por efecto de una ola de intenso calor, y la piel se le abultaba de manera antinatural, como si dentro tuviera cosas que intentaban escapar. Una línea de púas curvadas hacia atrás le brotó a través de la piel de los antebrazos para formar una mortífera cadena de cuernos, y sus manos se extendieron en largas zarpas crueles, como las de un águila mutante. Por todo el cuerpo del fanático se abrieron bocas que comenzaron a gritar en lenguas obscenas, desgarrándole los músculos y la piel. Algunas estaban llenas de dientes como agujas y provistas

de una larga lengua sinuosa rematada de espinas, mientras que otras eran poco más que picos óseos llenos de diminutos dientes acabados en punta de flecha.

Stoebar parecía incapaz de moverse, y la criatura extendió las manos para aferrarlo por los hombros. De los puntos donde se clavaron las garras del fanático poseído por un demonio manó sangre, y la criatura lo acercó más a su monstruoso, demencial cuerpo.

Luego, mediante pura fuerza mental, la abominación del Caos rajo el pecho del cazador de brujas hasta abrirlo. Como si les asestaran tajos con cuchillos invisibles la ropa y la armadura del hombre fueron cortadas docenas de veces, y la carne fue convertida en sangrientos jirones. Las costillas se le partieron cuando unas manos invisibles abrieron su caja torácica para dejar a la vista los palpitantes órganos del interior. El corazón estalló y lo salpicó todo de sangre, y el cazador de brujas muerto fue lanzado al otro lado de la estancia, lejos del fanático poseído por el demonio, para caer en desmadejado y sangriento montón a los pies de Grunwald.

En los ojos del demonio ardía el fuego, y entonces abrió la boca desmesuradamente y dejó a la vista una doble hilera de afilados dientes. Alzo ante sí una pálida mano provista de garras la cual comenzó a relumbrar con ardiente luz, como si los fuegos del sol se encendieran dentro de su carne.

Grunwald se inclinó y aferró el icono de Sigmar que el cazador de brujas muerto llevaba envuelto en torno a una mano un símbolo de bronce con la forma del sagrado martillo de guerra de Sigmar, *Ghal-Maraz*. Estaba tan caliente que quemaba. Lo alzo en el aire, cogido por la cadena, y sintió que el calor que radiaba del sagrado símbolo se multiplicaba por diez. Una luz cegadora manó del icono del martillo cuando Grunwald invocó a gritos la ayuda del dios guerrero.

Pero fue aquí donde el sueño tomó una senda divergente de lo que había sucedido aquella noche del pasado. Cinco años antes, el símbolo había hecho retroceder a la criatura, y ganado tiempo para que los soldados la acometieran y al matar el cuerpo terrenal del demonio, lo enviaran entre alaridos, de vuelta a su propio plano de existencia.

Pero esa noche no sucedió lo mismo.

No, en el sueño de Grunwald, el demonio se limitó a reírse de él y burlarse de su lastimosa, débil fe. Continuo matando hasta que solo Grunwald quedó con vida e inmovilizado en el sitio. Y entonces el demonio comenzó a desgarrarle la piel con zarpas invisibles. Sintió que le abrían la caja torácica, y oyó el primer crujido al partirse los huesos.

Despertó, con un grito ahogado, y se sentó en la cama empapada de sudor. El dolor del pecho se demoró durante un momento.

Fue entonces cuando reparo en el humo.

Maldiciendo se levanto de un salto al tiempo que apartaba bruscamente la ropa de cama. Avanzó rápidamente hasta la puerta, le quitó el cerrojo y la abrió de par en par. Salió al balcón interno que daba sobre el salón. Estaba inundado de espeso humo, y vio el resplandor de las llamas.

—¡Fuego! —rugió. En su vida pasada, antes de hacerse cazador de brujas, había sido sargento del ejército estatal de Nuln, y estaba muy habituado a gritar con la potencia y la autoridad suficientes como para que sus órdenes fueran oídas y obedecidas en el fragor de la batalla—. ¡Fuego! —rugió una vez más y la gente comenzó a salir de las habitaciones, dando traspiés.

Vio que Thorrik pateaba violentamente su puerta. El enano llevaba puesta la armadura y blandía el hacha con una mano, con el escudo en el otro brazo.

Grunwald volvió corriendo al interior de su habitación, donde se puso precipitadamente las botas y el cinturón, y al instante sintió que tenía un mayor control con las armas al costado. Cargó sus pertenencias en brazos y abandono el dormitorio con rapidez. Ahora estaban desocupándose todas las habitaciones, y se oían gritos y lamentos de la gente que intentaba huir del creciente infierno. El calor y el humo lo hicieron sentir mareado.

Vio el aterrorizado, pálido rostro de Fiedler cuando el rechoncho hombre pasó corriendo ante él, en ropa de dormir.

Los ocupantes salieron dando traspiés por la puerta principal y se desplegaron por la fría calle exterior, con Grunwald y Thorrik entre ellos. El *Burro Ahorcado* se había incendiado, y las llamas ascendían lamiendo la vieja estructura torcida. Varias personas realizaban ineficaces intentos de

apagar el incendio con cubos de agua que arrojaban contra la madera y con mantas con las que golpeaban las llamas.

En la calle principal a la que daba la entrada, había un grupo de hombres que llevaban reas encendidas en las manos. El borracho al que Grunwald le había impedido matar al hombre inocente en un momento anterior de esa misma noche, se encontraba en medio del grupo, con el cuchillo en una mano y una antorcha encendida en la otra. Resultaba evidente que los hombres habían continuado bebiendo, y que ahora habían ingerido el alcohol suficiente como para infundirse el valor necesario para acabar lo que habían empezado, según conjeturó Grunwald.

—¿Que habéis hecho? —se lamentó Fiedler.

—Cállate, gusano —gritó uno de los hombres—. ¡Es tu maldita posada la que atrae aquí a la gente!

—¡Traédmelo aquí! —gritó el instigador de aquellos actos violentos—. ¡Tengo que acabar lo que he empezado!

Grunwald, que llevaba los tirantes de los pantalones colgando y cuya camisa desabotonada dejaba ver su torso cubierto de cicatrices, avanzó a grandes zancadas hacia el grupo con la cuadrada mandíbula proyectada hacia delante.

Cuando estaba a diez pasos de distancia; sacó la pistola de la funda del cinturón, y, sin pronunciar una sola palabra, le pegó un tiro en la cabeza al alborotador. La detonación fue ensordecedora, y la sangre, los trocitos de cráneo y los sesos salpicaron a los aldeanos borrachos reunidos, que se quedaron petrificados a causa de la conmoción.

Grunwald enfundó la humeante pistola, sacó la maza de pesada cabeza y se enfrentó con los restantes diez hombres.

—¡Bastardo! —gruñó uno de ellos, un joven al que Udo reconoció por haberlo visto antes, esa noche. Le arrojó la llameante antorcha al cazador de brujas, y cargó hacia él, cuchillo en mano.

Grunwald se inclinó para dejar pasar de largo la antorcha, y avanzó para enfrentarse con el hombre. Con mi ágil paso lateral evitó la torpe puñalada ebria del hombre, y le descargó la maza sobre la cabeza, derribándolo sin que prohiriera un solo sonido. Los otros sopesaron sus armas, con expresión colérica y malvada en el rostro, y Udo comprendió que tenía serios



problemas. Una atronadora voz bronca detuvo a los hombres antes de que pudieran lanzarse al ataque.

—Es un buen día para morir, humanos —gruñó Thorrik—. Dad un paso adelante para ver si ha llegado vuestra hora.

El enano avanzó pesadamente para detenerse junto a Grunwald, y el cazador de brujas vio que estaba ataviado con toda la armadura, como preparado para la guerra. Llevaba el pesado escudo circular de metal en el brazo derecho, y su cabeza estaba totalmente encerrada en un yelmo moldeado y trabajado para que representara una estilizada cara de enano. Sus ojos destellaban peligrosamente en el interior, y su pesada hacha de mango corto estaba alzada por encima de un hombro, preparada para descargar un tajo contra el primer hombre que se le pudiera al alcance.

Parecía absolutamente invulnerable, ya que en él no había ni un centímetro de piel expuesta. Udo tuvo que admitir que era una presencia intimidante a pesar de su estatura.

Los hombres permanecían como clavados en el sitio, con la indecisión manifiesta en el rostro. Ninguno de ellos quería morir allí. Percibió el cambio de estado anímico que se operaba en ellos.

—Vosotros dos —vociferó, señalando bruscamente a un par de hombres a los que hizo dar un salto—. Recoged a este amigo vuestro y llevadlo a casa. Está vivo, pero podría tener el cráneo fracturado. Y vosotros dos —añadió, al tiempo que señalaba a otro par—, ocupaos de que vuestro amigo muerto sea enterrado. El resto de vosotros, id a ayudar en la extinción de ese incendio.

Su voz era autoritaria, no daba pie a discusiones, y los hombres reaccionaron al instante, ya extinguidas en ellos las ganas de pelea.

—Barbasnuevas —se mofó Thorrik, con la voz apagada tras el grueso metal del casco que le cubría completamente la cara.

—En efecto —dijo Grunwald, que por el tono de voz del enano dedujo que la palabra era un insulto. Regresó al lugar en que había dejado sus pertenencias, aunque con pasos más cortos para permitir que el enano caminara a su lado haciendo entrechocar la armadura. Se abotonó la camisa y se pasó los tirantes por encima de los hombros.

Los aldeanos batallaban contra las llamas, aunque resultaba imposible saber si estaban ganando. Udo vio al posadero retorciéndose las manos y saltando de un pie a otro, haciendo poco por cooperar.

Los dos ayudaron a los aldeanos, Grunwald organizándolos en grupos de trabajo para luchar contra el incendio de modo más eficiente, y cuando la aurora comenzaba a iluminar el cielo, el último foco fue extinguido. Las llamas habían devorado la cocina y una buena parte del área común, y el exterior estaba ennegrecido, pero la estructura había quedado más o menos intacta, aunque indudablemente requeriría meses de trabajo para repararla.

Grunwald tenía la cara ennegrecida por el hollín. Se acercó a Thorrik, que estaba sentado en la escalera de entrada, fumando su pipa.

—Me marchó —dijo.

—Sí, parece un buen plan. Ya he tenido bastante de este apestoso lugar —alzó una colérica mirada hacia la ennegrecida posada—. Esa es la consecuencia de construir con madera —señaló—. Para lo único que sirve la madera es para quemar. Construye algo con piedra y se mantendrá en pie durante generaciones.

—Puedo ver el mérito de lo que dices —comentó Grunwald.

—¿Sabes? No os entiendo, a los humanos —declaró el enano, mientras alzaba los ojos hacia el cielo cada vez más claro.

—¿Ah, no?

—Vuestro Imperio está en guerra, y vuestra gente sufre hambre y plaga, y aun así lucháis entre vosotros. ¿No tenéis ni el más leve rastro de honor?

Grunwald pensó el asunto durante un momento, y se encogió de hombros.

—Demasiado poco, en estos tiempos, al parecer. Sin embargo, no nos juzgues a todos por los actos de los débiles y los cobardes.

—No os entiendo, a los humanos —repitió Thorrik—. No sé si lo lograré alguna vez..., y me alegraré de eso.

Se puso de pie y se aseguró de que su mochila estuviera bien cerrada. Con respetuoso cuidado ajustó las correas de cuero que sujetaban sobre la mochila el alargado objeto envuelto en hule, y luego ató el escudo sobre él, para protegerlo.

—¿Qué es eso que llevas? —preguntó Udo, cuando el enano levantaba la mochila de pesado aspecto y se la colgaba de los hombros.

—Nada que te importe —replicó el enano con brusquedad, mientras se encasquetaba el yelmo—. Los humanos siempre estáis queriendo enteraros de los asuntos de todo el mundo —dijo su voz, apagada por el grueso metal del yelmo, Udo reparo en que este tema incluso un estilizado bigote metálico. El casco por sí solo ya debía de valer una fortuna, con todos los intrincados labrados que lo bordeaban, incrustados de bronce, y mucho más la armadura.

Udo volvió a encogerse de hombros y Thorrik comenzó a alejarse, dejando profundas huellas en el suelo fangoso. Avanzó diez pasos antes de detenerse y volverse a mirar al cazador de brujas.

—Hacia dónde vas —pregunto con tono malhumorado.

—Regreso al templo para pedir el consejo de mis superiores. Esta cerca del paso del Fuego Negro.

El enano bufó a modo de respuesta.

—Bueno, vamos, entonces —dijo, al fin—. También yo voy hacia Fuego Negro.

\* \* \*

Eldanair se arrodilló en el sotobosque. Posó una mano sobre el suelo, y leyó los signos con cuidado y precisión. Ni siquiera un bosquimano entrenado habría visto nada allí, pero para el elfo el suelo era como un libro abierto cuyas historias podía leer sin esfuerzo alguno. Los que habían dejado los rastros no eran torpes; de hecho, exhibían una destreza que le resultaba sorprendente, al hallarse tan lejos de Ulthuan. Ningún humano podía moverse por un bosque y dejar un rastro tan débil de su paso, así que su inquietud aumentó. Aquella no era la marca de uno de los de su grupo, y no tenía conocimiento de ningún otro Azur que se moviera por la zona, pero no podía librarse de la creencia de que aquel era el rastro de alguien de su raza. Distraídamente, se metió un mechón de pelo detrás de una de sus

puntiagudas orejas, con las cejas fruncidas de concentración en la ebúrnea frente.

La mujer humana, Annaliese, se encontraba de pie detrás de él, y lo observaba con interés. Demostraba temple, aquella mujer, aunque para él, sus movimientos eran dolorosamente torpes, lentos y ruidosos. Había retrasado considerablemente el avance del elfo, pero él se había jurado mantenerla a salvo, y en ese momento el lugar más seguro para ella era con el pueblo élfico. El vidente sabía mejor qué hacer con ella.

Continuó adelante, avanzando silenciosamente entre los árboles. Volvió a detenerse y tocó la fría tierra con los dedos. Se los llevó a la nariz y los olió delicadamente. Su preocupación aumentó.

Estos no eran rastros humanos, ahora ya estaba seguro de ello. Tampoco los había dejado ninguna de las inmundas criaturas que existían en los oscuros bosques siniestros que rodeaban el Imperio.

Tras instar a Annaliese a que se diera prisa, comenzó a correr con paso leve por entre los árboles. Veloz y silencioso, saltaba por encima de troncos caídos y se agachaba para pasar por debajo de las ramas bajas, sin dejar rastro alguno de su paso. Había dominado el arte hacía décadas, y ahora no rompía ni siquiera una hoja de hierba con sus leves pasos. Nadie podría seguirle la pista.

Sin embargo, no podía decirse lo mismo de la mujer humana. Avanzaba destrozándolo todo tras él, que a menudo tenía que detenerse para no dejarla atrás. Sacudía ligeramente la cabeza al oír el estruendo que ella hacía al destrozor tallos y ramitas con sus pesados pasos. Se volvía bruscamente a mirarla, con la irritación y la impaciencia destellando en los ojos, y ella alzaba hacia él una mirada de disculpa. Sabía que era injusto reprochárselo, pero eso no hacía que resultara más fácil aceptar su inepta torpeza.

Continuó adelante durante tres horas, sin dejarle a Annaliese mucho tiempo para recuperar el aliento. No podía explicarle lo que temía que presagiaran aquellos rastros, pero ella parecía entender su necesidad de premura. Aún estaba confundido por los rastros, pero en el estómago se le había asentado una sensación profundamente inquietante.

Se maldijo por estúpido. Si la patrulla de elfos había sido víctima de una emboscada, sabía que él, y sólo él, era culpable de eso, y que llevaría esa

carga sobre los hombros. Si no hubiera corrido a ayudar a la niña humana, nada de esto habría sucedido.

Su mente rememoró los funestos acontecimientos. Aún le escocía la vergüenza por su captura.

Había estado explorando un amplio radio por delante del senthanos que avanzaba. El grupo estaba compuesto por una docena de miembros del pueblo Azur, encabezados por un poderoso vidente. Eldanair era el explorador del senthanos, su Guerrero Sombra, y tenía el deber de asegurarse de que la senda que recorrían estaba libre de enemigos.

Se había oído un grito, el chillido agudo de un niño, y él se había acucillado entre los helechos bajos. Los pájaros que se hallaban en el oscuro dosel de hojas de lo alto habían guardado silencio, y no se había oído nada más que el gélido aullido del viento que azotaba las esqueléticas ramas de los árboles y las hacía crujir, ramas que anhelaban la llegada del deshielo.

El viento le había llevado un segundo grito. Al tiempo que escupía una maldición, se había levantado y corrido por el bosque hacia el origen del sonido. Sabía que para un observador habría parecido una sombra mientras corría entre los árboles a gran velocidad.

Lo que había descubierto era espantoso. Una visión de masacre. El camino estaba sembrado de cuerpos humanos bajo los cuales se formaban charcos de sangre. Habían sido salvajemente mutilados, y docenas de heridas cubrían cada uno de los cadáveres hasta el punto de que resultaban casi irreconocibles, poco más que carne descuartizada. En la mayoría de los cuerpos había heridas punzantes, y Eldanair supo que habían sido causadas por flechas que les habían arrancado después. O por saetas de ballesta, pensó, colérico.

A todos los cadáveres les habían arrancado los ojos, y por el modo en que les habían desgarrado y abierto la cavidad torácica, a Eldanair le pareció que les habían arrancado el corazón. Hasta la mula que tiraba de la carreta estaba degollada y le habían arrancado los ojos.

Una niña, probablemente de menos de cinco años humanos, se encontraba de pie en la parte posterior de la carreta, mirando la devastación que la rodeaba, con el semblante pálido. Debía haberse escondido cuando se produjo el ataque.

Eldanair se había acercado a la niña mientras le hablaba con suavidad para calmarla, y ella lo miraba fijamente con los aterrorizados ojos de un gamo, temblorosa. Se acercó lentamente y le habló con voz dulce y tranquilizadora. Dejó el arco en el suelo, y se aproximó a la niña con las manos tendidas ante sí.

Los ojos de ella se desviaron rápidamente para mirar por encima de un hombro de él, y volvió a lanzar un chillido potente y penetrante. Al volverse vio a una veintena de soldados humanos de rudo aspecto que salían de entre los árboles para rodearlo. Maldijo. En su precipitación, no había oído ni olido que se acercaban.

Los hombres contemplaron la carnicería con expresiones de desesperación y cólera, y lo apuntaron con las armas. Cuando volvieron a mirarlo a él, vio odio, miedo e ira en sus ojos.

Eldanair había levantado las manos para mostrar que estaba desarmado, pero de todos modos lo derribaron de un garrotazo y lo arrastraron hasta su aldea. No había vuelto a ver a la niña.

El elfo salió de la ensoñación y le hizo a Annaliese un gesto para que se detuviera y guardara silencio.

Trepó como un fantasma, muy agachado, a una escarpa rocosa. Al aproximarse a la cumbre se tendió boca abajo y se arrastró hasta el borde. Tuvo buen cuidado de mantenerse oculto entre los helechos mojados sin que ninguno de ellos se moviera y delatara su posición.

Lo que vio abajo hizo que se le helara la sangre.

Había encontrado al senthanos. Había encontrado a sus compañeros. Estaban muertos.

Sus cuerpos rotos se encontraban tendidos en el claro protegido, con las capas y los ropones blancos y azules desgarrados y cortados a tajos, manchados de oscura sangre. La congoja, la conmoción y la culpabilidad luchaban por dominarlo, y él tragó con la garganta seca.

Estuvo a punto de gritar al ver al vidente, cuyo esbelto cuerpo colgaba contra el tronco de un árbol. Le habían atravesado las muñecas y los tobillos con toscos clavos para madera, y le habían desgarrado el ropón para desnudarle el pecho. Le habían abierto las costillas para dejar a la vista los

órganos internos, y le faltaba el corazón. Por la expresión de sufrimiento de la cara del vidente, Eldanair dedujo que la muerte no había sido rápida.

La mujer humana, Annaliese, se había arrastrado hasta situarse junto a él, y sus ojos se desorbitaron de horror al posarse sobre la masacre de abajo. Abrió la boca para gritar, pero Eldanair se la tapó con una mano que apretó con fuerza, y sujetó a la muchacha firmemente entre sus brazos. Sus ojos estaban fijos en una sombra que había al otro lado del claro.

La sombra se movía, al principio tan lentamente que resultaba casi imposible distinguirla. Pero los ojos de Eldanair eran mucho más agudos que los ojos de un humano, y era capaz de percibir el movimiento aunque Annaliese no pudiera detectarlo.

Era una figura esbelta, ataviada de negro de pies a cabeza, y llevaba la oscuridad en torno de sí como una capa. Parecían seguirla unas sombras que se pegaban su ágil figura como criaturas vivas, y todos los músculos del cuerpo de Eldanair se tensaron con odio profundo y devastador.

La figura ataviada de negro pasaba por encima de los cadáveres, volviendo la cabeza de un lado a otro como si olfateara el aire. Una tela negra le ocultaba la parte inferior del rostro, y una profunda capucha negra le cubría la cabeza, pero Eldanair vislumbró la cara de la figura y grabó a fuego el semblante en su memoria.

La cara era delicada y de huesos finos, con pómulos altos que le conferían una apariencia arrogante y grácil, y Eldanair vio que era del sexo femenino. Tenía la piel tan pálida como la de él, y unos ojos grandes, cruel y seductoramente curvados. En una mano llevaba una ballesta pequeña, y antes de que le volviera la espalda distinguió el tatuaje en forma de lágrima que llevaba bajo el ojo izquierdo.

Al marcharse se llevó consigo las sombras que la ocultaban, y Eldanair maldijo por no tener su arco a mano. Habría sido tan fácil matarla allí y en ese momento... En un instante ya había desaparecido, fundida con la oscuridad de debajo de los árboles, y Eldanair se tensó para ir tras ella, con el odio y la necesidad de venganza ardiendo en su interior. Perseguiría y mataría a cada uno de los malditos asesinos.

Al mirar hacia un lado vio los ojos de Annaliese, desorbitados e inundados de desamparo y miedo. Abandonarla allí equivalía a una

sentencia de muerte, y maldijo en lengua élfica.

Permanecieron tendidos e inmóviles durante casi una hora, antes de que el elfo considerara que no había peligro en abandonar la posición.

Con el corazón cargado de tristeza y congoja, descendió hacia los mutilados cuerpos de sus compañeros. Annaliese lo acompañó, con los ojos inundados de lágrimas al contemplar la carnicería.

Le dijo algo, pero él no sabía qué significaban sus palabras. Fija en su mente estaba la cara de la enemiga.

—Druchii —dijo para sí, y escupió la palabra con un tono tan venenoso que Annaliese giró bruscamente la cabeza para mirarlo.

Había elfos oscuros moviéndose por el Imperio.



## SEIS

Habían pasado cuatro días desde que habían abandonado el lugar de la masacre. Los ojos de Eldanair estaban oscuros y meditabundos, y, a pesar de la incapacidad para comunicarse entre sí, Annaliese se daba cuenta de que sobre sus hombros pesaba una enorme carga.

Si era posible, parecía aun más distante, más frío y remoto que antes. A pesar de eso, el lazo entre ellos se había reforzado, ciertamente, y Annaliese ya no le temía como le había sucedido antes. Estaba convencida de que no había sido uno de los asesinos que mataron a aquella pobre familia en el camino, ya que tenía la impresión de que esos mismos asesinos eran los que habían atacado a los propios compañeros del elfo.

Eldanair había trabajado incansablemente para proporcionarles a los suyos un entierro sencillo. En sepulturas someras había colocado cuidadosamente los cuerpos, y les había cruzado los brazos sobre el pecho. En la muerte parecían fantasmales y etéreos, aunque en paz una vez que Eldanair les hubo limpiado la sangre de la piel, y los hubo envuelto en las capas para cubrir las heridas. Annaliese se sorprendió al ver que varios miembros del grupo eran elfas, aunque ataviadas para la guerra del mismo modo que sus camaradas. Las armas y objetos personales habían sido colocados junto a cada uno, y el acongojado elfo les había cantado una dulce canción obsesiva a la luz de la luna. Con ayuda de Annaliese, había reunido rocas y piedras que había apilado cuidadosamente sobre las sepulturas para formar una docena de túmulos funerarios dispuestos en un arco semicircular que, obviamente, tenía algún significado que ella desconocía.

Por la cara de Eldanair habían corrido lágrimas al despedirse de sus camaradas hablando quedamente en su lírico idioma de marcado ritmo. Aunque no entendía las palabras, percibió que contenía una profunda tristeza.

Eldanair se había armado, susurrándoles a los caídos al recoger las armas. Ahora llevaba un potente arco de doble curva, hecho con madera pálida, que nunca estaba lejos de sus manos, y una esbelta espada larga, con un cuchillo a juego, envainados a un lado de la cadera.

Annaliese se había sentido honrada y conmovida cuando el elfo le había ofrecido solemnemente una arma de uno de sus camaradas caídos: una espada corta de esbelta hoja, hermosa obra de arte. Era sorprendentemente ligera, y de hoja tan fina que al principio pensó que se partiría si asestaba con ella un golpe serio. Pero era mucho más fuerte de lo que parecía; en efecto, ahora creía que era mucho más fuerte que cualquiera de las anchas, pesadas espadas que su padre tenía en las paredes de la cabaña. Perfectamente equilibrada, se sentía cómoda con ella en las manos. Incluso la vaina era una obra de arte, sencilla y funcional, pero muy elegante.

Ansiaba interrogar a Eldanair acerca de su gente y sobre la asesina figura envuelta en sombras que había vislumbrado. No era un ser humano, eso sí que lo sabía, porque se movía con una gracilidad siniestra que ningún humano podía emular. Se movía, según advirtió, del mismo modo que lo hacía Eldanair, aunque había resultado palpable la tremenda maldad y odio que exudaba aquella criatura. La incapacidad para comunicarse estaba resultando frustrante, aunque el elfo parecía contentarse con guardar silencio, perdido en sus propios pensamientos melancólicos y terribles.

Annaliese no sabía muy bien dónde se encontraban en ese momento, pero estaba segura de que se aproximaban a la frontera entre Averland y Wissenland, camino del Alto Reik que separaba ambos estados. Era lo más lejos que jamás había estado de su casa, y eso hacía que se sintiera simultáneamente asustada y emocionada. Ignoraba por completo adónde la conducía ahora Eldanair, y se preguntó si tenía siquiera un destino en mente. Antes había estado concentrado en conducirla al campamento de su propia gente, pero ahora no sabía adónde la llevaba, y sus movimientos carecían de la urgencia que había marcado el viaje hasta ese momento. Tenía

la sensación de que él quería ir tras la umbría figura embozada, sin duda para tomar venganza, y resultaba evidente que estaba dividido entre dos impulsos. A veces se encontraba con que la estaba mirando fijamente, con ojos coléricos y cargados de dolor.

Se preguntó si la estaría llevando a lugar seguro, con el fin de librarse de la carga de su presencia. Honradamente, no era capaz de adivinar sus pensamientos porque él dejaba entrever muy poco, y su manera de hacer las cosas, se recordó ella, era extraña.

Viajaban a través de bosques cuando podían, aunque no siempre era posible porque hacía mucho tiempo que esas tierras habían sido consagradas a la agricultura, y generaciones antes se habían talado grandes extensiones de árboles. Los grandes bosques que envolvían el Imperio se encontraban muy al noroeste, e incluso el más denso de los bosques de los estados sudorientales era completamente distinto del claustrofóbico, oscuro y peligroso Drakwald.

Eldanair se sentía claramente incómodo al viajar por terreno abierto, aunque vieron poca gente, e incluso esas personas las avistaron a lo lejos y resultaron fáciles de evitar. Encontraron muchas alquerías abandonadas, y atravesaron campos de cultivo helados que habían sido descuidados hacía mucho y estaban baldíos.

Se detuvieron a comer junto a una fuente natural. Ella calculó que era más o menos mediodía, aunque le resultaba difícil estar segura porque en lo alto amenazaban espesas nubes que amortecían la luz hasta el punto de dejar el paisaje en penumbra, mientras el trueno resonaba ominosamente.

Tomaron una simple comida de bayas y setas que habían recogido por el camino. Eldanair le señalaba los alimentos comestibles al pasar, y también le indicaba qué bayas y setas eran venenosas. Cuando antes había visto el territorio cubierto de nieve como carente de alimento, ahora se daba cuenta de que había comida abundante si uno sabía dónde buscar. Bebieron de la fuente cuya agua, cargada de minerales, tenía un ligero sabor metálico que no era desagradable.

Después de haber comido, Annaliese sacó de la funda la fina espada élfica. El metal era color plata azulada, sin el más ligero rastro de óxido, y sujetó el arma con reverenda entre las manos, deleitándose con su peso.

Eldanair le hizo un gesto para que se levantara, y ella obedeció con precaución, espada en mano. Él abrió el broche de su ondulante capa gris y la dejó en el suelo, antes de sacar su propia espada y retroceder para que ambos dispusieran de espacio. Con un asentimiento de cabeza, efectuó un ataque abiertamente lento hacia ella.

Ella paro el ataque con una defensa descendente, como le había enseñado su padre, y se lo devolvió con una veloz estocada. Él la paro con un diestro movimiento rápido de muñeca, y le dedicó un asentimiento de cabeza al ver que ella tenía al menos una cierta destreza. Annaliese sintió la repentina necesidad de impresionar al silencioso elfo, y ejecutó otro ataque contra él, poniendo en ello más peso y velocidad.

Él se desplazó diestramente hacia un lado y desvió la espada de ella, apartándola de sí. Ella se tambaleó, perdido el equilibrio, y sintió que se sonrojaba. Él se había movido con tanta velocidad y equilibrio. Frustrada y azorada, volvió a atacar, asestando tajos a diestra y siniestra.

La espada de Eldanair se movió como el mercurio, de un lado a otro, para desviar sin esfuerzo los tajos cada vez más fuertes de ella, y el acero tintineaba bruscamente contra el acero al ser desviado cada tajo. El elfo no efectuaba ataque alguno, y Annaliese sentía que su frustración iba en aumento. Echó atrás el brazo para ejecutar otro ataque feroz, pero Eldanair se aparto de ella y levanto la otra mano al tiempo que una sonrisa le alzaba las comisuras de la boca.

Jadeando, ella dejó caer el brazo, sintiéndose estúpida. Eldanair avanzó para situarse junto a ella, y levantó la espada para colocarla en una posición defensiva de *en garde* ante sí. Luego le hizo un gesto de asentimiento a Annaliese. Al ver que ella no le entendía, gesticuló más histriónicamente para que ella llevara el arma a la misma posición.

Luego la condujo a través de una serie de golpes, corrigiendo la técnica y postura de Annaliese mientras ella intentaba emular los movimientos enérgicos y precisos de él. El elfo le masajeó los hombros durante un momento, y le indicó por gestos que se relajara. Annaliese se sintió torpe, y volvió a sonrojarse.

Eldanair la imitó barriendo el aire con un arco descontrolado invirtiendo demasiada fuerza en el tajo y dando un teatral traspié para

demostrar que perdía el equilibrio. Annaliese abrió la boca con burlona indignación.

—Yo no lo hago así —dijo, medio enfadada, medio riendo. Eldanair asintió, mirándola.

—Vale, entonces, enséñame a moverme como tu, con ese total equilibrio y todo lo demás. —Sabía que él no podía entenderle, pero le parecía raro quedarse en silencio.

Practicaron durante más de una hora, hasta que Annaliese sintió el brazo tan pesado como si fuera de plomo. Sin embargo, había comenzado a sentirse más cómoda con la espada, y sus movimientos eran un poco más controlados y precisos. Ahora se daba perfecta cuenta de que necesitaría muchos años de práctica para que se la pudiera clasificar como espadachín pasable. Había recibido una lección de humildad; antes se había considerado como mínimo un espadachín competente, pero ahora se daba cuenta de que eso era dudoso. Sopló para apartarse de la cara un mechón de cabello, y le dedicó a Eldanair una ancha sonrisa.

—Gracias —le dijo, al tiempo que envainaba. Se desplomó en el suelo para indicar, burlonamente, que estaba exhausta.

Al abrir los ojos, vio a Eldanair de pie, mirando a lo lejos, en actitud alerta, con expresión apasionada.

—¿Qué sucede? —preguntó, al tiempo que se sentaba. Eldanair alzó la mano para pedirle silencio, y ladeó la cabeza para escuchar atentamente. Annaliese no oía nada más que el suave borboteo de la fuente. La luz había mermado aún más, de modo que parecía la umbría media luz posterior a la puesta de sol.

Tenso y frío, con una mirada dura en los ojos, Eldanair instó a Annaliese a levantarse con rapidez, hablándole con tono cortante, y la condujo rápidamente hacia el este, ascendiendo una suave cuesta que los alejara de la fuente.

Se oyó un toque de cuerno lejano, y Eldanair aceleró hasta una carrera lenta, al tiempo que colocaba una flecha en la cuerda del arco. Annaliese sintió que la inundaba una ola de miedo al oír aquel toque horrible. Era el sonido de cazadores victoriosos que se cerraban sobre la presa.

Pero ¿qué, o quién, era la presa?

Viajaban velozmente por el territorio, y Annaliese se esforzaba por seguirle el paso al elfo. Vagamente, oyó gritos y un agudo alarido, acompañados por lo que parecían gruñidos y rugidos de lobos u osos, aunque también se oyó un balido no desemejante del de las cabras, pero más grave y potente. Aquello la hizo sentir instantáneamente inquieta, y un escalofrío le recorrió la espalda. Se produjo un choque de armas, y el cuerno de caza volvió a sonar; dos largas notas secas.

Cuando ascendía trabajosamente hacia la cumbre de una empinada cuesta, Eldanair la empujó sin miramientos y la derribó al suelo. Ella abrió la boca para protestar por el rudo tratamiento, pero contuvo la lengua al ver que el elfo echaba una rodilla en tierra y levantaba el arco. En un solo movimiento ininterrumpido, tensó la cuerda del arco y disparó; la flecha se alejó de él, siseando al hender el aire. En un abrir y cerrar de ojos ya tenía otro proyectil puesto en el arco, y lo disparó sin que pareciera detenerse a apuntar.

A ella le costó seguir con la mirada las flechas en la mortecina luz, pero vio que una figura muy musculosa se tambaleaba cuando uno de los proyectiles se le clavaba en la parte inferior de la espalda.

Cayó de rodillas, pero volvió a levantarse trabajosamente y se arrancó la flecha. La segunda se le clavó en la cabeza, y entonces cayó sobre el nevado suelo y quedó inmóvil.

Había estado corriendo a una velocidad asombrosa hacia una caravana de carretas, y Annaliese vio que había mujeres y niños acurrucados dentro de ellas; muy probablemente, más personas que huían de la plaga.

Una veintena de hombres uniformados con los colores negro y amarillo de las tropas estatales de Averland formaban un desesperado círculo en torno a las carretas. Oyó una orden seca, cuatro hombres dispararon con largos arcabuces, y las resonantes detonaciones recorrieron el cielo. Manaron llamas de la boca del cañón de las pesadas armas, y el humo las ocultó a la vista.

Los soldados iban acompañados por un puñado de hombres desastrados que empuñaban una variopinta serie de hachas, horcas y lanzas: los esposos, padres e hijos de las mujeres del interior de las carretas.

Corriendo por la nieve, los atacantes cargaban hacia ellos por ambos lados de las carretas; eran hombres grandes ataviados con pieles, y a Annaliese le pareció que llevaban también máscaras de rostro bestial adornadas con cuernos, y quedó momentáneamente atónita ante la grotesca apariencia. Corrieron en muchedumbre hacia las carretas, y atronó una descarga de la segunda línea de arcabuceros que derribó a varios de ellos e hizo formar pequeñas nieblas de sangre oscura a sus espaldas.

Eldanair derribó a otro al clavarle una flecha en la base del cráneo, y Annaliese oyó tres toques breves de un cuerno de caza. Al oír ese sonido, Eldanair se levantó de inmediato al tiempo que ponía de pie a Annaliese, y comenzó a bajar con ella por la pendiente y alejarse de las carretas hacia la izquierda. La joven las perdió de vista al ser casi arrastrada en torno un promontorio cubierto de retorcidos arbustos espinosos y rocas.

Annaliese se zafó de la presa del elfo.

—¡Tenemos que ayudarlos! —gritó, al tiempo que señalaba hacia las carretas. Eldanair dijo algo cortante en su propio idioma, y fue a cogerla otra vez de la muñeca, pero ella se apartó, con expresión desafiante.

—¡No! —gritó—. ¡Vamos a ayudarlos!

Por los labios de Eldanair brotó un torrente de palabras, y el elfo hizo un gesto en círculo que ella no entendió.

—Esa es mi gente —dijo Annaliese—. Tengo que ayudarlos. —Le volvió la espalda a Eldanair y comenzó a volver sobre sus pasos en torno al promontorio para regresar a las carretas.

Un monstruoso rugido bestial, algo parecido al rugido de un oso pero cargado de maldad, resonó con fuerza en la espesura, y Annaliese vaciló al tiempo que miraba en torno de sí con miedo. Al recorrer la zona con ojos desorbitados, vio que un par de las figuras ataviadas con pieles se encontraban en la cresta que acababan de abandonar, y que giraban la cabeza a un lado y otro para estudiar el entorno. Uno de ellos gruñó al verla, y los dos comenzaron a descenderla cuesta a saltos hacia la joven, haciendo volar nubecillas de nieve pulverizada.

Entonces se dio cuenta de que no iban ataviados con pieles, y de que no eran humanos. El que iba en cabeza era aproximadamente del mismo tamaño que un hombre, pero su cara era una bestial burla de humanidad.

En la frente le crecía un par de cuernos cortos, y sus pequeños ojos feroces se clavaban en ella con voracidad. Lanzó un alarido de emoción, y comenzó a acortar la distancia que lo separaba de ella con aterrador rapidez. Las patas posteriores tenían articulaciones inversas como las de una cabra, y estaban cubiertas de enmarañado pelaje negro.

Y a pesar de eso, no se trataba de una inconsciente bestia mutante de los bosques, eso estaba claro. En sus funestos ojos, que ardían con astucia animal, se percibía un atisbo de inteligencia salvaje, y la criatura vestía remedos de ropa: Un taparrabos de cuero crudo atado con tiras de tendones, a modo de tosco cinturón del que pendían amuletos y huesos. Brazales de cobre batido le protegían los antebrazos, y en las manos provistas de garras empuñaba un par de armas: una lanza de hoja salvajemente dentada y decorada con cabello trenzado y empapado en sangre, y una gran cuchilla herrumbrosa.

La segunda criatura era de construcción mucho más pesada, y sobre los ondulados músculos de su torso colgaba espeso pelaje enredado. Fácilmente superaba el metro ochenta de estatura, tenía el bestial rostro ancho y odioso, y a los lados de la cabeza le crecían retorcidos cuernos que llevaba recubiertos de cobre batido. En torno a los músculos gruesos como cuerdas del cuello le pendían sargas de huesos y dientes. Sobre el enorme pecho llevaba pintado un símbolo, obscuro, y sujetaba un hacha descomunal con ambas manos. Su piel, del color de la tierra mojada, estaba perforada por tachones yaros de metal, y bramaba ensordecedoramente al cargar hacia ella, con el hacha alzada por encima de la pesada cabeza.

La primera criatura echó atrás los brazos y arrojó la pesada lanza.

Eldanair se precipitó contra Annaliese por detrás para derribarla al suelo, y el mortal proyectil pasó por encima de la cabeza de la joven y se clavó en la nieve. Al instante siguiente el elfo ya estaba de pie y disparaba una flecha con el arco.

Annaliese se levantó precipitadamente, mientras sus temblorosas manos buscaban la espada a tientas. La primera criatura cayó como si la hubieran desnucado cuando la flecha de Eldanair se le clavó en el cuello con un sonido sordo, pero a la segunda apenas si la enlenteció la otra saeta que se le clavó profundamente en la musculatura del pecho, gruesa como una losa.



Y luego la tuvieron encima, mucho más alta que Eldanair, descargando con el hacha un golpe tremendo que lo habría partido en dos si le hubiera dado. El elfo se agachó por debajo del salvaje barrido y saltó para pasar de largo de la criatura con una voltereta perfecta de la que salió con una rodilla apoyada en el suelo y una flecha colocada en el arco. Disparó, y tal era la potencia del arco a corta distancia que la flecha se hundió casi hasta las plumas en la espalda de la criatura; esta rugió cuando la fuerza del impacto la hizo avanzar un paso.

Aun así no cayó, y cuando giró, el elfo pudo ver que de las fauces le caían gruesos regueros de saliva.

Con un alarido, Annaliese se lanzó hacia delante y la hoja de su corta espada élfica se clavó en un costado de la criatura. Apoyó una mano en el pomo y la hundió con toda su fuerza y todo su peso, para clavarla profundamente en el cuerpo del monstruo. De la herida manó abundante sangre, oscura y caliente, y la criatura rugió de dolor y furia. Rotó sobre sí y el mango de su gigantesca hacha golpeó un costado de la cabeza de Annaliese y la hizo retroceder con paso tambaleante y caer en la nieve. Entonces avanzó hasta detenerse junto a ella, con el hacha en alto para asestarle el tajo mortal. La bestia se estremeció cuando una flecha le atravesó la parte posterior del cráneo y se le clavó en el cerebro. Se desplomó en la nieve, junto a Annaliese, sangrando por las heridas.

La joven se levantó, temblando de pies a cabeza, y dio un respingo al tocarse delicadamente con una mano la sien golpeada. Sintió que se apoderaba de ella una ola de náusea, tosió y vomitó todo lo que tenía en el estómago sobre la nieve de prístino blanco. El hedor de la criatura era abrumador.

Se oyeron tres secas notas de cuerno de caza, y Eldanair disparó varias flechas más, aunque Annaliese, a quien la cabeza le latía de dolor, no podía enfocar para distinguir contra qué estaba disparando. Recogió un puñado de nieve y se lo aplicó contra la cabeza; el frío suavizó el dolor al entumecer la zona.

Mientras se limpiaba la boca, miró con ojos turbios los cadáveres de las dos criaturas, momento en que se estremeció y apartó los ojos. Eldanair estaba arrodillado junto a ella, con expresión preocupada en el rostro, y le

apartó con suavidad la mano del creciente chichón de la cabeza para inspeccionar la lesión con cuidado. Aparentemente satisfecho, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se acercó a los cuerpos de los hombres bestia muertos para arrancarles las flechas con que los había herido y comprobar el estado de la punta de cada una con el dedo pulgar. Arrancó la espada de Annaliese y le limpió la sangre con un puñado de nieve, tras lo cual la hizo girar en la mano y se la ofreció a la mujer caída con la empuñadura por delante.

Cuando logró ponerse de pie, con las piernas temblorosas, Annaliese vio que la batalla había acabado. En torno a las carretas se movía gente de un lado a otro, y oyó lamentos de mujeres y llantos de niños. Le hizo a Eldanair un gesto para darle a entender que iba hacia las carretas, y él asintió y se echó sobre la cabeza la capucha de la capa para ocultar sus rasgos élficos. A continuación atravesó el terreno abierto para recuperar las otras flechas.

\* \* \*

Al aproximarse, la joven vio mujeres que lloraban sobre los cuerpos de los hombres muertos: esposos, hermanos o padres. Otras estaban vendando las heridas de los que habían sido lo bastante afortunados como para sobrevivir, y un grupo de soldados forcejeaba para poner en marcha la carreta delantera que estaba atascada en un ventisquero.

Captó un movimiento y gritó cuando vio a un niño de no más de cinco años de edad que se arrastraba por la nieve hacia un cadáver que yacía en el suelo. El niño dejaba un rastro de sangre fresca.

Nadie iba hacia el niño, y Annaliese corrió a su lado. El hombre hacia el que se arrastraba tenía el aspecto de un granjero, y un terrible tajo asestado en la parte posterior del cuello prácticamente lo había decapitado. La sangre empapaba la nieve en torno a él.

Annaliese se arrodilló para tomar al niño en brazos, y lo volvió con cuidado para examinarlo. El pequeño lanzó un grito y se esforzó por ver el cadáver, y Annaliese sintió que las lágrimas le causaban escozor en los ojos

al darse cuenta de que la sangre empapaba la camisa del niño, cuyo rostro se contorsionaba con una mueca de dolor. Ella lo abrazó contra su cuerpo, con las mejillas bañadas en lágrimas, para tranquilizarlo con palabras dulces.

—¿Papá? —exclamó el chiquillo con voz ahogada y expresión de miedo en los azules ojos desorbitados.

—Shh —lo tranquilizó Annaliese, mientras le pasaba una mano por la frente y le apartaba hacia atrás el cabello color arena.

—¿Dónde está papá? —preguntó el niño, con espuma sanguinolenta en los labios.

—En paz —replicó Annaliese con voz suave. El niño gritó de dolor, y a Annaliese se le encogió el corazón—. Sé valiente, pequeño guerrero —dijo.

Entonces cerró los ojos y rezó, moviendo los labios en silencio para formar las palabras dirigidas a Sigmar. Con ira y amargura, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, se encolerizó contra la crueldad del mundo y le imploró misericordia al dios guerrero.

Al abrir los ojos vio que el niño estaba dormido, y sintió que el pequeño corazón latía con fuerza contra el suyo.

Lo tendió en el suelo y le rasgó la camisa empapada en sangre. Frotó con una mano el vientre del chiquillo esperando encontrar una herida profunda, pero la piel estaba intacta. Los ojos de Annaliese se desorbitaron a causa de la conmoción.

—Debes dejarlo —dijo una voz—. He visto cómo lo hería la maldita lanza. Fue un golpe cobarde, pero ni siquiera un hombre adulto habría podido sobrevivir a él.

Annaliese alzó la mirada hacia los tristes, severos ojos de un campesino, y sonrió.

—Ni siquiera está herido —dijo, jadeante, al tiempo que negaba con la cabeza. El granjero la miró fijamente, como si estuviera loca.

—Lo he visto con mis propios ojos, muchacha —repitió, mientras una expresión compasiva afloraba a su rostro. Ella negó con la cabeza, y retiró más sangre de la piel del niño.

—¡Mirad: no hay herida alguna! ¡El niño está vivo! —dijo, esta vez en voz más alta. Estaba segura de que el chiquillo se había hallado cerca de la

muerte, pero ahora veía cómo subía y bajaba su pecho mientras descansaba plácidamente.

El granjero miró al niño y luego a ella, con miedo en los ojos.

—Brujería —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Annaliese—. ¿De qué estáis hablando? Tiene que ser la sangre de otra persona. ¡La lanza ha debido errarle!

—¡No me mires, bruja! —gritó el granjero, que se protegió los ojos de la mirada de ella. Otras personas se volvieron a mirarla, con el miedo y la suspicacia reflejados en el rostro, y murmuraron para sí.

Annaliese se puso de pie, mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos.

—No —dijo, con tono decidido, al tiempo que negaba con la cabeza—. Os equivocáis. El niño está bien.

—¿De dónde ha salido? —preguntó una voz temerosa. Varios de los soldados apretaron las alabardas con inquietud, y avanzaron hacia ella.

—No estaba con nosotros antes del ataque. ¡Ella los condujo hasta nosotros! —declaró una vieja, y un coro de coléricos murmullos acompañó esta declaración.

Annaliese tomó al niño en brazos con gesto protector y retrocedió para alejarse del iracundo grupo, al tiempo que negaba con la cabeza. Percibió la tranquilizadora presencia de Eldanair detrás de sí, con el arco preparado.

—Dejadla —les espetó uno de los soldados—. Ella y su compañero mataron a varias bestias.

—Ese niño estaba muerto, os digo. Debería estar viajando hacia los salones de Morr, junto con su padre —dijo el primer granjero, en voz, alta—. ¡Ella lo trajo de vuelta a la vida! ¡Es una bruja!

—Basta —rugió el soldado—. No habrá más derramamiento de sangre, en este día. Id a poner en movimiento esas carretas. —El granjero posó sobre el hombre una mirada tétrica—. ¡Id! —bramó el soldado, y luego marchó hacia Annaliese.

—Gracias —dijo ella, sin aliento—. No... no lo entiendo. También yo pensé que estaba al borde de la muerte. Pero... debo haberme equivocado.

El soldado era de mediana edad, y su armadura estaba abollada y arañada y marcada por el uso y las reparaciones. Tenía un rostro severo, y

los ojos inexpresivos mientras iban de Annaliese a Eldanair, quien se echó la capucha más hacia delante sobre el rostro. Luego se encogió de hombros.

—No quiero ver más gente herida —dijo.

—¿Dónde están los padres del niño?

—Su madre murió de parto. Su padre yace muerto a vuestros pies. No tiene familia.

—Alguien debe acogerlo —dijo Annaliese.

El soldado le respondió con una mirada inexpresiva.

—No tiene familia —repitió, con lentitud—. No queda nadie para acogerlo.

—Seguro que alguien de entre esa gente querrá cuidar de él. ¿Algún pariente o amigo?

El soldado negó con la cabeza.

—Esta gente está pasando hambre —dijo, bajando la voz—. Ya no quedan suficientes provisiones así que él es tan sólo otra boca que alimentar, otro lomo que cubrir. No hay nadie, lo siento. —Le volvió la espalda y echó a andar hacia las carretas.

—¡No podéis dejarlo morir aquí! —insistió ella, que fue tras él. El soldado se volvió a mirarla con expresión dura.

—Tal vez habría sido mejor para él que muriera —susurró—. También yo he visto cómo lo herían, y era una herida mortal. No sé qué poder habéis usado para curarlo, pero no permitiré que ni vos ni el niño viajéis con nosotros: Cuidadlo vos misma.

El enojo se desvaneció de él, que pareció encorvarse al abrumarlo el agotamiento. Suspiró al tiempo que se pasaba una mano por la mandíbula sin afeitar, y Annaliese se dio cuenta de que era esa la verdadera razón por la que no acogerían al niño: temían que lo hubiera curado mediante poderes de hechicería, y tal vez hubiera quedado contaminado por la energía del Caos.

—Hay un templo de Shallya a unas veinte leguas al nordeste. Seguid el camino y lo encontraréis. Las dulces hermanas de esa orden acogerán al niño. Os deseo el bien.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó.

Eldanair le lanzó al humano una mirada feroz desde las profundidades de la capucha, y destensó la cuerda del arco aunque mantuvo la flecha colocada en ella. No entendía las palabras pronunciadas durante la conversación, pero adivinaba su significado. Aquellos humanos eran bárbaros, pensaba, que se volvían unos contra otros a causa de la ignorancia y el miedo.

Había abrigado la esperanza de dar escolta a la mujer hasta que se fiara con su gente, dejarla a salvo para luego poder volver a perseguir a los druchii y tomar venganza. Con un largo dedo se tocó una mejilla y resiguió el fino tatuaje negro que tenía en ella. Thalui era el nombre de la runa, y representaba el odio y la venganza. Muchos de los suyos, los Guerreros Sombra de la destruida Nagarythe, llevaban este tipo de símbolos para que nunca se olvidaran las atrocidades perpetradas por los odiados elfos oscuros, los druchii. Pero ahora veía que ella no estaría a salvo con esta gente, porque estaba claro que ni siquiera podían protegerse ellos mismos.

Era sorprendente ver a los hombres bestia en un sitio tan alejado de los densos bosques donde criaban. Verlos tan envalentonados como para aventurarse a salir, y nada menos que a plena luz del día, indicaba lo amenazado que estaba el territorio humano. Con los ejércitos humanos luchando en otra parte, las bestias de los profundos lugares prohibidos que los hombres temían hollar se habían vuelto temerarias y habían comenzado a atacar a los grupos como aquel, vulnerable a causa de su escasa protección. Dudaba que muchos de los humanos comprendieran siquiera que su mundo, el Imperio, se tambaleaba al borde de la destrucción.

La culpabilidad lo destrozaba. Si hubiera estado con su gente, sin duda habría visto los rastros del grupo druchii. Sus congéneres no habrían muerto. Si no hubiera acudido en auxilio de la niña humana, jamás lo habrían capturado. Si hubiera dejado a Annaliese librada a su suerte, habría cubierto con mucha más rapidez el terreno que lo separaba de su gente, y se habría evitado la masacre.

Llevaba el peso de sus muertes sobre los hombros. Annaliese había sobrevivido a expensas de los compañeros de él, y por eso habría podido odiarla. Pero no la odiaba. No, si llegaba a morir, entonces las muertes de sus compañeros no habrían servido para nada, y ahora se juró protegerla,

ocuparse de su seguridad hasta que llegara el momento en que considerara que quedaba bien protegida.

Sabía que un humano tendría dificultades para entender su sentido del honor, pero eso le importaba poco. Eran un pueblo extraño, y antes de conocer a Annaliese los había mirado a todos con indiferencia. Pero veía que ella era diferente, y por mucho que deseara vengarse de los druchii, sabía que eso podía esperar. Cuando la mujer humana estuviera a salvo, reiniciaría la letal misión contra ellos. Sólo cuando hubieran perecido todos los que habían asesinado a sus compañeros, su alma quedaría libre de culpabilidad y remordimiento.

Llevaría a Annaliese al sur. La guerra causaba estragos en el norte —aunque, como ya habían visto, ningún sitio era seguro—, y los territorios meridionales serían los menos afectados en los oscuros días que se avecinaban. Suspiró, porque ella parecía haber adoptado al niño humano. Aunque eso enlentecería aún más el avance, no podía esperar que abandonara al niño como parecían haber hecho los otros.

—Annaliese —dijo, e indicó por gestos que debían ponerse en movimiento. Lo inquietaban las bestias del Caos que se encontraban por las proximidades, y calculaba que cuando hubieran recobrado la valentía, volverían a atacar, probablemente a cubierto de la oscuridad. Sabía con certeza que los humanos de las carretas estarían muertos cuando volviera a salir el sol.

Hizo otro gesto para llamarla, para que reanudaran el viaje, pero ella se limitó a negar con la cabeza y señalar el camino que iba hacia el este. Era la dirección de la que habían llegado las carretas. ¿En qué estaba pensando la mujer? El elfo negó con la cabeza, pero vio el gesto de determinación de la boca de ella, y supo que no iba a ceder. Por los dioses de los Azur, era una mujer testaruda.

—Por los espíritus de mis hermanos Azur asesinados, juro que me ocuparé de tu seguridad —le espetó en su lengua nativa—, pero no puedo protegerte de tu propia testarudez humana innata, niña.

Ella señaló con feroz determinación hacia el este, y él negó resueltamente con la cabeza. Ella le espetó algo en su gutural idioma tosco, y se volvió a observar las carretas que se alejaban, mientras desplazaba a la cadera el peso

del niño dormido cuya cabeza apoyó en el hombro. Podrían haber sido madre e hijo, pensó él, porque compartían el mismo pelo rubio color arena.

¿Qué edad tendría ella? ¿Dieciocho, tal vez? Muy pasada la edad en que la mayoría de las mujeres humanas podían engendrar hijos propios, pensó, con un cierto desagrado. Raro era entre los de su pueblo que naciera un niño de una muchacha elfa de menos de ciento cincuenta años. La humanidad es una raza de niños; no es de extrañar que riñan y se vuelvan unos contra otros con tanta frecuencia. Tampoco era de extrañar que fueran tan susceptibles a los engaños del Caos, pensó, sombrío, porque con sus vidas cortas y ampliamente fútiles, el tentador atractivo de un atajo hacia el poder tenía que resultarles muy interesante.

Cuando la mujer humana se volvió a mirarlo, tenía lágrimas en los ojos. Señaló al niño dormido, y luego, una vez más hacia el este, aunque esta vez el gesto carecía de enojo. Eldanair no movió ni un músculo. Annaliese avanzó hasta él, se puso de puntillas y le dio un beso en una pálida mejilla. Dijo algo más que él dedujo que era una despedida, luego le volvió la espalda y echó a andar por el camino, en dirección este.

Resonó el trueno, y grandiosos arcos de rayo destellaron en el cielo. Vaul estaba ante su yunque, como se decía entre su gente de Nagarythe para describir ese fenómeno atmosférico.

Le lanzó una mirada colérica a la figura de Annaliese que se alejaba, y comenzó a caminar hacia el este, tras ella.



# SIETE

Udo Grunwald maldijo y rechinó los dientes mientras la bronca voz que sonaba detrás de él continuaba con su lenta, rítmica, lúgubre canción. Si aquel horrendo sonido podía ser clasificado como canción, pensó.

No entendía la letra, por supuesto, pero parecía un implacable réquiem que continuaba y continuaba, monótona e infinitamente. Cuando cesaba de vez en cuando, Grunwald cerraba los ojos y escuchaba el bendito silencio. Nunca duraba mucho.

Habían cubierto decenas de kilómetros a pie, y no estaba seguro de si su compañero de viaje había simplemente recommenzado la canción después de estas breves pausas, o si realmente se trataba de alguna tortuosa endecha que de verdad no tenía fin. No le sorprendería demasiado que fuera ese el caso.

No era esto lo único que ponía a Grunwald de los nervios. Su compañero parecía incapaz de moverse sin alertar a toda alma viviente que se hallara dentro de un radio de quince kilómetros de su posición. Cada pesado paso de sus botas claveteadas y acorazadas con metal iba acompañado por el choque de las placas metálicas de la armadura y el tintineo de hebillas y cota de malla.

Grunwald se volvió a mirar a su compañero, cuya grave voz de barítono aún atronaba desde detrás del yelmo.

Thorrik medía apenas más de un metro veinte, una buena estatura para su raza, y era casi tan ancho como alto. Probablemente pesaba el doble que un hombre adulto y eso sin incluir la pesada armadura que llevaba puesta. Gromril, había llamado Thorrik al metal con que estaba forjada, y no se parecía a ningún metal que el cazador de brujas hubiera visto jamás. Era

más duro que el acero, según afirmaba el enano, capaz de desviar cualquier cosa que no fuera el más fuerte de los golpes, a veces era conocido como piedra plateada o antimartillo. En los territorios del Imperio se lo conocía como hierro meteórico, que era el nombre que a Grunwald le resultaba familiar, aunque nunca antes había visto el fabuloso metal.

Sólo los destellantes ojos de Thorrik podían verse dentro del yelmo completamente cerrado. Por debajo caía su auténtica barba, orgullo y alegría del enano, una ondulada masa de pelo rojo que había sido peinada en una docena de trenzas en las que se había entretejido fino alambre, y cada una estaba decorada con un icono metálico circular que representaba una estilizada cara de enano. Deidades ancestrales, según había descubierto Grunwald.

No tenía ni idea de cómo podía moverse el enano metido dentro de una cantidad de armadura tan inmensa mucho menos marchar y luchar. Y la armadura no era la única carga que soportaba. Cargaba también con una mochila de pesado aspecto colgada de los hombros junto con la misteriosa forma grande y envuelta en cuero impermeabilizado. En un brazo llevaba un sólido escudo de gromril, e iba armado con un hacha. Tantas cosas habrían constituido una pesada carga para una mula, mucho más para un hombre, pero el enano las llevaba sin quejarse y parecía capaz de marchar con facilidad durante todo el día, a pesar del peso.

Al ver que Grunwald se había detenido, Thorrik dejó de cantar con su voz de barítono, y plantó los pies en la nieve al tiempo que alzaba una mirada feroz hacia la figura más alta.

—¿Qué problema hay? —gruñó con voz grave y atronadora—. ¿Por que te detienes?

—¿Qué es eso que estabas cantando se puede saber? Hace ya días que cantas eso sin parar —dijo Grunwald.

—Es una canción de marcha tradicional del clan Barad, de Karaz-a-Karak —replicó Thorrik—. Era la canción al ritmo de la cual marchaban a la guerra los ejércitos del clan Barad en los tiempos de mi tatarabuelo. Y Narra las hazañas de los que murieron durante el asedio de Karak-Drazh, cuando el clan Barad acudió en ayuda de nuestros cercanos parientes. ¿Emocionante, verdad?

—Esa no es la palabra que yo iba a usar —dijo Grunwald—. ¿No puedes viajar más... en silencio?

—Yo no me oculto de mis enemigos. No tengo necesidad de viajar en silencio.

Grunwald le volvió la espalda al enano y comenzó a avanzar a grandes zancadas por la nieve. Thorrik no cantaba, pero cada uno de sus pasos aún iba acompañado por el estruendo del metal. Apareció a la vista una lejana cadena montañosa.

Las Montañas Negras, picos agudos e inhóspitos con desnudos precipicios de roca dura como el hierro, tenían reputación de peligrosas. Se alzaban muy arriba hacia las nubes, aunque Grunwald sabía que incluso su vertiginosa altura era superada ampliamente por las inmensas Montañas del Fin del Mundo que topaban contra ellas por el nordeste. Aquella cadena era más alta de lo que él podía concebir.

Las montañas rodeaban el Imperio casi por todos lados, y Grunwald sabía que su pueblo se había hecho fuerte gracias a las fronteras defensivas que conformaban. Dado que los enemigos de la humanidad eran numerosos y poderosos, de no ser por las enormes montañas haría tiempo que el Imperio se habría transformado en una mera nota a pie de página en los libros de historia de los enanos.

Un ligero movimiento captó su atención, y se detuvo con los ojos entrecerrados para ver mejor en la luz del sol matutino que finalmente había logrado atravesar las omnipresentes nubes.

—¿Y ahora qué, humano? —Le soltó Thorrik—. ¡Pones a prueba mi paciencia!

Sin hablar, Grunwald señaló a lo lejos. Se veía la vanguardia del ejército de un estado imperial que giraba en torno a una zona de arboledas. En la fuerte brisa ondulaban estandartes con los colores negro y amarillo de Averland, y ahora se oía el sonido de los tambores que atravesaba el terreno abierto.

Los soldados marchaban en perfecta formación, al ritmo de los tambores. En una larga columna delgada y serpenteante que salía de detrás de un soto, siguiendo el camino que procedía de Averheim. Largas alabardas descansaban sobre el hombro derecho de los soldados del regimiento de

vanguardia, y muchos de los hombres llevaban largas plumas negras en los yelmos y los gorros de tela, las cuales se mecían al ritmo de la disciplinada marcha.

El camino más estrecho que seguían Grunwald y Thorrik, poco más que un par de profundos surcos excavados por las ruedas de carretas cargadas de mercancías, se cruzaba con el camino más grande por el que marchaban los soldados del Imperio a unos trescientos metros de donde se encontraban.

—Da la impresión de que van en la misma dirección que nosotros —dijo Grunwald.

Calculó que ya había alrededor de ochocientos hombres a la vista, y el ejército continuaba saliendo de detrás de la zona boscosa. Junto con la columna iban varios contingentes de caballeros que montaban poderosos corceles provistos de armadura con piezas lacadas en negro y otras de bronce. Elegantes penachos remataban los yelmos de los acorazados caballeros, y pendones ondeaban en la punta de sus lanzas.

Grunwald entrecerró los ojos para distinguir detalles de los estandartes: el emblema de un sol de bronce sobre campo negro, rodeado de intrincadas volutas.

—Caballeros del Sol Ardiente —comentó—. Todo el destacamento de un templo, a juzgar por las apariencias. —Gruñó y frunció el entrecejo. Aquel era un ejército de considerable potencia, y se dirigía hacia el paso del Fuego Negro. Sin duda serían de más utilidad desplegados en el norte, pensó.

—Me pregunto si nos dejarían un caballo —añadió.

—Bestias odiosas —gruñó Thorrik.

Uno de los contingentes de caballeros se lanzó al trote ligero y giró para salir del camino y dirigirse hacia Grunwald y Thorrik. El cazador de brujas se metió una mano dentro de la blusa para sacar fuera un icono de bronce que colgaba de una cadena en torno a su cuello, de modo que quedara sobre sus oscuras ropas. Era un pesado colgante con la forma del arma de Sigmar Helderhammer, el gran martillo *Ghal-Maraz*, y que constituía el símbolo que lo distinguía como servidor del templo de Sigmar. Anteriormente había pertenecido al cazador de brujas Stoebar, antes de que Grunwald se convirtiera en miembro de la orden.

Vio que Thorrik estaba tenso mientras los poderosos corceles de los caballeros acortaban distancias, pataleando atronadoramente por el áspero terreno y levantando grandes nubes de tierra.

Conformaban un espectáculo impresionante, y Grunwald agradeció que llevaran las lanzas en posición vertical en lugar de horizontal para la carga. Una carga ejecutada por aquellos curtidos caballeros sería aterradora.

Al aproximarse más, vio que un icono de latón remataba la pesada tela del estandarte: un águila que aferraba una lanza con las patas. Se trataba de una variación del símbolo de la deidad extranjera Myrmidia, diosa patrona de los reinos humanos situados al sudoeste del Imperio. Aunque aquel dios le inspiraba suspicacia porque se trataba de una deidad a la que no le honraba tradicionalmente en el Imperio, Grunwald respetaba las tradiciones marciales de sus seguidores, y el estricto código de honor por el que se decía que se regían.

El suelo se estremecía con el atronador pataleo de los cascos, y se detuvieron al unísono ante los viajeros, exhibiendo un notable control y destreza de jinete. Los caballos bufaron y sacudieron la cabeza; con lo que hicieron tintinear las bridas. Las armaduras de los caballeros eran de maravillosa factura: bronce inmaculadamente bruñido, con ribetes en los bordes de las brillantes corazas lacadas de negro.

Uno de los caballeros, que llevaba una bronceínea guirnalda de hojas de hiedra en torno a la coronilla del yelmo, se alzó la visera. La cara del caballero era sorprendentemente joven y bien afeitada.

—¿Quiénes sois y qué asuntos os traen por esta zona? —dijo el joven caballero con voz firme y autoritaria, al tiempo que bajaba los ojos para mirar a los dos viajeros.

—¿Qué asuntos os traen a vosotros? —le espetó Thorrik, y Grunwald le dirigió una mirada colérica al tiempo que alzaba una mano para hacerlo callar. Negó ligeramente con la cabeza antes de alzar los ojos hacia el joven caballero.

—Me llamo Udo Grunwald, y soy un santo templario de Sigmar —dijo—. Voy hacia el templo de mi orden, situado cerca del paso del Fuego Negro. Este es mi compañero de viaje, Thorrik Lokrison, de Pico Eterno. ¿Y vos, caballero de Myrmidia, cómo os llamáis y cuál es vuestro propósito aquí?

—Me llamo Karl Heiden, preceptor de los Caballeros del Sol Ardiente. Viajamos con el ejército de Averland para la defensa del paso del Fuego Negro.

—¿Para la defensa del paso? ¿De qué estáis hablando? La guerra es en el norte.

—Algunos de entre nosotros irán desde el paso del Fuego Negro hacia el norte, pero la guerra nos rodea por todas partes —lo contradijo el caballero—. El paso está amenazado.

—El paso está guardado por clanes de mis compatriotas —gruñó Thorrik—. ¿Acaso dudas de la fuerza de los enanos, barbanueva?

El caballero volvió la mirada hacia el encolerizado rompehierros.

—Mis palabras no pretenden enlodar ninguna reputación ni faltar al respeto de nadie —replicó—, pero si el paso del Fuego Negro cae, serán los territorios del Imperio los que serán arrasados, no los de la raza de los enanos.

—Guardar lo que los humanos llamáis el paso del Fuego Negro fue un juramento hecho por los ancestros de todos los enanos —gruñó Thorrik, cuya voz rasposa estaba cargada de indignación—. Fue un juramento hecho con sangre, y mientras quede con vida un sólo enano, ningún enemigo atacará al Imperio a través de ese paso.

Grunwald suspiró.

—Yo alabo vuestra vigilancia y orgullo, maestro enano —dijo el caballero, cauteloso—, y estoy seguro de que eso sería verdad si se tratara de otros tiempos. Pero la guerra amenaza a las fortalezas de los enanos tanto como al Imperio. Hemos acudido a reforzar el paso del Fuego Negro por orden de vuestro propio Alto Rey.

Thorrik entrecerró los ojos.

—¿De qué hablas cuando dices que la guerra amenaza las fortalezas de los enanos?

—Las tribus de los pieles verdes están concentrándose al otro lado de las montañas. Se dice que amenazan al mismísimo Pico Eterno.

—¡Bah! —bufó Thorrik—. ¡Imposible!

El caballero se encogió de hombros, un movimiento que quedó casi oculto dentro de la gruesa armadura lacada de negro.

—¿El templo de Sigmar continúa sano y salvo? —preguntó Grunwald, con tono vivo.

—Lamento decir que no lo sé —replicó el caballero. Alzó una mano y los caballeros se pusieron firmes. En ese momento pasaba por el camino el primer regimiento de infantería, y sus pesados pasos resonaban con fuerza.

—Habéis dicho que una parte de vuestro ejército continuará hasta el norte del paso del Fuego Negro; ¿por qué viajar hasta aquí si vuestro punto de destino está en los estados del norte? Eso es dar un rodeo enorme, templario —dijo Grunwald, pero el caballero se limitó a sonreír.

—Entonces, ¿no habéis oído hablar de la máquina de vapor de los enanos?

Grunwald frunció el ceño, pero su interlocutor continuó, sin darle tiempo a formular preguntas.

—Marchamos hacia el paso de Fuego Negro. Acompañadnos, si os place —dijo el caballero—. Hablad con Siegfried, el oficial de suministros, que va en la retaguardia de la columna. Podéis pedirle un corcel; decidle que yo lo he autorizado. Puede que incluso encuentre un poni pequeño para vuestro amigo —dijo, y a sus ojos afloró una expresión de humor, aunque la de su cara continuó siendo seria—. O un perro grande.

Dicho eso, los caballeros dieron media vuelta para alejarse y dejaron a Grunwald sonriendo y a Thorrik apoplético de cólera.

—Debería meterle el hacha tan adentro por el culo como para cortarle la lengua por ese insulto —se enfureció, mientras la cara se le ponía de un rojo tan oscuro que hacía juego con el color de su ahora erizada barba.

—Estoy seguro de que solo intenta ser servicial —comento Grunwald.

—¿Servicial? El mozuelo barbilampiño, bastardo hijo de puta. —Sin hacer pausa para respirar el enano cambio a su idioma nativo y soltó un torrente de frases cargadas de bilis. Grunwald no entendía lo que estaba diciendo, pero hizo una mueca de dolor ante el tono ácido, hiriente y vengativo de la voz. Lentamente el discurso descendió hasta transformarse en un murmullo indistinto.

—Bueno, y que piensas de los perros en serio —pregunto Grunwald, intentando ocultar una sonrisa irónica. Thorrik alzo hacia él una mirada

iracunda cargada de suspicacia, para intentar descubrir la burla en su rostro. Satisfecho gruño sonoramente antes de darle la respuesta.

—Son buenos para comer —dijo, al fin.

\* \* \*

Annaliese estaba exhausta cuando finalmente llegaron a la cumbre de una colina, y vieron el templo de Shallya a lo lejos. Caminaba de la mano con el niño, que por fin había hablado después de dos días, aunque solo había dicho como se llamaba.

—Mira, Tomas —dijo ella, señalando la curva torre que coronaba el templo de Shallya—. Las hermanas son buenas. Si tienes suerte, tal vez incluso te datan un baño caliente esta noche. —Se inclino para olerlo, y luego se tambaleó, con la cara convertida en una máscara de exagerado asco. El niño salto una risilla, y su rostro se alegró, luego la imito, oliéndola a ella y soltando una exclamación ahogada.

Annaliese rio.

—Supongo que también a mí me vendría bien un baño, joven Tomás. —Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo algo de lo que reírse.

Tardaron una hora en llegar al templo. Llevo a Tomas en brazos durante una parte del camino hasta que le pareció que cargaba con un peso de plomo. El cielo estaba oscuro, cubierto de nubes que flotaban demasiado cerca del suelo y hacían que el aire estuviera cargado y resultara opresivo. A pesar de eso, era un poco más tibio, allí, ya fiera porque se encontraba más al sur respecto a su aldea, o quizá porque el invierno acababa por fin.

Aún había nieve amontonada en ventisqueros contra toscos muros de piedra y setos, pero los campos estaban relativamente libres de ella. La hierba estaba enfangada y muerta, pero rebrotaría.

Tomás la hizo reír cuando descubrió un ratón y saltó tras él mientras el animalillo se metía dentro de un seto para escapar de sus manos. El niño



reapareció un momento después, con ramitas en el pelo, sonriente, y avanzó contento, a través de la nieve crujiente, para volver junto a ella.

Eldanair apareció silenciosamente, con la capucha echada muy adelante sobre el rostro. Tomás se ocultó al instante detrás de Annaliese, y ella le posó una mano sobre un hombro para tranquilizarlo. El elfo se quitó la capucha. Estaba ceñudo, y Annaliese lo miró con creciente preocupación.

Oyó el desagradable graznido de las cornejas.

El templo de Shallya había sido saqueado y parcialmente devorado por el fuego. Peor aún, lo habían profanado y dibujado en sus paredes toscos símbolos con lo que parecía ser sangre. No se veía ni rastro de las hermanas.

Un hedor animal asaltó el olfato de los tres al aproximarse al templo, como si una jauría de perros salvajes hubiera usado el lugar como retrete, y, a pesar del frío, el zumbido de las moscas inundaba el aire. Annaliese cogió a Tomás en brazos para estrecharlo contra su pecho y mantener sus ojos apartados del profanado lugar. El niño comenzó a llorar, y ella se puso a mecerlo y susurrarle palabras tranquilizadoras.

Eldanair alzó una mano para indicarle que permaneciera en el exterior, y tras poner una flecha en el arco atravesó las destrozadas puertas del templo con paso leve.

Annaliese contempló los destrozos con ojos tristes. Habían hundido las ventanas, y el hedor a heces y orina era muy fuerte. Sus ojos fueron atraídos hacia los toscos símbolos que habían pintado en las paredes de pálida piedra de la pequeña capilla, y sintió revulsión.

Caminó por los terrenos externos a la capilla. En la parte posterior de la estructura había un pequeño huerto, pero había sido pisoteado y destrozado. Había pequeños altares con iconos colocados sobre postes bajos ante pequeños bancos de madera, lugares para la comunión silenciosa y solitaria. Los habían derribado todos, y los habían hecho pedazos. Se detuvo ante uno de estos destrozados iconos al ver una pequeña talla de Shallya arrodillada. Con cuidado para no dejar caer a Tomás, se inclinó para recoger la talla de la nieve. Parecía que un hacha le había cortado la cabeza. La dejó caer otra vez sobre la nieve, con un suspiro.

Al continuar rodeando el santuario, alzó los ojos y lanzó un grito ahogado. Acababa de encontrar a una de las dulces hermanas de la diosa de

la curación.

Estaba con los brazos y las piernas abiertos, sobre la rueda de una carreta, y clavada a la circunferencia de madera. Habían levantado la rueda para clavar el eje roto en la tierra de modo que la sacerdotisa yaciera mirando al cielo.

Por encima del cuerpo saltaban aves carroñeras que aleteaban y graznaban ruidosamente al pelearse por los mejores bocados. Annaliese sintió que la bilis le subía a la garganta y comenzó a temblar de manera incontrolable. Tomás gimoteó e intentó soltarse, pero ella le tapó los ojos con una mano y lo abrazó con más fuerza. Se alejó corriendo a ciegas de la escena de pesadilla, rodeó una esquina del santuario y se lanzó directamente a los brazos de Eldanair.

Lloró contra el pecho de él, que la rodeó con los brazos torpemente, como si se sintiera incómodo con un contacto semejante. Al final se apartó del elfo, con Tomás sujeto contra sí con una mano, y se enjugó las lágrimas de la cara.

Eldanair le indicó por gestos que lo siguiera, y la condujo en torno al santuario y a través de la destrozada puerta. Annaliese estuvo a punto de vomitar a causa del hedor de dentro del edificio, y Tomás se puso a llorar ruidosamente una vez más.

El elfo los llevó hasta la parte posterior del templo, pasando ante bancos destrozados. Bajo sus pies crujían vidrios rotos, y finalmente Eldanair señaló hacia abajo por una escalera de piedra que descendía hasta la cripta, situada debajo del templo.

Ella lo miró con preocupación, pero él asintió con la cabeza para animarla, y a continuación encabezó el descenso por los estrechos escalones desgastados. Abajo hacía un frío gélido, pero no estaba tan oscuro como ella sabía imaginado, porque a través de huecos tallados en la roca y que llegaban hasta las ventanas del santuario, entraba luz que iluminaba la cripta.

Se veían estatuas de mujeres reclinadas, cada una con una placa delante. Miró una, pero como no sabía leer, no tenía significado para ella. Había cabos de velas en candelabros, lo que indicaba que habrían podido ser encendidas en honor de las sacerdotisas difuntas, pero por suerte parecía

que los atacantes no habían descubierto aquella parte del edificio y el hedor era menos fuerte allí.

A Annaliese se le erizó el pelo de la nuca al oír que algo raspaba contra el frío suelo de piedra, y se inmovilizó. Una forma umbría huyó de ellos a gran velocidad, y Eldanair le hizo un gesto a ella para que se acercara.

Al mirar atentamente la penumbra, vio que había una persona acucillada detrás de una de las tumbas. Captó un atisbo de cabello largo y ropón pálido, y de repente entendió. Dejó a Tomás en el suelo, y se arrodilló ante él para mirarlo a los llorosos ojos.

—Quiero que seas un chico valiente y que te quedes con Eldanair durante un momento. No tardaré. —El niño gimoteó y se aferro a ella—. Te prometo que volveré en un momento, solo voy a hablar con aquella señora de allí.

Comenzó a avanzar hacia la mujer, pero Tomas continuaba aferrándose desesperadamente a ella. Suspiro y volvió a cogerlo en brazos. Eldanair se encogió de hombros.

—De acuerdo, Tomas, puedes acompañarme. Vamos.

Avanzo lentamente hacia la mujer.

—¿Hola? —dijo—. Me llamo Annaliese y no vamos a haceros daño. Ahora estáis a salvo.

Rodeo la tumba de piedra antigua. La mujer se encogió en el rincón, con el pelo casi completamente oculto tras una masa de pelo revuelto. Vestía los ropones de sacerdotisa.

—¿Sois una de las hermanas de Shallya, no es cierto? Está bien, aquí ya no hay nada. Se han marchado.

Se acercó más y al arrodillarse dejó en el suelo a Tomas que miro a la mujer con expresión curiosa.

—¿Dónde están las otras sacerdotisas de la orden, hermana?

Entonces los ojos de la mujer posaron en los suyos una mirada cargada de dolor y miedo. Tenía la cara sucia y manchada por las lágrimas, y comenzó a mecerse atrás y adelante.

—Se han marchado —replico, sacudiendo la cabeza—. Todas se han marchado. Solo la hermana Margrethe y yo quedamos. —Alzo los ojos hacia

Annaliese con mirada frenética—. No sé dónde está la hermana Margrethe. La... la oí gritar.

—Ya no sufrirá mas —respondió Annaliese, y la mujer dejó caer los hombros, laxa, contra la pared.

—Recé por ella. ¿Se han marchado? —preguntó, temerosa—. ¿Se han marchado de verdad? Eran animales; nos atacaron bramando y gritando...

—Shhh —dijo Annaliese con voz dulce, al tiempo que abrazaba a Tomas. Al ver al niño, los ojos de la mujer parecieron iluminarse un poco, y la sacerdotisa sonrió con los ojos inundados por las lágrimas.

—¿Y cómo te llamas tu jovencito?

—Tomás —replicó él, con timidez.

—Tomas un nombre fuerte para un muchacho fuerte —replico la mujer.

—No tienes por qué llorar —dijo el niño, y la sacerdotisa rio y se enjugó las lágrimas.

—Bendito seas, mi niño —dijo. Annaliese se puso de pie y le ofreció un brazo a la mujer, que le aceptó y permitió que la ayudara a levantarse—. La fuerza de los inocentes es algo maravilloso; aquí estoy yo lo bastante vieja como para ser su abuela y hecha pedazos y, sin embargo, un niño que no tiene más de cinco años aun puede sonreír.



—¿A qué distancia está? —preguntó Annaliese a la sacerdotisa, que se llamaba Katrin. Con la cara y los ropones limpios, Annaliese vio que era una mujer hermosa de mediana edad, y aunque su mirada era obsesiva, tenía buena mano con los niños.

—A dos días a pie, no más —respondió Katrin. Se volvió para sonreírle a Annaliese—. Habéis hecho un largo viaje..., y os agradezco que me deis escolta hasta el templo. No creo que hubiera podido realizarlo sola, honradamente dudo de que hubiera podido reunir la fuerza necesaria para salir de la cripta.

—Yo me alegro de haberos encontrado —dijo la joven, que alzó los ojos hacia las enormes Montañas Negras que se encumbraban ante ellos—. Aunque lamento que no hayamos llegado antes.

—Sólo habría habido más dolor y muerte, si hubierais llegado antes —dijo Katrin.

—Tal vez habríamos podido detenerlos.

—Tal vez, tal vez no. En cualquier caso, habría habido más muerte y más violencia, y eso es un anatema para nuestra orden. Habría hecho llorar a la diosa.

—¿No está vuestra orden dedicada a la vida? ¿A los vivos?

—Por supuesto que sí, pero no a expensas de la vida de otros, Annaliese —la censuró la sacerdotisa, con dulzura. Suspiró profundamente—. Ya echo muchísimo de menos a la hermana Margrethe... era una muchacha dulce y sencilla.

—Lamento haberos recordado eso, hermana —dijo Annaliese.

—Bah —dijo Katrin, que agitó una mano para ahuyentar la disculpa—. La congoja y la tristeza forman parte de la vida, y no son algo de lo que debamos ocultarnos —explicó, mirando a Annaliese a los ojos.

La muchacha apartó con rapidez la mirada, y posó una mano sobre la empuñadura de la espada.

—El niño es fuerte y sano —dijo Katrin, que captó el estado anímico de Annaliese y cambió de tema. Tomás corría por delante de ellas, pero se volvía con ansiedad para ver si aún lo seguían—. Aunque en su interior hay un dolor oculto que tardará toda una vida en sanar, si alguna vez lo hace.

—Sois buena con los niños —dijo Annaliese.

—Igual que tú. Tienes... ¿cuánto, diecisiete años? ¿No tienes hijos propios?

—No. No... me he casado.

Continuaron caminando en silencio. Eldanair iba muy por delante, convertido en una indistinta sombra gris que avanzaba a cien metros de distancia.

—Ciertamente, andas en extrañas compañías —comentó Katrin, sacudiendo la cabeza—. Un huérfano y un elfo.

Annaliese sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Por qué vuestra orden abandonó el templo, Katrin? ¿Por qué os dejaron atrás sólo a Margrethe y a vos?

La mujer madura volvió a suspirar.

—El Imperio se ve acosado por antagonistas, rodeado por todos lados por enemigos mortíferos y celosos. La superiora de mi orden fue visitada en sueños por una visión de la Dama Shallya en persona. La diosa estaba llorando porque conocía los horrores que se avecinaban. Cuando la hermana superiora despertó, les ordenó a las demás que se prepararan para viajar hasta el templo de Sigmar que hay en el paso del Fuego Negro. Sería allí donde nos necesitarían en los oscuros días por venir —explicó Katrin.

—Pero ¿por qué os escogieron para que os quedarais? —preguntó Annaliese.

—¿La verdad? Yo lo solicité. Estoy cansada, Annaliese, y he visto mucho horror en mi vida. Aunque sé que la hermana superiora deseaba que estuviera a su lado, pedí ser la que se quedara atrás, a cuidar del santuario lloroso hasta que regresara la orden —sacudió la cabeza y suspiró—. Es extraño cómo han salido las cosas, pero no me corresponde a mí cuestionar la voluntad de los dioses.

—La vida del templo tiene que ser plácida —dijo Annaliese, y de inmediato se sonrojó—. En circunstancias normales, quiero decir —se apresuró a añadir.

—¿Plácida? Sí, nunca había estado tan en paz como en los años transcurridos desde que ingresé en la orden. ¿Triste? Sí. ¿Difícil? Sí. Pero tenéis razón. Estoy en paz conmigo misma.

»Podrías unirme al templo, Annaliese —dijo Katrin, tras una pausa—. Encontrarías un hogar entre nosotras. Y veo que llevas dentro el toque sanador.

Annaliese volvió a sonrojarse. El rayo destelló por encima de las Montañas Negras.

Katrin suspiró para sí. Había dicho la verdad cuando había afirmado que la muchacha podría encontrar un hogar entre las hermanas de Shallya, pero sabía que nunca ingresaría en la orden.

Otro dios ya la había reclamado para sí.

## OCHO

Los rayos que destellaban por el cielo de lo alto de las montañas lejanas hacían que el ambiente del campamento fuese pesimista. Como Grunwald sabía por experiencia, los soldados eran supersticiosos, y ver los destellos en la dirección hacia la que viajaban podía ser considerado como un mal augurio.

Él no tenía tiempo para augurios y no era ni remotamente supersticioso aunque había sido soldado regular del ejército de Nuln. Siempre había sido devoto y daba mucha importancia a presentar los debidos respetos a los dioses —invocando a Manann siempre que subía a bordo de un barco, y dándole gracias a Verena siempre que la justicia era bien servida—, pero desaprobaba las practicas rurales de los ignorantes y mal informados, las promesas y amuletos que muchos afirmaban que protegían contra los malos espíritus y augurios. Ese tipo de cosas olían a práctica infernal, y constituían uno de los caminos por los que uno podía deslizarse inadvertidamente hacia la perdición.

Los soldados regulares habían acampado en riguroso orden, con ocho hombres en cada sencilla tienda de lona, y el aire estaba cargado de los aromas de la comida y la charla de los hombres. Comerciantes y putas deambulaban por el campamento para vender sus mercancías; los seguidores de los campamentos eran algo corriente cuando un ejército se ponía en marcha, porque proporcionaba seguridad además de clientes bien dispuestos con muy poco más en lo que gastarse la paga. No es que hubiera mucho dinero que derrochar, ya que, según había averiguado, hacía meses que aquellos soldados no veían una moneda.

En el centro del campamento estaban las lujosas tiendas de los oficiales y los nobles, en lo alto de las cuales ondeaban los pendones y estandartes. Cada una de ellas era más grande que la casa de un ciudadano imperial medio, y su lona estaba decorada con oro y profusamente bordada, como si cada uno intentara superar a los otros, lo que probablemente era cierto. A Grunwald le daba asco.

Había entrevistado al comandante militar de los soldados regulares, un afectado noble imberbe del que se decía que era primo segundo de uno de los contendientes por el disputado título de Conde Elector de Averland. El noble llevaba armas en las que destellaban piedras preciosas y ornamentos, y se protegía con un peto chapado en oro que había sido moldeado a imagen y semejanza de un heroico torso musculoso. Un petimetre de muñecas flojas que jugaba a la guerra, resumió Grunwald. En general, los nativos de Averland eran famosos en el Imperio por sus grandes despliegues de riqueza y ornamentación, pero este noble llevaba eso a un nivel completamente nuevo.

Los caballeros del Sol Ardiente no tenían ninguna asociación política abierta con aquel estado, ni con ningún otro, y habían acampado separados de los de Averland. Grunwald se había enterado de que el templo del que procedían los caballeros se encontraba en el territorio de Stirland, y entre los de Stirland y los de Averland no había precisamente mucho cariño. No obstante, habían acudido allí por orden del propio Emperador, y eran profundamente devotos y honorables servidores del Imperio.

—Aún me intriga cómo puede ser que viajar hasta el paso del Fuego Negro os aproxime a los campos de batalla del norte —dijo Grunwald. El preceptor rio.

—Los enanos tienen aquí una máquina que acortará el viaje —dijo—. Tendré que verlo con mis propios ojos para creerlo, pero se dice que es una creación monstruosa de vapor y metal —explicó, y se encogió de hombros.

Un par de soldados de Averland, claramente más que un poco borrachos y con los brazos en torno a un trío de mujeres que olían a perfume barato, pasaron dando traspiés junto al fuego de campamento de Grunwald; riendo estrepitosamente. Al fijarse en el cazador de brujas de feroz mirada, guardaron silencio y apresuraron el paso.



—¿Sabéis? Creo que vuestra presencia está poniendo nerviosos a los soldados —comentó Karl.

—Sólo los culpables deben tener miedo de mi presencia —replicó Grunwald, y Karl le dedicó una ancha sonrisa al ceñudo cazador de brujas, desde el otro lado del fuego.

—Vaya, sí que sois un personaje edificante y positivo para teneros cerca, ¿verdad? —dijo, con los ojos chispeantes de humor.

—Ser edificante y positivo no va realmente de la mano con mi ocupación —replicó Grunwald, con el ceño fruncido. La verdad era que le gustaba el joven caballero, ya que era una compañía cómoda tras haber pasado semanas en el camino con el austero rompehierros, Thorrik. El enano se quitó la mochila de la espalda y se sentó ruidosamente con los dos hombres, y al cabo de pocos instantes estaba chupando su pipa en forma de cabeza de dragón.

Al cazador de brujas le gustaba el hecho de que el caballero pareciera completamente impasible ante él; no lo atemorizaban en lo más mínimo ni su presencia, ni sus modales ni su ocupación, y eso le parecía un cambio refrescante.

—Pero algún día deberíais probarlo —continuó el caballero—. Podría hacer sentir más cómoda a la gente, y es cuando la gente se siente cómoda que suele decir lo que no debe e incriminarse.

—La gente suele tener mucha habilidad para incriminarse cuando se siente incómoda —replicó Grunwald, que retorció el cuchillo ante sí antes de comerse un trozo de carne que había pinchado con él.

—Supongo que así es —dijo Karl. Era un hombre apuesto, de ojos azules, de unos veinticinco años como máximo, calculaba Grunwald. Tenía el ondulado cabello rubio, y ahora que no llevaba ni el almófar de malla ni el yelmo lacado de negro, las ondas le caían hasta los hombros. Era un rasgo de vanidad, pensó Grunwald: el cabello largo tenía la tendencia a quedar atrapado en la malla y provocar dolorosos tirones. En su opinión, el pelo largo era poco práctico para los guerreros en el mejor de los casos. Le proporcionaba al enemigo algo más que poder usar contra uno. Aun así, estaba seguro de que muchas de las mujeres más jóvenes que seguían al ejército estaban prendadas del apuesto joven caballero, así que estaba claro

que el pelo largo tenía algunas ventajas. Bufó ante su propia línea de pensamiento.

—¿Qué? —preguntó Karl.

—Nada. Sólo estaba pensando que me hacéis sentir viejo —replicó.

—Sí, se os empiezan a notar los años, abuelo. Debéis de estar a punto de cumplir, ¿qué, los treinta?

Grunwald volvió a bufar.

—Treinta y tres, y deberíais aprender a respetar a los mayores, no soy tan viejo como para no poder romperos esa bonita nariz que tenéis.

—Treinta y tres —intervino Thorrik con una risotada— ¡ja! ¡Recuerdo mis treinta y tres! ¡Apenas había dejado de mamar de la teta!

Karl se echó a reír a carcajadas, y Grunwald sonrió.



Más cansada de lo que podía expresar en palabras, Annaliese ascendía por el alto camino de montaña con el cuerpo dormido de Tomás aferrado a su cuello. Hacía mucho que había caído la noche, y viajaban en silencio. Eldanair avanzaba sigilosamente por delante de ellos, con el arco a punto, y cada uno de sus movimientos era preciso y cauteloso. Katrin caminaba junto a ella, con el ruedo del ropón de sacerdotisa sucio a causa de los días de marcha.

El tosco camino había sido tallado en la falda de la montaña, que a su derecha ascendía empinadamente y cubierta de abetos, y a la izquierda caía a pico porque la ladera era rocosa y abrupta.

Allá lejos, en el oscuro valle, destellaban las luces del pequeño asentamiento, Priesterstadt, y al otro lado la montaña se alzaba contra el oscuro cielo. El valle desembocaba en el paso del Fuego Negro, y aunque no se veía ni rastro de él en la oscuridad, el hecho de hallarse tan cerca de aquel santificado lugar la llenaba de reverencia. Se decía que la tierra había vomitado roca fundida y fuego que, al enfriarse y solidificarse, había rellenado el valle con la rugosa superficie negra que daba nombre al paso.

Annaliese no estaba segura de la veracidad de la historia ya que eso de la roca que corría como agua y ardía como madera parecía aún más inverosímil que la idea de ratas gigantes que caminaban erguidas como los seres humanos, y acechaban bajo la superficie del mundo.

En el paso del Fuego Negro se había situado el poderoso Sigmar con sus tribus humanas unidas y sus aliados enanos, para librar la más grandiosa batalla que jamás había tenido lugar en el Viejo Mundo. Una horda de pieles verdes como nunca había sido vista antes se había dispuesto a atravesar el valle para penetrar en las fértiles tierras del otro lado, cosa que habría significado el fin de la civilización humana. Sigmar se enfrentó con este contingente y luchó contra él durante días enteros hasta detenerlo. Asesinó al poderoso señor de la guerra de los pieles verdes, y la unión de las tribus de orcos y goblins se deshizo. Fue la más importante victoria en la historia de la humanidad, y anunció la aurora del propio Imperio.

Cuando era niña, Annaliese había escuchado, boquiabierta, en el regazo de su padre mientras él narraba la historia de la victoria de Sigmar. Nunca se había cansado de ese relato, y cada noche, antes de irse a la cama le suplicaba a su padre que volviera a contárselo. Él lo adornaba, inventaba nuevas hazañas sobrehumanas para el rubio dios guerrero, pero la esencia de la narración era siempre la misma. Un solo hombre que se había negado a ser vencido y había sido artífice de la salvación de todos.

Un solo hombre era lo único que se interponía entre la victoria y la derrota, había dicho siempre su padre. Si aquel día un solo guerrero hubiera dado media vuelta para huir, habría provocado una fuga imparable que habría sido el fin del Imperio antes de que se formara siquiera; pero ninguno había huido, a pesar de que muchos debieron creer que había llegado su fin. Y habían resistido sólo debido a su fe en un solo guerrero valiente.

Lo único que se precisa, solía decir su padre a menudo, es que una sola persona se oponga a la opresión y a fuerza abrumadora para que otros se sitúen a su lado; sólo una persona que se muestre valiente ante la muerte para que otras venzan sus miedos. Esta, decía, era la lección más importante que jamás podría enseñarle a ella y lo repetía a menudo. Se ganaba o perdía una batalla con las cosas más pequeñas, decía: un sólo hombre que daba

media vuelta y huía, uno sólo que se mantenía firme, erguido y desafiante ante el enemigo cuando todo parecía perdido.

Se oyó el aullido distante de un lobo y Annaliese se estremeció y volvió la vista atrás para mirar el camino por el que habían llegado. Muy a lo lejos vio una veintena de luces oscilantes. ¿Más viajeros que llegaban al paso del Fuego Negro a altas horas de la noche?

La vista tenía que ser pasmosa a la luz del día, y deseó poder contemplarla. Sin embargo, poco importaba; había decidido quedarse en el templo para ayudar a las hermanas de Shallya en su sagrado cometido. Tendría muchos días por delante para contemplar la grandeza del paso del Fuego Negro.

Sintió que una sensación de calma se apoderaba de ella por haber tomado esa decisión. Consagrar su vida a la diosa de la misericordia a través del cuidado de los enfermos y heridos sería algo que le desgarraría el corazón a la vez que la satisfaría, pensó. Y le permitiría continuar junto a Tomás y Katrin, y eso en sí mismo la complacía.

Su largo viaje ya casi había acabado, y se alegraba por eso. Se sentía más fuerte que nunca antes, y había recorrido sólo Sigmar sabía cuántas millas a través del Imperio, pero sus viajes la habían llevado hasta el lugar en el que su corazón le decía que debía estar; había sido una especie de peregrinaje.

Llegaron a una almenada muralla inexpugnable que protegía el camino que llevaba al templo. Un sólido cuerpo de guardia bajo y ancho se alzaba en medio del camino, con la puerta cerrada y un rastrillo de hierro negro delante de ella.

Sobre las murallas iluminadas por braseros encendidos había centinelas, y Annaliese vio el destello metálico de las puntas de las alabardas. Uno de los centinelas lanzó un grito al aproximarse los exhaustos viajeros, y las ballestas bajaron para apuntarlos por entre las almenas. Ni siquiera esto logró estropear la sensación de bienestar de Annaliese, y experimentó un escalofrío de expectación al ver sobre las puertas el icono de un cometa de doble cola, el símbolo que se decía que anunciaba la llegada del propio Sigmar.

Eldanair aflojó la tensión del arco cuando los apuntaron más ballestas, y alzó las manos en el aire para mostrar que el arma no estaba preparada para

disparar.

—¿Quién va? —gritó alguien, y Katrin avanzó para que la iluminara la luz de los braseros.

—Soy una hermana de Shallya, y he venido a reunirme con mi orden, la cual acudió al templo para prestar su ayuda dondequiera que fuese necesaria —dijo. Esto provocó como reacción una conversación en voz baja, y Annaliese oyó el sonido de una pesada barra que era alzada por varios hombres. Se abrió un pequeño portillo en las sólidas dobles puertas de la muralla, y apareció un guerrero de aspecto soñoliento. Parpadeó al ver a Katrin de pie ante él, y les echó una rápida mirada a Annaliese y Eldanair, el cual se había echado la capucha sobre la cabeza. Asintió, bostezando.

—Me temo que tendréis que esperar hasta que llegue uno de los sacerdotes, buena hermana. Nadie puede atravesar esta puerta después de oscurecido, sin su permiso expreso.

Katrin asintió con la cabeza, y la puerta de madera se cerró. Un momento después, el mismo centinela volvió a abrirla.

—¿Puedo traeros algo, hermana? ¿Agua? ¿Pan? Me temo que no tenemos gran cosa.

—Gracias, pero no —replicó ella—. Esperaremos hasta que me haya reunido con mis hermanas, antes de tomar un refrigerio. —La puerta volvió a cerrarse.

Pasaron diez minutos antes de que el sonido de engranajes que giraban y palancas que se alzaban anunciaran que el rastrillo de hierro con púas estaba alzándose. Una de las grandes puertas dobles se abrió con un potente crujido de madera, para dejar a la vista a un poderoso sacerdote guerrero que los esperaba, apoyado en un inmenso martillo de guerra a dos manos. Era de constitución robusta, y llevaba armadura de acero debajo de los ropones. Tenía todo el aspecto de un soldado veterano.

—Hermana, es tarde para viajar por esta zona —dijo, con voz sorprendentemente suave, al tiempo que le hacía un gesto para que avanzara—. Hay peligros que andan sueltos.

—Gracias, hermano —dijo Katrin—. Estos son mis amigos, y buscan refugio en el templo.

El sacerdote guerrero asintió con la cabeza, y sus ojos se desplazaron rápidamente a Eldanair, luego a Annaliese y su pequeño protegido, para volver al encapuchado elfo.

—A la muchacha y al niño les damos la bienvenida con los brazos abiertos, pero quiero ver la cara del guerrero antes de permitirle entrar —dijo el sacerdote guerrero, con tono suave.

Como si entendiera las palabras, Eldanair se apartó la capucha de la cara y miró al sacerdote a los ojos con actitud orgullosa y noble. Una de las cejas del guerrero de Sigmar se alzó ligeramente, aunque su expresión no cambió. Alzó una mano hacia el elfo, y Annaliese sintió dentro un estremecimiento, cómo si algo etéreo e invisible hubiera despertado en su interior.

—Vuestro corazón es puro, y es el de un guerrero valiente —dijo el sacerdote—. No obstante, lamento que no podáis atravesar estas puertas.

—¿Qué? —preguntó Annaliese, con voz cortante—. De no haber sido por él, habríamos perecido todos. No tenía ni idea de que el templo fuera tan poco acogedor.

El sacerdote volvió sus dulces ojos hacia Annaliese, que sintió que un aura de fuerza y calma descendía sobre ella.

—¿Se nos permitiría a los humanos entrar en un templo de la raza élfica? ¿Se nos permitiría entrar en los ancestrales salones de los enanos? No es por ser poco acogedor que yo le impido la entrada. Es sólo por respeto al templo.

Annaliese posó sobre él una mirada feroz, apartando de sí la sensación de calma que él le transmitía.

—Bien —le espetó, y se volvió hacia Eldanair. Con veloces signos y gestos de las manos le explicó la situación. Intentó comunicarle que ella volvería a salir cuando hubiera dejado a Tomás a salvo. Él se encogió ligeramente de hombros, y poso una mirada altiva en el sacerdote de Sigmar. Giró velozmente al tiempo que se echaba la capucha sobre el rostro, y se fundió con los abetos.

—El templo le proporcionara al elfo comida y leña, si los solicita, señora —dijo el sacerdote con voz dulce y Annaliese le lanzó una mirada colérica.

—No lo aceptaría —replicó. El sacerdote se limitó a encogerse de hombros a modo de respuesta y dio media vuelta para conducirlos a través

del cuerpo de guardia. Sus pasos hicieron crujir la grava al llegar al sendero del otro lado.

A Annaliese le pareció que vivía un sueño cuando por fin giraron en un recodo y vio ante sí la gloria del templo de Sigmar, momento en que su malhumor se evaporó al instante. Les dieron la bienvenida acogedores braseros, y se veía luz a través de pequeñas ventanas construidas pensando tanto en la defensa como en la belleza arquitectónica.

En el mortecino claro de luna, Annaliese vio que en lo más alto del abovedado tejado del templo brillaba la dorada estatua de un hombre que empuñaba un martillo enorme. Quedó boquiabierta de pasmo reverencial. A la salida del sol la estatua se iluminaría como si ardiera con luz divina.

Las puertas del templo rechinaron al abrirse, y por ellas manaron calor y luz. Al entrar, Annaliese sintió que la invadía el bienestar.

—Estoy en casa —susurró.



Udo Grunwald caminaba junto a Thorrik con el caballo cogido de las riendas para que la exhausta bestia descansara un poco. El corcel se mostraba asustadizo, y el cazador de brujas lo sintió temblar cuando aullaron los lobos a lo lejos. Debía ser cerca de medianoche, pero estaba decidido a continuar hasta el templo. Calculaba que debía hallarse a unas tres horas de camino, y deberían llegar a él más o menos una hora antes del amanecer.

Karl Heiden, preceptor de los Caballeros del Corazón Ardiente, encabezaba la columna, y el rítmico redoble de los cascos de los caballos sobre el rocoso suelo que confería su nombre al paso inundaba el aire nocturno. Los acompañaba sólo una veintena de caballeros, pues el resto de la orden había plantado campamento justo fuera del valle para entrar en el al amanecer. Tanto Grunwald como Thorrik se habían mostrado ansiosos por continuar, y Karl había pedido permiso al Maestre Templario de la orden para escoltarlos. Era un gesto noble, y Grunwald agradecía la compañía.

Uno de cada cuatro caballeros llevaba en alto una antorcha encendida que sujetaba con una mano acorazada, y que les proporcionaba un cálido resplandor oscilante.

Las montañas se alzaban a ambos lados del valle, y los árboles crecían en espeso bosque sobre las laderas.

—Este es un buen camino —comentó Thorrik, al tiempo que bajaba hacia el suelo la tea ardiente que llevaba. Grunwald gruñó a modo de respuesta. No le había prestado mucha atención al camino—. Hecho por mi pueblo antes de la Guerra de Venganza. —Planto un pie con firmeza sobre la piedra tallada, con tal fuerza que espantó al caballo de Grunwald—. Buena, sólida obra de enanos —continuó Thorrik—. Durará hasta el fin del mundo, cuando Grimnir en persona volverá con nosotros. —El enano alzó los ojos hacia Grunwald—. Tendremos que separarnos pronto, muchacho. Tengo que ir a entregar esto —dijo, señalando con un pulgar el objeto envuelto que llevaba a la espalda—. Estoy obligado por un juramento hecho a alguien que ahora bebe en los salones de los ancestros —añadió con tono hosco, obviamente incomodo por hablar del tema y se aclaró la garganta—. No estaré por aquí durante mucho tiempo más para continuar salvándote el cuello.

El cazador de brujas sonrió. En verdad, echaría de menos a aquel terco compañero. El caballo volvió a espantarse, y de repente se puso a relinchar y tironear de las riendas que él sujetaba con una mano.

—Silencio —le dijo al caballo, y le dio palmaditas en el cuello mientras Thorrik clavaba en el animal una mirada cargada de odio desde detrás del yelmo. El caballo volvió a tironear de las riendas, con más fuerza, y echó atrás las orejas.

—¿Qué le sucede a esa condenada bestia? —gruñó el enano, mientras Grunwald intentaba calmar al corcel.

—Algo lo ha asustado —dijo Grunwald, mientras luchaba con el caballo. Advirtió que las monturas de los caballeros también estaban inquietas, aunque el entrenamiento les impedía demostrarlo abiertamente. Vio que Karl alzaba una mano para detener la columna, y entonces posó una mano sobre el cuello de la temblorosa montura de ojos desorbitados, al tiempo que le susurraba en voz baja.



Les llegaron más aullidos de lobos, esta vez desde más cerca, y oyó que Thorrik siseaba al volverse para mirar fijamente hacia el oscuro bosque de abetos que formaba una muralla a lo largo del camino.

—¿Es que nunca antes has oído a los lobos, enano? —Se burló Grunwald. Pero se le borró la sonrisa cuando se oyeron más aullidos, otra vez más cercanos que los anteriores.

—Goblins —gruñó Thorrik al tiempo que dejaba caer la pesada mochila al suelo y alzaba el hacha con una mano, mientras con la otra continuaba sujetando la antorcha en alto.

—¿Qué? —preguntó Grunwald.

—¡Nos atacan! —rugió el enano cuando la primera forma salió de la oscuridad de los árboles a la velocidad del rayo, lanzada hacia la columna de caballeros.

Con los dientes desnudos y un grave rugido que manaba de las profundidades de su pecho, el enorme lobo avanzó a saltos por el suelo desigual. Una criatura de piel verde se aferraba a su lomo, y la ancha sonrisa de su rostro dejaba a la vista una temible serie de dientes afilados como agujas.

Antes de que los caballeros pudieran reaccionar de acuerdo con la advertencia de Thorrik, el lobo saltó hacia el guerrero del Sol Ardiente que tenía más cerca. Era un animal inmenso, fácilmente del tamaño de un caballo pequeño, y cerró los dientes en torno al cuello acorazado del corcel. El caballo relinchó de terror y cayó bajo el peso del lobo, mientras la criatura que iba sobre su lomo dirigía una estocada al pecho del caballero con la tosca lanza que llevaba y que abolió el peto pero no lo perforó. No obstante, sus piernas resultaron aplastadas cuando le cayó encima el peso del aterrado caballo acorazado. La odiosa criatura de piel verde saltó del lomo de su montura para caer sobre el caballero y clavar la punta de la lanza a través de las ranuras de la visera del yelmo, mientras el lobo sediento de sangre mataba al caballo.

—Goblins —gruñó Grunwald, en el momento en que más de aquellas criaturas salían en muchedumbre de la oscuridad de la linde del bosque que las ocultaba, lanzadas hacia la columna. Soltó las riendas del caballo, que se

alzó de manos, pataleando, antes de que una lanza arrojada se le clavara en el pecho. El animal escapó, sangrando a borbotones por la mortal herida.

A un grito de Karl, los caballeros hicieron girar los corceles para encararse con la amenaza que se les echaba encima, y mantuvieron la disciplina a pesar de la confusión creciente.

Thorrik rugió un grito de guerra de los enanos, y le arrojó la tea encendida a la cara a una de las criaturas que cargaban, antes de levantar el hacha en el aire con ambas manos y estrellarla contra el costado de la cabeza de un lobo que saltaba hacia él, y al que le hundió el cráneo.

Grunwald desenfundó y disparó una de las pistolas cuya bala impactó contra un goblin que salió volando de la silla de montar, y dejó tras de sí un chorro de sangre pulverizada. Luego se lanzó al suelo cuando el monstruoso lobo saltó hacia él.

Los caballeros luchaban en torno a ellos, tras haber cambiado las lanzas por sus pesadas espadas de caballería. Asestaban tajos a los jinetes de lobos y mataron a varios, pero otros caballeros estaban siendo derribados de los corceles al lanzarse más lobos contra los caballos de guerra.

Al ponerse de pie, Grunwald sacó la maza que llevaba al cinturón, y saltó hacia un lobo que estaba intentando despedazar a un caballero caído. El animal se volvió al acercarse él, con los dientes desnudos y los salvajes ojos llenos de ferocidad animal y hambre. La maza se estrelló contra un costado de la cabeza de la criatura e hizo pedazos dientes y hueso, y el lobo cayó con un gemido.

Grunwald oyó que Karl intentaba organizar a los caballeros y gritaba ordenes. Vio que una lanza arrojada se estrellaba contra un costado del yelmo de Thorrik, cuya cabeza se movía bruscamente, pero el golpe ni siquiera pudo dejar un arañazo en el gromril, ni tampoco hizo retroceder un sólo paso al enano. Únicamente se volvió, maldiciendo en su propio idioma, y acabó con la vida de otro lobo que saltaba y al que la hoja del hacha derribó al suelo.

El cazador de brujas gruñó cuando una hoja dentada le hizo un corte en un antebrazo, y al rotar sobre sí derribó al atacante de un golpe del lomo de un lobo. El goblin le siseó cuando Grunwald saltó hacia él, e intentó patearlo

con las flacas extremidades. Grunwald descargó una bota sobre la cabeza de la criatura, y oyó un satisfactorio crujido cuando se le partió el cuello.

Entonces vio a Karl, batallando como un héroe de la antigüedad, matando goblins con la espada mientras su caballo destrozaba cráneos con los cascos al patear. Un piel verde diminuto saltó del lomo de su propia montura y cayó sobre la silla del caballo, detrás de Karl, donde los dedos como patas de araña de una mano comenzaron a intentar quitarle el yelmo, mientras sujetaba una daga de filo dentado con la otra mano. El caballo de guerra se encabritó, y tanto el caballero como el goblin cayeron al suelo, momento en que Grunwald perdió de vista al preceptor.

Alzó la maza y retrocedió un paso para afianzar mejor los pies, en el momento en que hacia él saltaban un par de jinetes de lobos; a las enormes monturas de gris pelaje les colgaba la lengua fuera de las fauces. Uno de los goblins cayó rodando del lomo de su montura, y el lobo del segundo jinete grito de dolor y se desplomó en el suelo al fallarle las patas posteriores. El cazador de brujas vio una saeta metálica de ballesta clavada en los cuartos traseros del lobo y de repente el aire quedó inundado por una segunda andanada de saetas disparadas desde la linde del bosque.

El lobo que había perdido el jinete saltó hacia él y le golpeó el pecho con las enormes patas, al tiempo que abría las fauces en busca de su garganta. Fue derribado de espaldas al suelo y sintió en la cara el rancio aliento caliente de la inmundicia. Desesperado, cerró una enguantada mano en torno al cuello de la bestia para mantener a distancia las mandíbulas, pero la fuerza y el peso de la criatura eran inmensos.

Se le oscureció la vista cuando se le llenaron los ojos de sangre pulverizada, y sintió que la monstruosa criatura quedaba laxa y se desplomaba sobre él. Con la fuerza adicional que le confirió el aumento de la adrenalina, apartó de sí el peso muerto y se levantó sobre pies inseguros, mientras se limpiaba la espesa sangre viscosa de los ojos.

Una figura pequeña y ancha le volvía la espalda en ese momento, armada con un hacha de doble filo.

En torno a él resonó un gutural grito de guerra, y Grunwald vio que avanzaba una hueste de aquellas figuras bajas y anchas armadas con hachas. Grunwald gruñó a causa del esfuerzo al descargar la maza contra un goblin

que estaba medio aplastado debajo de su montura muerta, y le destrozó la cabeza como si fuera una fruta, para luego quedarse mirando cómo los enanos descendían sobre los goblins y un odio vitriólico guiaba sus golpes. Sus hachas abrieron un sangriento surco a través de la masa de pieles verdes, y al cabo de poco los últimos de los jinetes de lobos huían hacia la oscuridad, mientras sus aullidos se oían cada vez más lejos.

Grunwald limpió la sangre y los sesos de las protuberancias de la maza, mientras Thorrik daba una austera bienvenida a sus parientes, hablando en su atronadora lengua gutural. Miró en torno y vio a Karl, que maldecía profusamente mientras se quitaba el fango de la armadura.

—¿Cuántos? —le preguntó al preceptor, cuando llegó a su lado. El caballero alzó la mirada con ojos coléricos.

—Demasiados. Seis caballeros y cuatro caballos. Habrá que matar otro caballo. —Mientras aun pronunciaba estas palabras los doloridos relinchos del animal fueron silenciados—. Maldición, las cosas tienen que estar mal, si hay goblins de incursión por la entrada del paso.

—Sí —dijo Grunwald.

—¿Estáis bien? ¿Habéis sufrido un tajo? —preguntó Karl, al ver la sangre que goteaba del brazo del cazador de brujas. Grunwald bajó los ojos hacia la herida.

—No es gran cosa. Debería haberlo visto venir —dijo, restando importancia al asunto.

—Me alegro de que se hayan presentado ellos —murmuró Karl, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia los enanos, cuyo jefe estaba conversando con Thorrik mientras el resto se ponían a apilar los goblins y lobos muertos. Daba la impresión de que había más de dos docenas de aquellos asquerosos cadáveres, en total.

Reparó en que la armadura de todos los enanos era tan pesada como la de Thorrik. Cada uno de ellos llevaba una pesada cota de malla y una gruesa capa de pieles, e iban armados con hachas y robustas ballestas. Se dedicaron al trabajo con diligencia, y al cabo de minutos ya habían encendido una gran pira y el aire se cargaba del hedor a carne quemada.

El cazador de brujas y el preceptor se reunieron con Thorrik, y el enano con quien estaba hablando volvió hacia ellos su pétrea mirada. Parecía

mayor que Thorrik, aunque resultaba difícil calcularle la edad, y su barba gris habría llegado al suelo si no hubiera estado atada y doblada sobre sí misma en una serie de intrincadas trenzas. Tenía una pipa en la boca, y de sus fosas nasales salió humo azulado.

—Os doy las gracias por vuestra oportuna llegada, señor enano —dijo el caballero—. Soy Karl Heiden, preceptor de Myrmidia, y este es Udo Grunwald, templario de Sigmar. Si no hubierais llegado cuando lo hicisteis, me temo que mis bajas habrían sido considerablemente mayores.

El enano gruñó para sí con voz grave y dijo algo en su idioma nativo, mientras el humo de pipa se arremolinaba en torno a él.

—Parece que habéis dicho la verdad —dijo Thorrik, malhumorado, a Karl, con expresión sombría—. Los odiados pieles verdes están reuniéndose en números no vistos desde los tiempos del propio rey Kurgan. Se estrellan contra las murallas de Kolaz Umgol y del Puesto Barbasevera como una marea viviente, y se dice que incluso Karaz-a-Karak está amenazada. Este es un día horrible de verdad.

—Pero estos batidores lograron escabullirse a través de las defensas del paso —dijo Grunwald, preocupado—. Otros podrían haber hecho lo mismo. El mismísimo templo de Sigmar podría estar sufriendo un ataque.

—Sí, es posible, humano —replicó el jefe de los exploradores enanos, sin dejar de chupar la pipa. El sonido de su voz era como el de piedras que rasparan unas contra otras, pétreo y duro—. Estos hediondos goblins —continuó, quitándose la pipa de la boca para escupir al suelo al mencionar a los pieles verdes—, no son los únicos de su raza que andan por ahí fuera esta noche. Puedo percibir su hedor en el aire.

Grunwald sintió que su ira aumentaba. Se volvió a mirar a Karl con los ojos cargados de furia y preocupación.

—Debo llegar al templo. No debe ser profanado por criaturas como esas —dijo, al tiempo que señalaba la pila de goblins en llamas. Karl asintió con la cabeza.

—Los caballeros del Corazón Ardiente cabalgarán con vos —dijo el preceptor, con expresión inusitadamente seria.

—Humano —dijo Thorrik, y el cazador de brujas se volvió a mirar al austero, fiable guerrero.

—Esta vez no puedo acompañarte —dijo el enano—. El juramentó prestado me obliga. Aquí se separan nuestros caminos. —Los dos se estrecharon el brazo, con la mano cerrada en torno al antebrazo del otro al estilo de los enanos. Luego, sin más que un hosco asentimiento de cabeza a modo de despedida, el enano dio media vuelta e inició la marcha hacia el este, con sus compatriotas.

En silencio, Grunwald deseó buen viaje al enano.

—Vamos —dijo Karl—. Encontraré un corcel para vos.

A lo lejos, aullaron los lobos.



Annaliese tendió al dormido Tomás sobre un grueso camastro de paja situado en las profundidades del templo de Sigmar, y decidió tumbarse junto a él. Sólo por un momento, se dijo. Se sentía como una persona diferente después de haberse quitado la suciedad de la piel con un baño. Mientras se aseaba, le había complacido ver que los músculos de sus piernas eran definidos y fuertes, antes de reírse de sí misma por su vanidad. Descansaría la cabeza en la almohada durante apenas un momento, se dijo. Pero al instante cayó en un profundo sueño reparador, con un brazo protector en torno al niño dormido.

En algún lugar cercano aullaban lobos, pero ella no hizo caso, ya que se sentía benditamente a salvo dentro de la fortaleza de piedra. Vagamente reparó en el batir de unos tambores, pero apartó de sí estas intromisiones, convencida de que formaban parte de sus sueños.

Parecieron desvanecerse, y se encontró caminando al sol a través de un dorado campo de cultivo. Extrañamente, llevaba una armadura de deslumbrante brillo, pero se sentía completamente cómoda con aquellos pertrechos de guerra. Sonreía mientras el sol caía sobre ella, y pasaba las manos por entre las hojas de la plantación que se mecían suavemente en la ligera brisa.

En las proximidades sonó una campana, clara y ruidosa, y Annaliese despertó con sobresalto.

Una luz mortecina iluminaba la habitación porque alguien había reducido la llama de las lámparas, aunque ella no había oído que nadie entrara. El toque de la campana era urgente, así que se bajó del camastro y se vistió con rapidez. Advirtió que Tomás ya no estaba dormido a su lado, y que no había nadie más en la estancia.

La campana sonaba frenéticamente, y oyó el aullido de los lobos. Lo había oído antes, en el bosque, cuando iba de caza con su padre. Era el aullido de los lobos que cerraban el círculo en torno a la presa.

# NUEVE

Eldanair arranco la flecha del cuello del goblin al pasar junto a la criatura muerta, y la colocó en el arco. Corría velozmente por entre los árboles, convertido en una sombra en medio de la oscuridad. No hacía ni el más leve ruido, ni dejaba de su paso otra señal que no fueran los cadáveres de los que mataba mientras atravesaba la espesura de abetos corriendo a la máxima velocidad.

Llego a un pequeño claro situado en el borde de un precipicio, y salto con levedad sobre un afloramiento de roca hasta llegar al borde del abismo indiferente a la caída de trescientos metros que tenía a los pies. Desde allí podía ver el templo del dios humano, situado a lo lejos. El sonido de la campana de alarma recorría el valle, y con sus agudos ojos élficos vio las formas oscuras que avanzaban hacia el templo.

Maldijo y echo a correr otra vez, salto con levedad de su precaria posición en lo alto del abismo rocoso, y se lanzó a la carrera hacia el edificio.

Al habersele negado la entrada en el templo humano, Eldanair se había limitado a escalar las murallas sin que los centinelas lo vieran ni oyesen. Que sentidos tan poco sensibles había pensado. Tras caer al suelo en el interior del complejo se había fundido con las sombras y seguido a Annaliese como un fantasma.

A pesar de lo fácil que le había resultado burlarlas, se había sentido impresionado por las defensas del templo. Altas murallas con puertas guardaban el acceso al templo por el norte y el sur, mientras que el este estaba protegido por un precipicio vertical que caía hacia un valle situado



muy al fondo; el oeste estaba cerrado por un precipicio igualmente infranqueable que se alzaba hasta una gran altura.

Aullidos distantes que a un humano le habrían resultado imposibles de discernir atrajeron sus agudos oídos, y el viento llevó hasta él un olor que le resultaba familiar y odioso. Sin detenerse, había escalado las murallas del norte y corrido entre los árboles, en busca de las pieles verdes.

Al oír un pataleo rítmico que avanzaba por el camino, Eldanair se había desviado hacia la izquierda, en dirección al ruido, y se había acuclillado junto al tronco de un árbol muy añoso. Allí, exhaló larga y regularmente, y aguardó que llegara el momento adecuado antes de salir de su escondite al camino y disparar.

La flecha se clavó en la gruesa frente inclinada, atravesó el hueso y se alojó en el cerebro de la corpulenta criatura que cayó del lomo de un jabalí de guerra que bufaba. La bestia se volvió y destripó salvajemente al jinete caído con colmillos largos como el antebrazo de un hombre. Una segunda flecha se clavó en el cuello de otro jinete, pero este se limitó a bramar de furia y tirar brutalmente de las riendas para dirigir la montura hacia Eldanair.

La tercera flecha que disparó se clavó en el tosco escudo de madera del orco, y la criatura volvió a rugir, con una boca imposiblemente grande y llena de gruesos dientes con forma de colmillo. Llevaba en alto una cuchilla de proporciones descomunales, y Eldanair rodó limpiamente para apartarse del camino cuando el frenético jabalí cargó contra él. El arma del orco se estrelló contra el tronco del árbol, a un pelo de la espalda del elfo, que se puso de pie al acabar la voltereta y disparó dos flechas que se clavaron justo detrás de la paletilla del jabalí, dirigidas a su corazón. La criatura cayó al suelo, muerta, y su mandíbula y peludo hocico abrieron un profundo surco en la tierra. El piel verde saltó del lomo del animal muerto y giró hacia Eldanair.

Habría podido ser de la misma estatura que el elfo si se hubiera erguido, pero andaba encorvado, con la ancha cabeza de bruto hundida entre los enormes hombros. Sus brazos eran tan gruesos como tocones de árbol, y rugió al saltar hacia Eldanair, mientras la saliva goteaba de sus fauces.

El elfo le clavó dos flechas a la criatura antes de que llegara hasta él. Con el escudo de madera le dio un golpe que lo apartó hacia un lado, y dio un traspié al esquivar un barrido letal de la enorme arma del piel verde. Al ver que perdía el equilibrio, la criatura volvió a rugir y cargar contra él para estrellarle un carnosos hombro contra el pecho; el golpe lo derribó al suelo, con una mueca de dolor.

A pesar de todo, se recuperó con rapidez y gracilidad inhumanas. Una de sus manos salió disparada cuando se ponía de rodillas, y un cuchillo se clavó hasta la empuñadura en un ojo del orco, que cayó al suelo con un gemido, sufrió un espasmo y quedó inmóvil. Eldanair recuperó con rapidez el cuchillo y echó a correr otra vez.

Más pieles verdes avanzaban por el camino en dirección al templo, y Eldanair se desvió a la derecha, corriendo velozmente entre los abetos. Apartado del camino, cubría el terreno a buen ritmo, zigzagueando por entre el laberinto de árboles a una velocidad imposible.

Al final vio alzarse ante él la oscura sombra de la muralla, y salió de entre los árboles al tiempo que se echaba el arco al hombro mientras corría hacia el muro vertical de casi cinco metros de altura.

Saltó hacia la muralla, donde sus dedos hallaron asidero entre las rocas toscamente talladas. Mientras rezaba para que no hubiera centinelas en aquella sección, trepó, forzando los músculos al máximo y sorbiendo por entre los dientes a causa del dolor que sentía en los dedos.

Al llegar a lo alto, pasó una pierna por encima de las almenas y se dejó caer en cuclillas sobre el adarve. Volvió a coger el arco y miró a lo largo de la muralla defensiva, momento en que vio los cadáveres de los centinelas a los que habían cortado en pedazos con saña. Había toscas escalerillas apoyadas contra la muralla, y vio un goblin que le cortaba las orejas a uno de los centinelas. Eldanair despachó a la criatura de un flechazo en la nuca.

El elfo saltó silenciosamente al suelo del interior de la muralla, y se fundió con la oscuridad. Avanzó a la carrera y se acucilló junto a un pozo cubierto, en cuya sombra se ocultó. Desde allí podía ver que el rastrillo de la puerta estaba alzado, y que un tronco de árbol impedía que volviera a cerrarse. La pesada puerta de madera había sido destrozada, y por el portal ahora abierto entraba un torrente de pieles verdes.

Oyó golpes apagados y rítmicos, y al instante supo que era un ariete con el que intentaban derribar la puerta del templo.

—Annaliese —siseó, y salió de su escondite para correr en dirección al templo.



—¡Tomás! —gritó Annaliese, que oyó cómo su propia voz desaparecía en el estruendo de gritos y alaridos. Presa de un pánico frenético, corrió por el pasillo en dirección al templo propiamente dicho, pasando por debajo de severas arcadas y bajo la fría mirada fija de santos sigmaritas. El tañido de las campanas continuaba resonando ensordecedoramente en algún lugar de lo alto.

Los sirvientes del templo y los devotos que habían acudido allí en peregrinaje salían atropelladamente de los dormitorios colectivos que había a ambos lados del pasillo, con el miedo visible en el rostro. Aferraban iconos de Sigmar y se lamentaban. Annaliese intentó preguntarles a varios de ellos si habían visto a un niño pero la gente que pasaba a toda prisa la empujaba de un lado a otro, y nadie quería escucharla.

Una voz grave e imponente tronó por el corredor. El tono autoritario silenció a la gente atemorizada que daba vueltas de un lado a otro, y que comenzó a avanzar arrastrando los pies hacia el que había hablado, un alto sacerdote guerrero ataviado con armadura y ropones.

—El templo de nuestro señor está cercado —dijo el sacerdote, en voz lo bastante alta cómo para que todos lo oyeran—. Cualquier hombre capaz de luchar debe quedarse aquí para ayudar en la defensa. Quiero que todas las mujeres y los niños den ahora un paso adelante, y serán llevados a la cripta. —En el corredor estalló de repente un estruendo de gente que gritaba de miedo y asediaba al sacerdote con preguntas.

—¡Basta! —rugió él, y silenció a la multitud—. ¡Aquí no habrá discusiones! El iniciado Alexis, aquí presente os conducirá hasta la cripta.

Quiero que las mujeres y los niños vayan con el No llevéis nada. Marchaos con lo puesto.

La gente comenzó a apresurarse y empujarse, y el nivel de ruido volvió a aumentar.

—¡En silencio! —Bramo el sacerdote—. Sois todos hijos de Sigmar, ¡no lo deshonréis con debilidad y lágrimas! Marchad ahora, en silencio, y Alexis presidirá las plegarias cuando os hayáis encerrado en la cripta. ¡Marchaos ya!

Las mujeres se despidieron precipitadamente de maridos y padres de aspecto nervioso, y entre un chico y su madre estalló una discusión.

—¡Eres demasiado joven! —dijo la madre con severidad, interrumpiéndolo a media frase. El alto sacerdote posó una mano sobre un hombro de la mujer, y ella volvió hacia él ojos llorosos.

—El muchacho tiene el espíritu luchador de Sigmar; dejadlo que forme con nosotros y desafíe a estos enemigos —dijo, con voz severa. Las lágrimas comenzaron a caer por el rostro de la mujer, que abrazó al muchacho contra su pecho, sollozando.

El joven iniciado Alexis, que no podía tener más de ocho años, tomó a la mujer de la mano y se la llevó junto con las demás.

El sacerdote de elevada estatura volvió los ojos verdes hacia Annaliese, que estiraba el cuello e intentaba ver a Tomas entre la multitud.

—Marchaos con los demás —le dijo. Ella se limitó a negar con la cabeza, sin hacerle caso mientras continuaba recorriendo el pasillo con la mirada. Él la aferro con firmeza por un brazo, y la empujó hacia las mujeres y niños que se alejaban.

—No lo haré —le espetó ella que se soltó con brusquedad, para luego alzar hacia él una mirada feroz con los ojos que se le llenaban de lágrimas en contra de su voluntad—. No puedo encontrar a un niño, Tomas.

—¡No hay tiempo para esto, muchacha! —bramó el sacerdote—. Tu niño probablemente ya está allí abajo, con las dulces hermanas.

—Las hermanas... —murmuró Annaliese ¡Tenía que ser eso! Tomás había ido en busca de Katrin—. ¿Las hermanas ya están ahí abajo?

—Sí, sí que lo están —replicó el sacerdote, ahora distraído—. ¡Marchaos ya! ¡Daos prisa!

Dejo al sacerdote que les vociferaba a los hombres de ojos desorbitados que lo siguieran hasta la armería. Corriendo velozmente fue en la dirección hacia la que habían conducido a las mujeres. Atravesó varios corredores, mientras oía golpes rítmicos intercalados con el tañido de las campanas.

Salió corriendo por una arcada y se encontró en la capilla central de Sigmar, iluminada con velas y braseros y profirió una exclamación ahogada de pasmo reverencial.

Había estado a oscuras cuando los habían conducido apresuradamente a través de ella, aquel anochecer, pero ahora que estaba encendida ella se quedó mirando en torno boquiabierta.

El espacio era inmenso con paredes que ascendían hasta una altura imposible y desaparecían en la oscuridad de lo alto. Estatuas de los guerreros santos de Sigmar flanqueaban los muros, situadas dentro de nichos arqueados que se encontraban a seis metros del suelo. Estaban en poses heroicas y empuñaban armas descomunales, de pie sobre los enemigos muertos. Cada estatua era del tamaño de un gigante, y la luz de las velas que oscilaba sobre ellas les confería una ilusión de movimiento.

Pero la estatua del propio Sigmar que se alzaba en el centro del abovedado templo, sobre un plinto y rodeada por jinetes de aspecto feroz, la dejó sin aliento.

Los braseros iluminaban desde abajo la imponente estatua dorada, proyectando profundas sombras sobre los marcados músculos del torso, ya que la representación del dios guerrero alzaba su martillo de guerra, *Ghal-Maraz*, en el aire. Tenía el cabello largo y ondulado, y su rostro presentaba una expresión de la determinación más absoluta; era la expresión que Annaliese imaginaba que había en la cara del hombre dios cuando había desafiado a las interminables hordas de pieles verdes en el negro paso cercano, y hablaba de una fuerza y una nobleza pasmosas.

Querubines unidos a un mecanismo de relojería giraban en torno a la estatua, y sus metálicas alas plumadas chasqueaban al aletear espasmódicamente y llevarse trompetas a los labios fruncidos.

Su atención se distrajo de la pasmosa estatua cuando un trío de sacerdotes guerreros pesadamente acorazados pasó apresuradamente de largo. Uno de ellos era el sacerdote de hablar dulce que la había escoltado

hasta el templo a primera hora de esa noche, aunque casi no lo reconoció con el casco cuya visera llevaba alzada, pero él se detuvo a su lado.

—Deberíais estar con las otras —dijo con voz suave, frunciendo las cejas a causa de la preocupación—. Venid —dijo, y comenzó a llevarla apresuradamente hacia la parte posterior del templo.

—Yo puedo luchar —dijo ella, desafiante, al tiempo que se plantaba. El sacerdote se detuvo y sonrió, cosa que transformó su rostro. Era muy guapo, pensó Annaliese, que sintió que se le sonrojaban las mejillas. El sacerdote posó una pesada mano sobre un hombro de ella. El guantelete estaba frío.

—De eso no tengo ninguna duda —le aseguró—. Alguien tiene que proteger a las mujeres y a los niños. Venid.

Ella sabía que le estaba siguiendo la corriente y sintió que se sonrojaba aún más, pero dejó que la llevara hasta la entrada que descendía bajo el templo. Era una estrecha escalera de caracol que se adentraba en la roca. Una luz parpadeante ascendía desde abajo.

Se oyó una detonación resonante que recorrió todo el templo, seguida por el sonido de madera que se partía.

—¡Nos han abierto una brecha! —gritó alguien, a lo que siguió el sonido de las armas al chocar unas con otras. Un rugido bestial que ponía los pelos de punta resonó por el templo, y un guerrero lanzó un alarido de dolor.

—Debo marcharme —dijo el sacerdote. Le apretó brevemente un hombro, y dio media vuelta, tras lo cual aferró el martillo con ambas manos y su expresión se tomó ceñuda. Ella se mordió el labio inferior mientras miraba los escalones de piedra que descendían en espiral. Cuando el sacerdote se volvió y vio la indecisión de ella, le gritó, desaparecida de su voz toda dulzura—: ¡Marchaos ya!

Annaliese oyó que le rugía una plegaria a Sigmar, acompañada por un destello de luz dorada que se produjo al otro lado del templo, y los rugidos y bramidos de enemigos inhumanos. Un hombre lanzó un alarido de dolor cuando Annaliese comenzó a bajar por los peldaños.

La escalera de caracol giraba y giraba a medida que descendía. Pasó por un rellano en el que ardía una antorcha. Tocó un escudo antiguo blasonado con el cometa de colas gemelas que colgaba del muro, y continuó descendiendo en la casi total oscuridad, palpando las lisas paredes con las

manos para guiarse. Los sonidos de batalla se filtraban desde lo alto; y respiraba agitadamente; se sentía como si las paredes se cerraran sobre ella, e imaginó cómo sería si tropezara y cayera de cabeza por los traicioneros escalones, hacia la oscuridad.

Al fin comenzó a poder ver otra vez, y salió a un amplio rellano excavado en la roca. En las paredes ardían antorchas, y echó a correr por un amplio pasillo hacia la pesada puerta que había en el otro extremo, pasando ante numerosos nichos-sepulcro donde descansaban los huesos de los santos.

Se detuvo ante uno de los sepulcros al ver que contenía un esqueleto que llevaba una muy pulimentada armadura antigua y yacía sobre un plinto tallado en la pared. Sobre el lugar de descanso del guerrero muerto en tiempos remotos había un enorme escudo brillante, y las esqueléticas manos sujetaban un martillo que descansaba sobre el pecho del difunto. De las paredes colgaban pergaminos desteñidos que sin duda hablaban de las hazañas del sacerdote guerrero, y había tiras de vitela colocadas bajo candelabros y cubiertas de intrincada escritura. Volvió la cabeza cuando un terrible alarido agónico descendió desde el templo, y entonces echó a correr hacía la puerta del otro extremo del pasillo.

Se trataba de una pesada puerta de roble reforzada con bandas y púas de hierro. Se puso a aporrear la superficie.

—Por favor —gritó—. Por favor, abrid la puerta.

En ese momento se dio cuenta de que no llevaba la espada que le había dado Eldanair, y se maldijo. Si el enemigo lograba asesinar a los sacerdotes guerreros que estaban arriba, ¿cómo iba ella a defender a las mujeres y los niños que se encontraban en la cripta?

Sin dejar de maldecirse, giró sobre sus talones y recorrió velozmente el entorno con la mirada en busca de un arma. Reparó en una luz mortecina que manaba de uno de los nichos, y avanzó hacia él con precaución.

Apenas si reparó en el sonido de una pesada barra que alguien levantaba, porque estaba segura de que algo estaba atrayéndola hacia el lugar de descanso de aquel guerrero de la antigüedad.

—¡Annaliese! —susurró una voz cuando se abrió la puerta, detrás de ella, y vagamente reparó en que era la voz de Katrin, la hermana de Shallya

—. ¡Annaliese, entra, rápido! ¡Tomás está aquí, conmigo!

Deslumbrada, Annaliese hizo caso omiso de la mujer y entró en el nicho.

Mientras que todos los otros sepulcros de santos habían recibido una esmerada atención y las armaduras y armas de los difuntos estaban muy lustrosas y limpias de polvo, este guerrero se encontraba cubierto de telarañas, y su cota de malla estaba herrumbrosa y deslucida.

A Annaliese le pareció que se movían sombras en la periferia de su campo visual, y creyó oír un suave susurro, como de una voz llevada por el viento. Ante ella huyeron arañas al acercarse a lo que pensaba que sólo podía ser un reverenciado guerrero de otros tiempos, y el susurro pareció hacerse más fuerte aunque no lograba entender ninguna palabra.

Descendió sobre ella un helor mortal, pero continuó acercándose al esqueleto como si la llamara. Se arrodilló en el polvo que había permanecido intacto durante siglos, junto al venerable guerrero, y lo miró a la cara. La carne había desaparecido de los huesos y la mandíbula inferior estaba medio separada del cráneo, pero ella no sintió horror ni miedo.

Vagamente oyó una voz que la llamaba frenéticamente por su nombre, pero parecía proceder de muy muy lejos, así que no le hizo caso.

El esqueleto llevaba una banda circular de metal deslucido en la coronilla, y aún le quedaban mechones de pelo pegados al cráneo. Bajó los ojos hacia las manos del guerrero. Con cada una empuñaba un martillo cubierto de polvo y telarañas, y ambos se cruzaban sobre un sencillo peto oxidado hacía mucho tiempo. Los martillos eran de diseño simple y funcional; un corto mango metálico liso que remataba una doble cabeza sólida. La única ornamentación que lucían era un relieve del cometa de doble cola en los lados de la cabeza de cada martillo, pero incluso estos distaban de ser ostentosos.

Impulsada más por el instinto que por el pensamiento racional, una de sus manos se cerró sobre el mango de uno de los martillos. Se partió un hueso de un dedo, y ella alzó la frágil mano y deslizó el martillo fuera de la presa del guerrero muerto en la antigüedad. Volvió a dejar cuidadosamente la mano sobre el pecho, y se maravilló ante el arma que sujetó con ambas manos. Le limpió el polvo y las telarañas y sintió la fuerza que había en la mortífera arma.



Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente al esqueleto del sacerdote guerrero.

—Gracias —susurró, y se puso de pie.

Y entonces, el sonido se estrelló contra sus sentidos como algo sólido. Una mujer le gritaba al oído y le tironeaba de un brazo. Por el corredor resonaban pesados pasos, acompañados de raspar de metal contra piedra, gruñidos monstruosos y palabras guturales como ladridos, vociferadas en un tosco idioma brutal.

Como si despertara de un sueño, Annaliese vio el lloroso rostro de Katrin cerca del suyo, suplicándole que la acompañara.

El sonido de pesados pasos procedía de la escalera, y entonces se dio cuenta de que había llegado el enemigo. Se quedó mirando con ojos desorbitados el martillo que tenía en las manos.

Entonces sintió que la invadía una sensación de paz y calma, alzó la cabeza y le sonrió a Katrin.

—Marchaos dentro y cerrad bien la puerta —le dijo a la frenética mujer. Katrin negó con la cabeza mientras las lágrimas caían por sus mejillas, e intentó arrastrarla hacia la seguridad de la puerta. Al otro lado de la entrada, Annaliese vio los asustados rostros de las mujeres, y al joven sacerdote iniciado que la miraba con expresión de profundo asombro.

—Marchaos, Katrin —dijo Annaliese firmemente, con amor y fuerza en la voz. Katrin dejó de sollozar y miró profundamente los ojos de la muchacha adolescente, donde vio resolución, pero también vio otra cosa. La soltó, un poco a regañadientes, y con un último beso triste en una mejilla, echó a correr y atravesó la puerta.

—Cerradla bien —oyó Annaliese que ordenaba la hermana, y reparó en el golpe de la puerta al cerrarse mientras le volvía la espalda con calma. Se echaron cerrojos, y colocaron una pesada barra por dentro de la puerta.

Annaliese comenzó a avanzar lentamente por el corredor mientras comprobaba el peso del martillo que tenía en las manos y miraba ceñudamente la escalera de caracol hecha de piedra.

Percibió a su lado la presencia de los santos de Sigmar muertos en la antigüedad, y cuando apareció el primero de los enemigos, ella lanzó un grito furioso. Con el martillo en alto, acometió.



Rodeado de esquirlas de vidrio de color, Eldanair se arrodilló en el alto alféizar y recorrió con la mirada la carnicería que había en el templo que tenía debajo. La ventana se encontraba unos tres metros por encima del suelo de losas de piedra, y el vitral que había habido en ella había representado al dios humano, Sigmar, hasta que, hacía poco, había sido hecho añicos por una lanza que le habían arrojado.

La nave principal del interior del alto templo abovedado hervía de combatientes. Los humanos pesadamente acorazados de un grupo luchaban; espalda con espalda, contra la horda de pieles verdes que se lanzaba contra ellos. Los enemigos se estrellaban contra hombres como un torrente enfurecido, y aunque estos se mantenían firmes no podían rechazar a aquella marea viviente, y orcos y goblins corrían, desenfrenados, por el templo, donde destrozaban estatuas y derribaban candelabros a patadas entre bramidos y rugidos.

Una flecha se hizo pedazos al impactar contra la piedra del arqueado hueco de la ventana, a poco más de treinta centímetros de la cabeza de Eldanair, que vio que un goblin de afilados rasgos colocaba frenéticamente otra flecha en la cuerda de su corto arco. El elfo atravesó el pecho de la criatura con uno de sus proyectiles, el goblin cayó al suelo, y Eldanair saltó de su puesto de observación y aterrizó con levedad sobre las losas de piedra del suelo del templo.

Disparó otra flecha que se clavó en un hombro de un orco que se encontraba de pie ante uno de los humanos. El impacto le hizo perder el equilibrio, y entonces el humano avanzó y lo derribó al suelo con un potente golpe de martillo de doble cabeza.

—¡Annaliese! —gritó Eldanair, mientras acababa con otro orco al que le clavó una flecha en la cintura—. Annaliese —llamó otra vez, y atravesó la refriega a toda velocidad, esquivando lanzas que intentaban ensartarlo y anchas cuchillas que le dirigían tajos.

No tenía ni idea de dónde podía estar la muchacha, pero estaba desesperado por encontrarla y protegerla. Había jurado sobre la sangre de sus compañeros muertos que la dejaría en lugar seguro, y moriría antes de volver a faltar a su deber.

Rodeó una enorme columna de piedra blanca, con la cuerda del arco tensa y una flecha preparada para disparar. Se encontró cara a cara con un guerrero de ojos verdes que tenía el rostro salpicado de sangre, y disparó. La flecha hendió el aire, pasó junto a una oreja del guerrero y se clavó en el orco que estaba detrás, al que le entró a través de la boca abierta para atravesarle la parte posterior del cuello.

El humano frenó su descomunal martillo de guerra antes de que aplastara al elfo, con los ojos desorbitados de sorpresa. Eldanair pasó entonces junto a él, casi volando sobre el suelo del templo.

—¡Annaliese! —volvió a gritar, y giró sobre sí al llamarlo el sacerdote.

El humano vociferó algo que él no entendió, pero captó el nombre de Annaliese en medio del torrente de palabras ininteligibles, y vio que señalaba hacia la parte posterior del templo.

Eldanair le gritó una advertencia, pero llegó demasiado tarde porque un rugiente orco clavó un par de gigantescas cuchillas en la espalda del humano. Con una mueca de dolor, el guerrero se desplomó boca abajo en el suelo, mientras el victorioso orco gritaba como una bestia frenética, con la sangre del humano goteando de sus armas.

El elfo disparó una flecha que se clavó en el cuello de la criatura, pero, presa del frenesí sanguinario, el orco no reparó siquiera en el proyectil y saltó hacia los guerreros humanos.

Eldanair corrió hacia la parte posterior del templo, y se detuvo en seco al llegar a la pared posterior. Se volvió en redondo mientras formaba con los labios una obscenidad silenciosa y se preguntaba si habría interpretado mal el significado de las palabras del humano.

Oyó un rugido apagado y sus ojos se desviaron velozmente hacia una escalera que descendía en espiral hacia la oscuridad, y que estaba medio oculta detrás de una columna.

—Annaliese —llamó, una vez más. No hubo respuesta, aunque desde abajo le llegaban sonidos de lucha.

Tras echarse el arco sobre los hombros y desenvainar su larga espada elfica, Eldanair se lanzó escaleras abajo.

\* \* \*

Los caballeros, con sus poderosos caballos atronando ensordecedoramente, atravesaron a la carga el cuerpo de guardia donde los enemigos habían abierto brecha. Los encabezaba Karl Heiden, el preceptor, que los instaba a avanzar con tono urgente.

La última hora había transcurrido como una niebla mientras los caballeros cabalgaban a toda velocidad por el serpenteante camino ascendente de montaña hacia el templo. Los toques de cuerno y los aullidos de los lobos se habían ido haciendo más frenéticos a medida que se aproximaban al lugar de destino, y Grunwald imploraba que no llegaran demasiado tarde. Una campana solitaria doblaba con urgencia, una desesperada advertencia que repicaba por todo el valle.

Los goblins chillaban al apartarse a toda prisa del paso de los caballeros que ascendían atronadoramente por el camino. Varios de ellos fueron ensartados por las puntas de las lanzas, y Grunwald vio a una lastimosa criatura que era alzada en alto, espetada por la lanza magistralmente guiada de Karl.

El cazador de brujas no estaba entrenado para luchar a caballo, y mejoró notablemente la opinión que tenía sobre los caballeros de Myrmidia. Combatían a los enemigos con lanza y escudo, renunciando al uso de las riendas, ahora que había comenzado la batalla, para guiar expertamente a los caballos con las rodillas.

La cuña de caballeros subió por el camino apartando hacia los lados toda resistencia. Cuando las lanzas se hubieron partido o quedado atascadas en los cuerpos de los pieles verdes, los templarios las descartaron para recurrir a sables y espadas de caballería con los que descargaban tajos sobre el cráneo de los enemigos al pasar.

Grunwald no tenía costumbre de cabalgar con un caballo de guerra perfectamente entrenado y acorazado, pero se encontró con que el corcel respondía de inmediato a sus órdenes. Bufaba y les lanzaba patadas a los orcos caídos, a los que pisoteaba con los cascos.

Con el estandarte negro y dorado de Myrmidia en alto, los caballeros no perdieron el impulso al cargar por el ascendente camino bordeado por los árboles, mientras de la boca de los caballos volaban hilos de espuma. De repente, el templo de Sigmar apareció como una mole enorme ante ellos, imponente y marcial, y Grunwald maldijo al ver las grandes puertas hechas pedazos, y los pieles verdes que entraban como un torrente por la arcada vacía.

Con una orden gritada, los caballeros se dividieron en dos grupos; el más pequeño se dirigió al templo propiamente dicho, mientras que el otro se lanzó al galope tendido hacia el grupo más numeroso de orcos que corría hacia la asediada estructura.

Al ver a los pieles verdes que se apiñaban en la entrada del templo, Karl condujo al grupo más pequeño de caballeros que ascendió por los anchos escalones y se lanzó contra la retaguardia enemiga.

Las espadas ascendían y caían, trazando sangrientos arcos en el aire. Grunwald apuntó con una de las pistolas, que atronó con fuerza cuando la bala de plomo atravesó el casco de hierro de un orco, y la criatura cayó al instante.

La carga de los caballeros los llevó hasta el interior de la nave principal del templo, donde los cascos de los caballos resbalaban sobre la pulimentada piedra. Uno de los corceles relinchó y cayó al lanzarse contra una lanza plantada en el suelo y que se le quedó clavada en el pecho al partirse el asta. Otro caballero cayó cuando se le hundió en el pecho la hoja de una enorme cuchilla que le habían arrojado, y Grunwald tuvo que luchar para mantenerse sobre la silla cuando su corcel se alzó de manos y se puso a patear todo lo que tenía cerca. Vio que Karl se iba hacia atrás al clavársele una flecha en un hombro, pero el preceptor no cayó.

—¡Que Sigmar me de fuerzas! —gritó alguien, y los ojos del cazador de brujas se clavaron en un puñado de guerreros que batallaban contra unas probabilidades insuperables. Vio una alta figura de pelo blanco en medio de

los sacerdotes, la cual blandía espadas gemelas, una corta y ancha destinada a la defensa, y reconoció a su fuero superior. Mientras le daba gracias a Sigmar porque aún estuviera vivo, Grunwald le clavó los tacones con, fuerza a su caballo de guerra para que se lanzara contra la apretada masa de pieles verdes.

Un orco enorme le rodeó el cuello al corcel con los enormes brazos, y el animal comenzó a debatirse enloquecidamente, corcoveando y pateando. Otro orco avanzó de un salto y le asestó un tajo con la espada a las desprotegidas patas posteriores del caballo, y la acorazada bestia se desplomó con un estruendo resonante.

Grunwald, que había tenido la suerte de que el caballo no le aplastara las piernas, se puso trabajosamente de pie y desvió un salvaje golpe con la maza, al tiempo que estrellaba contra la cara del orco la pesada culata de la pistola. Antes de que el piel verde pudiera recuperarse, un par de cascos se le estrellaron de lleno en la frente y lo mataron al instante.

Vio que Karl se quitaba el abollado yelmo de la cabeza antes de hacer que el caballo se adentrara más en la masa de enemigos a los que asestó tajos a diestra y siniestra para abrir un sendero que le permitiera llegar hasta los asediados sacerdotes. Otro caballero fue arrastrado hacia el suelo, y Grunwald estrelló la maza contra la huesuda cabeza de un orco que saltó hacia el jinete derribado. El impacto partió el cráneo del orco pero hizo que una tremenda sacudida ascendiera por el mango de la maza y a lo largo del brazo del cazador de brujas.

Luchó hasta llegar junto al sacerdote guerrero.

—Te has tomado tu tiempo, Grunwald —gruñó el general cazador de brujas cuando Udo llegó hasta el grupo de guerreros, tras haber aplastado a un goblin con un golpe asestado por detrás.

—Algo se me comió el caballo —gruñó Grunwald, a modo de respuesta, mientras se situaba detrás del cazador de brujas más alto y de más edad que él.

Con Karl y sus caballeros matando a tajos a los pieles verdes, el rumbo del combate estaba invirtiéndose y algunos de los orcos daban media vuelta para huir. El preceptor desmontó con el fin de no continuar arriesgándose a que su montura resbalara sobre las lisas piedras y sufriera una caída fatal.

Desvió con destreza el brutal barrido de una espada, y respondió con un tajo mortal que degolló a un orco.

—Os presento mis más humildes disculpas por entrar a caballo en vuestro templo —dijo, con una sonrisa traviesa.

—Dadas las circunstancias, creo que podemos perdonar eso —gruñó uno de los sacerdotes, un personaje poderoso que empuñaba un par de martillos cubiertos de sangre, al tiempo que avanzaba y estrellaba ambas armas contra la cara de otro piel verde.

—Las mujeres... y los niños —gimió, desde el suelo, un sacerdote caído cuya sangre manaba sobre las losas del suelo a través de numerosas heridas.

—¿Qué? —preguntó Grunwald.

—Algunos de los profanadores lograron pasar mis allá de nosotros... —Hizo una pausa para respirar, con una mueca de dolor. El general cazador de brujas maldijo.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En la cripta —dijo otro de los sacerdotes, mientras mataba un enemigo más.

—Contenedlos aquí —dijo Grunwald, y se encamino hacia la parte posterior del templo. Karl echó a correr junto a él, haciendo entrechocar las piezas de la armadura. Grunwald conocía bien el templo, y se detuvo en lo alto de una escalera de caracol que bajaba.

—El descenso es empinado y estrecho —dijo—. Tened cuidado. —Tuvo visiones del preceptor pesadamente acorazado resbalando y cayendo de cabeza hasta la cripta—. Tal vez sería mejor que os quedarais aquí.

—¿Hay mujeres ahí abajo verdad? —dijo y le dedicó una sonrisa al cazador de brujas—. Estoy seguro de que podre bajar sin problemas. Grunwald soltó un bufido a modo de respuesta, y descendió los escalones de tres en tres. Estuvo a punto de tropezar con varios cuerpos que había en la escalera, orcos que habían muerto a causa de la perfecta destreza de esgrimista de alguien que los había acometido por la espalda; daba la impresión de que los orcos no se habían vuelto contra el atacante, como si no se hubieran percatado de su presencia hasta que ya fue demasiado tarde.

Bajó de un salto los últimos escalones, y entró como una tromba en un amplio corredor del sepulcro. Allí era, muy fuerte el hedor a orco, y el aire

estaba cargado de olor a muerte.

Había cadáveres por el suelo pero permanecía en pie media docena de orcos que formaban un semicírculo en torno a un par de guerreros.

Grunwald parpadeó, como si creyera que lo engañaban sus propios ojos. Un elfo, y una muchacha armada con un martillo sigmarita. Mientras vacilaba, vio al elfo matar a uno de los brutos de piel verde con una estocada veloz como el rayo. Karl casi se estrelló contra Grunwald al salir de la escalera medio corriendo, medio cayendo. Sus ojos se desorbitaron al contemplar la sangrienta batalla que tenía lugar en el corredor, y se quedó mirando fijamente y con descarada admiración a la muchacha que blandía el martillo.

La joven alzó el arma ante sí con un grito desafiante, y dio la impresión de que los orcos se tapaban los ojos y retrocedían ante ella. La muchacha avanzó de un salto para estrellar el martillo contra la cabeza de una de las criaturas, y se la pulverizó en medio de una fuente de sangre.

Juntos, el cazador de brujas y el preceptor cargaron, bramando inarticulados gritos de guerra. Los orcos que estaban más atrás se volvieron hacia ellos, pero Grunwald vio que dos de las criaturas se lanzaban hacia la muchacha.

A pesar de lo rápido que era el elfo, no lo fue lo bastante como para parar las espadas que barrieron el aire hacia ella por la derecha y la izquierda, aunque se arrojó en el camino de uno de los orcos, desvió sin problemas el golpe y decapitó al piel verde con el barrido de retorno. El filo de la otra arma se hundió en un costado de la muchacha con un crujido mojado.

La muchacha fue lanzada contra un muro, y se desplomó, inerte, en el suelo. El elfo se arrodilló instantáneamente junto a ella, indiferente ante el peligro, con los largos rasgos angulosos contorsionados por la desesperación.

—Ha sido asombrosa —jadeó Karl, mientras mataba al último orco.

—Sí —dijo el cazador de brujas, al mirar a la muchacha inmóvil que se desangraba en el suelo—. Lo ha sido.



# DIEZ

Thorrik aguardaba en la antecámara de piedra, y sus pensamientos eran sombríos a pesar de encontrarse de vuelta entre su gente y en una buena fortaleza construida por enanos. Los escudos que colgaban de las paredes mostraban los rostros de los dioses ancestrales: Grimnir, Valaya y Grungni entre ellos. Se maravillaba ante la obra de piedra —era un fabuloso y amoroso trabajo artesanal que hacía avergonzar a las chapuceras obras de la humanidad—, pero ni siquiera eso lograba librarlo de sus sombrías reflexiones.

Se había enterado de que las fortalezas de los enanos estaban asediadas una vez más. La propia Karaz-a-Karak estaba siendo atacada por los odiados pieles verdes; en efecto, parecía que los terribles tiempos de las guerras de los goblins, pasados hacía mucho, habían revivido, y que la larga guerra había vuelto a comenzar.

Refunfuñó para sí y arrastró los pies, mientras sus manos enfundadas en guanteletes se aferraban con fuerza a los reposabrazos de piedra del asiento.

A cada lado de las gruesas puertas de acero grabado había un martillador que llevaba en la cabeza un yelmo coronado por altas alas de pájaro hechas de bronce batido. Permanecían inmóviles, con las enguantadas manos apoyadas en el mango del poderoso martillo, como petrificados centinelas que guardaban la entrada de la sala de audiencias de su noble señor.

Al fin se abrieron las grandes puertas ornamentadas, y un anciano barbagris le hizo un gesto de asentimiento para que entrara.

Con el yelmo sujeto bajo un brazo, Thorrik entró en la sala de audiencias. Ceñudas estatuas flanqueaban la estancia, estilizados guerreros enanos que empuñaban hachas y martillos, y con yelmos cubiertos de runas en la cabeza. Thorrik avanzó con pesados pasos sonoros por el suelo de piedra, siguiendo al enano viejo que arrastraba la larga barba detrás de sí, con los ojos fijos en otro enano que se encontraba sentado tras una mesa tallada en piedra, delante él. El noble tenía la cabeza baja, y la superficie de la mesa que había delante de él estaba sembrada de pergaminos, mapas, tablillas de piedra y gruesos libros encuadernados en acero.

El noble no alzó la cabeza, ni siquiera cuando Thorrik se detuvo ante él. El barbagris rodeó la mesa hasta llegar junto a su señor, y se aclaró sonoramente la garganta.

—Thorrik Lokrison, Rompehierros del clan Barad de Karaz-a-Karak, guardián de Ungdrin, solicita audiencia, mi señor.

El noble gruñó y alzó los ojos de los documentos que estudiaba, con un ceño profundamente fruncido en la cara, y sus ojos se entrecerraron a causa de la concentración. Tenía la barba negra como la brea, salvo por un mechón blanco que crecía sobre tejido cicatricial en el costado izquierdo de la cara, y adornada con bandas de oro y gromril. Le hizo un gesto de asentimiento a Thorrik para saludarlo, y este le respondió respetuosamente con el mismo gesto.

—Rompehierros de Karaz-a-Karak —dijo, con voz grave—. Te doy la bienvenida a Barbasvera. Llegas en un momento oscuro. Nos vendría bien contar con un rompehierros adicional..., estamos muy apurados.

—Eso tengo entendido, noble —dijo Thorrik—. Y si no me obligaran juramentos, me alegraría luchar junto a los clanes de aquí.

El noble gruñó.

—Obligado por juramentos, ¿eh? ¿Qué necesitas?

—He venido a entregarle una reliquia de familia a un guerrero que está destinado aquí. Es de parte de su padre, que ahora mora en los grandiosos salones del otro mundo.

—Hay muchos destinados aquí —replicó el noble, con brusquedad—. Aunque muchos menos que antes, después de los dos últimos meses de lucha. ¿Cuáles son su nombre y el de su clan?

—Su nombre es Kraggi Ranulfson, del clan Bruzgrond, de Zufbar.

El noble miró al barbagrís con las cejas alzadas, y entonces Thorrik se dio cuenta de que debía ser el señor del saber. El viejo enano se volvió para consultar un enorme libro, y giraron ruedecillas y engranajes del tomo para permitir que se lo abriera. El barbagrís comenzó a pasar las páginas.

—¿Del clan Bruzgrond, has dicho? —murmuró.

—Sí —replicó Thorrik.

Tras encontrar la sección correcta del libro, el enano se colocó un monóculo de aumento ante un ojo y comenzó a recorrer la diminuta escritura rúnica de las páginas, resiguiéndola con un dedo.

—Ah —dijo al fin, con tono de triunfo—. Aquí está. Kraggi Ranulfson, del clan Bruzgrond, de Zhufbar. —El barbagrís alzó hacia él una mirada miope con el monóculo que hacía que su ojo izquierdo pareciera tener un tamaño alarmante, y le sonrió antes de bajar otra vez la cabeza—. Veamos donde está... ay... —las palabras del enano se apagaron, y dejó caer el monóculo del ojo, con expresión ceñuda.

—¿Qué sucede, señor del saber? —preguntó el noble—. No hay necesidad de ser tan dramático.

—Es sólo que... bueno —comenzó el barbagrís.

—Escúpelo —dijo el noble.

—Ha tomado los votos de matador —acabó el señor del saber, y Thorrik bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos recubiertas de gromril, gimiendo de desesperación. Por respeto, ni el noble ni el barbagrís hablaron, sino que dejaron a Thorrik con su congoja.

Dado que eran profundamente orgullosos, los enanos que sufrían alguna terrible tragedia o pérdida, o los que recibían algún gran golpe en el honor, se volvían inconsolables y tomaban los votos de matador. Con grandes lamentaciones se deshacían de la armadura y se teñían el pelo para que todos supieran de su vergüenza, y luego buscaban la lucha dondequiera que pudieran encontrarla. Su honor sólo podía ser restablecido si morían en batalla, así que el matador buscaba a los enemigos más peligrosos para combatir con ellos y asegurarse de que cumplía el juramento hecho.

Al fin, Thorrik lanzó un profundo suspiro y alzó la mirada hacia el señor del saber, con ojos muy tristes.

—¿Y ha logrado cumplir el juramento? ¿Ha entrado en los salones de sus ancestros? —preguntó, ceñudo, con la voz cargada de emoción.

Si Kraggi ya había muerto en combate, la reliquia de familia que Thorrik le había llevado pasaría a su hijo si lo tenía. Pero, hasta donde el sabía, el joven matador no tenía hijos, y era el último de su linaje. Si ya había entrado en los salones de sus ancestros, no quedaría nadie que le permitiera a Thorrik cumplir su juramento.

—Ya no está con nosotros —declaró el anciano barbagris con tono solemne, leyendo en el gran libro, tras haberse colocado otra vez el monóculo. Thorrik sintió el mordisco de la vergüenza en lo profundo de las entrañas. El viejo enano continuó apresuradamente—. Con eso no quiero decir que haya logrado cumplir su juramento, aunque aún es posible que lo haya hecho —dijo, cosa que hizo que Thorrik lo mirara con los ojos entrecerrados de incompreensión.

—Venga, escúpelos ya, Wattock —le espetó el noble.

El señor del saber se aclaró la garganta y le lanzó una mirada feroz al noble, antes de volver a posar los miopes ojos en la diminuta escritura rúnica.

—Barbanueva —masculló para sí—. Ah, aquí lo tenemos. Parece que Kraggi se marchó del paso del Fuego Negro hacia el norte, a través de las montañas, en dirección a Karak-Kadrin, para reunirse allí con otros miembros del culto de los matadores bajo las llamas de Grimnir. Se marchó de aquí hace cuarenta y tres días. No hay ninguna otra anotación sobre él.

Thorrik soltó un largo suspiro.

—En ese caso, parece que voy a viajar hasta Kadrin —gruñó.

—El camino para atravesar las montañas a pie está bloqueado —dijo el señor del saber, que miró a Thorrik por encima de la mesa, con ojos miopes—. Los pieles verdes de Karak-Varn y monte Gunbad han vuelto a alzarse en pleno, y ponen cerco a Zhufbar. El camino que pasa por Agua Negra está cortado, y hace un mes que no recibimos ningún comunicado de Zhufbar.

Los antiguamente orgullosos salones de Karak-Varn y monte Gunbad habían caído hacía mucho tiempo ante los pieles verdes, después de que unos terremotos los destrozaran hacía más de tres mil quinientos años. Los enanos de las fortalezas restantes aún lamentaban la suerte corrida por

aquellos antiguos salones, y largamente se habían mantenido los juramentos de recuperarlas de manos de los odiados goblins. Pero en los pasados tres mil años habían sido tales las guerras contra los muchos enemigos que atacaban a las restantes fortalezas de los enanos, que no había tenido éxito ninguna de las expediciones de recuperación.

—Por suerte —dijo el noble—, el Grimgrandel aún funciona. Sale por la mañana; es el medio más directo que tienes hasta Kadrin, rompehierros.

Thorrik asintió con la cabeza, mientras sentía el corazón pesado como la piedra dentro del pecho.

—Si es por ese medio que tengo que ir, que así sea.

El noble lo miró con fatiga desde el otro lado de la mesa.

—La guerra aquí va a peor; nunca, ni en toda mi vida, ni en la de mi padre o la de mi abuelo, se han concentrado los pieles verdes en tan ingentes números. Es como si hubiera un poder terrible que los mantuviera juntos e impidiera sus habituales luchas intestinas. Me desanima ver que no te quedarás a luchar aquí, rompehierros, pero un juramento es un juramento. Te deseo el bien en tu cometido.

—Gracias, noble —replicó Thorrik, y les dedicó un último asentimiento de cabeza a los dos enanos antes de dar media vuelta y salir de la estancia a paso de marcha. La puerta se cerró tras él.



El general cazador de brujas Albrecht Horscht paseaba de aquí para allá ante la hoguera. En un costado de su cara había una herida reciente que iba desde la oreja a la comisura de la boca, roja y acabada de coser. De la dolorosa herida aún le manaban sangre y pus. En cualquier caso, pensó Udo, el dolor de la herida simplemente hacía que el general cazador de brujas estuviera más irritable y cáustico de lo habitual.

Era un personaje alto, de pelo blanco, cuyo estilo despiadado hacía que fuera a la vez temido y respetado en toda la iglesia de Sigmar y fuera de ella. Miles de herejes habían sido quemados en la pira por orden suya, y con la

tortura había obtenido la confesión de centenares de brujas antes de ejecutarlas en el fuego purificador.

—¿Y qué piensas, reverenciado Sigmund? —dijo, hablando por un lado de la boca con el fin de evitar abrirse más la herida—. ¿Es veraz, o es una fingidora, agente del enemigo? ¿Atraerá la ruina sobre nosotros si la dejamos con vida?

Sigmund, el santo patriarca del templo de Sigmar que había en el paso del Fuego Negro, frunció el ceño y se rascó uno de los extremos del bigote que le llegaban hasta el mentón. Se trataba de un hombre anciano, aunque aún era un sacerdote guerrero de fuerte constitución. Yacía sobre su camastro, con el pecho apretadamente envuelto en vendas que mostraban un leve rastro de sangre, y un par de dulces hermanas de Shallya se afanaban en torno a él. Había estado muy cerca de la muerte durante la batalla contra los pieles verdes, y ambas chasqueaban la lengua y les lanzaban miradas de censura a los dos cazadores de brujas por molestar al paciente, impasibles ante la terrible reputación que tenían.

—Dejadme, por favor, hermanas —pidió el anciano sacerdote con voz tensa y ronca. Una de las mujeres, con expresión de reproche, abrió la boca para protestar—. Por favor, hermana Katrin —repitió, e hizo una mueca de dolor ante la fulminante mirada de ella. En cualquier otra circunstancia, a Udo le habría resultado casi cómico que una mujer pudiera decirle lo que debía hacer a aquel poderoso sacerdote, veterano de centenares de batallas santas.

La sacerdotisa de cabello negro como ala de cuervo con hebras de plata entremezcladas, se volvió hacia Grunwald y su superior, y los señaló con un dedo.

—Os doy diez minutos —les espetó—. Ni uno más. Necesita reposo. —Dicho esto, las dos hermanas de Shallya salieron de la habitación. Sigmund dejó escapar un largo suspiro.

—No estoy seguro —admitió, al fin—. La muchacha... Annaliese, ¿verdad? Todavía no estoy convencido de ninguna de las dos cosas. Necesito más tiempo para dedicarlo a la comunión con Sigmar, con el fin de pedirle que me guíe.

—Yo la vi con mis propios ojos blandiendo un martillo de los santos contra el enemigo —dijo Grunwald—. Sentí que la luz de Sigmar estaba con ella.

—Podría haber sido un truco del enemigo —siseó el general cazador de brujas—. Si se recupera, cosa que es dudosa, yo digo que la sometamos a juicio.

—Eso sería el fin de la muchacha, con independencia del resultado —dijo el anciano sacerdote.

—Y si es inocente, irá a morar junto al sagrado Sigmar, y su nombre será honrado y quedará libre de toda culpa —replicó Horsch, encogiéndose de hombros—. Una mujer verdaderamente devota del templo no podría aspirar a nada más.

—Someterla ahora a juicio resultaría desmoralizador —lo contradijo Sigmund—. El iniciado Alexis no es el único que está convencido de la santidad de la joven; la mitad del templo cree que es una guerrera santa de Sigmar. Si la sometes a juicio, perderán la fe. Perderán la esperanza.

—En ese caso, no son verdaderos devotos —gruñó Horsch.

El anciano sacerdote suspiró y cerró los ojos.

—Muchos de mis sacerdotes guerreros creen en ella —dijo, con voz cansada—. ¿Estás sugiriendo que no son verdaderos devotos?

Horsch giró sobre los talones y comenzó a pasearse otra vez de un lado a otro.

—Los libros de historia nos hablan de las Hermanas de Sigmar que había en la ciudad maldita que Sigmar aplastó con su martillo. Nos cuentan que se encolerizó con el templo de las hermanas y lo derribó con su ardiente cometa vengador de doble cola.

Grunwald frunció el ceño y movió los pies. Él había leído que el templo de las hermanas de Sigmar había sido lo único que el cometa había dejado intacto, pero no quería contradecir a su superior.

—Si le permitimos vivir sin someterla a juicio —continuó Horsch—, ¿no nos arriesgamos a provocar nuestra propia condena? ¿No podría ofenderse Sigmar si permitimos que sea proclamada hermana guerrera de su iglesia?

—No tengo intención de proclamarla nada de nada —jadeé Sigmund, con ojos coléricos—. Sólo sugiero que detengas tu mano, por ahora. Si sobrevive, podrás observarla como un halcón; si ves algo que pueda poner en duda su afirmación, se te autorizará a someterla a juicio.

—Para ser justo con la muchacha, no creo que haya afirmado nada —dijo Grunwald, y Horschts lo miré con ceño fruncido.

—¡Carece de importancia si ha hecho la afirmación verbalmente! —dijo—. Basta con que otros lo afirmen debido a sus actos.

Grunwald concedió en ese punto, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Es verdad que luchó con el martillo del santo hermano Trenkner, que creíamos perdido hace mucho tiempo —dijo Sigmund—. Durante quinientos años ha sido poco más que un mito; hacía mucho que se había dicho que el cuerpo del hermano Trenkner yacía sepultado debajo del templo, pero nadie había descubierto nunca su paradero. El hecho de que ella haya luchado con una de las armas de nuestro hermano, es algo que cuenta a su favor.

—Pero ¿cómo lo encontró, cuando ningún otro, ni siquiera tú, reverenciado hermano, había podido hallarlo? —insistió Horschts, con tono acusador—. Podrían haberla guiado hasta él unos demonios o unos muertos inquietos.

Sigmund se mofó de la observación.

—Vamos, hermano Albrecht. Ese tipo de cosas no puede suceder dentro de los muros del templo.

—Los enemigos habían violado el templo cuando el iniciado dice que descubrió el martillo —argumentó Grunwald—. Destrozaron estatuas y violaron la santidad de nuestro templo; ¿eso no podría haber permitido que se oficiara ese tipo de brujería dentro de sus muros?

Sigmund frunció el ceño, lo que hizo que se ahondaran las arrugas de su semblante.

—Es una posibilidad —admitió.

—De todos modos —concluyó Horschts—, es improbable que sobreviva a esta noche así que esta conversación podría resultar ser algo carente de importancia. Cabe la posibilidad de que lo único que tengamos que decidir es cómo enterrarla, si como a una santa, o como a un demonio.



—Ese puente lo cruzaremos cuando lleguemos a él —decidió Sigmund.  
Dicho esto, los cazadores de brujas se marcharon y dejaron reposar al herido patriarca.

\* \* \*

—¿Cómo está? —preguntó Katrin, al entrar en la pequeña habitación. Annaliese yacía bajo las mantas, empapada en sudor. Una joven hermana de la sanadora diosa de la misericordia se encontraba arrodillada junto a ella, y le refrescaba la frente con un paño mojado. El martillo que la muchacha había usado para luchar contra los pieles verdes descansaba sobre la mesita de noche junto a ella «Así que siguió el camino de la guerrera», pensó Katrin, con tristeza.

—Esta estable —replicó la hermana—. Pero aun no puedo decir si va a vivir o no.

Katrin le sonrió al elfo que permanecía de guardia junto al lecho de Annaliese. Él inclinó levemente la cabeza a modo de respuesta, y ella se estremeció. La ponía nerviosa con su actitud fría y su distancia ultraterrena. Sabía que también les causaba inquietud a las otras hermanas de Shallya, pero había permanecido de guardia junto a la muchacha, sin dormir, desde que la habían herido. Resultaba imposible apreciar sus emociones porque su pálido rostro delgado no las dejaba traslucir.

En la habitación había alguien más, un alto caballero de constitución poderosa cuya cara estaba cargada preocupación.

—Deberíais descansar, hermana —le dijo. Ella vio que era apuesto. Tenía un rostro fuerte, con ojos límpidos y verdes. El pelo era rubio arena y le caía sobre los acorazados hombros. ¡Ay, si ella tuviera veinte años menos!, pensó fugazmente.

—Descansare cuando no haya nadie que necesite de mis cuidados —respondió.

—En ese caso, no descansaréis en mucho tiempo —observó él.



Annaliese caminaba por un campo de oro, el sol caía sobre su piel y ella sonreía. Hacía un día radiante, y se sentía totalmente satisfecha a pesar de las agitadas nubes negras que parecían arañar el cielo en el norte.

En la creciente oscuridad destellaban rayos rojos que restallaban por el cielo.

La calidez comenzó a abandonar su cuerpo, y se estremeció con un escalofrío repentino. El sol había desaparecido. En lo alto se espesaban las hirvientes nubes. Annaliese se rodeó el torso apretadamente con los brazos porque tenía los huesos helados. Entonces sintió dolor y gritó.

Miró el martillo que tenía en las manos. Relumbraba con luz cálida, pero esa luz no era más que una chispa en la abrumadora oscuridad que engullía el cielo.

Annaliese abrió los ojos con un estremecedor grito ahogado, y el dolor de la herida se hizo sentir con intensidad demoledora. Vio rostros preocupados reunidos en torno a ella, pero miró más allá de todos ellos para posar la vista sobre una figura que se encontraba aparte de todas las demás, y sonrió.

—Está delirando —dijo una voz.

—Debo marcharme —dijo de repente, y luchó por levantarse—. ¡La oscuridad aumenta en el norte! ¡Mi sitio está allí! ¡Es Su voluntad!

—Calla —dijo una voz dulce, y sintió una mano fresca sobre la frente. Volvió a dejarse caer entre la ropa de cama, y se sintió como si unos enormes pesos le cerraran los párpados.

—Mi sitio está en el norte —murmuró—. El grifo en llamas. Allí es donde debo ir.

Entonces sintió la presencia de Sigmar consigo, y la inundó la calidez. Annaliese se sumió en un profundo sueño sin sueños, con una sonrisa los labios.

Tenía un propósito.



## LIBRO SEGUNDO

*Los territorios septentrionales están en ruinas. Ostland ha sido invadido y caerá de un momento a otro. Sus tierras están ocupadas por fuerzas enemigas que han tomado el control de la orilla norte del río Talabec. Intentan adentrarse en Talabeclanch aunque allí nuestras defensas resisten, de momento.*

*He tenido pocas noticias del Elector Hertwig de Ostermark, asediado como está en Bechafen. Si cae Ostermark, el Imperio quedará abierto de par en par, y vulnerable; el enemigo podrá atacar por retaguardia a los ejércitos que defienden Talabec, y vencerlos, porque no podrán resistir contra dos frentes.*

*Una vez que hayan caído, el enemigo marchará hasta el corazón mismo del Imperio, y podrá atacar la propia Altdorf Temo el día en que me traigan una noticia semejante. Ruego a Sigmar que Ostermark resista.*

*La plaga ha abierto grandes surcos en el Imperio, pequeñas ciudades y pueblos han caído bajo sus efectos. Esos lugares están infestados por seres degenerados sedientos de sangre; el enemigo está volviendo a nuestras propias gentes las unas contra las otras mediante su brujería. Ahora es seguro que esta enfermedad ha sido propagada por agentes del Caos. La Orden del Grifo está vigilante y persigue a los perpetradores, pero el daño ya está hecho.*

*Ha llegado noticia del Alto Rey de los enanos para decirnos que el Pico Eterno está asediado, un desastroso giro de los acontecimientos porque no podemos esperar ninguna ayuda contra los saqueadores del norte por parte de nuestros aliados montañeses, mientras su propio reino esté cercado.*

*Una sensación de pavor se ha apoderado del pueblo y de nuestros ejércitos y muchos de los electores han sucumbido a la desesperanza. No puede permitirse que esto continúe, porque lo único que tiene el Imperio es la resolución de su pueblo.*

*Esta es una época oscura sin lugar a dudas En mis oraciones pido que se me otorgue la fuerza necesaria para mantener el control.*

**K. F.**

## ONCE

Udo Grunwald había visto muchas cosas terroríficas en sus tiempos de soldado y de cazador de brujas. Había sido testigo, de escenas de demencia y de derramamiento de sangre, había visto hacer inmunda magia que retorcía la esencia de la realidad, y visto hombres poseídos por demonios. Pero nada lo había preparado para la visión de la monstruosidad que siseaba y echaba humo mientras rodaba inexorablemente hacia él, atravesando la arqueada entrada al interior de la enorme fortaleza que era el puesto de Barbasevera.

—Dama de misericordia —juró Grunwald. Annaliese estaba igualmente pasmada por la bestia que se aproximaba.

Mientras marchaban a través del paso del Fuego Negro camino de Barbasevera, a través de una tierra que había pisado el propio Sigmar, Udo había comenzado a evaluar a la muchacha. Las primeras impresiones indicaban que era bastante pura, aunque él sabía que esas cosas a menudo eran mascararas, producto de cuidadoso fingimiento. Estos pensamientos se borraron de su mente mientras miraba, boquiabierto, la máquina que tenían ante sí.

Sólo el elfo, que Grunwald se había enterado de que se llamaba Eldanair, parecía impasible; contemplaba la actividad con expresión de desagrado en su largo rostro pálido, y se cubría la boca y la nariz con un pliegue de su capa para protegerse del humo acre. Aunque Grunwald sabía que Eldanair no tenía conocimiento de la larga discusión que había tenido lugar para que los enanos consideraran siquiera permitir que un elfo entrara en Barbasevera, se sintió irritado por su reacción ante esta maravilla de los enanos.

El trío pegó la espalda contra la lisa pared cuando el humeante monstruo se acercó más. La plataforma era un hervidero de actividad donde los ingenieros y trabajadores enanos iban de un lado a otro, pero los ojos del cazador de brujas estaban fijos en la colosal máquina que ahora se detenía, expulsando humo y vapor que manaban de su vientre encerrado en hierro.

Sustentada por docenas de ruedas de acero y guiada por enormes raíles metálicos fijados al suelo, la máquina de vapor era un escándalo de ruido ensordecedor y movimiento. Los pistones suspiraban vapor sobrecalentado al subir y bajar, y enormes engranajes y palancas rotaban y chasqueaban al moverse. Humo negro y holliniento manaba por las cuatro chimeneas de la parte superior del cuerpo de la bestia revestida de hierro. Los silbatos tocaban dolorosos pitidos al dejar escapar el vapor, y las campanas sonaban al golpearlas martillos mecánicos.

El frente circular del ingenio mecánico estaba dominado por la cara de un ancestro de barba metálica más alto que un hombre, cuya imagen era un minucioso taraceado de cuadrículas de oro bronce. Cada giro de las ruedas de la descomunal máquina iba acompañado por un grave sonido rítmico parecido al jadeo de un ancestral dios herrero, y docenas de bielas siseaban y chirriaban al subir y bajar.

Con un rechinar de protesta metálica, la gigantesca bestia ralentizó y Grunwald quedó envuelto en una nube de humo negro. Se puso a toser y parpadear para librarse de las lágrimas provocadas por el ataque de la ceniza y el hollín. La trabajosa respiración de la máquina cesó del todo, para ser reemplazada por una profunda exhalación de escape de vapor. Cuando el humo se disipó, vio que había enanos cubiertos de hollín que deambulaban por encima de la cabina del ingenio, dedicados a aceitar palancas y engranajes, y asegurarse de que todo funcionara correctamente.

Enormes grúas se situaron sobre el vagón que iba inmediatamente detrás de la máquina que aún exhalaba vapor, y soltaron una enorme cantidad de lo que parecía carbón sobre un depósito abierto. Una manguera flexible del grosor del cuerpo de un hombre avanzó hasta colocarse en posición, y con abrazaderas metálicas la fijaron sobre el curvo cuerpo del ingenio, momento en el que comenzaron a bombear agua dentro del vientre de la bestia. Se alzó vapor, y el ingenio pareció sisear de contento al apagar su sed.

Grunwald había oído hablar de las maravillas creadas por la Escuela de Ingenieros de Nuln, por supuesto; no obstante, en opinión de Thorrik la destreza de los mejores ingenieros del imperio palidecía al compararla con la que tenía hasta el más deficiente de los aprendices enanos. Al ver esta monstruosa máquina, le resultó fácil creer en la veracidad de la afirmación del enano.

En los territorios de los hombres había máquinas alimentadas por vapor y fuego —doce poderosos tanques de vapor protegidos por gruesas chapas metálicas y provistos de peligrosas tecnologías experimentales, cañones movidos mediante vapor y cosas parecidas—, pero ni siquiera esos ingenios podían compararse con este monstruo que los empequeñecía por su enorme tamaño. Esta titánica creación, que era capaz de viajar a través del corazón de la montaña para unir las fortalezas de los enanos, era verdaderamente inmensa. Tenía fácilmente, la altura de un edificio de dos plantas, y la locomotora en sí medía más de cincuenta metros de largo. Enganchados a la máquina que resollaba había seis vagones; formaban una larga caravana de metal de la que tiraba una bestia de carga de poder y fuerza inmensos, que respiraba fuego.

—Contemplad la maravilla del Grimgrandel —dijo, con orgullo en la voz de marcado acento, el joven aprendiz de ingeniero al que habían asignado la misión de guía y acompañante de los humanos. Era obvio que le complacía el boquiabierto asombro que mostraban los humanos.

—Nunca he visto nada parecido —dijo Grunwald, al fin. El aprendiz soltó un bufido.

—Ni habríais tenido posibilidad de verlo —dijo—. ¡En el mundo no hay nada que pueda compararse con el Grimgrandel, y desde luego no en los territorios de los hombres!

En la cara del elfo había una torva expresión de desagrado y aversión, y se sacudía el hollín de la ropa y el largo cabello negro en un fútil intento de limpiar las manchas negras. Los enanos que se afanaban en torno al grupo le lanzaban al elfo miradas hoscas y murmuraban para sí.

El elfo parecía haber adoptado un aire de superioridad, y miraba en torno con su delicada nariz alzada con repugnancia ante los acontecimientos. Permanecía cerca de Annaliese, y sus ojos se volvían con

desconfianza hacia cualquiera que se acercara demasiado a la joven. Extraña muchacha, pensó Udo, la que era capaz de inspirar lealtad en un grupo tan dispar.

El elfo se mostraba claramente protector con ella, aunque no hablaba ni una palabra de Reikspiel, y el Templo de Sigmar claramente la había adoptado como de su propiedad, cuando partió la habían cubierto de regalos que apenas podían permitirse. Ella se había ruborizado y había rechazado muchos de los obsequios por ser poco prácticos para viajar con ellos, pero las prendas de ropa que llevaba puestas eran regalos que había aceptado con agradecimiento. Apenas se parecía a la camarera de taberna rural que había sido; era como si se hubiera deshecho de su pasado para forjarse una nueva imagen después de sufrir aquellas heridas casi fatales.

Se había cortado el rubio cabello ondulado, y ahora lo llevaba de un largo más práctico, hasta los hombros. Pertrechada en la propia armería del templo por orden del anciano patriarca, Sigmund, llevaba un largo vestido de malla debajo de un pesado ropón de colores rojo y crema. La armadura era pesada pero le proporcionaba buena protección, a la vez que le permitía una gran libertad de movimiento, y la muchacha era más fuerte de lo que parecía. Sus hombros y cuello estaban protegidos por un alto gorjal de cuero endurecido y también sus antebrazos estaban recubiertos por grueso cuero. En torno a su cuello, sobre la cota de malla y los ropones, colgaba un medallón con el cometa de doble cola, y el rostro de suave piel de la muchacha brillaba de devoción.

Si era falsa, se trataba de una actriz condenadamente buena, eso había que reconocerlo. Hablaba de Sigmar con reverencia convincente, y aunque estaba claro que tenía un conocimiento limitado de las grandes hazañas de la deidad, estaba ansiosa por aprender.

—Yo voy a acompañaros en vuestro peregrinaje hacia el norte, para velar por vos e instruiros en las cosas de nuestro señor Sigmar —había mentido Grunwald mientras la observaba atentamente en busca de alguna señal de temor o desagrado. Ella había respondido con una ancha sonrisa de júbilo al oír la declaración.

No obstante Udo sabía que la apariencia externa que presentaba la gente era solo eso: una imagen que no pasaba de la superficie y podía ocultar



inmundicia debajo. ¿Cuántos sirvientes de los Poderes Malignos se camuflaban bajo una apariencia de nobleza y servidumbre al Emperador? ¿Cuántas inmundas brujas y mutantes desfilaban dentro de la sociedad imperial como devotos adeptos a la fe de Sigmar? El enemigo del interior era el más peligroso y astuto de todos, y el deber de los cazadores de brujas era descubrir y desvelar a estos odiados enemigos dondequiera que se los pudiera encontrar.

—No dejes que sepa que sospechas de ella —le había indicado el general cazador de brujas Horsch—. Porque eso sería ponerla en alerta respecto a tus motivos, y sólo serviría para que se volviera más cuidadosa y confabuladora. Hazte amigo de ella, conviértete en su guardián y su confidente. Pero permanece siempre en guardia ante los engaños del enemigo y busca señales de corrupción. Y cuando tengas pruebas validas déjala al descubierto como lo que realmente es y ejecuta la venganza de Sigmar con todo el poder que se te ha otorgado.

—Seré siempre vigilante en mi deber —había jurado Grunwald. En verdad, odiaba los métodos engañosos como ese, lo habían admitido como cazador de brujas por su estilo brutal, franco y directo, no por su sutileza. Mientras que otros de su orden se especializaban en infiltrarse y descubrir aquelarres de los poderes oscuros desde el interior, y con admirable éxito, Grunwald siempre había desaprobado esas prácticas. Descender sobre el enemigo con todo el brutal poder que su posición le permitía ejercer, arrancar una confesión de los labios de los sospechosos, ese era su método preferido. Y había recibido alabanzas por los éxitos que ya había cosechado en su nueva carrera. Esta misión le dejaba un sabor amargo en la boca.

—Venid —dijo el aprendiz enano, y condujo al trió hacia la bestia que despedía vapor. Udo se sintió instantáneamente incomodo con la idea de viajar centenares de kilómetros hacia el norte, por las montañas, dentro del vientre de aquella gigantesca serpiente metálica. Se habría sentido mucho más cómodo recorriendo esa distancia a lomos de caballo e incluso a pie, pero no cabía duda de que ese era el medio de transporte más rápido de que disponían, y Annaliese se había mostrado insistente. Decía que una visión la impulsaba a avanzar, que Sigmar deseaba que ella se trasladara al norte con toda rapidez. A Grunwald le resultaba dudosa esa afirmación, pues hacia ya

algunos años que era servidor del dios guerrero y nunca se le había enviado una visión. Sabía que algunos miembros de la orden habían tenido ese tipo de visiones pero solían ser sacerdotes de nivel particularmente elevado no sencillos campesinos sin educación.

Siguieron al aprendiz a lo largo de la plataforma que se elevaba unos tres metros por encima del suelo, y pasaron ante el ingenio de vapor al que había dado el nombre de Grimgrandel. Docenas de ingenieros, muchos de ellos con largas barbas que habrían sido blancas de no haber estado ennegrecidas por el hollín, discutían ruidosamente cerca de la cabina de la maquina El grupo se aparto del camino de dos ingenieros jefes que avanzaban hacia ellos. Iban sumidos en una acalorada conversación, y llevaban enormes llaves para tuercas en las que había fijadas series de herramientas de arcano diseño alimentadas por vapor. Uno de ellos perdió el hilo de su diatriba cuando reparo en la presencia de Eldanair, y se puso a farfullar de indignación, mientras su rostro enrojecía. El aprendiz hizo que el trío pasara apresuradamente ante los reverenciados ingenieros, al tiempo que su rostro se ponía intensamente rojo. Grunwald se dio cuenta de que el enano se sentía incómodo en su papel de acompañante.

Estaban descargando toneladas de carbón en el enorme ténder que iba detrás de la locomotora. Grunwald estaba boquiabierto, y casi derribó a un enano de avanzada edad mientras caminaba observando la frenética actividad que lo rodeaba en la plataforma. El enano resopló con enfado y le gritó un insulto, mientras el aprendiz de avergonzado rostro hacía que el cazador de brujas acelerara el paso y se disculpaba profusamente con el viejo enano.

Se oyeron fuertes y agudos silbatos de advertencia, y, con un siseo de vapor y un estruendo de palancas, algunas partes de los vagones comenzaron a moverse. Rechinaron ruedas y engranajes cuando los costados cayeron hacia fuera sobre la plataforma con un resonante estruendo en medio de escapes de humo y vapor.

Centenares de guerreros enanos salieron de los vagones, acompañados por el ruido metálico de sus armaduras y armas, y sus pesados pasos tamborilearon rítmicamente sobre los abatidos costados de los vagones. Se encendieron máquinas del tamaño de mulas que vomitaron sofocante humo

al arrastrar tras de sí filas de máquinas de guerra: cañones, cañones órgano y otros ingenios más exóticos que Grunwald no reconoció. Sudorosos ingenieros conducían estas máquinas remolcadoras a vapor que sacaban de dentro de los vagones para hacerlas bajar por los costados transformados en rampas, y las llevaban hacia la fortaleza principal de Barbasevera. Grunwald dedujo que eran refuerzos procedentes de otras fortalezas de los enanos.

Pasaron decenas de enanos de severo rostro de los que nadie hacía el menor caso o a los que lanzaban miradas de desprecio. La mayoría llevaban capas de pesada tela verde, y marchaban con resolución detrás de estandartes de bronce que representaban cornudas cabezas de ancestros. Muchos de ellos llevaban al hombro armas de fuego maravillosamente hechas.

—Guerreros de clan de Karak-Hirn —dijo el joven aprendiz de ingeniero, al tiempo que conducía a Grunwald hacia un lado para que no bloqueara el camino.

Legiones de enanos esperaban a los lados de la plataforma de Barbasevera, junto a la monstruosa máquina, y asintieron con la cabeza al pasar ante ellos los guerreros. Cuando el último hubo salido de los vagones y hubo desembarcado la última máquina de guerra, sonaron cuernos cuyo sonido provocó en Eldanair una mueca de dolor.

—Viajaréis en el tercer vagón del Grimgrandel, bien: alejado de los guerreros de los clanes —les informó el aprendiz, cuando comenzó a guiarlos una vez más a través de la muchedumbre—. Debo añadir que debe tenerse mucho cuidado para que los clanes rivales no embarquen en el mismo vagón.

Se aproximaron al tercer vagón, y el aprendiz se detuvo.

—Aquí lo tenéis —dijo. Les dedicó un gesto de asentimiento a Grunwald y a Annaliese, haciendo cuidadoso caso omiso de Eldanair, y sin más ni más dio media vuelta y se alejó apresuradamente. Grunwald se encogió de hombros, y se metió dentro del vagón metálico.

\* \* \*

Thorrik masculló para sí cuando los costados del Grimgrandel se cerraron de golpe con una exhalación de vapor y un eructo de humo. Chasqueó la lengua para sí por el retraso con que partía de Barbasevera. De no haber estado esperando al Grimgrandel, llevaría ya dos días en el camino, pero ese viaje habría durado muchas semanas, y en cualquier caso sólo tardaría días en realizar el recorrido a bordo de la máquina. Aun así, no confiaba en esta última creación de los gremios de ingenieros.

El interior del vagón no era desemejante de una fortaleza de enanos, pensó, aunque en una escala mucho más pequeña. El techo del vagón quedaba casi oculto en la oscuridad de lo alto, y los faroles integrados en los puntales de soporte parecidos a costillas brillaban con cálida luz. El aire viciado estaba cargado de humo de pipa, y pequeños grupos de enanos bebían cerveza que llevaban en ornamentadas botellas metálicas. Los alborotadores guerreros de un grupo que se encontraba más adelante, en el mismo vagón, golpeaban el suelo de acero con las botas acorazadas para marcar el ritmo de sus canciones, y se oía el raspar metálico de las ya perfectas hojas de hacha que otros enanos aflaban con piedras de amolar.

Se produjo un alboroto de atareado movimiento cuando los enanos guardaron las armas y los pertrechos dentro de taquillas de grueso acero que había en los respaldos de los bancos, pero el área que rodeaba a Thorrik era una isla de calma. Los rompehierros eran guerreros muy respetados, y nadie deseaba ofender a un veterano.

Cerca de él se sentaba un contingente de atronadores que mantenían sus amadas armas de pólvora sobre el regazo como para protegerlas, y hablaban en voz baja entre sí. Por los discos metálicos que les rodeaban el cuello, los identificó como guerreros de un clan sin fortaleza cuyos ancestros habían sido originarios de Karak-Varn una fortaleza perdida por desastre natural y subsecuentes ataques de skavens y goblins, hacía más de cuatro mil años. Aunque en las otras fortalezas de los enanos vivían varias generaciones de los supervivientes nunca podrían estar de verdad en casa ni ser plenamente aceptados en ninguna de ellas. La mayoría de estos atronadores estaban limpiando meticulosamente los mecanismos de sus invalorable armas, agitándoles los engranajes y lustrándoles el cañón.

En el vagón había incluso unos cuantos matadores perdidos en su desdicha. Se los reconocía al instante; llevaban poca ropa y evitaban toda clase de armadura. Su piel desnuda estaba cubierta de espirales azules tatuadas, y llevaban los costados de la cabeza afeitados. El pelo restante, atiesado con liga y grasa, formaba púas en grandes crestas, y llevaban tanto el cabello como la barba teñidos de naranja brillante para que nadie pudiera pasar por alto los juramentos de muerte que habían hecho.

Ningún enano abordaba a estos severos personajes, y ellos, a su vez, mantenían los ojos bajos, refunfuñaban constantemente para sí y paseaban los dedos por el mango de su hacha. El fuego de la desgracia ardía con fuerza dentro de ellos, y solo podía ser extinguido por una muerte honorable en batalla.

El rostro de Thorrik se ensombreció al mirar a los condenados matadores. Suspiro profundamente y pensó en la reliquia de familia que llevaba envuelta en cuero aceitado. El único miembro de la familia que quedaba, el legítimo propietario del artefacto, había hecho el juramento del matador. Thorrik tenía el corazón apesadumbrado.

Cuando alzó los ojos desde el asiento que ocupaba en uno de los tres pasillos que recorrían el vagón a lo largo, vio a una figura alta y vestida de negro que conducía a otras dos figuras altas a través del apiñamiento de enanos. Reconoció el sombrero de ala ancha que llevaba el cazador de brujas Udo Grunwald, y asintió con la cabeza para saludarlo cuando vio que lo miraba.

—Thorrik Lokrison —dijo el cazador de brujas, cuando se hubo abierto paso a través de la muchedumbre.

—No esperaba verte aquí humano —dijo Thorrik, malhumorado. El cazador de brujas negó apenas con la cabeza.

—Ni yo esperaba estar aquí —replicó—. ¿Te diriges de vuelta al norte?

—Sí, a Karak-Kadrin —dijo Thorrik, que alzó los ojos entrecerrados hacia el corpulento hombre. No veía bien a los dos que estaban detrás del cazador de brujas—. Siéntate, humano. Me está dando tortícolis de tanto alzar la cabeza para mirarte.

Thorrik asintió con la cabeza como gesto de agradecimiento dirigido a los atronadores cuando dejaron sitio para los recién llegados.

—Esta es Annaliese —la presentó Grunwald, que hizo un gesto hacia la muchacha humana que iba vestida como uno de los sacerdotes guerreros de Sigmar—. Y este es su... compañero.

—Eldanair —dijo la joven, al presentar a la tercera figura que iba cubierta con una capa y llevaba la capucha echada sobre el rostro. Thorrik se puso rígido al oír el nombre, y escrutó la oscuridad de la capucha del personaje.

—Elfo —dijo, como si escupiera. Varios enanos que estaban cerca se volvieron bruscamente a mirar, con el ceño fruncido. El rostro de Thorrik se endureció, y giró la cabeza otra vez hacia Grunwald—. Andas en compañías indeseables, humano.

—Sabe apañárselas en una pelea —replicó el cazador de brujas, al tiempo que se encogía de hombros.

—Pero eso no significa que luche de nuestro lado. Un elfo lucha sólo por sí mismo; carecen del concepto de honor, y no saben qué son los juramentos de amistad.

—Eldanair ha sido un devoto protector y amigo para mí —dijo la muchacha humana, cuyo rostro enrojeció de enojo—. No toleraré que vos ni nadie más hable mal de él.

Thorrik le lanzó a la joven una mirada fulminante, aunque la joven tuvo el mérito de no arredrarse ante la pétrea mirada.

—Recuerda tus palabras, moza, cuando te abandone y huya del peligro en medio de la noche.

—Él nunca... —comenzó la muchacha, alzando la voz, pero el elfo le tocó un hombro y negó con la cabeza.

—Perjuros todos ellos —declaró Thorrik en voz alta, al tiempo que apartaba la mirada de la muchacha y el elfo—. Nunca confíes en un elfo.

—Me alegra ver que te has suavizado durante el tiempo que hemos estado separados —comentó Grunwald.

Thorrik juró en khazalid al ver otra figura alta que avanzaba entre la muchedumbre, por el pasillo, hacia él. Este humano llevaba armadura y lucía una ancha sonrisa en el rostro.

—¿Otro amigo tuyo? —preguntó Thorrik. El cazador de brujas alzó la mirada con sorpresa.

—¡Karl Heiden! —dijo, y se puso de pie para aferrar el antebrazo acorazado del hombre a modo de saludo.

—Oí decir que había otros humanos a bordo de esta maravilla. De haber sabido que eran tan bonitos me habría vestido mejor —proclamo el caballero, haciéndole un guiño a Annaliese, que se sonrojó.

Sonó un silbato, y el Grimgrandel se puso en movimiento con una sacudida que casi derribó al caballero humano.

El ingenio salió de Barbasevera con la enorme locomotora vomitando vapor y humo al aumentar la presión de la caldera. Los pistones comenzaron a subir y bajar, y tuberías y válvulas recalentadas empezaron a estremecerse. Con un último silbido, la descomunal locomotora a vapor comenzó a adquirir velocidad. Al cabo de una hora entro en un túnel enorme que penetraba directamente por la falda de la colina y se lanzó por la oscuridad, atravesando el corazón de las montañas del Fin del Mundo en línea recta.

## DOCE

El vagón dio, una sacudida brusca que despertó a Grunwald, con sobresalto. Estaba oscuro, unos sonidos atroces y desconocidos inundaban sus oídos, y el aire era caliente y sofocante. Por un momento imaginó que había muerto e iba por el inframundo, camino del reino de Morr, pero se libró de esos enloquecedores pensamientos en cuando recobró el sentido de la orientación.

Recorrió con mirada de ojos legañosos el oscuro interior que lo rodeaba. Los faroles repiqueteaban y se sacudían al estremecerse el vagón que atravesaba las tinieblas. En la mortecina luz vio que muchos de los enanos dormían, y se dio cuenta de que sus ronquidos prácticamente eran ahogados por el traqueteo del vagón, el constante siseo, el golpeteo de pistones y bielas, y el rechinar de las ruedas metálicas sobre los raíles de acero.

Dentro del vagón, el calor era casi insoportable, y el aire estaba cargado de humo, procedente tanto de las enormes chimeneas de la parte frontal de la máquina remolcadora, como de las pipas de los enanos. El hedor a carbón y aceite le inundaba las fosas nasales, y respiraba trabajosamente. Le escocían los ojos a causa de la ceniza, y parpadeó repetidas veces.

Era en verdad una máquina infernal aquel ingenio a vapor, pensó. Parecía que se zambullía hacia el corazón del mundo. Aquel no era lugar para los hombres, decidió. La sola idea de que había, cientos de miles de toneladas de roca suspendidos sobre sus cabezas, preparados para desplomarse y aplastarlos en cualquier momento, hacia que se le acelerara la respiración y le corriera el sudor por la parte posterior del cuello.



Thorrik estaba durmiendo, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta de par en par. Annaliese también dormía, con las piernas metidas debajo del cuerpo, y la cabeza balanceándose sobre un hombro del elfo, aunque no pudo determinar si este último dormía o no. Llevaba una tira de tela atada sobre la boca y la nariz, y la capucha, que tenía echada muy adelante sobre el rostro, le ocultaba los ojos y las puntiagudas orejas, y aunque no mostró ninguna reacción hacia Grunwald, eso no equivalía a decir que estaba dormido.

A Karl Heiden no se le veía por ninguna parte; poco después de que la máquina de vapor comenzara su viaje, había vuelto con sus hombres, que viajaban en el vagón de detrás del de ellos. Le había contado al cazador de brujas que los enanos habían armado mucho alboroto cuando había intentado embarcar a los caballos de guerra de su orden, y que los purasangres habían relinchado de miedo y pateado a pesar del entrenamiento. Pero ese era el acuerdo que los humanos tenían con los enanos —iban hacia las zonas de batalla septentrionales del Imperio, y aquella monstruosidad de vapor constituía el medio más rápido de llegar a destino—, y el Alto Rey de los enanos la había puesto a disposición del mismísimo Emperador.

La mitad de la orden de Karl viajaba hacia el norte a bordo del ingenio. Aunque corrían rumores que decían que ejércitos de la oscuridad estaban concentrándose allende el paso del Pico, que guardaba Karak-Kadrin, según los últimos mensajeros el camino que iba desde la fortaleza de los enanos hasta el Imperio estaba despejado. Otra cuestión, sin embargo, era cuánto tiempo continuaría así.

El cazador de brujas sintió la necesidad de estirar la dolorida espalda y se puso de pie con cansancio, sujetándose al banco lateral para no caer. Ciertamente los enanos prescindían de las comodidades e hizo una mueca de dolor cuando la espalda le crujió de manera alarmante. Los bancos eran fríos y duros, de cuero sobre acero; no era de extrañar que los enanos fueran una raza tan taciturna, si era así como vivían.

Grunwald volvió a sentarse y clavó la mirada en Annaliese, como si intentara penetrar en los pensamientos de la muchacha dormida. ¿Era sincera, o el toque del Caos anidaba en su interior? Aunque ella no se diera

cuenta aún, podría estar contaminada de todos modos, y por tanto ser merecedora de la muerte. Por lo general, una contaminación de ese tipo acababa por manifestarse físicamente, a través de mutaciones por leves que fueran —membranas en los dedos de los pies, excrecencias nudosas en la espina dorsal, dedos de mas en las manos— pero ese tipo de cosas podrían no haber tenido tiempo de desarrollarse en alguien tan joven. O, pensó, sombrío, tal vez ella era capaz de controlar los poderes del Caos hasta tal punto que podía contener ese tipo de signo externo de su pecado.

Una vez más, sintió crecer su frustración. Esta no era su manera de actuar, puesto que era un hombre de acción, directo. Si existía la sospecha de brujería y contaminación del Caos, debía celebrarse juicio. Si el individuo demostraba ser inocente la muerte dejaba limpio su nombre porque todos los juzgados morían, tanto si eran culpables como si no. No había remordimientos, y Grunwald no se sentía culpable por los inocentes muertos era mejor morir con la pureza asegurada, que continuar vivo en la duda.

Desvió la mirada desde la muchacha al elfo. Tenía la sensación certera de que Eldanair no dormía, sino que estaba velando por la seguridad de la muchacha. Tal vez fuera su familiar, pensó sombríamente Grunwald. Se removió en el asiento. Sabía que tenía que ponerla a prueba pero también sabía que debía hacerlo según lo ordenado por el general cazador de brujas, tenía que determinar su inocencia o culpabilidad sin que ella conociera sus motivos.

El tren dio una sacudida y Annaliese despertó con una exclamación ahogada y los ojos desorbitados y asustados. Miro en torno y se encontró con la mirada del cazador de brujas, momento en que le dedico una sonrisa soñolienta. Grunwald paseo los dedos por la cantimplora que llevaba al cinturón, pensativo. Luego desenroscó el tapón y bebió un sorbito para luego ofrecérsela a la muchacha.

—Solo es agua —le aseguro. Ella asintió con la cabeza para darle las gracias, y sacó las largas piernas de debajo de si para luego estirarse como un gato. Grunwald se puso de pie y avanzo hasta ella. El tren volvió a balancearse y él tropezó. Una pequeña cantidad de agua cayó sobre Eldanair, y Grunwald sintió que los oscuros ojos del elfo lo atravesaban. Se disculpó y

le dio la cantimplora a la muchacha. Ella bebió un largo sorbo y sonrió para darle las gracias.

De vuelta en su asiento, Grunwald volvió a cerrar la cantimplora de agua bendita. Era un líquido precioso —ciertamente no era agua para beber—, pero debería haber sido como ácido para un devoto de los Poderes Malignos. Sin embargo, por otro lado, eso no significaba nada. El enemigo era astuto.

Se oyó un chirrido de metal sobre metal cuando las ruedas de la máquina de vapor frenaron. Los pocos enanos que habían estado de pie fueron derribados y se estrellaron pesadamente contra el suelo del pasillo, entre maldiciones. De los anaqueles de lo alto cayeron pertrechos y mochilas sobre los que aún permanecían sentados, y que se deslizaron por los bancos hacia la parte delantera del vagón. Grunwald se aferró al banco en el momento en que comenzó a deslizarse, pero perdió la presa cuando el inmenso peso acorazado de Thorrik se estrelló contra él, y fue casi aplastado contra un ornamentado reposabrazos de bronce labrado en forma de dragón rampante.

Annaliese casi cayó de su asiento, y habría salido volando hacia la parte delantera del vagón si Eldanair no la hubiera pillado por un brazo con rapidez sobrenatural, y tirado de ella para ponerla a salvo. Grunwald hizo una mueca de dolor cuando el peso de Thorrik fue empujado contra él, y tuvo la certeza de que se le iban a partir las costillas. Con un último chirrido espantoso, la máquina se detuvo.

Mascullando, el enano se apartó de encima de Grunwald y se puso de pie, para luego sacudirse la barba con una mano. Grunwald se limitó a lanzarle una mirada iracunda y sacudir la cabeza, con las costillas doloridas.

—¿Estáis bien? —le preguntó a Annaliese, y la muchacha le respondió con un asentimiento de cabeza. El elfo estaba hablando para sí con tono: mordaz, mientras miraba por entre los listones del costado del vagón hacia la oscuridad del otro lado. Todos los enanos del vagón estaban resoplando y pateando el suelo, y alzaban la voz con tono de enojo y acusación. Muchos parecían medio dormidos mientras se enderezaban el yelmo desviado hacia un lado y recuperaban pertrechos caídos.

—En el nombre de los dioses, ¿por qué se ha detenido esta cosa? —le pregunto a Thorrik, que le devolvió una feroz mirada con ojos carentes de humor, y escupió: algo en su tosco idioma.

—¿Cómo quieres que lo sepa, humano? —le espetó el enano en Reikspiel.

—Me pregunto dónde estaremos —dijo Grunwald, mientras se reunía con Eldanair para mirar al exterior por entre los listones metálicos—. Y qué hora será. Las nociones como el día y la noche no significan nada aquí abajo.

—Bueno, yo diría que es alrededor de mediodía en la superficie —dijo Thorrik, mientras comenzaba a cargar la pipa con la hierba que llevaba en un saquito. Grunwald soltó un bufido y miró al enano con incredulidad. Ni el más leve rayo de luz penetraba a esas profundidades por debajo de las montañas; era como un odioso abismo estigio.

—¿Y cómo puedes saber eso? —preguntó, desdeñoso.

—Soy un enano, humano —gruñó Thorrik, con los ojos encendidos en la oscilante luz de los faroles—. Tú no podrías entenderlo.

Grunwald volvió a bufar, y giró para mirar hacia la oscuridad exterior. Ahora que la locomotora se había detenido, la total ausencia de movimiento del aire hacía que la atmósfera pareciera aún más cargada y opresiva.

—Juzgando por el tiempo que ha pasado y por la velocidad del Grimgrandel, diría que estarnos casi a medio camino. En algún punto entre Zhufbar y Monte Gunbad. Tal vez debajo de Agua Negra.

—¿Debajo de qué?

—De Agua Negra, el mar interior de las montañas.

—¿Así que estás diciendo que por encima de nosotros no sólo hay kilómetros de roca, sino también un mar?

—Sí, muchacho. No hay por qué ponerse tan nervioso. Esto es ingeniería de enanos: construida para durar.

Fantástico, pensó Grunwald, mientras sacudía la cabeza. Volvió a mirar a través de la celosía, entrecerrando los ojos para ver algo, cualquier cosa que hubiera en el exterior. Nada. Era como si el mundo acabara a treinta centímetros del vagón. Volvió la cabeza para decirle algo a Thorrik, pero, en el momento en que abría la boca para hablar, una flecha negra pasó silbando junto a su cabeza. Impactó contra el techo metálico del vagón, y rebotó hacia

la muchedumbre de enanos que daban vueltas por el pasillo situado a al otro lado del contiguo al que él ocupaba.

Más flechas atravesaron la celosía, repiqueteando con fuerza, y docenas más se partieron contra el exterior del vagón. Una de las flechas impactó en el respaldo forrado de cuero, a un pelo de la cara de Thorrik. El enano arrancó la flecha del cuero, con expresión furiosa al contemplar el tosco proyectil negro: la punta era de piedra afilada, arada con tendón al asta de madera, y la cola estaba hecha con plumas de cuervo fibrosas y despeinadas. El rostro de Thorrik enrojeció.

—¡Goblins! —bramó con voz de trueno. Se encasquetó el yelmo con fuerza, y se puso en pie de un salto al tiempo que manoteaba en busca del escudo y el hacha—. ¡Goblins! —volvió a gritar.

Los atronadores enanos cargaron y prepararon sus armas. Y en cuestión de segundos ocuparon sitios junto al costado del vagón. Aunque Grunwald había sido incapaz de ver nada en la oscuridad exterior, estaba claro que los enanos tenían mejor vista, porque al cabo de segundos el aire quedó inundado por las ensordecedoras detonaciones de los disparos. El vagón se llenó de humo. Eldanair disparaba con su arco largo hacia las tinieblas, y Grunwald, acucillado para no quedar ante la celosía por la que aun entraban flechas, sacó su pesada ballesta.

Annaliese estaba junto a él, acucillada también para evitar las flechas, y en sus ojos había miedo.

—Quedaos agachada —le ordenó Grunwald. Entonces alzó la ballesta para apuntar entre los listones. Habían orientado los faroles hacia la oscuridad exterior, y ahora veía cómo la luz se reflejaba en cientos de ojos que había fuera. Y también oía a los seres, sus agudos chillidos y risas. Disparó una saeta hacia un punto situado entre dos de los brillantes reflejos, los cuales desaparecieron al instante.

Un silbato penetrante sonó a lo largo de la línea de vagones, y por las chimeneas de escape en forma de cabeza de dragón que había situadas en lo alto de cada uno, mano vapor caliente con un siseo. Los inclinados listones metálicos de la celosía que recorría el largo de los vagones comenzaron a cerrarse y el impacto de las flechas que se estrellaban contra el exterior resonó apagadamente en el interior. Se oyó el ruido de mecanismos y

pesados engranajes metálicos, y los costados de los vagones comenzaron a abrirse hacia fuera, como puentes levadizos mecánicos que bajaran.

Los enanos avanzaron hombro con hombro, trabando sus escudos unos con otros mientras las paredes del vagón descendían. Las flechas enemigas se estrellaban contra escudos y cascos y Grunwald se agacho detrás de la acorazada muralla de enanos y recargo la ballesta.

Eldanair se encontraba de pie sobre el banco que tenía al lado, y disparaba flechas hacia la oscuridad por encima de la cabeza de los enanos. Con rostro impasible se inclinó hacia un lado cuando una flecha voló hacia su cabeza, y disparó un proyectil de respuesta.

Las pesadas columnas estabilizadoras de los costados del vagón resonaron como el trueno al golpear el suelo, y con un estruendo de engranajes y un siseo de vapor los listones rotaron para alzarse de la posición cerrada y formar una ancha escalera que bajara hasta el suelo del túnel.

Se oyó una voz grave que bramaba un grito de guerra, y Grunwald vio que uno de los enanos sin armadura y con cresta de pelo rojo brillante peinado en forma de púas avanzaba y se abría paso a codazos a través de la muralla de escudos para situarse ante ella, solo y desafiante. Alzó el hacha muy por encima de la cabeza y rugió algo incoherente. Una flecha se clavó en la carne de la parte superior de uno de sus gruesos brazos poderosos, que atravesó para asomar unos buenos quince centímetros por el otro lado.

El matador la aferró con un carnoso puño y tiro para deslizar todo el largo de la flecha a través de la sangrante herida con los dientes apretados y sorbiendo a través de los dientes a causa del dolor, antes de arrojarla despectivamente al suelo. Con otro rugido, alzó el hacha y descendió como una tromba por la escalera de metal, para lanzarse pesadamente hacia el enemigo que ahora se dejaba ver al avanzar hasta la luz que proyectaban los faroles de la locomotora dirigidos hacia ellos.

Otro frenético guerrero de pelo rojo se lanzó hacia los enemigos que avanzaba lentamente, y cuando la línea de enanos bajó por la escalera para trabarse en combate con ellos, todos caminando pesadamente al unísono, Grunwald vio por primera vez con quién se enfrentaban.

Eran pequeños, más bajos que los enanos que marchaban hacia ellos, y su cuerpo de piel verde era débil y flaco, oculto casi del todo bajo ropones negros y una puntiaguda capucha. Avanzaban formando ante sí una verdadera muralla de lanzas con punta de flecha, y siseaban y chillaban a los enanos.

Grunwald se situó junto a los atronadores enanos que permanecían dentro del vagón y disparaban una barrera de fuego por encima de las cabezas de los compañeros que avanzaban. Docenas de goblins moradores de las profundidades eran hechos pedazos con cada andanada, pero sus cuerpos eran pisoteados con indiferencia por los otros que avanzaban. Tras llevarse al hombro la ballesta ya cargada, disparó. La saeta se clavó en la frente a un goblin que chillaba como loco, cuyo negro ropón estaba ribeteado con harapos amarillos cosidos, y que había estado blandiendo por encima de la cabeza una tibia de la que colgaban toda clase de dientes, pelos, y una cosa extrañamente parecida a una luna sonriente. El goblin cayó sin un sólo sonido, y se perdió en la sonriente multitud de goblins.

Los frenéticos enanos de pelo rojo llegaron a la línea enemiga y partieron las lanzas dirigidas hacia ellos con salvajes barridos de las hachas, antes de lanzarse al centro de la masa de enemigos, cortando y desgarrando. Sus armas trazaban arcos sangrientos en el aire, y mataron a docenas de enemigos antes de que los vencieran y cayeran de rodillas, con decenas de heridas sangrantes. Se perdieron de vista cuando los goblins de negro ropón se apiñaron en torno a ellos para estocarlos con espadas y alancearlos.

Un momento después, un goblin avanzó hasta la primera línea, con la cabeza cortada de un enano sujeta en alto por encima de sí. Se puso a gritar de modo incoherente y arrojó la cabeza hacia la línea de enanos. Al avanzar, uno de los goblins hizo rodar de una patada la ensangrentada cabeza por el suelo, y otros se apiñaron y empujaron entre sí para continuar el juego.

Grunwald oyó que un rugido de indignación se alzaba de las filas de los enanos, que avanzaron hacia los goblins con renovada determinación.

—¡Cuidado con las bestias! —rugió Thorrik, cuando las filas de goblins nocturnos que avanzaban ante ellos se separaron. Un grupo de poderosas criaturas, poco más que bocas abiertas sobre patas, tironeaban de los diminutos guardianes que apenas podían contenerlas y que intentaban

ejercer un cierto control sobre ellas mediante cadenas y varas puntiagudas. Mientras observaba, una de las criaturas se soltó de su amo, se volvió contra él y le arrancó un brazo de cuajo con un solo mordisco demoledor.

Las otras criaturas tenían los fríos ojos negros clavados en los enanos, y no necesitaban que las azuzaran. Los manipuladores las soltaron, y ellas se lanzaron hacia los enanos saltando por el suelo de piedra del túnel.

—¡Mantened la formación! —rugió una voz, mientras los guerreros enanos continuaban su implacable avance, caminando hombro con hombro, detrás de los escudos superpuestos que creaban una muralla de acero casi impenetrable.

Thorrik se encontraba en primera línea, y se concentró en una de las bestias que saltaba hacia él con las fauces abiertas y miles de dientes curvados y serrados a la vista. Poco más que una bola de músculo rojiza, la criatura era toda boca e iba lanzada hacia él a gran velocidad. Thorrik había luchado en muchas ocasiones contra estas bestias de guerra de los goblins, dentro de los túneles que guardaban él y sus parientes, y sabía que eran enemigos peligrosos.

No obstante, había averiguado una o dos cosas sobre ellas durante los años que llevaba en el oficio de rompehierros y cuando aquella se lanzó hacia él esperó hasta ver que los grandes iris negros de sus ojos se ocultaban bajo los párpados superiores, un momento antes del impacto. Entonces avanzó un paso con rapidez y estrelló la protuberancia central del escudo de gromril contra el rostro de la criatura, con lo que le destrozó los dientes y detuvo su avance. La sensación fue como estrellar el escudo contra la roca viva, y Thorrik tuvo que retroceder un paso. Su hacha silbo al hender el aire, y el enano clavó la hoja en la bulbosa cabeza del monstruo, al que mató al instante.

Otros no tenían tanta experiencia, y las rojizas criaturas cenaron las fauces sobre algunos escudos que arrancaron de las manos de los portadores con brutales sacudidas de cabeza, cercenando más de un brazo en el proceso al cerrarse violentamente.

Cuando los escudos fueron derribados, entraron volando las flechas, y varios enanos gimieron de dolor al hundirse los proyectiles en el cuello descubierto de unos o atravesar la malla que protegía el pecho de otros. Una



flecha impactó contra la frente de Thorrik, pero ningún arma goblin podía tener la más leve esperanza de atravesar el precioso gromril que lo protegía.

El enano de su izquierda luchaba con una de las bestias que le obligaba a bajar el escudo y agujereaba el metal con sus poderosas mandíbulas. Comenzó a manar sangre cuando los dientes se clavaron en el brazo que sujetaba el escudo por detrás mediante correas, y al saborear la sangre la criatura comenzó a sacudir la cabeza furiosamente de un lado a otro. Thorrik la hirió dos veces entre los ojos antes de que quedara laxa, pero ni siquiera al morir aflojó las mandíbulas. El enano, con los dientes apretados para soportar el dolor, le asestó tajos y más tajos hasta cortarla limpiamente en dos y poder sacar el brazo.

Al ver un borrón de movimiento en lo alto, Thorrik gritó una advertencia en el momento en que una de las bestias descendía desde arriba, con un goblin que chillaba aferrado a su espalda. Una flecha de blancas plumas lo hirió en el momento en que caía, pero se precipitó en medio de la línea de enanos y las fauces desmesuradamente abiertas envolvieron a un enano hasta las rodillas. La lluvia de golpes que cayó sobre la criatura le causó profundas heridas en los costados y mató al jinete, aunque el monstruo flexionó las fuertes patas y volvió a saltar al aire, con las piernas y las botas del enano asomándole de la boca.

Pero en ese momento chocaron las filas de enanos y goblins, y la matanza comenzó de verdad. Thorrik asestaba tajos a diestra y siniestra con el hacha, segando a los goblins como si fueran espigas de trigo, hendiendo la carne de las diminutas criaturas. Ellos lanzaban gruñidos de odio, con los afilados dientes desnudos y los ojos encendidos, mientras intentaban herirlo con lanzas por encima de sus escudos. Las puntas de las armas avanzaban hacia él y dieron en el blanco una docena de veces, pero ninguna de ellas logró atravesar la armadura.

Su hacha impactó contra uno de los escudos de madera de los goblins, partió la madera y destrozó el brazo que había detrás. Con el golpe de retorno clavó la hoja del hacha en el sonriente rostro del goblin cuya sangre lo salpicó al hundírsele el cráneo. Los enanos de ambos lados avanzaron con él, adentrándose en las masas de goblins y asestando tajos con sus armas. Se

veían ampliamente superados en número, pero los goblins caían en muchedumbre ante ellos.

Tras apoyarse los escudos contra los hombros, los enanos comenzaron a empujar físicamente a los goblins hacia atrás, avanzando al ritmo de un tambor metálico que comenzó a sonar. Con cada paso, los enanos plantaban un pie en el suelo y gruñían con voz grave, lo que creaba un profundo eco que recorría la caverna. Los goblins eran derribados por las armas y aplastados por las pesadas botas de los enanos que avanzaban.

Los enanos eran tan inexorables como la roca misma y los goblins eran aplastados y se mataban entre sí a pisotones en medio del apretujamiento de cuerpos. Thorrik también avanzaba, empujando con el escudo y el hombro. Descargó un pisotón sobre el cuello de un goblin, y continuó adelante, pasando por encima de los cuerpos de los muertos.

Estrujados entre los enanos que avanzaban y el peso de los otros goblins que tenían detrás, los enemigos fueron presas de pánico e intentaron huir. Pero no había adónde huir, y las hachas de los enanos subían y bajaban repetitivamente, matando y mutilando. Allí ya no se necesitaba destreza ninguna, era como cortar leña. Thorrik asestaba tajos sobre los aterrorizados, odiados goblins, con el hacha cubierta de sangre. La matanza era inmensa: centenares de cuerpos aplastados quedaban tras la línea de enanos que avanzaban.

Grunwald disparó una última saeta hacia las masas fugitivas, y bajo la ballesta del hombro. Las bajas de los enanos habían sido escasas, en aquel impresionante despliegue de fuerza y orden. Había sido soldado durante el tiempo suficiente como para saber que si la línea de enanos se hubiera roto, los goblins se habrían metido a través de la brecha y rodeado a los enanos. Y en ese caso su enorme superioridad numérica habría cambiado el curso de la batalla, y los enanos habrían muerto hasta el último en el caos resultante.

Pero los enanos no habían vacilado, y Grunwald estaba impresionado por su férrea resolución. Luchaban como uno sólo, y parecía que dentro de ellos no había ni un rastro de duda, ni un pensamiento de retirada, ni siquiera de la posibilidad de perder la lucha.

Parecían incapaces de tener miedo y el fracaso era algo que daba la impresión de ser inaceptable. Tuvo que admitir, aunque a regañadientes, que

se sentía más seguro al saber que estos inflexibles guerreros eran quienes protegían los pasos de montaña que daban acceso al Imperio, pero si un enemigo podía vencer a estos duros guerreros, el Imperio estaría condenado sin remedio.

Vio que Karl Heiden avanzaba hacia él, con la visera del yelmo alzada, y una sonrisa en los labios. Detrás de él marchaba un trío de caballeros. Llevaban la armadura salpicada de sangre, y las puntas rotas de varias flechas estaban clavadas en sus escudos.

El cazador de brujas saludó con un asentimiento de cabeza cuando el caballero ascendió por la escalera.

—No ha sido precisamente una gran pelea —comentó el caballero. Grunwald gruñó a modo de respuesta. «Podría haber ido mucho peor», pensó.

La mirada de Karl se desvió allende el cazador de brujas, hacia Annaliese, y le sonrió.

—¿Entonces, señora, habéis sobrevivido a la batalla? —dijo.

—Como vos mismo habéis dicho, no ha sido precisamente una gran pelea —replicó la muchacha, con la cabeza alta.

—Cierto, y me alegra ver que estáis ilesa —añadió él. Recorrió con los ojos la oscuridad de la caverna—. Esto es una verdadera maravilla de la ingeniería —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pensar que los enanos excavaron este túnel en la roca viva, de un lado a otro de las montañas... Es una hazaña asombrosa.

Grunwald gruñó. Los guerreros enanos estaban regresando a la máquina de vapor, mientras limpiaban la sangre de goblin de las hachas. Se oyó un penetrante silbato, y los guerreros comenzaron a subir por las escaleras para entrar otra vez en los vagones. Entre ellos no se oían cantos ni jactancias; los enanos se mostraban severos y austeros, incluso en la victoria.

—Hace que uno se pregunte qué detuvo a esta máquina —comentó Karl.

—Los malditos goblins provocaron un hundimiento más adelante —dijo Thorrik, mientras subía por la escalera al interior del vagón, con pesados pasos metálicos—. El Grimgrandel habría descarrilado si no se hubiera detenido. Los ingenieros están despejando el camino. —Sus palabras fueron

seguidas por el sonido de unas detonaciones, ruido hecho por los enanos que despejaban el paso.

—Tú y los de tu raza habéis luchado bien —dijo Annaliese, mirando al rompehierros. El enano soltó un bufido de réplica para quitar importancia al cumplido.

—Los goblins no saben pelear. Acomételos con fuerza, mata a un puñado, y el resto huirán —dijo, al tiempo que se encogía de hombros—. Está en su naturaleza. —El enano miró el arma que la muchacha sujetaba con ambas manos, y en sus ojos destelló la codicia.

—Ese que blandes es un buen martillo, moza —dijo.

—Es un arma sagrada de Sigmar —dijo ella, al tiempo que lo alzaba ante sí. Sus ojos brillaban de pasión y fervor, y un rubor se propagó por su rostro—. Temo ser indigna de ella.

—Desde luego que no —intervino Karl, con voz suave—. Sois una visión, señora. Como una guerrera de la antigüedad.

—Sois amable —replicó Annaliese, que bajó los ojos con recato. Aferró el martillo con más fuerza y sus ojos ascendieron para mirar los de Karl, que continuaba contemplándola fija y apreciativamente—. Muchos dirían que una mujer no tiene sitio en la guerra.

—Son necios —declaro Karl con seriedad—. Una mujer es capaz de desplegar una fuerza mucho mayor que cualquier hombre. Los hombres están cargados de agresividad incontrolada, de una necesidad de destruir, de imponerse sobre el territorio y los unos sobre los otros; las mujeres son creadoras y luchan por ideales más puros, para proteger lo que aman a sus hijos, su futuro, su hogar. Y en esa lucha, ellas son más fuertes que cualquier hombre porque tienen más que perder.

Thorrik bufó y dio media vuelta, y Karl le lanzó una mirada ceñuda al enano que se alejaba. Annaliese lo miraba con los ojos muy abiertos, así que él volvió la seria mirada otra vez hacia ella y continuó.

—La diosa de mi orden, Myrmidia, es sabia, fuerte y fiera. Sus enemigos temen su destreza en batalla, y sus amigos sienten reverenda ante su disciplina, su misericordia y su compasión. Es una inspiración, un ideal que ningún hombre puede aspirar a igualar.

El silbato volvió a sonar, y los motores de vapor sisearon. Karl inclinó la cabeza en una media reverencia dedicada a Annaliese, le hizo un gesto de asentimiento a Grunwald, y se alejó apresuradamente a través de la apretada muchedumbre de enanos, para reunirse con el trío de caballeros que aguardaba en el suelo del túnel.

Grunwald vio que los ojos de Annaliese seguían al apuesto caballero que conducía a sus camaradas hacia el vagón en que viajaban, y sacudió ligeramente la cabeza.

De válvulas y cilindros manó una explosión de vapor, y con un girar de engranajes y palancas, los costados del vagón comenzaron a cerrarse.

Al cabo de una hora, el Grimgrandel volvía a estar en movimiento, atravesando la oscuridad de debajo de las montañas, rodando ruidosa e inexorablemente hacia Karak-Kadrin.

## TRECE

El vagón se balanceaba de un lado a otro al continuar su camino a través de la oscuridad. Annaliese jugaba sin darse cuenta con el símbolo de Sigmar que le rodeaba el cuello, mientras se mordía el labio inferior. Tenía la mirada perdida en el costado del vagón, y la mente llena de dudas.

—Estáis preocupada —dijo una voz grave que la hizo sobresaltar. Al volverse vio que el cazador de brujas sigmarita, Udo, la miraba fijamente. Tenía ojos oscuros, y su expresión era seria. Ella le sonrió levemente.

—Lo lamento, estaba a kilómetros de distancia. ¿Qué habéis dicho?

—He dicho que estáis preocupada —repitió él, con mirada intensa en los oscuros ojos—. ¿En qué estáis pensando?

Annaliese suspiró.

—Hace una semana, cuando desperté en el templo, sentí que mi propósito estaba claro. La visión que tuve era muy poderosa. Pero ¿ahora? Dudo de mí misma. ¿Qué propósito podía tener Sigmar para mí? No soy un guerrero, no sé nada de batalla real. No sé... no sé qué bien puedo hacer.

El cazador de brujas frunció el ceño. Él sí que tenía aspecto de guerrero, pensó Annaliese. Grande, fuerte, brutal. Con cicatrices.

—Describidme vuestra visión.

—Vi un grifo..., poderoso, majestuoso y peligroso. Era acosado por todas partes por enemigos, salvajes hombres morenos ataviados con pieles y metal negro. El grifo los destrozaba y hería, y acababa con ellos... y ellos no podían tocarlo. Las espadas rebotaban sobre su cuerpo, y las hachas se desafilaban contra su pellejo. Pero entonces la orgullosa bestia se prendió fuego su pelaje y sus plumas se encendieron y sus alas fueron envueltas por

las llamas. Gritaba de dolor. —Annaliese se estremeció al recordarlo. Podía percibir el hedor a pluma quemada, oír los alaridos de dolor de la criatura que le desgarraban el corazón—. Entonces, las armas de los enemigos podían herirla, así que clavaron lanzas, alabardas y espadas en el cuerpo del grifo. Cayó bajo la negra marea que lo rodeaba y lanzó un alarido.

»Yo avancé corriendo y el mar de enemigos se abrió ante mí. Fui rodeada por una luz cegadora, y los enemigos retrocedieron ante mí y me dejaron libre el camino. Me arrodillé junto a la criatura agonizante. Tome su pesada cabeza entre los brazos y la mire a los penetrantes ojos fijos. Las llamas se apagaron y el grifo se hizo más fuerte. Se levanto, con todas las heridas curadas, y los enemigos huyeron ante él.

Annaliese se estremeció, y alzó los ojos hacia Grunwald para mirarlo con el ceño fruncido.

—No, no puedo recordar el resto. Se desvanece con cada día que pasa. Pero sé que tengo que encontrar el grifo, y sé que está en el norte. Hace una semana sabía que ese era mi destino pero ahora dudo de mi misma si no fue más que un sueño sin significado que me provocaron las heridas. ¿Y si estoy yendo hacia el norte solo para encontrar muerte, destrucción y guerra? ¿Qué bien puedo hacer? No soy más que una muchacha. No puedo cambiar nada.

El cazador de brujas guardó silencio, con expresión pensativa.

—No sé si fue una visión que os envió Sigmar o no —dijo, al fin—, pero una sola persona puede marcar la diferencia. El propio Sigmar era un solo hombre, y sin embargo unió a las tribus dispersas y desafió al enemigo. Magnus el Piadoso era un solo hombre y no obstante, eso desafió al Caos en Praag. El Emperador mismo es un sólo hombre, y mantiene unido el Imperio.

Annaliese soltó una risa fría.

—Esos son los grandes y poderosos cazador de brujas. Son individuos, si, pero no individuos como yo.

—No siempre fueron grandes y poderosos. Cada uno de ellos nació como un bebé indefenso, llorando y mamando de su madre; fueron sus acciones las que los hicieron grandes y poderosos. Las acciones de un sólo hombre, o de una sola mujer, aun podrían decidir el destino de todos nosotros.

—Perdonadme, cazador de brujas, pero no logro ver cómo las acciones de una simple muchacha de diecisiete primaveras podrían afectar al resultado de la guerra.

—Lo diré de otro modo —dijo Grunwald—. Las batallas se ganan y pierden por la decisión de un sólo hombre. A menudo son las decisiones de los llamados «grandes y poderosos»: generales, comandantes y condes electores. Pero con más frecuencia es la decisión del soldado medio la que determina el resultado de la batalla. Un individuo decide resistir y luchar. Otros se sienten inspirados por su resolución, o la vergüenza los mueve a no huir cuando ese hombre resiste, desafiante. Así pues, el ejército resiste. Al otro lado, entre los enemigos, un sólo individuo escoge la huida. Lo dominan sus miedos —está pensando en su esposa, su hijo, su amante o su fortuna—, y no quiere morir, así que huye. Otros lo ven huir y los invade la duda. ¿Acaso han llamado a la retirada y ellos no lo han oído? ¿Ese soldado sabía algo que ellos ignoran? La decisión de huida de ese único soldado ha condenado a todo el ejército. Otros dan media vuelta y huyen con él; y si todos están huyendo, ¿qué sentido tiene resistir en solitario o pensar en la pérdida del honor por escapar también? Ninguno. Así pues, el día está perdido. Ese primer hombre que huye es como una sola roca que cae por la ladera de la montaña; al cabo de poco se le unen otras, hasta que al final se produce una avalancha imparable. Pero si ese primer hombre se hubiera contenido, si esa primera roca no hubiera caído, ¿habrían salido victoriosos? ¿Se habría derrumbado igualmente la ladera de la montaña? Tal vez, tal vez no. —El cazador de brujas se encogió de hombros.

—Habláis como un orador —dijo Annaliese.

—¡Ja! —Se mofó Grunwald—. Ni remotamente. Es un discurso que oí una vez, cuando era soldado, y lo repito en una versión mucho más pobre que la original. Pero de todas maneras es verdad. Un hombre que decide resistir contra el enemigo, un hombre que escoge huir... esa es la diferencia entre la victoria y la derrota. Los buenos comandantes lo saben; se aseguran de que haya repartidos por las filas fuertes guerreros heroicos que resistirán, desafiante, y que avergonzarán o inspirarán a los otros soldados para que hagan lo mismo.

—Mi padre solía decir algo similar —comentó Annaliese.



—Entonces era un hombre sabio —replicó Grunwald. La miró fijamente durante un momento, y ella sintió que la recorría un escalofrío. Tenía ojos de mirada intensa, y en ellos había violencia. Sin embargo, era un templario de Sigmar.

—Me siento honrada porque me acompañéis —dijo—. Aunque es un misterio para mí el porqué de que me acompañéis.

El vagón se sacudió y los ronquidos de Thorrik se interrumpieron. Grunwald vio que los ojos del elfo se desplazaban velozmente hacia el enano dormido, con expresión inescrutable en el rostro. Thorrik comenzó a roncar otra vez un momento más tarde.

—Sois... poco corriente —dijo Grunwald, escogiendo las palabras con cuidado—. El joven acólito del templo dijo que había visto un aura a vuestro alrededor cuando conseguiste ese martillo que tenéis, no sabemos cómo... un martillo que hacía siglos que se decía que estaba perdido. Y se afirma que curasteis con vuestras manos al niño que llevasteis al templo. Esas afirmaciones son poco frecuentes, y requieren una investigación.

—Yo nunca he dicho que había curado a Tomás —se apresuró a aclarar Annaliese—. Y no hubo nada místico en el modo en que recogí el martillo. Simplemente estaba allí, y era necesario hacer frente a unos enemigos.

—Supongo que os dais cuenta de que no había ningún nicho mortuario en el sitio del que decís haber recogido el martillo —replicó Grunwald, con voz suave.

—¿Qué? —preguntó Annaliese, alarmada. Al oír el tono de la voz, Eldanair miró a la muchacha y luego a Grunwald, con expresión fría—. No es posible.

—No importa —dijo Grunwald—. ¿Y el niño? Decís que lo curasteis; ¿cómo lograsteis algo semejante sin tener formación para ello?

—Nunca he dicho que lo haya curado. Pensé que había sufrido una herida mortal, pero cuando lo tomé en brazos me di cuenta de que no era así.

—Eso decís vos.

Annaliese sonrió con tristeza.

—¿Pensáis que soy una bruja, Grunwald?

—Si pensara eso, ya os habrían quemado viva en la hoguera —replicó él—. Lleváis el símbolo de Sigmar en torno al cuello y blandís un arma de un sacerdote muerto hace mucho tiempo. Sin embargo, no habéis recibido ni la más mínima formación religiosa; a la iglesia le interesa que os acompañe un miembro del templo para instruiros, guiaros y protegeros en caso de que vuestros... talentos sean auténticos.

Annaliese miró fijamente a los ojos al cazador de brujas.

—Yo nunca he afirmado ser nada, cazador de brujas.

Grunwald sonrió, cosa que en todo caso hizo que pareciera más peligroso.

—Y yo no estoy afirmando que seáis nada, Annaliese. Pensad en mí sólo como... alguien que os cuida. Que os ayuda a tomar las mejores decisiones. En el nombre de Sigmar, por supuesto.

Ella percibió la amenaza contenida en las palabras, pero se sintió repentinamente serena. Sonrió. A pesar de todas sus palabras y su oficio, sintió que Udo Grunwald tenía poca malicia.

—Me caéis bien, cazador de brujas —dijo, tan sorprendida por la veracidad de sus propias palabras como lo estaba él, a juzgar por la expresión que afloró a su rostro.

—¿Por qué? —fue la simple pregunta de él, que la miraba como si estuviera loca.

—Creo que sé el terreno que piso, con vos —replicó ella—. Y eso ya es algo.

El vagón se detuvo pesadamente en medio de explosivos escapes de vapor y rechinos metálicos.

—¿Qué es esto? —gruñó Grunwald, a quien despertó la repentina ausencia de vibraciones.

—Estamos en Karak-Kadrin —replicó Thorrik, austero.

Grunwald miró por entre los listones de la pared del vagón; en el exterior aún reinaba la oscuridad y por un momento se preguntó si habría caído la noche; bajo tierra, había perdido completamente la noción del tiempo.

—¿Es de noche? —preguntó, dando voz a sus pensamientos. El enano bufó.

—Humanos —se mofó—. Es casi media tarde. Aún estamos en el subsuelo; el último trecho hasta la Fortaleza Kadrin lo recorreremos a pie. No veremos la superficie hasta que no salgamos de Kadrin.

—¿Salgamos?

—Sí, salgamos. Yo entregaré esto —dijo, dando unos golpecitos al objeto envuelto en cuero aceitado que apenas se había separado de su lado durante todo el viaje—, y luego me pondré en camino para reunirme con mi clan, en el estado de Ostermark.

\* \* \*

—¿Qué es eso que lleva tan oculto, envuelto en cuero? —preguntó Annaliese, más tarde, mientras bajaban por los escalones de metal para alejarse de la máquina de vapor del Grimgrandel, que siseaba.

—No lo sé a ciencia cierta —replicó Grunwald—. Dice que es una reliquia familiar de alguien. Algo que está obligado a entregar por juramento —miró a la muchacha. Su rostro estaba luminoso, y parecía descansada y curiosa respecto a lo que sucedía a su alrededor. La resistencia de la juventud, pensó. Él estaba dolorido, cansado, irritable—. Parece que los enanos se toman particularmente en serio los juramentos.

—Tal vez se trate de alguna reliquia mágica de la antigüedad —dijo Annaliese, con los ojos gris azulado encendidos, cosa que la había parecer aún más joven de lo que era.

—Tal vez —dijo el cazador de brujas, evasivo.

Esperaron a Karl y sus treinta caballeros mientras bajaban del vagón a los caballos de guerra que resoplaban. El joven preceptor les dedicó una ancha sonrisa al acercarse a ellos. Su enorme corcel medía veinte palmos menores hasta la cruz, un pura sangre de Averland. Tenía los ojos desorbitados y las orejas echadas hacia atrás; se trataba de una bestia pero estaba claro que no le gustaba el siseo antinatural del tren de ni el hecho de estar bajo tierra.

—Bueno, el viaje ha sido más corto, si bien más incómodo, que si lo hubiéramos realizado a lomo de caballo. ¡Más de ochocientos kilómetros! Habríamos tardado semanas..., pero así sólo hemos tardado... ¿qué? ¿Tres días? Es una auténtica maravilla, esta máquina de vapor. ¡Imaginad si esto se construyera a todo lo largo y ancho del Viejo Mundo! Podríamos transportar a nuestros soldados desde Altdorf a Kislev en cuestión de días. Incluso más rápido que por barco.

—Todos los cofres de vuestro Emperador se vaciarían mil veces para financiar una empresa semejante —gruñó Thorrik, que se había vuelto a mirarlos para meterles prisa—. Pero, vamos, basta de charlas tontas. Debemos apresurarnos. Hay muy malas noticias: la fortaleza está asediada. Se lucha en el paso del Pico.

El paso del Pico era uno de los únicos dos caminos que atravesaban las gigantescas montañas que formaban la casi impenetrable frontera oriental del Imperio. A más de ochocientos kilómetros al sur se encontraba el paso del Fuego Negro. La otra ruta que atravesaba de lado a lado las Montañas del Fin del Mundo estaba a casi mil kilómetros más al norte, en las tierras más altas de los inhóspitos territorios de Kislev, los vecinos septentrionales del Imperio. Allí estaba el Paso Alto, a través del cual habían entrado las fuerzas del Caos durante la titánica Gran Guerra, acaecida doscientos cincuenta años antes.

Estos tres pasos eran las claves de la defensa del Imperio. Era el mensaje que se les transmitía con insistencia a los aspirantes a comandante militar y a sus subordinados. Estos pasos significaban la vida o la muerte, y si caían, también lo haría el Imperio.

Pero incluso si uno sólo de los pasos caía en poder del enemigo, eso anunciaría el desastre. El Imperio había sido casi destruido durante la Gran Guerra, y en esa ocasión se habían mantenido firmes tanto el paso del Fuego Negro como el paso del Pico; las hordas del Caos sedientas de sangre habían entrado a través de Paso Alto y tomado Praag septentrional, para luego extenderse hacia el sur.

Si caían dos de esos pasos o, Sigmar no lo quisiera, los tres, no podría haber esperanza para el Imperio de los hombres. Los pensamientos de

Grunwald eran sombríos mientras marchaba por el cavernoso camino subterráneo de los enanos que conducía al interior de Fortaleza Kadrin.

Era una maravilla de antigua ingeniería de enanos, y Thorrik señaló los detalles de la inmensa construcción con orgullo en la voz. El camino estaba alumbrado por miles de antorchas y faroles de aceite, y arcos descomunales se alzaban a decenas de metros por encima de ellos. La escala de todo aquello escapaba a la comprensión; de hecho, el edificio más alto de todas las grandes ciudades del Imperio, incluida Altdorf, cabría perfectamente dentro de las arcadas, con decenas de metros de sobra por encima del parapeto más alto.

Desde lo alto los miraban ceñudamente testas barbudas con cascos astados, cabezas tótem que se alzaban hasta tanta altura como la torre de un castillo. Debajo de los arqueados bigotes trenzados se abrían bocas lo bastante grandes como para que diez carros pasaran uno junto a otro. Columnas perfectamente cuadradas, fácilmente de treinta metros de lado cada una, se perdían en la oscuridad de lo alto. En sus costados había tallados balcones y plataformas que delataban el hecho de que estaban cribadas de habitaciones y cámaras de piedra.

Pasaron por debajo de arqueados puentes, vastos pasadizos que conducían a otras zonas de la fortaleza. Por todas partes había titánicas estatuas y columnas, todas intrincadamente talladas con espirales y líneas onduladas que formaban representaciones de batallas, guerreros y dioses enanos ancestrales.

La desmesurada escala del lugar dejó pasmado a Grunwald, y Annaliese lo miraba todo con la boca abierta de asombro y reverencia. Thorrik parecía complacido ante sus reacciones. Durante más de un kilómetro y medio avanzaron por el camino subterráneo hacia una gigantesca estatua que se encumbraba por encima de ellos mucho más arriba que nada que hubieran visto hasta ese momento. Ocupaba todo el espacio abovedado de más de cien metros de alto por más de cien metros de ancho, y era la representación de un feroz guerrero enano cuyos ojos quedaban ocultos en sombras. De la cara le colgaban trenzas de piedra que se enroscaban sobre sí mismas y llegaban al suelo, y allí se extendían ante la espléndida estatua para formar altas murallas que se alzaban a muchas decenas de metros. El enano de

piedra parecía aumentar de tamaño a medida que se acercaban, ascender más y más por el aire. De hecho, daba la impresión de que el abovedado techo de lo alto se apoyaba en los hombros de este poderoso rey; que este llevara sobre sí el peso de la mismísima Fortaleza Kadrin.

Las piernas y el pecho de la estatua estaban fuertemente acorazados con placas superpuestas de armadura con runas inscritas, aunque los musculosos brazos aparecían desnudos salvo por los avambrazos, y por los brazaletes en forma de dragón que se enroscaban en torno a la parte superior. La piedra que había sido tallada para dar forma a esta armadura tenía vetas de oro, de modo que la estatua destellaba y brillaba a la luz de las antorchas. Sobre los hombros llevaba una capa de escamas de dragón y pieles.

En una mano el coloso tenía un casco de piedra. Desde él se extendían gigantescas alas escamosas, también de piedra, que se fundían con el techo, situado a casi trescientos metros de altura, donde formaban columnas y soportes. La parte frontal del casco estaba tallada en forma de cara de dragón rugiente. Las fauces abiertas del dragón enmarcaban la cara del guerrero, y de las encías del monstruo sobresalían docenas de afilados dientes tallados en una piedra del más puro blanco. Con la otra angulosa mano de gruesos dedos el rey sujetaba un martillo de proporciones gigantescas que tenía grabadas runas de enano, bajas y anchas, que estaban iluminadas desde dentro con luz anaranjada. Unas runas similares relumbraban en el casco del guerrero, como si en su interior ardiera la furia de un horno.

Decenas de guerreros enanos inclinaban la cabeza y pasaban las manos por los gigantescos mechones de cabello que formaban las trenzas que llegaban al suelo, y entonaban juramentos y sagradas frases de saludo o alabanza. El pasadizo continuaba por debajo de esta colosal estatua. Grunwald vio que los enanos que pasaban por debajo se golpeaban el pecho con un puño, a la altura del corazón, y comenzaban a salmodiar mientras caminaban, una profunda salmodia gutural y lúgubre.

—Contemplad al poderoso Grimnir, dios ancestro de la valentía y las grandes hazañas —dijo Thorrik, con voz solemne y reverente—. Karak Kadrin protege el santuario de Grimnir. Es un lugar de gran reverencia, y

miles de enanos acuden cada año desde sus fortalezas hasta aquí para rendir homenaje al dios ancestro.

—¿Cómo es que esas runas brillan con luz? —preguntó Annaliese, con voz cargada de asombro—. ¿Es magia?

—¿Magia? ¡Puaj! —bufó Thorrik—. Los dawí, o enanos, como nos conocéis vosotros, no damos a la magia ningún uso en el sentido en que lo dices tú. No, es algo más mundano, aunque no menos impresionante por ello. Los canteros más diestros de Karak-Kadrin las tallaron, y la piedra de esas runas de valentía, reinado y batalla son tan finas como el pergamino. Detrás de ellas hay un fuego que jamás se apagará mientras sigan existiendo los dawí, y es la luz de esas llamas la que ves a través de la piedra.

Annaliese alzó las cejas, claramente impresionada.

—Piedra tan fina como pergamino... Seguro que se rompería...

Thorrik rio entre dientes.

—Sí, moza, si la tallaran las manos de cualquiera que no fuese un enano, se rompería. Nadie, en todo el mundo, puede equiparar la destreza artesana de un enano.

—Eso puedo creerlo al contemplar esto —replicó Annaliese, con voz queda.

—Para ser una gente tan baja, ciertamente hacéis construcciones altas —comentó Karl—. Casi como si quisierais compensar vuestra deficiencia de estatura.

Grunwald sonrió involuntariamente, pero se quedó asombrado ante la falta de tacto del caballero por atreverse a decir algo semejante, aunque justificado, en presencia de Thorrik y otros enanos, y ante una estatua tan pasmosa de uno de sus grandiosos dioses. Estaba claro que el caballero tenía poca experiencia con los enanos.

Thorrik se volvió como una furia hacia el caballero, con los ojos encendidos de indignación. Karl se vio obligado a detenerse, y el gigantesco corcel al que llevaba de la rienda resopló y pateó el suelo. Aunque el preceptor era enorme en comparación con el enano que apenas le llegaba al pecho, Annaliese y Grunwald inspiraron apenas y retrocedieron un paso ante la humeante furia que amenazaba con dominar al guerrero.

—Vuelve a hacer una observación como esa, barbanueva, y juro ante Grimnir que te cortaré las piernas para que mires el mundo desde la misma altura que yo —gruñó el rompehierros, mientras cerraba una mano amenazadoramente en torno al mango del hacha.

Varios de los caballeros de Karl fruncieron el ceño y sus manos se desplazaron hacia las espadas, pero Karl alzó una mano para detenerlos. Sus ojos aún destellaban de humor, pero su rostro estaba serio.

—Os pido disculpas, a vos y a vuestro dios, valiente guerrero. No pretendía faltáros al respeto. Este lugar es... algo que escapa a las palabras; y temo haberme dejado llevar por la boca. Mis más sinceras disculpas una vez más, Thorrik Lokrison —dijo con seriedad.

Thorrik gruñó complacido por las palabras del humano, pero con la cara aún ardiente de cólera. Luego se aclaró la garganta.

—Kadrin no es lugar para lo que entre vosotros, los humanos, pasa por sentido del humor. Os lo advierto ahora, una vez. Con que sólo tengáis un pensamiento tan irrespetuoso, el Rey Matador os hará destripar y dejar en la falda de la montaña para que las cornejas os picoteen. Kadrin no es lugar para la frivolidad y será mejor que lo recordéis.

Con una última mirada encendida, Thorrik dio media vuelta y continuo conduciéndolos por el amplio pasadizo. Cuando Grunwald vio que Karl lo miraba, sacudió la cabeza con incredulidad, y el preceptor le respondió con un rápido encogimiento de hombros y una expresión burlonamente agraviada en el rostro.

—Sois un idiota —dijo Grunwald en voz baja, antes de dar media vuelta para seguir a Thorrik.

—No sabía que iba a mostrarse tan susceptible —comento Karl, para sí.

Annaliese negó ligeramente con la cabeza y alzó las cejas con gesto de reproche, pero en sus labios había un rastro de sonrisa. Le dio unas palmaditas a Karl en el acorazado hombro al pasar.

El caballero observó a la muchacha que se alejaba de él, y cuyo rubio cabello corto parecía brillar con luz propia. Al principio se había sentido decepcionado al ver que ella se había cortado el largo pelo ondulado, pero debía admitir que aquel estilo más corto le gustaba cada vez más dejaba ver mejor su cara y la hacía parecer un poco mayor. Sus ojos se demoraron en la



esbelta figura de la joven el balanceo de las caderas bajo el ropon y la cota de malla que llegaban casi hasta el suelo.

Silbó suavemente por entre los dientes, y negó con la cabeza para sí. A continuación echo a andar ante sus treinta caballeros del Sol Ardiente, pasaron por debajo de la estatua de Grimnir y entraron en la descomunal Fortaleza Kadrin, cercada por el enemigo.

## CATORCE

Hacía ya cinco días que estaban inmovilizados dentro de la fortaleza, mientras los enemigos atacaban día y noche, y la paciencia de Grunwald estaba a punto de agotarse.

—No deberíamos haber venido en esa maldita máquina de vapor —gruñó Karl—. A estas alturas ya podría estar a más de medio camino de Ostermark. Pero aquí estamos, atrapados como ratones en esta maldita fortaleza de enanos, sin la más mínima posibilidad de salir.

—Pensaba que os había gustado el viaje —observó Grunwald. Karl lo miró con el ceño fruncido.

—Me han ordenado ir a reforzar las filas de mi orden en Bechafen. Están muriendo allí por luchar contra las malditas fuerzas del Caos, y aquí estamos nosotros, encerrados dentro de un castillo, en territorio extranjero.

—¡Sí, ya lo sé, Karl! En los últimos tres días no habéis permitido que ninguno de nosotros lo olvide.

—Estoy harto de veros, cazador de brujas, pero la verdad es que no tengo manera de evitarlo.

Grunwald se puso de pie, con expresión sombría en el rostro. Karl permaneció sentado, con expresión amarga y resentida.

—¿Qué estáis haciendo aquí, en cualquier caso, Grunwald? —Le espetó Karl—. ¿Siguiendo a la muchacha por ahí como un necio enfermo de amor? Y una mierda le estáis proporcionando la guía de Sigmar. No es realmente un cometido apropiado para un cazador de brujas, ¿verdad? No puede decirse que sea una bruja malvada. ¿De qué se trata? ¿Queréis acostaros con la muchacha, o algo parecido?

Un puño de Grunwald se estrelló contra una mejilla de Karl y lo derribó del barril sobre el que estaba sentado. El caballero se levantó precipitadamente, con expresión colérica en el rostro.

—¿Qué? Es eso, ¿no? He dado en el blanco, ¿verdad? —le espetó—. Sois lo bastante mayor como para ser su padre, y lo bastante feo como para espantar a una doncella enana. ¿Pensáis que ella soñaría siquiera con yacer con alguien como vos?

—¡Silencio! No tengo esas intenciones ni me hago ilusiones semejantes. No siento en absoluto ese interés por la muchacha.

Grunwald miró ceñudamente al caballero durante un momento, antes de volver a sentarse mientras se frotaba los doloridos nudillos. El caballero continuó de pie, echando fuego por los ojos.

—No estoy intentando seducir a la muchacha —dijo el cazador de brujas, y suspiro—. Estuve casado hace tiempo, ¿sabéis? Con una muchacha hermosa, de la más dulce naturaleza que un hombre pueda soñar siquiera —soltó un bufido—. Nunca supe qué había visto en mí.

—¿Qué le sucedió? —quiso saber Karl, que continuaba de pie.

—Murió de parto. El bebé también murió. Era una niña. Ahora habría tenido la edad de Annaliese, más o menos.

—Ah —dijo Karl y se sentó mientras se frotaba la mejilla que le había golpeado el cazador de brujas.

—No se trata de eso —dijo Grunwald.

—¿De qué eso?

—Se lo que estáis pensando. Que yo perdí a mi esposa y a mi hija y que Annaliese ha perdido a sus padres. Vos pensáis que quiero adoptarla una hija adoptiva para reemplazar a la que perdí.

Karl frunció el ceño.

—Podría ser peor.

—Tal vez.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Karl, cuya voz se endureció una vez más, y sus ojos se entrecerraron—. ¿Qué estáis haciendo realmente aquí, Udo?

—Vigilando a la muchacha. Asegurándome de que no sea un peligro. Para el Imperio..., para sí misma.

—¿Peligro? —Karl soltó un bufido de mofa—. ¿Qué peligro podría ser? ¿Pensáis que es, qué... una hereje? Los templarios de Sigmar veis demasiadas cosas donde no hay nada. —Su voz estaba cargada de desprecio.

—No —dijo Grunwald, con convicción—, yo no, pero eso no significa que no pueda ser peligrosa.

—Explicaos.

Grunwald suspiró.

—La muchacha tuvo una visión. Cierta o no, no me importa, pero otros la creyeron. El templo de Sigmar se encuentra en una situación delicada: o bien la rechaza y se arriesga a causar disenso en un momento en el que es necesaria la unidad, o acepta sus afirmaciones y permite que vaya al norte para cumplir con el contenido de la visión.

—No logro ver qué peligro hay en eso...

—Pensadlo, hombre. ¿Cuál es el propósito de los devotos de Sigmar? ¿De sus sacerdotes guerreros? Deben inspirar fuerza, unidad, resistencia y valentía en la soldadesca. Un hombre que tal vez huiría, no lo hará en presencia de su dios guerrero; será un acto de cobardía vergonzosa. Así, los sacerdotes de nuestra orden reciben formación desde la infancia para asegurar que no huirán ante el enemigo, para convertirlos en guerreros duros, capaces y temibles.

—Entiendo... es similar en el caso de Myrmidia, en los reinos que se encuentran al sur del Imperio. Pero ¿qué relación tiene eso con Annaliese? Ella no es un sacerdote guerrero.

—No, no lo es, pero precisamente se trata de eso. La iglesia no permite que el ciudadano medio del Imperio empuñe las armas de un sacerdote ni transmita la palabra de Sigmar.

Karl se echó hacia atrás; comenzaba a entender.

—Ya veo. Así que ella es un caso especial... los soldados no la considerarán en nada diferente a cualquier otro sacerdote... de hecho, probablemente, será el foco de más atención, sobre todo al ser una mujer. Ante una mujer como representante de su dios, es todavía menos probable que un hombre huya a causa del pánico. Eso sería realmente vergonzoso. Así que estáis aquí para garantizar que no haga nada que debilite la resolución de los soldados, que ella misma no se arredre ante el peligro.

—Algo así —asintió Grunwald. Aún no estaba convencido de la pureza de la joven, pero permitir que el caballero supiera eso sería una absoluta estupidez.

—Parece un cometido extraño para dároslo a vos —observó Karl—. Sin duda, se aprovecharían mejor vuestros talentos en el descubrimiento de nigromantes y adoradores del Caos.

—Sí —dijo Grunwald—. Pero no estoy aquí por propia elección... Es una tarea que me han ordenado llevar a cabo.

Karl permaneció sentado y frotándose pensativamente la mejilla durante un momento.

—Si una mujer sacerdote sería una mayor fuente de inspiración para los soldados que un hombre, ¿por qué la iglesia de Sigmar no fomenta el ingreso de más mujeres en el sacerdocio? No recuerdo haber visto ni una sola.

—Existe una muy buena razón para no hacerlo —replicó Grunwald—. Porque en el pasado han sido perseguidas por los cazadores de brujas como yo, y quemadas como herejes y brujas.

Karl quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hace cientos de años, hubo una orden de mujeres sacerdotes. Pero Sigmar destruyó la ciudad que albergaba su templo, la arrasó con un cometa llameante que cayó de los cielos. Se cree que la existencia de esas sacerdotisas lo encolerizó. En la iglesia se teme que si se permite que las mujeres ingresen en el sacerdocio, se provocará otra vez la cólera de Sigmar.

—Entonces, ¿por qué permitir que Annaliese siga con vida, vestida con los atavíos de un sacerdote?

—¿Por qué, en efecto? —dijo Grunwald, sombrío. Pensó en las últimas palabras del general cazador de brujas antes de que saliera del templo del paso del Fuego Negro.

«Lo mejor, Grunwald, sería que la muchacha sufriera un accidente. En alguna parte del camino, lejos de ojos curiosos. Se la olvidaría, y la iglesia continuaría como siempre».

Grunwald había asentido con la cabeza, incómodo con ese cometido que no parecía ni remotamente noble, pero con fe en su superior. Ahora ya no estaba tan seguro.



La Fortaleza Kadrin, a la que Thorrik se refería a menudo como la Fortaleza del Matador, era un baluarte espléndido y poderoso, el tipo de estructura que a Grunwald le parecía imposible de destruir. Habría sido más fácil, pensó, destruir las propias montañas. De hecho, la fortaleza era más montaña que edificación, o, más correctamente, era ambas cosas.

Excavada en la roca viva de los escarpados picos, la fortaleza se alzaba en lo alto del valle Kadrin, justo al sur del propio paso del Pico. Los pasadizos y salones de la fortaleza subterránea cribaban la montaña. Con sus innumerables vastos salones, la fortaleza era más grande que cualquier ciudad del Imperio. Penetraba profundamente en la tierra y ascendía hasta el punto más alto del pico.

Era una ciudad inmensa situada bajo la superficie, y contenía todos los componentes necesarios. En ella moraban miles y más miles de enanos, divididos en sus varios clanes, y había vastas áreas dedicadas a la fermentación de cerveza, las herrerías, los almacenes, los salones de comida y bebida, las barracas, las obras de minería, las bibliotecas de saber antiguo, y cualquier otra cosa que la fortaleza pudiera necesitar para su subsistencia. El cazador de brujas se dio cuenta de que los enanos que se criaban dentro de la fortaleza no tenían necesidad de poner nunca los pies en el exterior, ni necesitaban mirar nunca los grises cielos de lo alto ni sentir el cortante viento en la falda de la montaña.

No llegó a conocer más que una diminuta fracción de la fortaleza y, sin embargo, quedó anonadado ante su escala y majestuosidad, y al ver el extremo cuidado que los enanos ponían en sus obras, dondequiera que las ejecutaran. Hasta el pasadizo más pequeño y menos transitado mostraba intrincadas tallas de nudos en los costados, sonrientes rostros de ancestros que sobresalían de los muros, y runas primorosamente cinceladas en torno a los arcos formeros de lo alto.

Y tampoco era un lugar oscuro, como él había esperado. La fortaleza estaba inundada de luz, aunque invariablemente había muchas áreas de

amenazadoras sombras. Faroles y gruesas velas grasientas ardían a todas horas del día. Ingeniosas lámparas alimentadas por potente alcohol bombeado a través de intrincadas redes de tubos y válvulas que aseguraban que nunca se apagaran. En los salones más grandes había gigantescas ruedas de acero huecas colgadas de gruesas cadenas, cuya circunferencia estaba acribillada de agujeros por los cuales salían lenguas de llama que alumbraban la zona.

Los sonidos y olores de industria inundaban todas las vastas salas de la fortaleza, y el batir de los martillos, el mecánico girar de vastos engranajes y ruedas dentadas, el siseo del escape de vapor a presión, todo esto formaba un constante estruendo de ruido productivo. Grunwald había visto las forjas de Karak-Kadrin, y había quedado pasmado ante su escala. Martillos gigantes del tamaño de la torre de un castillo golpeaban enormes hojas de metal al rojo, movidos por pistones y calderas que siseaban, y miles de sudorosos herreros trabajaban incansablemente durante todo el día y toda la noche para proporcionarle armaduras al ejército del Rey Matador.

—Es una historia trágica —le dijo Thorrik a Annaliese, cuando ella preguntó por el extraño título del monarca de Karak-Kadrin—. Hace generaciones, un poderoso rey, Baragor el Orgullosa, sufrió una terrible pérdida que lo impulsó a hacer el juramento del matador: sólo con su muerte limpiaría su vergüenza. Pero el rey se enfrentó con un terrible dilema, porque si iba en busca de su muerte como debe hacer un matador, faltaría a su juramento de rey, el juramento de gobernar y proteger la fortaleza, y hacer algo semejante sería un deshonor mucho peor que la muerte. Era un dilema imposible que lo atormentó hasta el día de su muerte, y que, de hecho, continúa atormentando a su linaje, y no dejará de hacerlo hasta que llegue el día del ajuste de cuentas, cuando Grimnir vuelva con nosotros.

—¿Qué hizo? —preguntó Annaliese, con los ojos muy abiertos. Grunwald y Karl se inclinaron hacia delante para escuchar las palabras cargadas de congoja del enano.

—El juramento que lo obligaba para con esta fortaleza era más fuerte que el juramento de matador, y así se convirtió en el primero de los Reyes Matadores, y la vergüenza de no poder cumplir con su juramento de

matador se transmitió a su heredero. A su vez, su heredero se convirtió en el siguiente Rey Matador, y el heredero de este en el siguiente. El rey Baragor construyó el Santuario de Grinnir, y Kadrin se convirtió en el centro del culto del matador. Los matadores de todas las fortalezas de enanos peregrinaban aquí para llorar y lamentarse ante la grandiosa estatua del rey ancestro que es su patrón. Él les concede la fuerza y la intrepidez para que vayan hacia su fin con la cabeza alta y nunca retrocedan un paso ante el enemigo.

—¿La estatua que vimos bajo la montaña? —preguntó Karl.

El enano le lanzó al caballero una mirada compasiva.

—No. Esa no es más que una pálida sombra en comparación con la que hay en el santuario, en el valle de Kadrin, cerca de Kazad Gromar —dejó que surtiera efecto el impacto de esta declaración.

—El rey matador que gobierna hoy es descendiente de sangre de Baragor, el rey Ungrim Puño de Hierro, y también él lleva sobre sí la vergüenza de su antepasado.

—Los matadores me... asustan —admitió Annaliese.

—Como debe ser, moza —dijo Thorrik—. Inquietan hasta al más valeroso guerrero enano, porque a todos puede sucedernos que rompamos un juramento o suframos una tragedia personal que nos deje con hambre de batalla, lamentando la vida en todas sus formas y buscando por siempre más el alivio final en la muerte.

Grunwald vio que Annaliese se estremecía, y la verdad es que él mismo sintió un escalofrío al oír las palabras del enano.

—Y ahora, la propia Karak-Kadrin está asediada —continuó Thorrik, en cuyo rostro la expresión cambió sutilmente de la congoja a la cólera—. Los enemigos que se encuentran ante ella son numerosos. La tribu del Sol Sangrante, los llaman. Pielas verdes reunidos en tal número que hacen temblar la montaña con sus pasos, y son como una alfombra de inmundicia que cubre la tierra de un horizonte a otro. Se dice que es la mismísima tribu de pielas verdes —dijo, al tiempo que escupía al suelo—, que atacó el paso del Fuego Negro. Y la lejana Karaz-a-Karak, sede del mismísimo Alto Rey.

—¿Cómo es posible? —preguntó Grunwald—. No es fácil que las tribus de orcos se unan. ¿Cómo es posible que esa tribu tenga dominio sobre todas



las demás?

—Es algo que he sabido que preocupa mucho a los barbasgrises —replicó Thorrik—. Sospechan que está en juego alguna inmunda brujería, algún truco..., algún poder que une a las tribus de orcos y goblins. Cualquiera cosa que sea —añadió—, si no se lo desbarata, los territorios de los enanos serán invadidos. Este año no, y probablemente tampoco el que viene, pero si no se produce una fractura en las hordas de pieles verdes, no veo cómo las fortalezas de los enanos van a poder resistir un odioso ataque prolongado como este. Vivimos en una época de sombras: se acerca el fin de la nación de los enanos.

—¡Vuestro pueblo no puede flaquear! —dijo Karl, con ardor—. Si se pierden las fortalezas, el Imperio se perderá con ellas.

—Sí, es lo que yo supongo —replicó Thorrik.

Los compañeros se quedaron sentados en silencio durante un momento, abatidos. Los ruidos de industria resonaban en torno a ellos, y guerreros enanos pasaban de un lado a otro ante el rincón del vasto salón donde habían establecido campamento.

—Voy a ver cómo están los caballos —dijo Karl, al fin, rompiendo el silencio—. ¿Os apetece dar un paseo en este tan hermoso anochecer, joven señora? —le preguntó a Annaliese, al tiempo que hincaba teatralmente una rodilla y le tendía una mano—. ¿O tan hermosa mañana? ¿O cualquier hora que sea en este... lugar?

—Será todo un honor, noble señor —replicó Annaliese, con una risa y una cortesía. Eldanair también se levantó en silencio de donde estaba, sentado, con las piernas cruzadas, sobre el suelo de piedra.

—No es necesario que venga él también —dijo Karl.

—Ah, callad, dejadlo en paz —dijo Annaliese.

Con la mano de ella levemente posada en el antebrazo acorazado de él, los dos se alejaron, seguidos por Eldanair.

—Esa es una buena muchacha —dijo Thorrik, malhumorado.

—Estás inquieto, amigo mío —dijo el cazador de brujas. Hacía ya días que intentaba quedarse un rato a solas con el rompehierros. Cuando habían llegado a Karak-Kadrin, Thorrik estaba lleno de energía porque su misión casi había concluido. Se había marchado precipitadamente para intentar

descubrir el paradero del joven matador con el fin de entregarle la reliquia de familia que llevaba. Pero al regresar su humor era sombrío, y Grunwald vio que aún llevaba la reliquia envuelta en cuero.

—No es nada —replicó el enano—. No lo entenderías.

—Ponme a prueba —sugirió Grunwald.

—Es este asedio. El alzamiento de los orcos. Presagia la llegada de malos tiempos —replicó el enano, malhumorado.

—Indudablemente. Pero ya lo hicieron antes de ahora, y los hombres y los enanos juntos los derrotaron. Es otra cosa, ¿verdad? Algo que tiene que ver con tu... juramento.

Thorrik suspiró y sacó la pipa en forma de cabeza de dragón. Grunwald no dijo nada mientras el rompehierros la encendía y comenzaba a chupar. De las colmilludas fauces y las fosas nasales de la cabeza de reptil que gruñía, se alzaron zarcillos de humo gris azulado.

—Sí, tienes razón, humano —dijo. Luego se aclaró la garganta—. No puedo cumplir con el juramento que hice.

—No puedes... —dijo Grunwald, con el ceño fruncido—. Ah —añadió, al fin—. ¿El joven matador cumplió con su juramento, entonces?

—Sí —replicó Thorrik, malhumorado—. Ahora celebra banquetes en los salones de los ancestros, con su orgullo restablecido. Cayó luchando contra un troll de piedra, derrotado por un enemigo realmente poderoso. Mató a más de una docena de pieles verdes antes de que la atroz bestia acabara con él, según dicen. Una buena muerte.

El cazador de brujas veía que el enano estaba dolorido, pero no tenía un conocimiento lo bastante profundo de la cultura de los enanos como para comprender del todo lo que decía. El juramento de Thorrik no podía cumplirse. ¿Qué le sucedía a un enano que era incapaz de cumplir un juramento? Grunwald observó a un acongojado matador que pasó caminando, rechinando los dientes y tirándose del anaranjado pelo peinado en forma de púas, entre lamentaciones. Entonces volvió bruscamente la mirada hacia el orgulloso rompehierros, con expresión preocupada.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Del mismo modo que los reyes hacen juramentos de deber para con sus fortalezas, los rompehierros hacemos juramentos a nuestro clan. No

pueden anularse a la ligera.

»Debo regresar a mi clan, que está en Ostermark —dijo Thorrik, con ojos cansados—. Y una vez allí, debo pedirle al señor de mi clan que me permita hacer el juramento del matador.

Pasaban los días dentro de Karak-Kadrin. Thorrik permanecía ausente durante la mayor parte del tiempo, y Grunwald estaba apesadumbrado. Incluso Annaliese comenzaba a mostrarse inquieta y descontentadiza, ansiosa por ponerse en marcha. Un día le habló de malos modos a Eldanair, frustrada por su silencio y su fantasmal presencia. En efecto, él parecía aún más distante y frío desde que estaban en la fortaleza de los enanos, pero eso era comprensible; las miradas de aversión, desconfianza y a menudo odio abierto que le lanzaban los enanos eran despiadadas. Para su mérito, nunca bajaba los ojos ante las miradas desafiantes, aunque tampoco hacía nada que pudiera provocar una reacción, cosa que Grunwald le agradecía. Lo último que necesitaban era que se produjera un derramamiento de sangre dentro del grupo. Cuando la muchacha le habló mal, él se limitó a mirarla con frialdad, sin reaccionar en absoluto. Cuando se alejó de él, simplemente continuó siguiéndola, para gran frustración de ella.

No obstante, siempre que Annaliese descansaba, Eldanair se sentaba a velar por su seguridad. El descanso de ella se veía plagado por sueños y pesadillas; a menudo la oía gritar, y entonces el elfo posaba una mano sobre la frente de ella y le hablaba con tono sedante en su voz cantarina. Inevitablemente, ella volvía a caer en un sueño reparador.

Grunwald no lograba descifrar al elfo, y eso le preocupaba. Era profundamente intuitivo con la gente —tenía la habilidad de percibir cuándo alguien mentía u ocultaba algo—, aunque por lo general dejaba que quienes lo rodeaban lo consideraran sólo como un bruto. Convenía a su propósito, porque la gente a menudo bajaba la guardia cuando él estaba cerca. Pero el elfo le resultaba inescrutable, y nunca se apartaba de la muchacha. Cuando llegara el momento de que Grunwald se asegurara de que la joven sufriera el «accidente», lo más probable era que tuviese que encargarse también de Eldanair.

Finalmente, Thorrik regresó.

—Hay una forma de salir, en efecto —dijo, y la atención de todos se fijó en él—. Pero no carece de riesgos.

—Por fin —dijo Karl—. ¿Por qué habéis tardado tanto en conseguir esa información?

Grunwald alzó una mano para detener cualquier argumento, y le lanzó una mirada ceñuda a Karl.

—Y no vais a poder llevar vuestros preciosos caballos —declaró Thorrik, mientras miraba al caballero directamente a los ojos.

—¿Qué? ¡Ridículo! Somos caballeros, y no dejaremos los corceles en este oscuro agujero.

—Entonces, os quedaréis aquí, en el oscuro agujero, como lo llamáis —replicó Thorrik.

—Cuéntanos más sobre esa ruta de salida —dijo Grunwald.

—Hay un pozo de mina agotado que aún está por sellar. Lleva hasta la mina de Baradum, que hace mucho fue abandonada en manos de los enemigos que ahora se arrastran como alimañas por la oscuridad en busca de un medio para entrar en la fortaleza de los matadores, porque sus ejércitos se estrellan inútilmente contra las murallas. Van a cerrar la entrada mañana a mediodía. Al mismo tiempo, el hijo del rey Ungrim Puño de Hierro, el war-mourner Garagrim, encabezará la salida de un ejército de matadores destinado a despejar el Gran Puente y hacer retroceder al enemigo. Parece que las hordas de orcos y goblins están erigiendo sus toscas máquinas de guerra para disparar contra la fortaleza. Kadrin carece de los cañones que puedan bombardear de manera eficaz los emplazamientos de las máquinas, así que Garagrim se ha impuesto a sí mismo el cometido de destruir esas amenazas.

Thorrik recorrió a los humanos con los ojos, sin hacer caso del elfo.

—Cuando el war-mourner y su ejército de matadores salgan, los enemigos serán atraídos hacia ellos como polillas hacia una llama. Será entonces cuando nosotros entraremos en las minas de Baradum. Las atravesaremos —una de sus salidas está a cierta distancia, valle abajo—, y si todo va bien, podremos cruzar el territorio hasta el Imperio, sin mayores problemas.

—¿Si todo va bien? —Le espetó Karl—. ¿Y qué sucederá si los ejércitos de los pieles verdes no son atraídos todos fuera de la mina? ¿Y si nos están esperando allí afuera, en el valle?

Thorrik miró al caballero con ojos apesadumbrados pero rostro inexpresivo.

—Entonces moriremos —dijo.

## QUINCE

Atraron retorcidos cuernos en forma de poderosas serpientes y wyrms, cuyas resonantes notas retumbaron por todo Karak-Kadrin y en el valle del otro lado. Sonaron docenas de cuernos, graves y monótonos, ensordecedoramente fuertes. Cada instrumento era del tamaño de un árbol, y estaba sujeto a los muros de piedra de la enorme sala de reunión mediante gigantescas bandas de hierro. Los enanos que los hacían sonar se encontraban dentro de nichos escavados en lo alto de los muros, y Grunwald sintió cómo sus tímpanos reverberaban en el colosal estruendo que hacía estremecer la roca que tenía bajo los pies.

Se encontraba de pie junto a Karl Heiden, el caballero preceptor que iba completamente recubierto por su ornamentada armadura. Llevaba puesto el yelmo con penacho, y sus treinta caballeros se encontraban formados detrás de él, con las armaduras recién lustradas brillando a la luz de miles de antorchas y faroles. Su estandarte estaba desplegado y resplandeciente, y cada caballero permanecía firme, inmóvil, poderoso y silencioso.

Grunwald llevaba puesto el uniforme completo de su cargo. Su peto estaba recubierto por una nueva capa de laca negra, y le había adherido varios pasajes del libro de Sigmar, finas tiras de pergamino pegadas con sellos de cera que mostraban la marca del cometa de dos colas del anillo de sello que llevaba en la mano izquierda sobre el guante negro que le llegaba al codo. En el negro sombrero de ala ancha lucía una gran calavera coronada recién lustrada y tahalies gemelos le cruzaban el torso y llevaban sujetos los instrumentos de su oficio estacas con punta de plata frascos de agua bendita cuernos de pólvora y un pequeño libro de sagrados pasajes sigmaritas

cerrado con un candado. Las pistolas estaban enfundadas en el cinturón, y tenía una serie de cuchillos e «instrumentos de confesión» de afilada hoja envainados por todo el cuerpo: en el costado; sujetos a las botas negras que le llegaban a la rodilla en los antebrazos. La fiable maza le colgaba a un lado, y se había echado el pesado abrigo negro sobre los hombros.

Junto a él estaba Annaliese, que tenía en todo el aspecto de una verdadera acolita de Sigmar, con los ropones de crema y rojo intenso que llevaba sobre la larga cota de malla larga hasta el suelo. Mantenía la cabeza alta, con una expresión de orgullo y fuerza en el rostro. El sagrado martillo sigmarita le colgaba a un lado, y el símbolo de Sigmar lucía, prominente, sobre su pecho.

De pie delante de ellos se hallaba Thorrik, el rompehierros completamente inmóvil y radiando fuerza y resistencia. Su rojiza barba estaba acabada de trenzar con alambre de cobre y su armadura de gromril brillaba sin macula.

Era un gran honor, les había dicho, que se les permitiera presenciar la reunión de oficiales y la bendición por parte del Rey Matador del ejército que al cabo de horas saldría a enfrentarse abiertamente con el enemigo. Sólo a Eldanair se le había prohibido asistir a la ceremonia oficial.

Los humanos, acompañados por Thorrik Loknson, habían sido acompañados hasta un balcón alto para que pudieran asistir a la ceremonia que se celebraba abajo, y la descomunal escala de la reunión había dejado pasmado a Grunwald.

La caverna era inmensa, aun más grande que cualquiera que hubiese visto hasta ese momento dentro de la fortaleza de los enanos, y allende esta se alzaban las colosales puertas que formaban la salida de la fabulosa fortaleza.

Esas puertas median mas de cien metros de altura, y eran accionadas por un gigantesco mecanismo de relojería de ruedas y engranajes. En las gigantescas columnas que se unían por encima de las puertas había pistones, brazos de palancas y contrapesos parecidos a yunques que en ese momento estaban inmóviles, y que Grunwald dedujo que pertenecían al mecanismo que abriría las puertas cuando llegara el momento de que saliera aquel poderoso ejército de enanos.

A Grunwald le había sorprendido que a él y a los demás humanos se les hubiera permitido asistir con armas a una ceremonia tan augusta, pero ahora veía que no podían entrañar ninguna amenaza para el rey enano, tanto si iban armados como si no.

Desplegado por el suelo terraplenado estaba el ejército que, dentro de poco, Garagrim conduciría a través de esas puertas, y ver un número tan ingente formado allá abajo hacía que la mente de Grunwald sintiera vértigo.

Se habían reunido miles de guerreros de clan de Karak-Kadrin, que formaban en ordenadas filas detrás de sus nobles y jefes. En el extremo de astas de acero enarbolaban estandartes de metal batido e iconos bellamente labrados que lucían símbolos de clan y runas.

Pero estos guerreros enanos eran fácilmente superados en número por cinco a uno por los matadores llamativamente pintados que permanecían de pie, con las manos apoyadas sobre la cabeza de su hacha, en un silencio inquietante. Como un mar de pelo anaranjado y peinado en forma de púas, y rostros pintados, los matadores mantenían los ojos solemnemente fijos en la arqueada puerta por la que entraría su rey.

Grunwald estudió las caras de los matadores que tenía más cerca: habían sido pintadas con tintas azul y negra, y tenían la piel cubierta de intrincados espirales y runas. Se habían recubierto los párpados con ceniza, cosa que causaba la sensación de que los amenazadores ojos de los matadores miraban desde la oscuridad. Algunos llevaban en alto las cabezas de poderosos enemigos a los que habían vencido en combate: trolls, enormes pieles verdes, bestias escamosas y criaturas con pelaje que desafiaban cualquier intento de darles nombre. Muchos de los matadores situados hacia la parte frontal de la masa reunida estaban cubiertos de cicatrices de viejas heridas cicatrizadas, y estos guerreros veteranos llevaban armas que brillaban de piedras preciosas, oro y palpitantes runas de poder.

—Son los que no han logrado su muerte —le susurró Thorrik—. Porque mientras todos los matadores intentan lograr un final honorable, deben librar las batallas con todas sus fuerzas y habilidades, ya que en caso contrario no se les permitirá entrar en los salones de bebida de nuestros ancestros. Y por eso sucede que a los guerreros matadores más poderosos les resulta difícil hallar la muerte, y por tanto buscan a los enemigos más



poderosos que haya en el campo de batalla, esforzándose para encontrar un día al enemigo a quien no puedan vencer. Son figuras realmente trágicas. Matagigantes, matadragones, matademonios... trágicamente, para algunos la búsqueda de la muerte es interminable.

Grunwald calculó que debía haber en torno a ocho mil matadores reunidos allá abajo; cada uno era un guerrero completamente impertérrito tan duro como la piedra y ansioso por entrar en batalla. Habría sido aterrador enfrentarse con un enemigo semejante y, sin embargo, se decía que los ejércitos que atacaban la fortaleza desde el valle del otro lado eran incontables.

Los ensordecedores cuernos volvieron a sonar, graves y reverberantes, y las puertas del nicho que había debajo de ellos se abrieron. El Rey Matador, y su hijo salieron por ellas y avanzaron. Los seguía de cerca un séquito de valientes guerreros que empuñaban enormes martillos a dos manos y llevaban armadura con taraceado de oro, así como docenas de enanos que enarbolaban altos estandartes e iconos, pero fue el rey quien llamó la atención de Grunwald.

Tan ancho como alto, el Rey Matador iba sobre un gran escudo redondo que transportaban cuatro guerreros de poderosa constitución. Llevaba en alto la feroz cabeza, y de los guerreros enanos reunidos se alzó un rugido ensordecedor, acompañado por mil pies que golpeaban el suelo al unísono. Este estruendo resonaba por toda la sala, y el Rey Matador fue llevado a través de él. Sujeta a los hombros lucía una brillante capa de escamas de dragón que colgaba por encima del escudo que lo transportaba y arrastraba por las losas de piedra del suelo, detrás de él. Llevaba una brillante corona con cuernos hecha de oro tachonado de piedras preciosas, y su enorme barba, teñida de anaranjado, estaba peinada en intrincadas trenzas recogidas en varios bucles sobre sí mismas, de tan largas que eran. Por encima de la corona se alzaba una alta cresta de pelo anaranjado peinado en forma de púas, igual que las crestas de los miles de matadores que tenía ante sí. A diferencia de ellos no obstante, llevaba puesta una pesada y ornamentada armadura, la armadura de su cargo como rey de Karak-Kadrin, que relumbraba con la mortecina luz de centenares de runas.

Ante el rey marchaba un honorable enano barbablanca de rostro arrugado por la edad, que arrastraba la barba como una blanca estela. A pesar de ser viejo, este reverenciado anciano tenía brazos gruesos como tocones de árbol, y llevaba por encima de la cabeza una gran bandeja de oro sobre la que había, drapeada, una rica tela encima de la cual descansaba la poderosa arma de su señor: una gigantesca hacha de doble filo que parecía rielar y vibrar con poder apenas contenido.

Caminando con paso firme junto a los portadores del Rey Matador iba el heredero e hijo del monarca, Garagrim Puño de Hierro. Thorrik había dicho a Grunwald que su título era war-mourner, aunque se le escapaba el pleno significado de este título. Este guerrero temible, pertrechado para la batalla al estilo de los matadores, prescindiendo de la armadura, avanzaba descalzo por el suelo de piedra. De su barba anaranjada colgaban iconos de Grimnir, y sus antebrazos muy musculosos estaban envueltos en cadenas. Estas cadenas iban unidas a un par de hachas que empuñaba, tal vez para asegurar que nunca quedara desarmado en medio de la batalla. Llevaba pintadas rayas de ceniza en la cara, y los brazos cubiertos de espirales azules.

El séquito del rey se detuvo, y los portadores del escudo bajaron suavemente a su señor hasta el suelo. El rey avanzó hasta abandonar el dorado escudo, y se detuvo en lo alto de grada de piedra para mirar a la hueste de Karak-Kadrin, situada al pie de los escalones, momento en que se hizo el silencio.

Entonces habló el rey, y su grave voz gutural llegó a todos los integrantes del ejército reunido gracias a la acústica de la arquitectura. Todos quedaron inmóviles, ni un solo guerrero ni un matador movieron siquiera los pies, y sus palabras hallaron un silencio sepulcral. Aunque los humanos no entendían el khazalid, el gutural idioma áspero de los enanos, captaron el espíritu del discurso, que estaba cargado de orgullo, fuerza, presagio y cólera.

No fue un discurso largo ni pesado como habría sucedido en el Imperio; fue más bien conciso, corto y concreto. Garagrim se arrodilló ante su padre, y el poderoso Rey Matador de Kadrin lo alzó hasta ponerlo de pie y apoyó la frente contra la de su hijo, para pronunciar un juramento que claramente tenía gran importancia. Les acercaron un par de jarras de cerveza llenas

hasta el borde, y el rey y su heredero bebieron largamente antes de arrojar las jarras al suelo y destrozarlas de un pisotón. Grunwald hizo una mueca de dolor cuando el pie descalzo de Garagrim dobló el metal de la jarra hasta hacerle perder su forma.

Con un último gesto de asentimiento dedicado al padre, el war-mourner descendió los escalones en dirección a su ejército, y sonó un grandioso estruendo de salmodias, pisotones y toques de cuerno.

—Y así va a la guerra la multitud de Karak-Kadrin —dijo Thorrik, mientras le volvía la espalda al espectáculo. Con ruido de engranajes y escapes de vapor, las gigantescas puertas de la fortaleza de los matadores se abrieron, y la luz del sol, brillante y dura, inundó la fortaleza y transportó atroces alaridos y olor a fuego. Miles de toscos tambores batían en el valle del exterior: los tambores del enemigo.

Una escuadrilla de máquinas voladoras de vapor tripuladas por un sólo piloto despegaron del suelo de la cámara cuando las palas rotatorias comenzaron a girar hasta convenirse en un borrón de movimiento que hizo que el pelo y la barba de los de abajo se agitaran en el viento que generaron. Los girocópteros salieron a través de las puertas que se abrían lentamente, y se elevaron hacia los cielos grises que resultaban casi cegadora después de haber pasado tanto tiempo sin ver la luz del sol.

Con un rugido, el ejército de Karak-Kadrin se preparó para la batalla y giró hacia la arcada de luz que continuaba expandiéndose.

—Vamos —dijo Thorrik, con voz malhumorada—. Es la hora.

\* \* \*

Descendían hacia la oscuridad y se adentraban cada vez más profundamente en el corazón de la montaña y los túneles de las minas que creaban un laberinto de pasadizos muy por debajo de la superficie. El sonido de cadenas que corrían era ensordecedor, al igual que el repetitivo golpeteo sordo de la máquina de vapor que hacía bajar la plataforma de acero hacia la abismal oscuridad de abajo.

Era evidente que Karl aún estaba enojado por haber tenido que dejar sus amados caballos de guerra en la fortaleza de los enanos, y los rostros de sus caballeros estaban tan ceñudos como el suyo. Eldanair miraba directamente hacia arriba, con el largo rostro impassible vuelto hacia la distante mancha de luz que entraba por el pozo de la mina que se hacía más pequeña con cada minuto que pasaba.

El aire era más caliente y sofocante a medida que descendían, y Grunwald se encontró sudando profusamente bajo el peto, y tuvo que quitarse el sombrero para enjugarse la frente. Aparte de Thorrik y del minero convertido en matador llamado Abrek Snorrison, que actuaría como guía del grupo, la única que parecía conservar la calma a medida que descendían cada vez más profundamente bajo el suelo era Annaliese. Tenía un puño fuertemente cerrado en torno al símbolo de Sigmar, y repetía como un mantra las sencillas plegarias que le había enseñado Grunwald. Su rostro estaba sereno, tranquilo. Las linternas sordas parecían aureolarla con su resplandor, y su pelo brillaba en la oscuridad, luminoso y dorado.

A Grunwald le parecía que el descenso era interminable, y no le habría sorprendido en absoluto encontrarse, al final del viaje, con que habían sido transportados hasta el ardiente inframundo.

Finalmente, la plataforma se detuvo contra suelo sólido, y el golpe contra la roca ascendió resonando por el pozo que subía hasta Karak-Kadrin.

El severo matador Ahrek señaló hacia delante con el barbudo mentón, y le espetó algo en khazalid a Thorrik. El matador cogió un zapapico con una mano mientras con la otra sujetaba una linterna cuya cegadora luz era concentrada mediante metal pulimentado y cortinillas para que proyectara un solo haz.

—Es aquí —dijo el rompehierros, con voz apagada por el yelmo de gromril—. Abrek y yo iremos delante. El resto, seguidnos de dos en dos hasta el fondo. Nos ponemos en marcha ya: Esta última entrada de la mina será tapiada dentro de una hora.

Karl organizó a sus hombres con órdenes secas que no admitían discusión. Luego se situó, con uno de sus hombres, en la retaguardia. Todos desenvainaron la espada, y todos los que no llevaban los faroles alimentados

por alcohol que les habían proporcionado los enanos tenían el escudo sujeto al brazo.

—Hija de Verena, que tu luz sea nuestra guía en la oscuridad —dijo Karl, invocando a Myrmidia, la diosa del Sol Ardiente. Grunwald caminaba junto a Annaliese, en la parte central del grupo, y Eldanair los seguía un paso por detrás, con una flecha puesta en el arco y la cara alerta y tensa. El cazador de brujas había cargado y cebado sus pistolas de rueda, y caminaba con una de ellas en la mano izquierda, y la brutal maza en la otra. Annaliese radiaba calma, mientras avanzaba con el martillo sujeto con ambas manos.

Entraron en el laberinto de pasadizos de mina abandonados, alumbrándose el camino con las linternas. Marcharon a través de serpenteantes corredores excavados en la roca viva, donde los humanos dirigían las linternas hacia el interior de pasadizos oscuros que se cruzaban en su camino, y forzaban los ojos para ver. Algunos de los corredores ante los que pasaban eran anchos, y en el suelo de piedra había raíles de acero como los de la máquina de vapor.

Al cabo de minutos, Grunwald se había desorientado total y absolutamente. Si Thorrik y Abrek caían, ellos tendrían pocas posibilidades de hallar el camino de salida. Aquello era un auténtico laberinto, con pasadizos que iban en todas direcciones. Pasaban por pozos que ascendían.

Y hasta muy arriba por la montaña, y otros que descendían aún más profundamente. El concepto del tiempo carecía de sentido allí abajo.

El suelo comenzó a estremecerse, y Thorrik hizo detener la columna de guerreros. Por el pasadizo ascendía la reverberación de un resonante trueno, y del techo cayeron rocas y polvo sobre la columna. Grunwald se protegió la cabeza con los brazos. Una pesada roca se estrelló sobre el yelmo de Thorrik, pero se partió al golpearlo y los trozos cayeron en torno al enano, que no reaccionó en absoluto. Resultaba imposible discernir de qué dirección procedía el ruido, exactamente, porque venía de lejos. Atronaban retumbantes ruidos de choque que sacudían la tierra bajo sus pies.

Cayeron más rocas y piedras que chocaban con fuerza contra las armaduras de los caballeros, y todos miraban con ojos asustados en torno de sí, porque sentían que el peso de la montaña los oprimía.

—¿Qué sucede? —susurró Grunwald, que dio voz a los pensamientos de todos los humanos.

La voz de Thorrik llegó hasta sus oídos, distante y débil.

—¿Terremoto?

—El pozo está siendo sellado por los ingenieros, detrás de nosotros. Lo que oís son cargas explosivas controladas que cierran las minas con el fin de que los enemigos no puedan encontrar una vía de entrada a la fortaleza.

—Entonces no hay regreso posible —murmuró, sombríamente, uno de los caballeros, detrás de Grunwald.

—Lo lograremos —dijo Annaliese, con voz serena y fuerte—. Sigmar está con nosotros.

Las últimas detonaciones se apagaron, dejaron de caer rocas, y una vez más quedaron rodeados por un opresivo silencio. El polvo continuó cayendo durante varios minutos, hasta que también cesó. Grunwald se quitó el sombrero de ala ancha, y le sacudió el polvo de piedra.

Reanudaron la marcha por serpenteantes pasadizos, subiendo y bajando escalones tallados en la roca.

—Annaliese —dijo Eldanair, cosa que hizo que Grunwald diera un salto de sorpresa al oír su voz. Había oído hablar al elfo muy pocas veces, y no estaba habituado a la cantarina voz extraña del guerrero. Annaliese se volvió a mirar al elfo, que estaba tan tenso como una cuerda de arco tirante. Eldanair se señaló un oído con un gesto seco.

—Thorrik —dijo Annaliese que entendió instantáneamente a Eldanair—. Ordena el alto de la columna. ¿Oyes algo?

La columna se detuvo, y Karl les espetó una seca orden a sus caballeros para que apagaran el tintineo de las armaduras.

Al principio no oyeron nada. Pero luego, muy débilmente, también ellos percibieron qué había alertado a Eldanair.

Desde muy lejos, apenas audible, les llegaba un sonido de tambores. Un rugido apagado resonaba muy a lo lejos, y el sonido del metal al golpear contra el metal, al ritmo del batir de tambores: el sonido de espadas que golpeaban rítmicamente contra el canto de escudos metálicos.

Abrek gruñó algo en el idioma de los enanos, y pareció dispuesto a correr directamente hacia el sonido. Thorrik asintió con la cabeza, pero con

tono autoritario dijo algo que contuvo al matador.

—Los pieles verdes están cerca —informó Thorrik, con voz cargada de cólera, aunque tal vez contuviera también una pizca de ansiedad, pensó Grunwald—. Han sido atraídos por el sonido de las detonaciones.

Varios de los caballeros maldijeron, y Karl volvió a bramar una orden que los redujo al silencio.

—Si vienen hacia aquí, lucharemos contra ellos —declaró el preceptor.

—Ah, ya lo creo que vienen —replicó Thorrik con voz amenazadora y cargada de entusiasmo creciente—. Y sí que nos enfrentaremos con ellos.

—Nuestro principal objetivo es salir de estas minas..., para llegar al Imperio —dijo Grunwald, cuya voz contenía una advertencia—. Lucharemos si tenemos que hacerlo, pero no buscaremos batallar aquí.

Abrek comenzó a hablar, áspera y rápidamente, con una voz en la que la cólera iba en aumento, y hendiendo el aire con el zapapico para hacer hincapié en lo que decía. Aunque no podía ver la cara de Thorrik, oculta en la oscuridad, Grunwald percibía la tensión del enano y sus deseos encontrados. Al final, dijo una sola palabra en su idioma. Cuando el matador alzó la voz para discutir, Thorrik le espetó esa única palabra por segunda vez, con más fuerza.

—Si —dijo el rompehierros, que se volvió hacia Grunwald—. Será lo que tu dices.

La columna se puso en marcha una vez más. A lo lejos, el ruido de los pieles verdes aumentaba.

## DIECISÉIS

Viajaron a través de la impenetrable oscuridad de los claustrofóbicos túneles durante lo que pareció, días enteros, confiando en que el enano matador Abrek supiera hacia donde los llevaba. La ruta que seguían no era clara ni directa, sino que más bien describía giros a derecha e izquierda, subía y bajaba y Grunwald perdió la cuenta del número de intersecciones y pasadizos transversales que dejaron atrás.

Se detuvieron varias veces para descansar y comer la carne salada que Thorrik había conseguido en la Fortaleza Kadrin, y que había que masticar mucho. Comían en silencio y a oscuras. Desde todas partes parecían llegarles sonidos extraños, de metal sobre piedra, extraños ruidos de raspado, rugidos apagados y el ruido de rocas que caían.

El redoblar de tambores se había apagado, y Grunwald esperaba que hubieran logrado esquivar a los pieles verdes que se movían por alguna parte de las minas abandonadas, aunque en verdad descubrió que el hecho de no poder oír el paso de las odiosas criaturas resultaba aun más preocupante. Los humanos respingaban y se sobresaltaban con las extrañas reverberaciones cuyo eco les llegaba desde las profundidades de pasadizos inferiores, los sonidos de criaturas que correteaban y rascaban justo fuera del círculo de luz de las linternas, y ante los extraños vientos que se colaban a través de grietas y fisuras abiertas en los muros de los corredores.

De las profundidades ascendía aire caliente, ráfagas de vapor de un aliento húmedo que les llegaba desde debajo de la tierra. De la oscuridad de lo alto caían pequeñas rocas cuando atravesaban vastas cavernas excavadas, contó Thorrik, hacía miles de años, por el reptar de monstruosas bestias del



inframundo contra las que habían luchado los dioses ancestros de eras remotas. Estalagmitas gigantescas como columnas se alzaban del suelo irregular y ascendían hasta muy arriba para perderse en la oscuridad, brillantes de humedad y relumbrantes con fría luz propia.

Grupos de resplandecientes puntitos de luz salpicaban las alturas, en número de decenas de miles, como una imitación de las estrellas que cribaban el firmamento nocturno.

En algunos lugares había zonas extrañamente relumbrantes de hongos malolientes. Entre maldiciones, Thorrik y Abrek pateaban y pisoteaba los hinchados hongos pálidos que, al desinflarse, lanzaban al aire grandes nubes de esporas. Los humanos y el elfo se cubrían la boca y la nariz para no respirar el fétido polvillo.

En los pasadizos y corredores había muchas evidencias de actividad minera, y en muchos lugares el techo estaba apuntalado por grandes soportes de hierro. Los frentes de roca eran irregulares y estaban quebrados, y los pasadizos serpenteaban y giraban de un lado a otro para seguir vetas de metales preciosos.

No hubo aviso cuando llegó el primer ataque. Atravesaban un área abierta que en otros tiempos podría haber sido el emplazamiento de un campamento de los enanos, y había numerosas entradas y pasadizos laterales que daban a la cámara. Una flecha salió volando de la oscuridad y se le clavó de lleno en la cara a uno de los caballeros, que se había levantado la visera porque tenía calor. Un instante después se oyó un disonante toque de cuerno que pareció llegarles desde todas partes. Otras flechas volaron hacia la columna e impactaron contra los escudos que los caballeros alzaron para protegerse, y rebotaron por el suelo de piedra. En torno a ellos resonaron más cuernos distantes y los pasos de pies que corrían pesadamente.

Y luego los enemigos se les echaron encima al salir precipitadamente de corredores laterales, rugiendo y golpeando los escudos con las armas. Algunos llevaban toscas antorchas de las que goteaba fétida pez, y las llamas iluminaban con luz dura sus rostros brutales, salvajes. No hubo tiempo para pensar porque el combate estalló por todos lados. Grunwald disparó la pistola a la cara de un orco enorme que se lanzó hacia él con un par de

espadas descomunales. El orco cayó al suelo, pero otros saltaron por encima del cadáver, abiertas de par en par las fauces llenas de grandes colmillos, rugiendo al arremeter contra la columna.

Karl vociferaba órdenes, y los caballeros del Corazón Ardiente luchaban con espada y escudo contra los enemigos que cargaban. Avanzaban mientras sus armas de ancha hoja cortaban y estocaban frenéticamente. El acero silbaba en el aire y las afiladas hojas hendían cuerpos verdes muy musculosos, cercenaban extremidades y cortaban cuellos gruesos como el torso de un hombre. Lo repentino y salvaje del ataque fue pasmoso. La sangre comenzó a correr en abundancia, y el sonido de rugidos y alaridos resonó ensordecedoramente por encima del estruendo de las espadas que chocaban contra los escudos.

Una figura monstruosa salió de la oscuridad y avanzó hacia Grunwald, un descomunal guerrero orco cubierto de pies a cabeza por una tosca armadura pesada. El yelmo le cubría completamente cabeza y cara, y estaba hecho de manera que diera cabida a la enorme mandíbula prominente, de modo que de la cuadrada boca de acero salían colmillos curvos. Llevaba un escudo de acero dentado, y agitó hacia Grunwald una pesada espada de gruesa hoja al avanzar.

El cazador de brujas se inclinó hacia atrás, y el letal tajo pasó silbando ante su rostro. Udo desenfundó la segunda pistola y disparó al pecho del enorme piel verde desde poca distancia, con una detonación que hirió los oídos. La bala de plomo atravesó las placas de acero del pecho y penetró profundamente en el cuerpo con un impacto que hizo retroceder un paso al monstruo. Grunwald avanzó con rapidez y estrelló la maza contra la cabeza de la criatura. La bestia recibió el golpe con un espantoso crujido de metal y hueso, y su cabeza fue lanzada hacia un lado, pero se recuperó con rapidez y estrelló el escudo contra la cara de Grunwald, a quien hizo recular con paso tambaleante, aturdido.

Un caballero clavó su espada profundamente en un costado de la criatura que rugió, y, de un revés, derribó al caballero al suelo antes de volverse hacia Grunwald. El cazador de brujas estrelló la maza contra una mejilla del orco, y el golpe partió el metal del yelmo y fracturó el hueso.

Sin hacer caso de las heridas que habrían derribado a cualquier hombre, el orco acorazado le dio un rodillazo en el estómago a Grunwald, que se dobló por la mitad y exhaló todo el aire que tenía en los pulmones. A continuación, el orco le dio un codazo brutal en un costado de la cabeza, y lo siguiente que supo el cazador de brujas fue que estaba tendido de espaldas, con la visión borrosa y la criatura de pie ante él.

Una flecha de plumas blancas se clavó en un ojo del orco, que rugió. Luego se estrelló contra su cabeza un martillo dorado que hizo caer a la criatura de rodillas. Un segundo martillazo le hundió el cráneo, y la criatura se desplomó por fin en el suelo, mientras de la mortal herida manaba abundante sangre oscura.

Ante los ojos de Grunwald danzaban puntos de luz blanca, pero se puso trabajosamente de pie, aún aturdido.

—¡Tenemos que movernos! —gritó Karl. Simplemente había demasiados enemigos que los atacaban desde demasiadas direcciones, como para que los caballeros pudieran montar una defensa efectiva.

—¡Atrás! —rugió Thorrik, desde la cabeza de la columna—. ¡Regresamos al túnel!

Paso a paso, muy lentamente, la columna retrocedió sobre sus pasos mientras las espadas destellaban y la sangre salpicaba. Caballeros heridos que apretaban los dientes a causa del dolor fueron medio llevados en volandas, medio arrastrados por sus camaradas, mientras otros caballeros y el par de enanos formaban un arco protector en torno a ellos.

Eldanair disparaba flechas por entre los espacios vacíos que podía hallar en la apretada formación de guerreros, cada una con mortífera puntería. Karl luchaba como un poseso, y su espadón dejaba un sangriento surco entre los orcos que se lanzaban contra él. Desviaba sus pesados golpes con el vapuleado escudo, y respondía con tajos veloces como el rayo que les cortaban la garganta y les seccionaban arterias vitales. Grunwald, a quien le zumbaba la cabeza, recargaba con balas y pólvora las pistolas que luego atronaban con fuerza en el espacio cerrado, mientras los caballeros retrocedían al interior del corredor.

Ahora atacados sólo por un lado, la enorme cantidad de orcos dejó de tener importancia, y Thorrik y Abrek se situaron el uno junto al otro en la

estrecha entrada, donde eliminaban a todos los enemigos que los acometían.

Abrek tenía una docena de tajos sangrantes, y gruñía como una bestia mientras luchaba. Llevaba la cara, el pecho y los brazos todos salpicados de sangre, cosa que le confería una apariencia demoníaca, y luchaba con el salvaje frenesí de un berseker. El matador no dedicaba ni un solo pensamiento a la defensa, y sólo se concentraba en el ataque. Blandía de manera mortífera el zapapico cubierto de sangre con cuyas puntas atravesaba cráneos y perforaba pechos con cólera brutal.

Thorrik era tan resistente como la falda de la montaña misma, y aunque sobre él llovían docenas de golpes, pocos dejaban más que un arañazo en la poderosa armadura de gromril. Con cada golpe que le daban parecía hacerse más poderoso, y los tajos de su hacha parecían caer con mayor fuerza y rapidez. Daba la impresión de que nada era capaz de atravesar su defensa, y los orcos comenzaron a retroceder, desmoralizados y frustrados.

Los pieles verdes se retiraron, y una andanada de flechas silbó por el aire hacia los dos enanos. Aunque rebotaron en la armadura y el escudo de Thorrik, se clavaron profundamente en el musculoso cuerpo de Abrek, y él gruñó a causa del dolor mientras por la barba le goteaban saliva y sangre. Tenía dos flechas clavadas en el pecho, una en un muslo y otra en un hombro. Una quinta penetró por los contraídos músculos que unían un hombro al cuello, los atravesó limpiamente y salió por el otro lado. Sin hacer caso de las heridas, parecía dispuesto a lanzarse otra vez a la refriega, pero una palabra cortante de Thorrik lo contuvo.

Tambores y aullidos de los pieles verdes parecieron anunciar la llegada de un nuevo terror, y se oyó un escalofriante rugido que estalló en la oscuridad. La mirada de Abrek se alzó bruscamente, los ojos enloquecidos y ansiosos, y Thorrik volvió a hablarle con rapidez, y en voz muy alta.

El matador pareció no hacer caso de él, y sólo una pesada mano sobre un hombro impidió que se lanzara devuelta a la abandonada arena de batalla. Entonces se volvió y habló rápidamente y con pasión, y Grunwald vio que la cabeza acorazada de Thorrik asentía. Eldanair disparaba flechas hacia la cámara, y se oían rugidos apagados cuando hacían blanco.

El bramido de algo mucho más grande que un orco reverberó una vez más, y una monstruosa forma corpulenta entró a medio galope en la zona

iluminada por las antorchas.

De casi tres metros y medio de altura, la criatura era encorvada y tenía largas extremidades, con unos poderosos brazos tan largos que le llegaban casi hasta el suelo. Tenía una cabeza grande de rasgos exagerados: una larga nariz bulbosa que nacía debajo de un par de maliciosos ojos amarillos, grandes pliegues de piel que le colgaban a ambos lados de la cara, orejas demasiado grandes decoradas con huesos, y una boca que era un ancho tajo provisto de dientes gruesos como losas.

Iba desnudo salvo por un taparrabos de piel apelmazada de animal, y su propia piel era del color del agua podrida. En cada mano provista de garras llevaba un largo hueso rematado por una protuberancia bulbosa, y al ver a los enanos de pie en la entrada del pasadizo volvió a rugir, y de su boca abierta cayeron gruesos hilos de baba. Se lanzó a un trote ligero, y Abrek le dijo unas últimas palabras a Thorrik, antes de que el rompehierros le diera una palmada al matador en un carnosos hombro ensangrentado, y se volviera.

—¡Venid! ¡Debemos darnos prisa! —gritó el enano pesadamente acorazado, mientras Abrek lanzaba un grito incoherente y se lanzaba en dirección al troll que corría hacia él. Alzó el zapapico muy por encima de la cabeza mientras corría al encuentro de su muerte.

Con rapidez, Thorrik los condujo por una serie de serpenteantes corredores y pasadizos laterales, y Grunwald adelantó a los caballeros para situarse a su lado.

—Morirá sin duda —comentó el cazador de brujas.

—Sí, si Grimnir lo favorece —replicó Thorrik, escueto.

—¿Conoces el camino de salida? —preguntó.

—Sí —replicó Thorrik, aunque no dijo nada más. El cazador de brujas se retrasó hasta quedar junto a Annaliese. Al parecer, el elfo se había situado como retaguardia porque no se lo veía por ninguna parte.

Desde lejos les llegó el rugido del troll, aunque resultaba imposible saber si se trataba de bramidos de dolor o de victoria.

—Te deseo que por fin encuentres la paz, Abrek —entonó Thorrik.



Durante otro día y medio la columna recorrió interminables pasadizos serpenteantes. Encontraron pocos enemigos, aunque el ruido que hacían los rodeaba por todas partes. Thorrik los conducía implacablemente, pues su vigor parecía ilimitado. Ocho de los caballeros habían resultado muertos en la batalla contra los orcos, y otro había muerto en la huida a través de la oscuridad, al resbalar y caer por un precipicio de más de cien metros. Karl estaba furioso y malhumorado, y marchaba en silencio, ocupado en sus propios pensamientos melancólicos.

Deberían de estar acercándose a la salida de las malditas minas, había dicho Thorrik. Dos horas, tal vez tres, calculaba. No sabía cómo se orientaba el enano dentro de aquel laberinto, pero se alegraba de que aún estuviera con ellos.

Thorrik alzó una mano para detener el avance de la columna, y pasados unos minutos de silencio todos pudieron percibir una mortecina luz oscilante de antorcha, y oír muchos pies que se arrastraban por el suelo. La luz manaba del pasadizo que tenían delante, y Grunwald hizo memoria para intentar calcular a qué distancia estaba la última intersección que habían dejado atrás; a más de una hora, pensó.

—Tenemos que dar un rodeo —susurró Grunwald.

—Este es el único camino —replicó Thorrik.

—Entonces, pasaremos a través de ellos —dijo Karl, que había avanzado hasta el frente de la columna.

El rompehierros asintió con la cabeza, y Karl les ordenó a sus hombres que se prepararan. Se amorteció la luz de las linternas, y Thorrik los hizo avanzar hasta un recodo del pasadizo que formaba un ángulo agudo. Allí aguardaron en la oscuridad, escuchando los pisotones y la brutal risa de los enemigos que se aproximaban.

En la mortecina luz oscilante de las antorchas que se acercaban, Grunwald vio que Annaliese se recostaba contra la fría pared de piedra. Un insecto largo como el antebrazo de un hombre con muchas patas bajó por la

pared y se le subió a un hombro, pero ella logró reprimir el grito antes de que nadie la oyera. Centenares de patas con púas se movieron al unísono en una serie de ondas, y la criatura descendió por el torso de la muchacha y por su pierna izquierda, y bajó al suelo. Ella dejó escapar la respiración con lentitud, y recobró la compostura.

Cuando el ruido de los pies que se acercaban pareció estar casi encima de ellos, Thorrik y Karl rodearon la esquina, y con espada y hacha acabaron con los pieles verdes que iban en cabeza y que murieron con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Grunwald los seguía un paso más atrás.

—¡Que Sigmar os aniquile! —gritó, al matar de un tiro a un par de enemigos con sus tronantes pistolas. Eran goblins, diminutos y fáciles de vencer, pero el cazador de brujas vio detrás de ellos las más grandes y amenazadoras formas de unos orcos.

Los caballeros del Corazón Ardiente se lanzaron hacia delante para dar apoyo a su preceptor, y chocaron contra la masa de pieles verdes como un ariete, partiendo extremidades y pisoteando a los caídos. Thorrik y Karl encabezaban la arremetida, asestándoles a los frenéticos goblins tajos que les cercenaban las extremidades y les hendían el cráneo.

De repente, algo le causó a Grunwald una extraña sensación de cosquilleo que reconoció con facilidad, acompañada por un repulsivo sabor metálico en la lengua. En el momento en que oyó la salmodia del nigromante ya se le erizaba el vello de los brazos, y rugió una advertencia.

—¡Brujería! —gritó, en el momento en que acababa el primer encantamiento. Se oyó un repentino sonido de succión, y todo el aire del atestado corredor desapareció repentinamente, como si lo hubiera inhalado una bestia infernal. Luego fue exhalado con brusquedad, y una fuerza de extremado poder recorrió el pasadizo. Los goblins fueron aplastados, sus cuerpos lanzados hacia los lados, y entonces golpeó a los caballeros. Ornamentados petos y escudos fueron abollados por la fantasmal energía verde, y Grunwald sintió que algo parecido a un puño duro como la roca impactaba contra la pared.

Los caballeros cayeron con los yelmos deformados por casi invisibles puñetazos, y vio que Thorrik se tambaleaba. Entre aullidos y dementes

cacareos dé risa, los goblins redoblaron el ataque y avanzaron contra los caballeros, sin importarles el hecho de pasar por encima de sus camaradas caídos.

Los orcos, grandes brutos con gruesa armadura de hierro que blandían pesadas cuchillas, se abrieron paso a través de la masa para sumarse al ataque incluso Thorrik se vio empujado hacia atrás por esta repentina acometida, y sus pies resbalaron por la gruesa capa de polvo de roca que cubría el suelo.

El caballero que estaba delante del cazador de brujas cayó cuando una cuchilla descendió sobre su cabeza y atravesó metal y hueso. Alzando la maza con ambas manos, Grunwald la descargó sobre el brazo del orco, que se partió, y avanzó un paso para asestarle el golpe de retorno que le destrozó la cara.

El orco cayó, pero los otros pieles verdes avanzaban implacablemente, y un segundo caballero cayó a causa de un tajo brutal que le cortó un brazo por el hombro. Los malignos goblins le clavaron las lanzas al guerrero fatalmente herido, que cayó entre ellos. Con alegres cacareos de risa le quitaron el yelmo y le arrancaron los ojos. Los alaridos del caballero eran espantosos, y los pieles verdes continuaban haciéndolos retroceder.

—¡Tiene que haber otro camino! —gritó el cazador de brujas.

—¡No lo hay! —Fue la respuesta que bramó Thorrik, mientras descargaba el hacha sobre la espalda de un orco caído, y le cercenaba el espinazo—. ¡Este es el único camino!

Los cuerpos se amontonaban en el suelo, y a cada segundo que pasaba caían amigos y enemigos por igual. Karl clavó la punta de la espada en la cara de un orco sonriente, pero la hoja se atascó y no pudo arrancársela de inmediato. Una cuchilla impactó sobre una de sus hombreras y lo hizo tambalear, momento en que se le escapó la espada de las manos. Un puño acorazado se estrelló contra la cara del yelmo de Thorrik, que retrocedió un paso, tambaleándose, y perdió pie al pisar los cadáveres que sembraban el suelo. Con una maldición, el enano cayó hacia atrás, y los pieles verdes arremetieron.

Grunwald oyó la salmodia del chamán piel verde, y se tensó en espera de cualquier horror que pudiera lanzar contra ellos. Necesitaban un milagro



para vencer contra aquellos enemigos, e incluso para sobrevivir, pensó.

—¡Sigmar, dame fuerzas! —gritó alguien, y Annaliese se situó ante la tumbada figura de Thorrik, con el martillo sujeto en alto con ambas manos. La voz del chamán vaciló y se perdió en una farfullada maldición. Annaliese estrelló su arma contra el primer orco que apareció ante ella, haciéndolo retroceder con un grito estrangulado. Se le partieron los huesos, y de la mortal herida ascendió olor a carne quemada. Grunwald creyó ver por un momento un relumbrante halo de luz en torno a la mujer guerrera, pero cuando parpadeó, dejó de verlo.

Los orcos retrocedieron en semicírculo ante aquella furia guerrera, y con un grito la muchacha se plantó entre ellos, blandiendo el martillo a dos manos. El arma silbó a través del aire, y al apartar a un lado un tosco escudo de madera, partió el brazo que lo sujetaba.

Los caballeros del Sol Ardiente apartaron a la joven y se pusieron a asestar tajos con sus espadas, claramente inspirados y llenos de reverencia ante el intrépido ataque de ella. Karl iba en cabeza, tras haber recogido un arma caída, y desviaba diestramente los tajos dirigidos hacia la muchacha para protegerla de todo mal. Eldanair se había situado al otro lado de ella, con una larga espada fina de diseño elfo en una mano, cuya punta iba de un lado a otro a tal velocidad que se transformaba en un borrón.

Con diestros espadachines protegiéndole ambos flancos, Annaliese continuó adelante, alzando su martillo y descargando golpes con él, destrozando huesos y partiendo espadas.

—¡Por Sigmar! —rugió, al hacer pedazos el cráneo de un goblin que dio media vuelta para huir, y cuya cabeza se abrió como una fruta madura y lo salpicó todo de sangre y sesos. La sangre goteaba de la cabeza del martillo de la muchacha, y le salpicaba las mejillas y la frente. Cuando antes la expresión de su rostro había sido serena, ahora constituía una visión de legítima cólera.

La furia y agresividad de Annaliese se agotaron pronto, y ella se desplomó, exhausta, sin fuerzas, pero el daño ya estaba hecho. Los pieles verdes retrocedían ante los vengativos caballeros, mientras que Karl y Eldanair se mantenían, protectores, cerca de la muchacha que estaba arrodillada en el suelo, con los ojos cerrados y las mejillas pálidas.

Orcos y goblins fueron aniquilados despiadadamente, y fue Grunwald quien acabó a golpes con la vida del pequeño brujo goblin encorvado, al que primero le partió las piernas y luego el cuello con un último, salvaje golpe. A continuación cortó la pálida lengua purpúrea de la fétida boca de la criatura, para que ni siquiera en la muerte pudiera entonar ninguno de sus viles encantamientos, y le prendió fuego al cadáver con el fin de que no quedaran más que cenizas para recordar su muerte.

\* \* \*

Tres horas más tarde, los guerreros, agotados por las batallas, salieron con paso tambaleante de la mina a la fría noche despejada. El plateado disco convexo de Mannslieb brillaba con fuerza en el cielo, y se le superponía la más pequeña luna verdosa de mal augurio, Morrslieb. Ese relumbrante disco verde parecía rodeado por lejanas llamas de color verde azulado, y Grunwald hizo la señal de Sigmar para protegerse de sus maléficos efectos.

Quedaba sólo una veintena de los caballeros de Karl, pues los otros se habían perdido en la oscuridad de pesadilla de la mina de enanos abandonada. Y todos los supervivientes tenían heridas de diferente consideración. De hecho, nadie había escapado ileso. Annaliese tenía varios cortes sangrantes, incluida una profunda herida en la mejilla izquierda. Eldanair llevaba un vendaje en el brazo izquierdo, donde una espada de hoja curva le había perforado el bíceps, y el hombro de Karl sangraba profusamente debajo de la brecha abollada que tenía en la hombrera. Incluso Thorrik había sufrido heridas donde el enemigo había hallado rendijas en la casi impenetrable armadura que llevaba. A Grunwald aún le zumbaban los oídos, y le temblaban las piernas al caminar, cuando salió a la noche.

Avanzaron por el suelo cubierto de nieve, mientras los azotaba un viento gélido que rugía por el inmenso valle Kadrin, tendido ante ellos.

Decenas de miles de hogueras ardían en la noche: un ejército de pieles verdes de unas dimensiones que escapaban a la comprensión. Y a pesar de eso, si la información de los enanos era correcta, y Grunwald no tenía

ninguna razón para dudarlo, aquello no era más que una fracción del inmenso ejército destructivo que se acercaba cada vez más al Imperio.

A lo lejos rugía la batalla, aunque la medianoche ya había pasado hacía mucho, y las lunas descendían hacia el horizonte. El inmenso puente que llevaba hasta las imponentes puertas de la Fortaleza Kactrin, a través de un vasto precipicio hervía de cuerpos diminutas figuras que se movían en la distancia. Manaba fuego de cañones colocados en la pared del precipicio, y gigantescas bestias aladas, acorazadas de escamas verdes, volaban en círculos por el cielo. Mientras observaban en silencio una gigantesca máquina de asedio hecha de madera que tenía la tosca representación de la cabeza de un dios piel verde en lo alto cayó del puente para precipitarse hacia la oscuridad del abismo, con llamas ardiendo en un costado. Cientos de figuras oscuras cayeron con ella hacía las tinieblas, y entre los defensores enanos estalló una aclamación.

Miles de guerreros luchaban unos contra otros, las líneas avanzaban y retrocedían, y centenares estarían muriendo a cada minuto que pasaba. ¿Habían estado luchando sin descanso desde que ellos habían descendido a las minas? Grunwald suponía que sí.

Los brazos de onagros de escala descomunal salían disparados hacia delante, impulsados por gigantescos contrapesos de piedra tallada, para lanzar rocas encendidas con verde fuego brujo hacia la fortaleza de los enanos. Se hacían pedazos contra la ladera de la montaña y rociaban a los que estaban abajo con ardientes esquirlas.

Al otro lado del puente se veía un grupo aislado de unos mil enanos que luchaban en formación de cuadro. Al observar, vieron que la formación avanzaba poco a poco hacia las máquinas de guerra del enemigo.

Pero los adversarios que formaban contra ellos parecían realmente innumerables. Cuando los caballeros le volvieron la espalda a la zona de épica batalla, Grunwald aún no entendía cómo los enanos podían mantener a raya a un enemigo semejante. Karak-Kadrin caería, y el paso del Pico quedaría en manos de las hordas pieles verdes. Y si no estaban los enanos para impedirles el avance, las tribus salvajes caerían sobre el Imperio, matando y destrozando todo lo que hallaran a su paso. No habían ido en busca de tierras ni de comida, ni siquiera por los despojos de guerra. Habían

ido a destruir, impulsadas por la urgencia de matar y mutilar, de derruir las ciudades y pueblos civilizados y borrar a la humanidad de la faz del mundo.

El cazador de brujas percibió la tensión y cólera de Thorrik, y posó una mano sobre un hombro pesadamente acorazado del rompehierros.

—Vamos —indicó al fin—. Debemos entrar rápidamente en el Imperio.

—Kadrin no caerá, humano —dijo Thorrik, como si leyera la mente del cazador de brujas. No obstante, el tono de la voz no era de convicción, y a Grunwald lo conmovió captar el sonido de la duda en la voz del resuelto enano.

—Rezo para que tengas razón, por el bien de todos nosotros —replicó Grunwald.

—Si Kadrin cae, anunciará el fin de los enanos —continuo Thorrik.

—El fin de todos nosotros —añadió Grunwald.

Ambos le volvieron la espalda a la guerra que se libraba dentro del valle Kadrin. Marcharon hacia el este, en dirección a la aurora que comenzaba a clarear el cielo, y a los territorios del imperio.

# DIECISIETE

Cuando llevaban tres horas de marcha desde que habían salido de Karak Kadrin, Eldanair avistó a los primeros de sus perseguidores. El elfo estaba erguido en toda su alta estatura sobre un promontorio de roca, silencioso y melancólico centinela que tenía la vista fija en el oeste. Había llegado la aurora para bañar el territorio con una luz fría, y por las laderas de la montaña ascendía un viento gélido que hacía volar sus largos cabellos de ébano en torno a la cabeza, para formar un halo.

Poco crecía sobre los afilados peñascos del valle, salvo hierba dura pegada al suelo y arbustos espinosos; había pocos sitios donde ocultarse. Eldanair observó con ojos entrecerrados cómo los pieles verdes descendían con cuidado por una resbaladiza cuesta de esquisto, un sendero traicioneramente cercano a una caída vertical por el que ellos mismos habían descendido apenas una hora antes.

El elfo maldijo al ver que los pieles verdes acortaban distancias, y que eran demasiados como para poder vencerlos en batalla. Un flaco goblin que hacía las veces de explorador y conducía al grupo, llevaba envueltas en torno a una mano dos cadenas de las que tiraban un par de bestias bulbosas. Eran similares a las criaturas de mandíbula descomunal que habían lanzado contra la máquina de vapor de los enanos en las profundidades del subsuelo, pues eran poco más que bolas de músculos dominadas por babeantes fauces enormes, con un par de patas cortas y fuertes que les proporcionaban locomoción. Estos monstruos parecían tener grandes rendijas a modo de fosas nasales con las que olfateaban el suelo, sin duda para seguir el rastro de las presas que perseguían.

Detrás de este goblin y sus mascotas iban otros pieles verdes, una abigarrada colección de orcos y goblins, ya que Eldanair podía distinguir más de cincuenta figuras que bajaban con cuidado por la traicionera cuesta. Mientras observaba, uno de ellos, un corpulento orco gigante de brazos desnudos que llevaba una gorra de pieles, perdió pie sobre el esquisto suelto y resbaló hacia el precipicio. Logró detenerse al aferrar un afilado afloramiento de roca antes de caer, y quedó con las piernas colgando sobre la caída de trescientos metros.

Ninguna de las otras criaturas fue a ayudarlo, pero, al parecer, el incidente les resultó tremendamente divertido, pues se dieron palmadas en las piernas mientras su cuerpo se estremecía de grosera risa. El orco logró izarse y ponerse de pie en suelo firme, para luego golpearle la cabeza a un orco más pequeño con un carnoso puño, antes de lanzar por el borde del precipicio a un goblin que aún reía. La figura que agitaba piernas y brazos desapareció en la niebla que se adhería a la falda de la montaña.

Negras aves carroñeras volaban en círculos y planeaban en el aire por encima de los pieles verdes, dejándose llevar por los vientos que los escarpados peñascos obligaban a ascender. Estaba claro que seguían a los orcos, sabedores de que les proporcionarían un banquete de muerte. Eldanair contemplaba a estas aves con ojos fríos. Y por un momento oyó los estridentes graznidos que los vientos llevaron hasta sus sensibles oídos.

De un grácil salto bajó del promontorio rocoso y cayó suavemente de pie sobre la nieve, con el arco en las manos.

Mediante gestos de las manos y acciones silenciosas el elfo le transmitió a Annaliese el número de enemigos que los seguían, y con cierta dificultad y creciente frustración logró hacerle entender que se encontraban a una hora de distancia, detrás de ellos. La muchacha asintió con la cabeza y les repitió la información a los demás.

—Yo digo que les hagamos frente y luchemos —gruñó Thorrik, y aunque Eldanair no entendió las toscas palabras comprendió el significado—. No huiré de la batalla como un elfo.

Se organizó una discusión y se dijeron palabras fuertes entre los humanos, mientras el enano hablaba con frases bruscas, cortas y malhumoradas. Al fin el grupo volvió a ponerse en movimiento, pero el

enano parecía enojado y descontento con la situación. Eldanair le lanzó una mirada ceñuda al pequeño guerrero, con el desdén claramente visible en su rostro.

El enano dijo algo cortante y brutal al pasar ante el elfo con pesados pasos, mientras sus ojos destellaban dentro del yelmo que le cubría completamente la cara. Eldanair le espetó una contestación en su propio idioma, con palabras de sonido mordaz y arrogante que hicieron que el enano se volviera contra él al tiempo que alzaba el hacha. Eldanair mantuvo la mirada fija en el ceñudo guerrero, con una flecha cargada en el arco. El enano avanzó un paso hacia él y el arco ascendió, con la cuerda tensa.

Muy bien podría haberse derramado sangre en ese momento, pero Annaliese se interpuso entre ambos y comenzó a hablar rápidamente, con palabras cargadas de enojo. El enano dio media vuelta con un gruñido, y se alejó del elfo con pesados pasos. Annaliese le dirigió a Eldanair una mirada de reproche, y a continuación también ella dio media vuelta y continuó avanzando por el sendero.

Los ojos del elfo se entrecerraron mientras observaba alejarse la figura de Thorrik que marchaba pesadamente por la nieve. Irguió la cabeza y comenzó a retroceder en la dirección por la que orcos y goblins se aproximaban a la base del sendero de esquisto que habían dejado atrás.

—¿Adónde va ahora? —preguntó Karl, contemplando la alta figura del elfo que se alejaba, y Grunwald se encogió de hombros.

—Probablemente a cubrir nuestro rastro, o algo parecido —replicó.

—Ese personaje me hiela la sangre —dijo el \_preceptor—. La forma en que sigue los pasos de la muchacha. No es natural.

Grunwald volvió a encogerse de hombros. El caballero contemplaba a Annaliese que avanzaba con cuidado por el escarpado terreno, ante ellos. Su cabello brillaba con fuerza en la luz del sol naciente.

—Aunque ella es una belleza, ¿verdad? —dijo Karl, con los ojos fijos en la figura de la muchacha.

Grunwald se limitó a gruñir a modo de respuesta.

En el rostro apuesto y sin arrugas del caballero, apareció una ancha sonrisa. ¡Qué diferente era ese rostro del suyo propio!, pensó Grunwald,

mientras se rascaba ociosamente la mandíbula llena de cicatrices y con la barba crecida.

—El aire de la montaña, una mujer hermosa a mi lado... En circunstancias diferentes, este habría podido ser un viaje agradable —comentó el caballero.

—Ella no es vuestra mujer, Karl —señaló Grunwald.

—Aún no —replicó el caballero, con un guiño lascivo que hizo que el cazador de brujas soltara un bufido.

—Os deseo buena suerte en eso —dijo Grunwald—. No llegará a nada.

—Me subestimáis, amigo mío. Mujeres de todo lo largo y ancho del Imperio se regocijan cuando llego a sus poblados y ciudades y lloran ríos de lágrimas cuando me marchó. Mis habilidades en el tálamo son legendarias.

—Leyenda propagada por vos, sin duda —dijo Grunwald, riendo mientras sacudía la cabeza. El caballero le dedicó una mirada fingidamente herida.

—Ya veremos —replicó, con los ojos brillantes de pasión.

El grupo continuó marchando durante la mayor parte del día, descendiendo cada vez más por el serpenteante camino a medida que el valle comenzaba a ensancharse ante ellos. Eldanair regresó algunas horas más tarde, silencioso y fantasmal, y Annaliese les explicó que había estado tendiendo algún tipo de trampas para los perseguidores. Fueron testigos auditivos del funcionamiento de una de esas trampas en el momento en que el sol comenzaba a descender hacia las montañas que tenían detrás, un estruendo de piedras y un grito estrangulado, aunque ignoraban qué clase de trampa había erigido el elfo.

Continuaron avanzando cuando ya había caído la noche y todos pudieron ver señales de sus perseguidores unas brillantes antorchas que llameaban en la oscuridad seguían inequívocamente el mismo camino que ellos, a pesar de todos los esfuerzos hechos por Eldanair para desviarlos del rastro.

Mientras caminaban, comieron la dura carne salada que les exigía masticar mucho, pero era un alimento que extrañamente, saciaba. Ninguno de ellos se sintió tranquilo con el paso de las horas. El aire era gélido, y avanzaban trabajosamente a través de una nevisca que hacía que cada paso



fuese un trabajoso suplicio. Al fin, la tormenta paso de largo y pudieron ver otra vez las estrellas, millones de diminutas luces que cribaban el firmamento.

El enemigo continuaba tras ellos, y en todo caso parecía estar acercándose.

—¿Es que no necesitan descansar, como nosotros? —refunfuño uno de los guerreros de Karl. Los caballeros retrasaban al grupo, porque las pesadas armaduras eran más un estorbo que una ayuda en la larga marcha. No obstante ni uno solo de ellos habría considerado siquiera la posibilidad de quitarse la armadura y abandonarla, y nadie mencionó la idea.

Cuando la primera luz del alba comenzó a inundar el cielo, estaban cansados y doloridos. Se detuvieron para hacer un breve descanso, se sentaron, agradecidos, sobre rocas y se pasaron unos a otros pellejos de agua.

—¿Dónde está el elfo? —preguntó Karl, y los demás miraron en torno y se dieron cuenta de que no se lo veía por ninguna parte. Annaliese frunció el ceño y se puso de pie, para rotar sobre sí hasta completar el giro, con la preocupación evidente en el rostro.

—Nunca se sabe, con uno de ellos —replicó Thorrik—. Probablemente nos ha abandonado a nuestra suerte para huir.

—Él no nos abandonaría —dijo Annaliese, acaloradamente.

—Yo no lo descartaría, en su caso —insistió el enano, como al descuido—. Son de naturaleza engañosa. No tienen ninguna comprensión de lo que es el honor los elfos.

—Thorrik, controla tu lengua —dijo el cazador de brujas, mientras Annaliese miraba al enano con ojos coléricos y ceño fruncido. El rompehierros se limitó a encogerse de hombros.

—Estoy seguro de que se encuentra bien —le dijo Grunwald a la muchacha—. Y no nos conviene esperar aquí su regreso. Debemos continuar.

Cuando el grupo reanudó la marcha, Grunwald se situó junto a Karl.

—¿Pensáis realmente que el elfo va a regresar? —preguntó el caballero—. Creo que hay algo de verdad en lo que ha dicho el enano, ¿sabéis?

Grunwald alzó la mirada hacia el caballero.

—Regresará.

—¿Tan seguro estáis?

Grunwald suspiró.

—Si estuviéramos sólo vos, yo, vuestros caballeros y el enano, no, creo que no regresaría. Pero no abandonaré a Annaliese.

Durante algunos minutos caminaron en silencio. Al mirar al caballero, Grunwald vio que su expresión era sombría.

¿Dónde estaba el elfo?

\* \* \*

Eldanair se encontraba agachado detrás de las rocas, casi invisible en la oscuridad. La expresión del rostro era dura mientras escuchaba los sonidos de los perseguidores que se acercaban. Al final, se levantó y apuntó con rapidez.

La primera flecha atravesó el ojo izquierdo de la inmundicia bestia que llevaba el goblin, y que cayó pesadamente al suelo, agitando las gruesas patas cortas.

Las criaturas parecían capaces de seguir un rastro del mismo modo que los sabuesos, pues sus fosas nasales se dilataban al olfatear el suelo. Por mucho que el elfo hiciera para disimular el rastro, aquellas criaturas conducían a los pieles verdes de modo infalible, así que tenían que morir.

El goblin lanzó un fuerte chillido y soltó la cadena de la otra criatura, que comenzó a ascender a saltos hacia Eldanair, con la mandíbula inferior colgando y las fauces muy abiertas al lanzar un rugido gutural.

El goblin volvió a chillar, sin duda para pedir ayuda, y disparó una flecha hacia el elfo con su arco corto. Eldanair ni se inmutó cuando la flecha se hizo pedazos contra las rocas, a sus pies. Apuntó con cuidado y disparó por segunda vez. La flecha se clavó en una mejilla de la voraz bestia que ascendía a saltos por las rocas, pero eso no ralentizó su frenética carrera.

Disparó otra flecha que pasó entre las separadas mandíbulas y atravesó el fondo de la cavernosa boca. El monstruo continuó adelante, y otra flecha

silbó por el aire en dirección a Eldanair. El elfo se inclinó hacia un lado y el proyectil pasó zumbando junto a su oído. Aparecieron un par de orcos de pesada constitución que bajaron pesadamente por la senda hacia el goblin, rugiendo y bramando al ver al elfo.

Una última flecha se clavó en la bulbosa cabeza de la criatura que saltaba de roca en roca hacia Eldanair, aunque tampoco logró enlentecer a la criatura sedienta de sangre. Eldanair desenvainó la espada de larga hoja y esperó a que el monstruo saltara. Chorreándole saliva de la enorme boca abierta, la criatura flexionó las patas y se impulsó hacia él, con miles de curvos dientes a la vista dentro de la dilatada boca. Hasta la nariz del elfo llegó hedor de carne rancia y de algo que olía a hongos podridos, y estuvo a punto de provocarle una arcada. Cuando la criatura le lanzó una dentellada, él le abrió un largo tajo en el pellejo.

La bestia volvió a flexionar las patas y se le lanzó al cuello. Eldanair dio un preciso paso hacia un lado y le abrió una profunda herida en un costado al monstruo cuando pasó de largo. Gruñendo y ladrando enloquecidamente como un sabueso, las mandíbulas le lanzaron una dentellada al largo cabello negro que pasó volando sobre el vacío. Durante un momento, la bestia pareció quedar suspendida en el espacio abierto, pataleando enloquecidamente, antes de precipitarse por una caída de sesenta metros hacia la oscuridad, sin dejar de gruñir y ladrar.

Se oyó un angustiado alarido de odio, y Eldanair sintió un agudo dolor en el cuello al pasar una flecha de largo y dejarle una herida dolorosa. Hizo una mueca al sentir que le corría sangre caliente por la piel, y se alejó de los orcos que iban hacia él, saltando con ligereza de una a otra roca.

Rodeó una roca enorme y saltó por encima de un claro de nieve intacta que medía unos dos metros. Cayó en voltereta, y al levantarse sobre una rodilla giró sobre sí, con una flecha encajada en la cuerda del arco. Cuando los orcos aparecieron por detrás de la roca, disparó y la flecha se clavó en el pecho del primero de ellos, que sin pensarlo siquiera se la arrancó, la arrojó a un lado, y, con un rugido, se lanzó hacia el elfo con su arma en alto.

Los dos orcos cargaron, pero de repente el suelo cedió bajo sus pies. Con gran cuidado, Eldanair había construido una ligera plataforma de tojo y palitos, antes de cubrirla con grama y nieve. Los orcos bramaron cuando su

peso hundió la endeble estructura, y cayeron para desaparecer en la oscuridad. Cuatro segundos más tarde se oyó un distante estruendo metálico cuando los cuerpos impactaron sobre las afiladas rocas del fondo.

Eldanair echó a correr otra vez por el suelo nevado, como una fantasmal aparición que atormentó a los pieles verdes durante el resto de la noche. Varios más murieron en sus trampas y lazos astutamente preparados. Tropezar con una oculta cuerda de bramante hacía que una rama verde que tenía atadas afiladas estacas de madera saliera disparada para estrellarse contra el pecho de un orco. Dos horas más tarde, otros varios murieron cuando Eldanair hizo que una avalancha de rocas cayera sobre ellos, cosa que obligó a los supervivientes a buscar una ruta alternativa.

Una hora antes del amanecer, Eldanair mató a otros dos al surgir de debajo de la nieve para disparar una andanada de flechas contra ellos, y huir otra vez cuando los supervivientes cargaron contra él. Pero ahora se mostraban más cautelosos, y rápidamente dejaban de perseguirlo.

No obstante, estos ataques no estaban exentos de riesgo, y al amanecer regresó cojeando junto a sus compañeros, con una flecha de negras Plumas profundamente clavada en un costado.

—¡Eldanair! —gritó Annaliese al avistar al elfo, y corrió hacia él a tiempo de atrapar al exhausto compañero en sus brazos. Lo obligó a sentarse, y le retiró la ropa en torno a la herida. El elfo vio que el joven caballero humano fruncía el ceño. La herida era fea y roja, y Annaliese la lavó con agua para limpiar la sangre de la piel.

Se la habría arrancado él mismo, pero los goblins usaban flechas con puntas hacia atrás que le habría desgarrado la piel si hubiera intentado retirarlas. Sin duda, era por eso que discutían los humanos mientras miraban la herida. Uno de ellos, el bruto feo vestido de negro al que llamaban Grunwald, hizo un gesto de empujar.

—Sí —dijo Eldanair en el idioma de los elfos, al tiempo que asentía con la cabeza, mirando al hombre. El humano, al entenderle, le respondió con un gesto de asentimiento y le ofreció un trozo de cuero para que lo mordiera. El elfo miró la tira de cuero con desprecio, y negó con la cabeza. Grunwald se encogió de hombros mientras se quitaba el sombrero, y se pasó el dorso de una mano por la frente.

El cazador de brujas posó una mano sobre el hombro del elfo, y con la otra aferró firmemente el asta de la flecha de negras plumas. Sin ceremonia alguna, empujó la flecha con fuerza para clavarla más en el cuerpo del elfo. Manó abundante sangre de la herida, y el rostro de Annaliese palideció. Eldanair hizo una mueca a causa del dolor, pero no gritó. Grunwald empujó con fuerza, y al fin el extremo con crueles puntas inversas salió por la espalda. El cazador de brujas saco con rapidez la flecha del cuerpo del elfo, rodeando la punta con una mano y tirando hasta sacar toda el asta por la herida.

Eldanair perdió brevemente el conocimiento, y aprovecharon ese tiempo para limpiar la herida lo mejor posible, y vendarla con un paño. Al despertar, sorbió entre los dientes de dolor y palpó el vendaje con sus largos dedos pálidos. Asintió con la cabeza para dar las gracias, se puso de pie y mediante gestos indicó que estaba preparado para continuar.

*Era más duro de lo que parecía, pensó Grunwald.*

\* \* \*

Durante un tiempo pareció que habían dejado atrás a los perseguidores, y el grupo comenzó a pensar que por fin podían continuar con tranquilidad. Se aproximaban a los territorios del Imperio, el suelo se hacía cada vez mas horizontal, y dejaban tras de sí las altas montañas. Aun recorrían tierras altas y el viento era gélido, pero veían que el paisaje comenzaba a cambiar. Los árboles, aunque pequeños y resistentes, eran ya más frecuentes, y el grupo se sentía casi alegre. Sin embargo, llevaban días sin dormir, y la extenuante carrera por las montañas estaba pasándoles factura. Un caballero estuvo a punto de pisar en falso y caer por un precipicio, y hubo que rescatarlo del borde, con el rostro ceniciento. Ni siquiera se había dado cuenta del peligro.

—Es necesario que busquemos un sitio donde descansar —dijo Karl, que dio voz al agotamiento del grupo.

—Ahí, encima de la pared de roca —dijo Thorrik, al tiempo que señalaba. Había una serie de sólidos salientes situados a unos cien metros en lo alto de una cuesta cubierta de piedras movedizas—. Allí podría haber cuevas —comento—. O al menos protección contra el viento.

—Allí arriba no tenemos ninguna ruta de escape —dijo Karl—. Estaremos de espaldas contra la pared cuando el enemigo nos ataque. —Thorrik agitó una mano para indicar que no le importaba.

—Ya me he cansado de huir —dijo—. Es mejor estar caliente y descansado y enfrentarse con el enemigo, que continuar adelante y estar demasiado débil para levantar una espada cuando llegue.

—Pensaba que los enanos erais un pueblo resistente —dijo Karl, cosa que hizo que el ceño fruncido de Thorrik se ahondara.

—Yo podría continuar la marcha durante una semana, en caso necesario —declaró el enano—, pero no creo que ninguno de vosotros, barbasnuevas, aguantara una hora más.

Lo que decía el enano era cierto, y Grunwald lo sabía.

—Creo que el enano dice la verdad —declaró.

Annaliese asintió con la cabeza, demasiado cansada como para hablar. Finalmente, Karl también asintió para dar su consentimiento, y el enano abrió la marcha cuesta arriba, estudiando con atención la pared rocosa.

—Cabe esperar que haya cuevas por allí —dijo, señalando un poco más adelante, en torno al risco. Grunwald confiaba en él, ya que el enano, ciertamente, parecía tener una profunda comprensión de las montañas y las rocas.

Estaba agotado casi hasta lo indecible, y en ese momento prácticamente no le importaba si los pieles verdes aun los perseguían; en lo único que podía pensar era en descansar.

Eldanair, que se sujetaba la herida del costado y hacía muecas de dolor, poso una mano sobre un hombro de Grunwald. El cazador de brujas vio una mancha oscura en la blusa del elfo, porque la sangre de la herida había empapado el vendaje y traspasado, pero no fue hacia esto que el elfo le llamó la atención. Alzo la mano libre para señalar a lo lejos, detrás de ellos.

Desde allí se podía ver con claridad a los perseguidores, que continuaban tenazmente tras su rastro. Grunwald maldijo.

Siguieron ascendiendo por la cuesta hasta llegar a una pared saliente de roca que se inclinaba por encima de ellos y les proporcionaba una módica protección. Thorrik aún estaba convencido de que habría cuevas un poco más adelante, así que continuaron rodeando la cara del risco, sin dejar de vigilar la aproximación de los pieles verdes.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó Annaliese, que estaba ojerosa.

—Con casi total seguridad —replicó Grunwald. Los reflejos del sol poniente sobre la armadura de los caballeros se verían desde kilómetros de distancia tan rojos como sangre fresca.

—¡Ah! —se oyó que decía Thorrik, con voz cargada de satisfacción. Se había detenido ante la abierta boca de una cueva cuyo interior era oscuro y amplio. Por ella salió bruscamente una bandada de pequeños murciélagos. Los días se habían fundido en una sola marcha de pesadilla, y Grunwald se dejó caer al suelo más cansado que nunca en su vida.

Eldanair dijo algo breve mientras contemplaba la cueva con desconfianza y olía el aire. Del interior manaba un hedor débil, algo casi imperceptible. Tal vez era carne podrida, pensó Grunwald. Sí, eso era; probablemente la cueva había sido refugio de animales salvajes; lobos, o un oso.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó a Karl.

—Dos horas antes de que nos den alcance, diría yo —replicó el preceptor.

—Despertadme cuando lleguen —dijo Grunwald, y se quedó inmediatamente dormido sobre una roca.

Estaba oscuro cuando lo sacudieron para despertarlo. Vio la cara de Annaliese inclinada sobre él.

—¿Ya llegan? —preguntó, y la muchacha asintió con la cabeza. Parecía decidida y preparada para la batalla, a pesar de que estaba exhausta.

Desperezó los doloridos y cansados músculos al ponerse de pie. Vio a Karl, que tenía la mirada fija en el valle de abajo, y se reunió con el caballero.

—¿Habéis descansado algo? —preguntó.

—Un poco —replicó el preceptor. Tenía la piel demacrada, pálida; en realidad, tenía que haber constituido una agonía marchar con toda la armadura puesta, herido como estaba.

—Bien, ¿cuál es el plan? —preguntó.

—¿El plan? Los rechazamos aquí, o morimos —replicó el preceptor, con voz carente de emoción a causa del agotamiento.

—Es un buen plan —replicó Grunwald, cosa que obtuvo una sonrisa cansada como respuesta. Esperaron durante media hora, mientras los enemigos se reunían abajo. Eran casi sesenta, una fuerza que tenían pocas esperanzas de vencer, así que el humor reinante era lóbrego.

Annaliese fue a reunirse con ellos mientras observaban los preparativos de los orcos.

—Tengo el estómago revuelto —admitió la muchacha.

—Las horas inmediatamente previas a la batalla son siempre las peores —asintió Karl, que le dedicó una sonrisa—. La cosa llega hasta el punto en que uno desea que ataquen de una vez para acabar con la espera. Es algo que nunca deja de suceder, por muchas batallas que uno libre. Quedaos conmigo y estaréis bien.

—Sé que estaré bien —respondió Annaliese, con convicción—. Tengo fe. Sigmar no me conduciría al norte sólo para hacerme morir en una montaña cubierta de nieve.

—Los caminos de los dioses son misteriosos —dijo Grunwald.

—Tal vez debería ser yo quien se quedara cerca de vos —dijo Karl, al tiempo que le hacía un guiño a la muchacha—. Tal vez vuestro dios me protegerá también a mí.

—Hacedlo —respondió la muchacha, mientras se ponía de pie—. Yo os protegeré.

Karl rio y le hizo un guiño a Grunwald a espaldas de Annaliese, para luego silbar entre los dientes al alejarse ella.

—Dioses del cielo, vaya una mujer —dijo.

\* \* \*

Pasó prácticamente una hora antes de que llegaran los últimos orcos y goblins, y el destacamento estuviera preparado para la batalla. Ahora había



casi un centenar de ellos reunidos en la meseta rocosa de abajo. El más grande de los orcos estaba claramente disgustado a causa de la demora, y sus bramidos y rugidos resonaban y ascendían por la cuesta, junto con entrechocar de armas y gemidos de dolor cuando mataba al objeto de su cólera y lo arrojaba a la enorme hoguera que habían encendido los orcos.

—Tal vez se matarán entre sí y se olvidarán de nosotros —aventuró Karl.

Cuando llegaron, hubo poca advertencia. Los tambores comenzaron a atronar por las montañas, y toda la hueste de pieles verdes lanzó un grito de guerra antes de ascender corriendo la ladera sembrada de rocas. En la acometida no había estrategia ninguna, y se limitaron a atacar en una sola oleada demoledora. Había poca necesidad de estrategia: «cargarán ladera arriba, algunos morirán, y entonces nos asesinarán a todos», pensó Grunwald.

Pero maldito si no les hacía pagar un alto precio por su vida a los bastardos pieles verdes.

—Sigmas, dame la fuerza para matar en tu nombre —susurró para sí mismo, y deseó que su fe fuera tan fuerte como parecía serlo la de Annaliese.

Prestó atención para ver si oía alguna respuesta del dios, algún signo que le indicara que sus palabras habían sido oídas: un destello de luz, una calidez en el corazón, un cometa, cualquier cosa. Pero no hubo nada, sólo el salvaje rugido de los enemigos que cargaban a través de la noche, con la intención de matarlos.

Había comenzado una larga noche de derramamiento de sangre.

## DIECIOCHO

Por instrucción de Karl se habían colocado docenas de teas encendidas en torno al perímetro de la boca de la cueva, donde se mantenían verticales gracias a pilas de rocas. Habían hecho rodar piedras y rocas más grandes para transportarlas con el fin de formar un tosco muro arqueado, y fue detrás de él que los caballeros se prepararon para resistir.

Annaliese se encontraba en el ápice de la posición defensiva, erguida, con el martillo preparado en las manos y el elfo a su lado. Cuando los pieles verdes comenzaron a subir corriendo por la empinada cuesta, Eldanair trepó trabajosamente sobre las rocas y comenzó a disparar sus flechas de blancas plumas que hendían la oscuridad.

Thorrik se erguía sobre el muro de piedra, desde donde les lanzaba insultos en khazalid a los enemigos que se aproximaban, con palabras mordaces y cargadas de odio. Parecía impasible ante el enorme número de enemigos, y Grunwald se preguntó si no estaría buscando una muerte noble en batalla. Él mismo no pensaba que hubiera nada noble en la muerte, con independencia de cómo sobreviniera. La muerte era frío y suciedad llenos de dolor y pesar.

¿Una muerte heroica en batalla? La idea casi le daba risa. Sonaba bien en los grandiosos discursos de los comandantes y líderes de hombres, y cuando uno estaba rodeado de amigos y familiares, con una cerveza en la mano, lejos de los verdaderos estragos de la guerra. La muerte no era noble. Nadie que hubiera oído las consecuencias de la muerte, el hedor a sangre y heces, a carne y sesos derramados, podía decir que había algo de noble en ella. Nadie que hubiera oído los alaridos de un hombre que tardaba tres días en

morir de una herida en las entrañas, o las aterrorizadas súplicas de un soldado que le rogaba al cirujano que no le amputara las piernas, podía pensar que había algo glorioso en la batalla.

Y sin embargo, allí estaba él, con las saetas de la ballesta apiladas en el suelo a su lado para poder cargar con facilidad, aguardando su propia «gloriosa» muerte en batalla contra enemigos innumerables. Se encontraba de pie detrás de las rocas bajas desde donde comenzó a disparar contra la masa de pieles verdes, y el primer proyectil se clavó en el hombro de uno de ellos. Bajó velozmente una mano para recoger otra saeta. Si no se producía un milagro, morirían todos allí sin remedio, pero no habría nadie para dejar constancia de sus muertes. No era que Grunwald temiera a la muerte —ni remotamente—, pero no la anhelaba como un último logro grandioso. No, moriría pataleando y bufando, negándose a caer en poder de Morr durante todo el tiempo posible.

Karl caminaba por dentro del perímetro de la tosca muralla defensiva gritando órdenes y alentando a sus hombres con las virtudes y la fuerza de la diosa Myrmidia. Los caballeros se mantenían en pie ceñudos y cansados, en espera de que los enemigos llegaran hasta ellos.

No tuvieron que esperar mucho.

Los primeros orcos murieron cuando trepaban por encima de las rocas, despiadadamente degollados y con las extremidades cercenadas. Thorrik se erguía, resuelto e impertérrito, encima del muro donde el hacha dejaba un círculo de sangre en torno a él al caer sobre los pieles verdes a los que les partía el yelmo y la cabeza al mismo tiempo.

Annaliese invocó a Sigmar cuando un piel verde pasó por encima de las rocas y cayó ante ella con una espada enorme en cada mano. Casi arrancó la cabeza del martillo del mango con el golpe que le propinó al orco, cuyo cráneo quedó reducido a papilla.

Grunwald disparó otra saeta de ballesta contra un enemigo, a corta distancia, e hizo caer de encima de la muralla a un fornido piel verde que aterrizó entre los otros que avanzaban detrás de él. Dejó caer al suelo la negra ballesta de pesada estructura para desenfundar las pistolas y otro orco murió con la cabeza destrozada por una bala de plomo. Otro se lanzó hacia él por la izquierda, y la otra pistola se volvió en esa dirección y detonó,

momento en que la criatura cayó hacia atrás al tiempo que le salía un chorro de sangre por la espalda.

Tras enfundar las pistolas, el cazador de brujas saco la maza con la mano derecha y el cuchillo de cazador con la izquierda. La cara de un orco fue destrozada por un golpe de la primera, y el sonido del metal al partir hueso le pareció repugnante. Eldanair continuaba disparando flechas a corta distancia, y todas se clavaban profundamente en carne verde de grandes músculos; en realidad luchaba con tal gracilidad y elegancia que uno no se habría dado cuenta de que estaba herido de no haber sido por la creciente mancha de sangre de la blusa sobre el lugar en que se le había clavado la flecha la noche anterior.

Un orco enorme, de piel casi negra, rugió al bajar del muro de piedra de un pesado salto, y el suelo se estremeció bajo él. Estaba completamente recubierto, salvo la cara brutal, de gruesas placas metálicas que formaban una armadura, y empuñaba una gigantesca espada dentada en las manos, un arma casi tan alta como la criatura de dos metros de estatura.

Grunwald bramó una advertencia cuando la monstruosa bestia avanzó a grandes zancadas hacia Annaliese, mientras él mismo se esforzaba por defenderse de dos goblins que blandían lanzas y soltaban risillas.

Eldanair, al oír el grito, giró con precisión y disparó una flecha que atravesó la placa metálica que cubría el pecho de la criatura y se clavó profundamente en su cuerpo, cosa que hizo que el monstruo desviara la atención hacia el sin retroceder un solo paso, el elfo volvió a disparar, y la flecha atravesó el metal que protegía la garganta del orco, pero entonces ya lo tuvo encima, blandiendo su arma en un arco letal.

Eldanair se agachó por debajo del arma y se apartó limpiamente a un lado, pero el gigantesco orco previó el movimiento y su puño recubierto de hierro barrió el aire y le asestó en la cabeza un golpe que estuvo a punto de decapitarlo. Salió volando por el aire y fue a estrellarse contra la parte interior del muro de roca, donde se desplomó al sucio, aparentemente sin vida.

—¡Eldanair! —gritó Annaliese, desesperada. Estrelló el martillo contra un costado del brutal yelmo del orco, al que se le partió uno de los cuernos que sobresalían de él, e hizo que la bestia se tambaleara con violencia.

Recupero el equilibrio y se volvió hacia ella gruñendo mientras hacía crujir el cuello girando la cabeza a uno y otro lado.

Era mucho más alto que la muchacha, y cada uno de sus brazos tenía el mismo diámetro que el cuerpo de ella, pero Annaliese se mantuvo desafiante e impertérrita. Con un rugido, se lanzó hacia ella.

Tres figuras acorazadas interceptaron al monstruo cuando Karl y un par de sus caballeros corrieron a cubrir la brecha abierta en las defensas.

Uno de ellos murió al instante cuando la enorme arma del orco penetró a través de su hombro con un rechinar metálico, y la hoja continuo cortando hasta llegar a la cadera. Los dos trozos del caballero cayeron al suelo en medio de un torrente de sangre, en el mismo momento en que Karl clavaba su espada en el pecho del orco, y su camarada descargaba la suya sobre los brazos de la bestia.

Cubierto de sangre, Karl le volvió la espalda al monstruo muerto para ver si Annaliese estaba herida, pero la joven miraba en dirección al caído Eldanair. Su martillo cantó en el aire al lanzarse ella a través de la refriega hacia el elfo. Karl la siguió un paso por detrás, entre juramentos, mientras rechazaba desesperadamente ataques dirigidos contra la muchacha. Estrelló el escudo contra la cara de un orco que caía con una rodilla en tierra en medio de un charco de sangre y con una estocada interceptó el golpe de una cuchilla descomunal que habría matado a Annaliese por detrás.

La muchacha se lanzó al suelo junto al elfo, y le buscó el pulso mientras Karl se apostaba a su lado para defenderla, lanzando estocadas con la destellante espada a cualquier piel verde que se acercara.

Grunwald clavó el cuchillo con una puñalada ascendente en la garganta de otro enemigo, y empujó con todas sus fuerzas para derribar a la agonizante criatura hacia un lado donde cayó pesadamente al suelo. Un puño se estrelló contra su pecho, y vio el destello de una afilada hoja que iba hacia su garganta, pero fue interceptada en el último momento por un hacha.

Tras asentir con la cabeza para darle las gracias a Thorrik, volvió al ataque, que ahora estaba involucionando hasta poco más que una reyerta mortal al saltar por encima de las rocas un número cada vez mayor de pieles

verdes. Quedarían rodeados en cuestión de minutos, y entonces los masacrarían.

—¡Retroceded hasta la cueva! —bramo Karl, y Grunwald se dio cuenta de que también el caballero había visto el peligro.

—Vamos, Annaliese —grito el preceptor.

—¡Está vivo! ¡Debemos llevarlo con nosotros! —le respondió la muchacha a gritos y se puso a intentar arrastrar al elfo para apartarlo de la batalla. Grunwald atravesó la refriega esquivando ataques enemigos para ayudarla. Una espada le abrió un tajo en un hombro y él hizo una mueca de dolor, a la vez que daba un traspié Sin embargo, el golpe que debía rematarlo no llegó, y vio que un caballero pasaba a toda velocidad por su lado y clavaba en la garganta del orco la espada cuya hoja penetraba profundamente. Antes de que pudiera darle las gracias, el caballero fue atravesado por la espalda por una lanza con punta de flecha, y alzado en el aire por la fuerza de su asesino.

Corriendo y dando traspiés, Grunwald atravesó la batalla hasta llegar junto a Annaliese, aferró una de las piernas del elfo y comenzó a arrastrarlo hacia atrás, mientras Karl caminaba de espaldas ante ellos para protegerlos lo mejor posible.

—¡Thorrik! —gritó Grunwald al ver que el enano continuaba batallando furiosamente sobre el muro de piedra—. ¡Te necesitamos!

Karl estaba desviando los golpes dirigidos hacia él con el ya abollado escudo, pero resultaba obvio que el caballero comenzaba a cansarse.

—¡Caballeros del Sol Ardiente! —rugió—. ¡Atrás, a la cueva!

Un golpe que se estrelló contra el escudo lo hizo retroceder un paso, aunque con el tajo de retorno le rebanó la garganta al piel verde, que murió mientras la sangre le manaba a borbotones por la herida.

Y luego Thorrik ya estaba a su lado, contribuyendo con la fuerza de su brazo, y lucharon mientras retrocedían hasta la entrada de la cueva, que era ancha al principio pero se estrechaba bruscamente. Allí opondrían resistencia y combatirían hasta el último.

El eco de los feroces rugidos de los pieles verdes reverberaba dentro de la cueva al rebotar contra las inclinadas paredes naturales.

Tras dejar caer la pierna de Eldanair al suelo, Grunwald volvió de un salto a la lucha. Pero justo cuando una dudosa esperanza de victoria parecía desvanecerse, los orcos comenzaron a retirarse. En sus rostros había miedo, y parecían indecisos e inseguros.

Un piel verde enorme rugió su furia y empujó violentamente a los orcos para que avanzaran, pero ellos se resistían. El jefe orco avanzó en solitario con pesados pasos, y los guerreros lo siguieron con cautela.

Karl y Thorrik salieron a enfrentarse con el orco. El monstruo barrió el aire con un par de descomunales cuchillas, y la fuerza de uno de los golpes hizo caer a Karl de rodillas. Thorrik dirigió un tajo a las piernas del orco, pero el golpe fue desviado y el orco lanzó una patada que derribó al enano de espaldas.

Sonó un disparo y del cañón de una de las pistolas de Grunwald manó humo. El orco retrocedió con paso tambaleante mientras la sangre manaba a borbotones de su cuello, y Karl y Thorrik lo acometieron. Un golpe del jefe orco hizo girar al preceptor sobre sí mismo, pero el hacha de Thorrik fue certera y se clavó en la entrepierna del piel verde. Este rugió su furia y descargó sobre un hombro del enano una de sus armas que deformó el gromril superduro e hizo que el enano cayera con una rodilla en tierra. Tras ponerse bruscamente de pie, el hacha de Thorrik se estrelló contra el mentón del orco. El gigante dio un traspié, y sus guerreros vacilaron.

La espada de Karl se clavó en el pecho del jefe orco, y la enorme bestia cayó. Con un tajo descendente del hacha, Thorrik decapitó a la bestia y alzó la cabeza cortada por encima de la suya propia, al tiempo que le rugía un desafío a la horda de pieles verdes. Su voluntad de lucha estaba quebrantada, así que dieron media vuelta, como uno sólo, y huyeron de la cueva.

Fue entonces cuando Grunwald reparó, una vez más, en el hedor del aire. Al principio había pensado que era carroña podrida, y ciertamente había algo de ese tipo en lo profundo de la oscuridad, pero también había algo más, algo que le creaba desasosiego pero no lograba identificar.

El poder del Caos.

—Hay algo aquí —dijo, y su voz sonó grave y sepulcral en el repentino silencio.

Tan antiguo como las propias montañas, despertó en las profundidades de la cueva, interrumpido su sueño por el sonido del acero contra el acero, los alaridos de los moribundos y el delicioso aroma de la sangre en el aire. En otros tiempos había sido una criatura normal, pero hacía mucho que uno de los grandes dioses del Caos lo había retorcido y corrompido, y también había alterado su naturaleza. Había dormido durante milenios, despertando de vez en cuando para matar y comer. A lo largo de los años se había hecho poderoso y fuerte, y su peludo pellejo era más resistente que el acero.

Sintió la presencia del gran dios alado que le había dado fuerza, y sintió que el poder del Caos era fuerte, mucho más que nunca antes. La larga lengua de la criatura saboreó los ondulantes vientos de la magia, y respiró profundamente para inhalar el rico aroma y llenarse con él los pulmones.

Lo llamaban de muchas maneras; entre los enanos se lo conocía como Dum Thagor, aunque el pueblo de la montaña no tenía registro de que hubiera despertado en incontables siglos, y su existencia había quedado prácticamente olvidada. Antes de la llegada de Sigmar, en los tiempos anteriores al Imperio, los hombres de las tribus de la zona lo habían bautizado como Tefalbar, mientras que para los orcos y goblins no tenía nombre, pero creían que se trataba de un aspecto primigenio de una de sus deidades, y le dejaban ofrendas de cadáveres y oro.

Volvieron a oírse los sonidos de batalla que descendían, resonando, a través de la oscuridad, y la poderosa criatura se levantó sobre descomunales patas rematadas por garras. Los labios de sus enormes fauces se retrajeron para dejar a la vista una temible dentadura, mientras ojos y bocas más pequeñas empujaron a través de la carne del hocico, desgarraron la piel, parpadearon o se abrieron sin emitir sonido alguno antes de volver a fundirse con la carne viviente una vez más. Los ojos propios de la bestia parpadearon, y se vieron sus negros iris ribeteados de oscilante llama azul.

Se irguió sobre las patas traseras y lanzó un rugido ensordecedor que hizo ondular el aire con la energía del cambio. Volvió a dejarse caer sobre las cuatro patas, y comenzó a trepar para enfrentarse a los intrusos, arrancando con las garras grandes trozos de roca de las paredes de la cueva al ascender hacia la superficie.





—En el nombre de Sigmar, ¿qué ha sido eso? —dijo Annaliese, con el semblante pálido, cuando el atroz rugido resonó por la cueva.

—Algo con lo que los pieles verdes temen enfrentarse —replicó Karl, mientras giraba sobre sí con cautela, espada en mano, para mirar hacia la oscuridad que los rodeaba. Los otros caballeros también rotaron precavidamente, lamiéndose los labios con gesto de incertidumbre—. No creo que esta sea la cueva más segura para descansar —añadió el preceptor.

—¿No lo creéis? —le espetó Grunwald.

—¿Cómo está el elfo? —preguntó Karl.

—No está en condiciones de viajar —replicó Annaliese. Eldanair había recobrado el sentido, pero resultaba evidente que no podía ponerse de pie.

—Perfecto —dijo Karl—. ¿Así que, entonces, simplemente nos quedamos aquí sentados y esperamos a que aparezca la bestia del inframundo?

—No dejaré a Eldanair aquí —le espetó Annaliese—, y os degrada el sólo hecho de pensarlo.

Karl tragó con dificultad, pero tuvo la delicadeza de adoptar un aire avergonzado.

—Lo siento —dijo—. El enojo ha hablado por mi boca. Por supuesto que no podemos dejarlo. Pero ¿no podríamos transportarlo?

—Los orcos han establecido campamento abajo —informó uno de los caballeros, al entrar en la cueva—. Tienen apostados centinelas que vigilan la entrada.

—Bueno, creo que eso responde a mi pregunta —dijo Karl.

—¿Has oído alguna vez hablar de alguna bestia que merodee por esta zona? —preguntó Grunwald a Thorrik.

El enano negó con la cabeza.

—Pero yo no conozco esta zona, humano ni conozco sus leyes locales.

—Encendamos una hoguera —sugirió Grunwald—. Si se trata de una bestia natural temera a las llamas.

—No había nada de natural en el sonido de ese rugido —murmuró Karl, pero organizó a sus hombres con rapidez para que hicieran lo que decía el cazador de brujas. Hacer algo era mejor que quedarse simplemente sentado, esperando a que fuera por ellos cualquier cosa que pudiera salir de las profundidades.

Lo olieron antes de verlo. Hedía a carne podrida pero en torno a él había un nauseabundo y sofocante vapor del Caos. El hedor era potente, y todos se levantaron al mismo tiempo de los sitios en que estaban sentados en torno al fuego y sacaron armas. Grunwald sintió que se le contrata el estomago y sabor de bilis en la lengua.

—¡Dioses, que hedor tan atroz! —dijo Karl, al tiempo que escupía, y Grunwald supo que la energía del Caos los estaba arañando a todos. Solo el de entre el grupo, se había enfrentado a menudo con los secuaces de los dioses oscuros y percibido aquella nauseabunda esencia corruptora del Caos —. Puedo sentirlo retorciéndose dentro de mi.

—Decid en voz alta los rezos de vuestra orden —les dijo Grunwald a los caballeros—. Vuestra fe será vuestro escudo.

De inmediato, todos los caballeros comenzaron a recitar una plegaria en el idioma de los hombres del sur del Imperio territorio de origen de la fe de Myrmidia. Garunwald comenzó a decir en voz alta una plegaria dirigida a Sigmar, y Annaliese se le unió y sus voces continuaron rezando juntas. Eldanair estaba claramente angustiado e intento ponerse de pie, pero volvió a desplomarse en el suelo con la frente cubierta de sudor. Solo Thorrik parecía impassible, inmóvil y ceñudo esperando a lo que fuera que se aproximaba.

El aire parecía rielar como si estuviera caliente, pero veían ondulantes formas que se retorcían en la periferia de su campo visual, figuras fantasmales que se lanzaban contra ellos con la boca abierta y las garras desplegadas en el extremo de largas extremidades. Los caballeros se volvían a izquierda y derecha para enfrentarse con estos demonios, pero cuando miraban de frente el sitio en que estaban, no había nada. Inquietantes y etéreas, estas imágenes parecían incapaces de causarles daño porque se convertían en humo cuando tendían las zarpas hacia ellos, aunque en torno de sí oían extraños chillidos como cacareos y risillas.

Los guerreros se reunieron en un círculo alrededor del fuego, mirando hacia fuera, mientras sus ojos iban de un lado a otro para intentar ver con claridad las enloquecedoras imágenes que los rodeaban.

—No son nada —dijo Grunwald, que intentaba no dejarse distraer por las apariciones—. Criaturas de la sombra... no pueden hacernos daño.

Aun así, resultaba imposible no hacer caso de las cambiantes figuras que se retorcían, se volvían borrosas y mutaban justo en la periferia de su campo visual. No obstante, no eran más que meros heraldos de la bestia que salió de las sombras. De hecho, ante sus propios ojos fueron exhaladas más de estas criaturas espirituales como jirones de nube por las fosas nasales de la gigantesca bestia, y volaron a rodear al grupo.

El suelo se estremeció al avanzar la bestia, que se irguió sobre las patas posteriores hasta alcanzar una altura de casi seis metros. Estaba cubierta de espeso pelo negro apelmazado, aunque tenía el vientre pelado, con la piel llena de cicatrices de gélido color azul. Alzó las patas delanteras muy en alto, cada una rematada por largas garras como guadañas, así como por púas óseas y protuberancias brillantes y mortíferas. Puede que su cabeza hubiese sido la de un oso, en otros tiempos, pero había crecido y mutado hasta salirse de toda proporción; lucía púas de hueso negro que le crecían en la frente como una corona, y de la babeante boca le sobresalían enormes colmillos curvos.

Abrió las fauces, que parecían tener un doble juego de articulaciones porque se abrían mucho más que las de cualquier criatura natural, y cuando rugió, el aire rieló ante ellas y los guerreros se tambalearon al recorrerlos la náusea y nublárseles la visión. Crecían espinas en el mentón del monstruo, y, cuando rugió, Grunwald alcanzó a ver que en las profundidades de la boca ardía fuego azul. También los ojos, pequeños y redondos, estaban ribeteados de fuego que quedó invisible por un momento cuando parpadearon y se cerraron cuatro párpados sobre cada globo ocular cargado de odio.

Volvió a rugir, y varios de los caballeros se tambalearon y cayeron de rodillas, mientras se aferraban la cabeza. También Grunwald se sintió mareado, como si hubiera bebido demasiado vino o inhalado vapores nocivos que alteraran la mente. Los espíritus de sombras que giraban alrededor del grupo se cerraron sobre ellos, como si se alimentaran de la

confusión, el miedo y la desorientación. Comenzaron a girar enloquecidamente, creando repugnantes dibujos con sus etéreos cuerpos, para formar odiosos símbolos malignos y formas hipnóticas.

—¡Fuera, inmunda bestia del Caos! —rugió Grunwald, con lo que rompió bruscamente el hechizo. Apuntó al monstruo con una de sus preciosas pistolas de rueda, y la detonación del disparo cortó los fantasmales susurros de las mortecinas manifestaciones del Caos.

La bala impactó en un carrillo de la bestia, pero rebotó contra su carne como si hubiera golpeado piedra, sin dejar marcas ni verdugones. La criatura inspiró profunda y entrecortadamente, y los seres espirituales fueron reabsorbidos por las fosas nasales de la bestia y desaparecieron en un instante. Sin embargo, no se desvanecieron, ya que ahora se las podía ver dentro de la carne de la bestia, empujando contra la piel de su pecho y vientre, y formando con su carne bocas, ojos y zarpas.

Cayó sobre las cuatro patas y cargó hacia el grupo; la piedra se partía bajo el impacto de sus enormes zarpas. Grunwald saltó hacia un costado de la monstruosidad al tiempo que le disparaba con la otra pistola, y la bestia acertaba distancias con vertiginosa rapidez. La bala de plomo que impactó detrás de la pata anterior izquierda cayó al suelo, aplastada, como si la hubieran disparado contra una pared de piedra.

Uno de los caballeros reaccionó con demasiada lentitud, y la bestia le atravesó el cuerpo con un grueso colmillo que hendió el metal del peto y salió, por la espalda. Lo levantó en alto, y la sangre caliente salpicó el rugiente fuego, que siseó y chisporroteó con furia. La bestia sacudió la cabeza y lanzó al caballero muerto al otro lado de la caverna, donde se estrelló contra la pared antes de deslizarse hasta el suelo.

Karl rugió un grito de guerra y acometió un flanco de la bestia con la espada, momento en que también sus caballeros se lanzaron hacia los cuartos traseros del monstruo hendiendo el aire con las hojas de las suyas, que rebotaron en las ancas de la bestia. Redoblaron el esfuerzo y volvieron a atacar, pero la criatura parecía invulnerable.

La bestia giró sobre sí y sus colmillos golpearon a dos caballeros que salieron despedidos, y un tercero fue derribado por un golpe de una de las patas anteriores que barrió el aire, y cayó debajo de ella. La monstruosa

criatura se irguió sobre las patas posteriores para volverse hacia el caballero caído con el fin de recogerlo y llevárselo a las fauces. Con un salvaje mordisco, el guerrero fue cortado por la mitad y los otros caballeros retrocedieron ante el monstruo, con el creciente pánico reflejado en el rostro.

Pensando con rapidez, Grunwald recogió de la hoguera un leño encendido y lo lanzó hacia la bestia, girando sobre los extremos. Golpeó al monstruo a la altura de la cintura, y el espeso pelaje se encendió al instante. El hedor del pelo quemado inundó la cueva, y la criatura volvió a caer sobre las cuatro patas, gruñendo con ferocidad, mientras de su boca chorreaban regueros de sangre y saliva sobre el suelo. Las llamas del lomo aumentaron por un momento, pero luego cambiaron del color anaranjado al azul, luego al púrpura, y finalmente se apagaron del todo.

Thorrik y Annaliese cargaron contra la bestia. Thorrik le asestó un tajo de hacha con todas sus fuerzas, pero el arma rebotó. Annaliese estrelló el martillo contra una pata de la criatura; que pareció sentir un poco de dolor, aunque no quedó ni remotamente herida de verdad, y se volvió, enfurecida, hendiendo el aire con las garras. Golpeó a Thorrik en el pecho con una pata tan grande que le cubrió desde el cuello a la entrepierna, y lo lanzó volando por el aire. El enano recibió lo más fuerte del impacto, pero también Annaliese salió volando hacia atrás, se golpeó la cabeza con fuerza contra un afloramiento de roca, y cayó, laxa, al suelo.

—¡Annaliese! —gritó Karl, que volvió a cargar contra la bestia, y Grunwald se le unió, al tiempo que gritaba una plegaria dirigida a Sigmar. El cazador de brujas atacó con la maza sujeta a dos manos, y gruñó al imprimirle todo su peso al ataque. Fue como golpear la muralla de un castillo, y retrocedió con paso tambaleante, mientras la vibración del impacto ascendía por sus brazos.

La criatura se volvió contra él, y Grunwald le lanzó un frasco de agua bendita contra la cara. El recipiente se hizo añicos al impactar, y regó un costado de la cara de la bestia con su contenido. La carne se ampolló y siseó al quemarse, y vio que uno de los ojos del monstruo se disolvía en una masa de tejido licuado.

La bestia rugió de dolor y se tambaleó, sacudiendo la cabeza. Al retroceder aplastó a un caballero con una pata, y le lanzó un golpe ciego a otro que esquivó apenas la mortífera zarpa.

—¿Tenéis más de ese líquido? —gritó Karl.

—No —replicó Grunwald. Los otros frascos que llevaba encima se habían roto durante la lucha contra los pieles verdes.

—Entonces se acabó —dijo Karl, mientras alzaba la mirada hacia la monstruosa bestia que claramente se preparaba para volver a cargar.

—Eso parece —asintió Grunwald.

La bestia exhaló, y las criaturas fantasmales salieron como un torrente la rodearon. Una de ellas tendió las manos hacia Grunwald, pero las retiró como si se hubiera quemado, y fue entonces cuando se dio cuenta de que el colgante que llevaba en torno al cuello relumbraba suavemente.

Lo aferró con fuerza en una mano y se preparó para morir.

Thorrik parpadeó y se puso de pie. Le pareció que tenía varias costillas rotas, pero hizo caso omiso del dolor. Había desaparecido su hacha. Miró en torno y vio que el cazador de brujas lanzaba el frasco contra la cara de la bestia a la que vio retroceder con paso tambaleante, y oyó el breve intercambio de palabras entre los dos humanos.

Sus ojos se fijaron en algo que estaba apoyado contra la pared de la caverna, algo que había dejado allí antes de que en el exterior comenzara la lucha contra los pieles verdes. Un objeto envuelto en cuero aceitado.

Volvió rápidamente la mirada hacia la bestia y vio que un par de caballeros retrocedían con paso tambaleante, con las armas inutilizadas. Uno de ellos murió un segundo después, desgarrado en dos al ser atrapado por las descomunales patas de la bestia mutada por el Caos. Su vista volvió hacia la antigua reliquia de familia que había llevado a través del Imperio y de vuelta, y maldijo al darse cuenta de lo que tenía que hacer.

Gateó por el suelo de la caverna hasta la reliquia y la levantó entre las manos, tras dejar a un lado el escudo. Susurrando para pedir perdón a sus ancestros, le arrancó al objeto el cuero aceitado que lo cubría, y sostuvo respetuosamente entre las manos la reliquia familiar del guerrero de la antigüedad, Karagaz, con expresión reverente en el rostro.

Era una hermosa e inmaculada hacha de guerra que tenía grabadas runas, forjada hacía seis generaciones por los mejores herreros de guerra de Zhufbar, y grabada por el herrero rúnico Beorik Puño de Plata. Era un hacha de doble filo cuyo grueso mango tenía grabadas runas de poder, con incrustaciones de oro y gromril. La hoja de doble filo estaba forjada en forma de cabezas de dragón gemelas que brillaban a la luz del fuego. Un arma así jamás necesitaría ser afilada, y sus filos nunca se oxidarían ni mellarían.

Muchas eran las viejas historias que hablaban de bestias de las profundidades que eran inmunes a todo menos al golpe de un arma rúnica, tanto los wyrms de los lugares oscuros como los dragones de los traicioneros elfos.

Con el corazón acongojado alzó la reverenciada arma, la giró ante sí, y sus ojos se posaron sobre la descomunal bestia del Caos. El monstruo cayó sobre las cuatro patas y cargó contra los pocos humanos que quedaban en pie, momento en que Thorrik sintió que el fuego de sus entrañas se transformaba en un rugiente infierno de cólera.

Vociferando el nombre de Grimnir para invocarlo, Thorrik cargó contra la bestia al tiempo que echaba atrás la brillante hacha rúnica por encima de un hombro. La inscripción rúnica del mango se iluminó, al rojo blanco, ansiosa, y con un potente golpe Thorrik cercenó una de las patas posteriores de la bestia. Por la herida manó un manantial de sangre, así como espíritus fantasmales demacrados y con el espectral rostro contorsionado por el dolor y el miedo. Se disiparon en el aire y desaparecieron por completo, y la monstruosa bestia se desplomó en el suelo, mientras un penetrante rugido de dolor manaba de su garganta.

Entonando los cantos de guerra de su clan y su fortaleza, Thorrik se acercó a la bestia que se debatía y le clavó el hacha profundamente en el cuello. Luego retrocedió para apartarse del monstruo mortalmente herido, sin dejar de canturrear, y se quedó mirando cómo la vida escapaba de él.

La sangre hervía y crepitaba sobre el suelo de piedra de la caverna al caer de las heridas, mientras el monstruo continuaba debatiéndose enloquecidamente. Las garras tallaban grandes surcos en la piedra, y más

formas fantasmagóricas manaron de la herida del cuello, gritando débilmente y desapareciendo en el aire.

La carne de la bestia ondulaba al recorrerla una mutación incontrolable, y huesos puntiagudos como púas atravesaron la piel que cubría el espinazo, retorciéndose y enroscándose entre sí. En un flanco de la bestia moribunda se abrió una boca enorme que tenía incluso dientes y un par de lenguas como látigos, y una de las patas delanteras se derritió para transformarse en una grotesca aleta abotagada que golpeó contra el suelo de piedra, salpicando sangre burbujeante. La piel azul del pecho cayó y dejó a la vista costillas y palpitantes órganos recubiertos por una película de fuego azul, y este fuego se alzó muy arriba cuando la bestia lanzó el último rugido agónico, y por su rostro se extendieron telarañas de carne en proceso de mutación.

Al fin se hizo el silencio, y las llamas azules se apagaron. Lo único que quedó fue un inmundo montón de carne y pelo de olor rancio, un repugnante cadáver que hablaba del horrendo toque del Caos.

—Quemadlo —dijo Grunwald, con voz ronca, y colaboró con los otros en apilar leña en torno a la inmunda criatura, antes de arrojarle encima teas encendidas.

Con el corazón acongojado, Thorrik se alejó de los otros con pesados pasos, y comenzó a limpiar meticulosamente la poderosa hacha rúnica, con cara ceñuda.

Haber usado esa arma, una reliquia de familia que había jurado entregar a su único y legítimo propietario vivo, y había fracasado en el empeño, constituía un sacrilegio que se vería obligado a purgar. Lustró el arma en silencio hasta que, finalmente satisfecho, la envolvió en cuero aceitado y la ató fuertemente con bramante. Luego volvió a dejarla apoyada contra la pared de la cueva, y sacó la pipa.

Rodeado de humo, se quedó sentado en silencio, meditabundo y perdido en sus oscuros pensamientos.

\* \* \*



Cuando los primeros rayos de la aurora penetraron por la entrada de la cueva, los caballeros se aventuraron precavidamente al exterior. Los orcos y goblins se habían marchado, y dejado tras de sí toscos tótems que tal vez tenían por objeto honrar a la bestia de la cueva. Sus muertos habían sido abandonados donde habían caído, y los graznidos de las aves carroñeras que se peleaban por los mejores bocados sonaban con fuerza en el silencio matinal. Muchos de los cadáveres de los caballeros habían sido mutilados hasta resultar casi irreconocibles.

Exhausto, cansado como nunca, Karl les ordenó a los templarios que exploraran el área, y encontraron otra cueva, afortunadamente libre del repugnante hedor del Caos. Allí trasladaron a sus muertos y heridos. Los que habían perecido fueron tendidos en el fondo de la cueva, con las manos en torno a la espada, y se atendieron las heridas de los que estaban vivos. Luego, los miembros del grupo se tumbaron a descansar y cayeron en un sueño reparador, sin sueños, vigilados por los turnos de guardia que cambiaban cada tres horas.

Thorrik no podía dormir, y se sentó en la entrada de la cueva a fumar su pipa y contemplar el tránsito del sol por lo alto. Finalmente, incluso él sucumbió al cansancio, y se quedó dormido.



## LIBRO TERCERO

*La grandiosa ciudad de Praag, situada en los territorios de nuestros aliados kislevitas, ha sido tomada por el enemigo. Es como si lo historia estuviera repitiéndose, y el mundo se encontrara asediado igual que sucedió en lo Gran Guerra. Entonces, Magnus el Piadoso cabalgó a la batalla y se enfrentó al enemigo en las puertas de Kislev, pero ¡ay!, yo no puedo hacer lo mismo, porque la sombra del enemigo llega hasta muy lejos y su vanguardia se adentra cada vez más en nuestras tierras.*

*La mitad de Talabecland ha caído ante el enemigo; incluso la poderosa Talabec ha resultado ser una barrera ineficaz contra el odio y poder de nuestros adversarios. Los ejércitos de Talabecland cuentan con el apoyo de los ejércitos de Reikland y Stirland, pero a pesar de eso apenas logran contener al enemigo. No obstante si Ostermark cae en manos enemigas todo estará perdido.*

*Bechafen aun resiste contra las hordas del Caos que avanzan hacia el sur, pero tiene los días contados, y casi toda Ostermark ha caído en manos enemigas. Los últimos ejércitos imperiales que quedan allí contienen desesperadamente al enemigo e impiden que entre en el territorio y acometa por retaguardia las defensas de Talabecland, pero temo que no podrán resistir durante mucho tiempo.*

*Si las fuerzas del Caos atraviesan estas líneas y caen sobre nuestra retaguardia de Talabecland, será sólo cuestión de tiempo que la guerra llegue hasta la propia Altdorf. Me aterra pensar lo que sucedería si nuestra brillante capital cayera en manos del infernal enemigo. La resolución de nuestros ejércitos se haría pedazos.*

*No puedo permitir que suceda algo semejante, y por tanto, Ostermark debe resistir a cualquier precio. He despachado al Mariscal del Reik Kurt Helborg, junto con una media legión de caballeros de la Guardia del Reik para que lleven a la Orden del Grifo a reforzar esa región. Esto debilita Reikland de modo considerable y fue algo que encontró mucha oposición, pero pienso que es necesario. Sólo rezo para que Ostermark pueda aguantar hasta que lleguen, porque en solitario no podrán resistir allí contra la Hueste del Cuervo.*

*Ya pesar de todo esto se que lo que ahora sufrimos no es más que la fase de apertura de la larga guerra que se avecina; la Hueste del Cuervo aún no ha lanzado toda su potencia contra nosotros. Parecen decididos a destruir completamente Kislev con el fin de no tener un enemigo detrás de si cuando lancen contra nosotros todas sus fuerzas.*

*Pero no se ha perdido toda esperanza. He ordenado que los ejércitos avancen hacia el norte y se adentren en tierras de Kislev. Marchan hacia Praag, porque si podemos liberar la ciudad de los malditos cesaran las incursiones enemigas. Rezo para que este positivo movimiento agresivo mío pille al enemigo por sorpresa y debilite su núcleo vital. Esta decisión provocó disenso entre mis Electores pero la mayor parte del consejo estaba conmigo como resultado de muchos meses de negociaciones.*

*Es un gambito peligroso, porque la marcha de los ejércitos hacia el norte merma las defensas de nuestras tierras cuando ya tenemos a lobos entre nosotros. No obstante pienso que es un riesgo necesario y nuestra única posibilidad de éxito. Rezo para que mi instinto resulte ser la línea de acción correcta si fracaso no quedará nadie vivo para denunciarme.*

*Ahora iré a Talabecland en persona, con el fin de que se me vea luchando en primera línea. La decisión de nuestros ejércitos es frágil y estrecha la franja que separa la victoria de la derrota. El hecho de unirme personalmente a la lucha constituirá una declaración más poderosa para los soldados y comandantes del Imperio que meses de politiquero aquí, en Altdorf.*

*Rezo para que Ostermark resista, porque el equilibrio de la guerra depende de que ese territorio sea capaz de capear el temporal de Caos hasta que llegue el Mariscal de Reik con los refuerzos.*

*Que Sigmar esté con nosotros en estos tiempos oscuros. Temo de verdad que se avecinen los Tiempos del Fin.*

# DIECINQUEVE

Udo Grunwald se detuvo ante el cuerpo retorcido. Estaba demacrado más allá de la resistencia humana, y las costillas parecían empujar la gris piel muerta. Puede que una vez hubiese sido humano, pero su forma había mutado y se había deformado, y la carne había pasado por una transformación tal que no habría podido llamársela así en el momento de morir.

Las manos ya no eran las de un hombre, sino que se parecían más a las garras de una gran ave de presa. Al morir, las garras se habían cerrado con fuerza, y las afiladas uñas negras se habían clavado en la propia piel que, al igual que la que recubría los antebrazos, era amarilla y escamosa como en el caso de un pájaro, aunque había también otras evidencias de inmunda mutación del Caos: en el cuello le crecía suave plumón negro que formaba un extraño collar, y en la base del cuello de la criatura había crecido una prolongación ósea que se extendía a lo largo del cráneo como una afilada cresta.

Pero era la cara de la criatura lo que resultaba realmente espantoso, tanto más por ser casi perfectamente humana. En el rostro del cadáver se había fijado una expresión que podría haber sido de éxtasis o alegría, una sonrisa escalofriante y horrenda. Tenía los ojos muy abiertos y fijos, con las pupilas y los iris completamente blancos. Cuando la joven Annaliese vio la cara del cadáver, retrocedió rápidamente con expresión de horror en el rostro, y Grunwald dedujo que había visto antes cadáveres similares, igual que él mismo.

—¿Cuánto tiempo pensáis que hace que murió? —preguntó Karl. Grunwald se encogió de hombros.

—Difícil decirlo. Los carroñeros no los tocan. Muy prudentes.

Resultaba fácil ver qué había matado a la víctima de la plaga. Tenía los brazos cubiertos de cortes de espada, y presentaba un profundo tajo en la cabeza, pero Grunwald sabía por experiencia que eso no habría detenido a la inmunda criatura, sino que lo había logrado la espada que aún tenía clavada en el corazón.

El cazador de brujas se puso de pie. Se encontraban en el centro de una pequeña aldea situada a trece días de dura marcha de las estribaciones de las montañas del Fin del Mundo. Desconocía cómo se llamaba, ni siquiera sabía si tenía nombre, puesto que era poco más que un grupo de cinco edificios ruinosos. Se decía que la plaga se había originado en el norte, así que no era sorprendente que aldeas pequeñas como aquella hubieran corrido una suerte semejante. Estaba sucediendo por todo el Imperio: la gente se ponía enferma, se consumía y caía en estado comatoso antes de morir, y en ese momento una brujería inmunda los reanimaba para que mataran a quienes los atendían.

El grupo abandonó la aldea en ceñudo silencio. Daba la impresión de que toda Ostermark había corrido una suerte similar o peor. Pasaron por docenas de pueblos y pequeñas aldeas, en otros tiempos comunidades florecientes que ahora estaban reducidas a humeantes ruinas. Los rastros de la guerra estaban por todas partes, desde cadáveres esqueléticos hasta espadas, armaduras y flechas rotas que pisaban al caminar. La plaga había arrasado algunas de estas poblaciones, en el caso de otras lo habían hecho la violencia y la guerra, mientras que otras estaban notablemente intactas pero no se veía a sus habitantes por ninguna parte.

Ostermark era el estado más nororiental del Imperio, que limitaba al norte con la aislada Kislev, y al este con las montañas del Fin del Mundo. Mientras que una gran parte del Imperio estaba cubierta de bosques, una gran parte de Ostermark la formaban pantanos o tierras altas cubiertas de brezales, terrenos peligrosos e inhóspitos salpicados de aldeas y fortificados puestos de vigilancia de caminos. Y ahora, pensó Grunwald, sus gentes habían sido masacradas.

Aislados del Imperio desde que habían subido a bordo de la máquina de vapor de los enanos en el paso del Fuego Negro, no habían tenido noticia alguna sobre el curso de la guerra, y por lo que Grunwald sabía ya se encontraban en territorio enemigo, detrás de las líneas del Caos que descendían desde el gélido norte.

Mientras rodeaban los humeantes restos de una aldea más, hizo el signo de Sigmar para que lo protegiera de los Poderes Malignos. Pasaron en silencio ante una enorme pila de cráneos amontonados cuidadosamente unos sobre otros para formar una pirámide de unos cuatro metros y medio de altura. Cada uno de los cráneos había sido chamuscado por el fuego y estaba despojado de piel y pelo, y se le había pintado una señal azul en la frente: un estilizado ojo azul desorbitado, de mirada fija.

Al pasar ellos, una nube de cuervos y cornejas se lanzaron desde el vértice de la pirámide, graznando ruidosamente mientras comenzaban a volar en círculo, casi como si quisieran protegerla. Un poco más lejos se veían otros grupos de aves que alzaban el vuelo para describir círculos por encima de otras pilas de cráneos, ocho en total, colocadas equidistantes en torno al perímetro del pueblo, cada una representando el vértice de una de las ocho puntas de la estrella maldita del Caos.

Grunwald ya había visto lo mismo antes, y sabía que era una consagración a los paganos dioses demoníacos de las tribus nórdicas: una odiosa oblación de muerte y destrucción ofrecida a esas inmundas deidades por sus fieles, un sacrificio destinado a obtener la atención y los favores de los dioses.

Un silencio espectral envolvía el territorio como una sofocante manta; y cuando dejaron atrás los ruidosos graznidos de las aves carroñeras, la ausencia de sonido se volvió opresiva. No se atrevieron a romper el silencio con conversaciones, así que continuaron callados mientras avanzaban en el nublado día, cada uno perdido en sus oscuros pensamientos.

No vieron ni rastro de un alma viviente durante días, aunque en una ocasión vislumbraron formas oscuras que deambulaban entre las ruinas de otra pequeña ciudad abandonada. El movimiento de esas formas era antinatural —iban encorvadas y arrastrando los pies—, aunque parecía normal en ellas, así que nadie se puso a discutir cuando Karl sugirió que

avanzaran un poco más antes de plantar campamento, con el fin de poner tantos kilómetros como fuera posible entre ellos y las figuras que recordaban a necrófagos.

Durante un tiempo siguieron el antiguo camino de Kadrin, aunque a medida que avanzaban aumentaban las señales del paso de fuerzas enemigas.

—Tenemos que salir del camino —dijo Grunwald—. Por lo que sabemos, vamos de cabeza hacia el ejército enemigo, ya que nuestras propias fuerzas podrían haberse retirado a Talabecland o Stirland.

—Ciertamente, eso es lo que parece —dijo Karl—. Ostermark es un territorio muerto.

—Mi clan está luchando al norte de Bechafen —dijo Thorrik—, que ese es el sitio al que voy. Continuaré avanzando hacia el norte, con o sin vosotros.

—¿Y si no queda nada de Bechafen? —le preguntó Karl, irritado.

—En ese caso, me reuniré con mis ancestros —replicó Thorrik.

—Si las fuerzas del Imperio se han retirado de Ostermark, tu clan se habrá replegado con ellas —dijo Grunwald.

—Sí, es cierto pero no sabemos con seguridad que Bechafen haya caído.

—¡Mira a tu alrededor, enano! —le espetó Karl—. No hemos visto vida alguna desde que dejamos las estribaciones de las montañas. ¡Trece días y ni una sola alma humana viviente! Y en cambio hemos visto, ¿qué, una docena de pueblos y ciudades menores saqueadas por el enemigo? ¡Bechafen está a más de ciento sesenta kilómetros al norte! Si nuestros enemigos están arrasando unas tierras situadas tan al sur, Bechafen ya no existe.

—Aunque así sea, sin una prueba sólida que me asegure que mi clan ya no está allí, allí es donde iré.

—En ese caso eres un necio testarudo —dijo Karl—. Bechafen es el sitio al que debíamos ir mis caballeros y yo, pero es una necedad continuar adelante a ciegas. Tenemos que buscar los ejércitos del Imperio. Yo digo que nos desviemos hacia el oeste y vayamos en dirección a Talabecland, o hacia el río Stir. —El enano no respondió.

—También yo continuare hacia Bechafen con Thorrik —dijo Annaliese, que rompió el tenso silencio.



—¿Qué? —pregunto Karl—. ¿Es que todos habéis perdido el seso?

—¿Y por qué queréis ir hacia allí? —preguntó Grunwald. Los ojos de la muchacha eran límpidos impertérritos y confiados.

—Sigmar me ordeno ir al norte —replico ella con un encogimiento de hombros—. Y Bechafen está al norte.

—Karl está en lo cierto, muchacha —dijo Grunwald—. Es muy probable que Bechafen ya no exista. El Mariscal del Reik seguramente habrá retirado del norte a sus fuerzas para enfrentarse al enemigo en un territorio que le sea más favorable.

—¿Y entregar este territorio que Sigmar unió al pillaje del enemigo? Esta tierra sobre la que tenemos los pies es el Imperio. No debe ser entregada al enemigo sin luchar.

—Hace siglos que se libra aquí una lucha —le contestó Grunwald—, y sería una locura sacrificar los ejércitos del Imperio en una guerra infructuosa sobre terreno que ya está perdido.

—Sin duda, huir como un perro con la cola entre las patas sólo fortalecerá al enemigo —declaró la muchacha, cuyos ojos ardían de pasión.

—No tenéis ni idea de qué estáis hablando —dijo Grunwald, que empezaba a perder la paciencia—. Sois una granjera que juega a la guerra, pero no sabéis nada de ella. Ir a ciegas hacia el norte no conducirá a nada.

—Estoy segura de que los miles que ya han sido asesinados en Ostermark, cuyos pueblos han sido destruidos, se sentirían llenos de orgullo al ver a los ejércitos del Imperio huir ante el enemigo —le contestó Annaliese, mordaz.

—Los pueblos pueden reconstruirse —le espetó Grunwald—, pero si el propio Imperio es arrasado, no habrá nadie para reconstruirlo.

Les llegó un grito procedente de delante que interrumpió la discusión, y, al volver la mirada, Grunwald vio que la figura de pálida piel de Eldanair, en torno a quien se agitaba con fuerza su capa gris, hacía un gesto hacia el este.

—Yo no veo nada —dijo Karl.

—Esperad —intervino Grunwald, que se protegió los ojos de la potente luz solar—. Allá —dijo, al ver el destello de metal a lo lejos.

—Ya lo veo —asintió Annaliese—. ¿Jinetes?

—Podría tratarse del enemigo —dijo Karl. A un grito suyo, los caballeros del Corazón Ardiente sacaron las armas y formaron en torno al preceptor.

Los jinetes continuaban acercándose, un grupo de alrededor de una docena de hombres que cabalgaban en relajada formación. Cuando avistaron a los caballeros, cambiaron de dirección para ir hacia ellos y atravesaron el terreno abierto al trote ligero.

Eldanair aguardaba con una flecha colocada en el arco, preparada, pero al aproximarse más los jinetes Grunwald vio que la tensión abandonaba su cuerpo y se aflojaba la cuerda de su arco.

—Exploradores avanzados —dijo al fin Grunwald, con tono de alivio.

Eran hombres jóvenes que llevaban bruñidos petos y yelmos cónicos rematados por oscilantes penachos de plumas. Cabalgaban sobre veloces caballos sin coraza, y cuando se aproximaron los caballeros, envainaron las espadas. Los jóvenes guerreros llevaban parejas de costosas pistolas colgadas del torso, y al costado tenían sables de caballería ligera. Su jefe era un canoso guerrero barbudo que sujetaba descuidadamente con una mano un extraño fusil de cañones múltiples cuya culata descansaba sobre uno de sus muslos.

Karl avanzó un paso y alzó una mano cuando los caballeros comenzaron a girar con cautela en torno a la inmóvil figura de Eldanair. Detuvieron los corceles ante el preceptor.

—¡Salve, guerreros del Imperio! —gritó Karl, y el jefe de los jinetes desmontó para saludarlo.

Era un hombre achaparrado, e hizo un brusco gesto de asentimiento al caballero, aún con la ornamentada arma en una mano. Parecía torpe caminando por el suelo; realmente, estaba mejor dotado para la vida sobre la silla de montar.

—Lo mismo os digo, preceptor —replicó el guerrero, con fuerte acento—. Me sorprende veros aquí, en esta tierra dejada de la mano de los dioses. La Hueste del Cuervo controla Ostermark.

—Venimos de Kadrin —replicó Karl—. Con la intención de reunirnos con los templarios del Corazón Ardiente que están en el norte, en el templo de Myrmidia que hay en Bechafen.

—Bechafen ha caído en manos del enemigo —replicó el explorador, ceñudo.

—Entonces, ¿el enemigo ha cruzado el Talabec? —preguntó Karl.

—Así es —replicó el jinete veterano.

—¿Y mis hermanos templarios?

—Retroceden hacia Talabecland con el resto de los ejércitos de Ostermark. Nuestras fuerzas están reuniéndose todas allí, en Zurin y Unterbaum.

—Unterbaum... ¿tanto se ha adentrado el enemigo en el Imperio? —Grunwald estaba espantado; las cosas estaban ciertamente mucho peor de lo que él habría predicho.

—Si, cazador de brujas —replicó el explorador, que volvió la mirada hacia Grunwald. Sus ojos volvieron rápidamente hacia Karl—. Los caballeros de vuestra orden fueron de los últimos en abandonar Ostermark; forman parte del ejército que está a menos de un día de marcha hacia el oeste.

—¿A menos de un día de marcha? —repitió Karl, cuyos ojos se animaron. El explorador asintió con la cabeza.

—Un ejército acompañado por el elector de Ostermark en persona. Marcha hacia Talabecland, en dirección a Hazelhof.

—¿Hazelhof? —preguntó Grunwald, que no reconoció el nombre.

—Un pequeño poblado situado al pie de las colinas Kolsa. Tiene poca importancia, pero el enemigo parece muy interesado en controlar el área; hay agentes de la Orden del Grifo que están intentando averiguar qué buscan. Nosotros debemos liberar la zona.

—Así que vosotros sois la retaguardia —dijo Grunwald, y el explorador asintió con la cabeza.

—Los enemigos nos persiguen como sabuesos rabiosos. Y están acercándose al ejército del elector; me temo que no llegará a Talabecland sin entablar batalla. Y debe resistir, sean cuales sean las probabilidades. Parece que los enemigos están avanzando todos contra nosotros... si el ejército del elector es quebrantado, el enemigo podrá penetrar en Talabecland sin estorbos, y atacar los flancos del ejército que hay allí. Eso sería desastroso.

—¿Qué me decís de los enanos destinados en Bechafen? —preguntó Thorrik. El explorador miró al enano durante un momento.

—No sé nada de ellos —admitió. Thorrik gruñó y se alejó.

—Un día de marcha —dijo Karl, pensativo—. Dime, hombre, ¿qué sabes del enemigo? ¿Dónde están sus ejércitos?

El explorador suspiró.

—Están por todas partes —dijo—. Las fuerzas de vanguardia ya penetran más profundamente en Talabecland, y he oído decir que también Ostland ha sido invadida.

—Los ejércitos del Caos por el norte, la marea verde de orcos por el este... —Grunwald negó con la cabeza.

El explorador frunció el ceño.

—¿Enemigos por el este?

Karl agitó una mano para quitar importancia al tema.

—Debemos irnos —dijo—. ¡Caballeros de Myrmidia! ¡Preparaos! ¡Nos ponemos en marcha!

—Dejaré a uno de mis hombres con vosotros para que os guíe hasta el ejército del elector —dijo el explorador—. ¡Helmut! —gritó, y un joven noble, probablemente no mayor de catorce años, saludó desmañadamente—. Guiaréis a estos templarios hasta sus compañeros, que forman parte del ejército del conde elector. Guardaos del enemigo.

Karl asintió con la cabeza para darle las gracias, y le tendió la mano al explorador.

—Soy el preceptor Karl Heiden —dijo, al estrechar la mano del guerrero de más edad.

—Klaus Midders —replicó el explorador—. Ruego a Sigmar que volvamos a encontrarnos.

—Desde luego. Buena cabalgata, Klaus Midders —dijo Karl. El explorador volvió a subir con soltura a la silla de montar.

Eldanair volvió a gritar, y varios de los caballos de los pistoleros bufaron y sacudieron la cabeza.

El explorador Klaus sacó un catalejo de latón de un bolsillo que tenía en un costado, lo extendió y miró hacia el este, en la dirección que señalaba Eldanair.

—Un explorador enemigo, está solo en el montículo que hay al este —informó, pasado un minuto—. Esta inmóvil... observándonos. Se encuentran más cerca de lo previsto. Es imperativo avisar al elector.

Con rápidas, secas órdenes, el explorador organizó a sus hombres. Dos de ellos fueron enviados directamente de vuelta al ejército con mensajes que escribió y lacró con un ornamentado anillo de sello. Se marcharon hacia el oeste, al galope tendido.

A continuación, el explorador dio media vuelta y levanto una mano para conducir a sus soldados al trote hacía el solitario jinete enemigo, dejando al joven pistolero Helmut para que los guiara.

—Thorrik —dijo Grunwald, alejándose de los otros para hablar con el rompehierros que estaba sentado sobre una piedra, fumando—. ¿Irás hacia el este con nosotros?

El enano suspiró y chupó la pipa.

—Hace demasiado tiempo que falto de mi clan —dijo, al fin—. Estoy ansioso por volver con mi gente, pero parece que ya no queda nada en Bechafen. Si, iré con vosotros, humano. Como mínimo, debería poder averiguar dónde está luchando el clan Barad.

Grunwald le dio una palmada en un hombro.

—Lamento que parezca que tu gente no está allí —dijo el cazador de brujas—, aunque me alegro de que continúes viaje con nosotros.

El enano asintió, y en sus ojos se produjo un destello de poco frecuente humor.

—Si —declaró—. Para ser humano, no estás ni la mitad de mal que podrías estar.

—Bien, joven —dijo Karl al solitario pistolero—. Guiadnos.

\* \* \*

El brezal que atravesaban era inhóspito, y a menudo los rodeaban misteriosas brumas espesas, saturadas de humedad y sofocantes, que dificultaban el avance. A veces parecían rielar a lo lejos extrañas luces, y después de su aparición el silencio era aún más profundo, porque la niebla apagaba incluso el tintineo de la armadura de Thorrik hasta tal punto que parecía sordo y distante.

Avanzaban tan deprisa como podían. El joven pistolero manifestaba una clara reverencia ante los caballeros y era lógico, pensó Grunwald. El cuerpo de pistoleros era una organización a la que muchos señores nobles enviaban a sus hijos, y por lo general se consideraba como el sitio en que un joven podía distinguirse en batalla. Desde el cuerpo de pistoleros, muchos de los hombres pasaban a una de las órdenes de caballería, entre ellas los templarios del Corazón Ardiente. Aun así, a Grunwald le resultaba irritante la actitud de clase alta del muchacho, que, aunque miraba a los caballeros con respeto, el desdén que sentía hacia el cazador de brujas y hacia Annaliese era palpable. En cuanto a Thorrik y Eldanair, el jovencito ni siquiera miraba en dirección a ellos.

—El saludo que le dedicasteis a vuestro oficial superior fue desmañado, muchacho —dijo, pasada una hora de dura marcha.

El pistolero miró a Grunwald desde lo alto del caballo, con arrogancia.

—Yo soy hijo de un barón. Klaus Middens es un plebeyo... un mero instructor.

—También yo soy un «mero» plebeyo —dijo Grunwald, con tono peligroso. El pistolero se puso rojo como un tomate y abrió la boca para decir algo, pero se contuvo cuando sus ojos se fijaron en el colgante que rodeaba el cuello del cazador de brujas, y cerró la boca.

—Muy prudente —dijo Grunwald.

—Vos sois de la iglesia de Sigmar, y por tanto vuestro bajo nacimiento es de menor importancia —dijo el pistolero, con tono resentido.

—¡Helmut! —dijo Karl, con sequedad. El joven pistolero se irguió al instante y saludó bruscamente al preceptor—. Cabalgad por delante y aseguraos de que tenemos la vía libre. —El muchacho asintió con la cabeza y le clavó los tacones al corcel.

Karl sonrió con afectación.

—¿Por qué atormentáis al muchacho, Grunwald?

—No me gustan los de su clase.

—Es un mocoso malcriado; los hay a millares. Nunca vais a adelantar en el mundo si es así como tratáis a vuestros superiores.

—¿Acaso parece que tenga algún interés en avanzar por él sostenía de adular a los de su casta?

—«Su casta». ¡Ayy! Yo también soy de noble cuna, ¿sabéis?

—Existen dos tipos de nobles, Karl. Y vos no sois de la misma casta que él.

El preceptor rio.

—Tal vez. Si lo escogen para formar parte del Corazón Ardiente, se le quitará a golpes.

—Si llega a vivir tanto tiempo —matizó Grunwald. De repente, se sintió bastante despreciable por sus actos, y se adelantó a grandes zancadas para caminar en solitario.

Karl se retrasó hasta situarse junto a Annaliese, y miró con irritación a la alta figura de Eldanair que le seguía los pasos como si fuera su sombra.

—No hay nada como un paseo por la campiña, ¿eh? —dijo con tono alegre cuando la muchacha le sonrió. Ella rio del tono frívolo de él, y Karl le dedicó una ancha sonrisa.

—¿Y cómo está hoy la doncella de Sigmar? —preguntó.

Ella lo miró con el ceño fruncido, aunque sus ojos reían del chiste.

—Me gustaría que no me llamarais así.

—Os pido disculpas —dijo él, al tiempo que se inclinaba y barría el aire con una mano ante sí—. Veo que aún practicáis esgrima con el elfo antes de cada amanecer.

—Eldanair es un excelente maestro —asintió ella.

—Una maravilla, no lo dudo —dijo Karl—. Vuestro sentido de la oportunidad y vuestro equilibrio han mejorado. Os movéis bien. Yo sugeriría una espada en lugar de ese martillo, se complementaría mejor con vuestra velocidad, pero no creo que nada que yo pueda decir os convenza de no usarlo.

Annaliese sonrió.

—Me conocéis demasiado bien.

«Ni por asomo lo suficiente», pensó él.

\* \* \*

El ejército de Wolfram Hertwig, conde elector de Ostermark, estaba acampado en Seuthes, un pueblo situado a unos ciento cuarenta y cinco kilómetros de la capital del estado, Bechafen.

Cuando se encontraban a cinco kilómetros de distancia del ejército del Imperio, les dieron el alto unos hombres que salieron de la niebla y los apuntaron con flechas. No llevaban uniforme alguno y habían aparecido silenciosamente y con gran sigilo, así que Grunwald pensó que lo más probable era que se tratase de exploradores de la milicia. No formaban parte del ejército regular del estado, sino que se los empleaba en tiempos de guerra. En otras épocas tal vez se ganaban la vida cazando, ya fuera piezas o recompensas. El jefe, un corpulento explorador llamado Dietrich que tenía brazos tan gruesos como los muslos de Grunwald, fue pillado por sorpresa cuando Eldanair se levantó como un espectro detrás de él y le apoyó la hoja de un cuchillo contra la garganta.

Con las manos en alto, Annaliese avanzó mientras le hablaba y cantaba a Eldanair, diciéndole que eran amigos, y el elfo apartó la afilada hoja, un poco a regañadientes. Dietrich frunció el entrecejo, enervado por el hecho de que el elfo hubiera podido sorprenderlo, mientras se frotaba el cuello.

Escortados por estos exploradores, fueron llevados hasta el ejército, la última fuerza combativa que quedaba en el estado.

Desde los elevados terrenos de los brezales, el territorio descendía abruptamente, y el pueblo se veía al fondo. Había millares de tiendas de campaña montadas en los campos nevados del otro lado, y se estaban cavando precipitadamente improvisadas defensas y puestos para piezas de artillería. Varios grandes cañones, potentes máquinas de guerra fabricadas en la lejana Nuln, eran trabajosamente colocados en su sitio, mientras los ingenieros medían las distancias con pasos para asegurarse de saber cuánta pólvora poner a las cargas.

—Da la impresión de que el elector ha escogido este sitio para oponer resistencia —dijo Grunwald.

—¿Y por qué no hacer que el ejército continúe avanzando hacia el este? —preguntó Karl.

—Para que se acerque más a los refuerzos —le respondió el jefe de los exploradores, Dietrich—. Las fuerzas de la Hueste del Cuervo están



concentrándose a lo largo de la frontera que separa Talabecland y Ostermark. Si hubiéramos continuado avanzando, muy bien habríamos podido acabar atrapados entre dos ejércitos enemigos. Es mejor dar media vuelta y luchar contra uno, que librar batalla en dos frentes.

—¿El enemigo controla la frontera? —inquirió Karl, y Dietrich asintió.

—Los muy perros están aumentando su potencia. O luchamos contra ellos aquí, o lo haremos en alguna otra parte —dijo, y se encogió de hombros—. Me parece que este elector tiene, al menos, un poco de sensatez; no es un mal sitio para oponer resistencia.

Era un hombre sencillo, directo y práctico, sin el más leve rastro de la pomposidad que a menudo rodeaba a los militares. A Grunwald le cayó bien.

Sí que era un buen lugar para enfrentarse con el ejército adversario, decidió. El enemigo descendería por la empinada y escabrosa cuesta hasta el valle. El hielo ocultaba los oscuros charcos de aquel pantano natural, y las fuerzas invasoras se verían enlentecidas al atravesarlo, ofreciendo durante todo ese tiempo un buen blanco para los arqueros y artilleros del Imperio.

Tras haber avanzado trabajosamente a través del fango, el enemigo se vería forzado a ascender por una abrupta cuesta de terreno limpio para avanzar hacia las fuerzas del Imperio. El recorrido sería largo y agotador, y muy probablemente el suelo helado quedaría cubierto de muertos.

Los soldados regulares que trabajaban para preparar las defensas llevaban la librea púrpura y amarilla de Ostermark aunque había muchos grupos ataviados con los colores amarillo y rojo de Talabecland y los hombres que colocaban los cañones en sus emplazamientos iban vestidos con el negro de NuIn.

El terreno era una colmena de actividad, mientras las fuerzas imperiales se preparaban para la batalla.

—De todos modos, si se puede uno fiar de la palabra de esos estirados pistoleros bastardos, se nos avecina una batalla de todos los infiernos —dijo Dietrich—. Llegaron mensajes hace más o menos una hora, antes de que nosotros saliéramos. Decían que el ejército que se dirige hacia nosotros se extiende de uno a otro horizonte.

—Parece que tenemos unas probabilidades fantásticas —comento Karl sarcástico—. Será mejor que empecemos a preparar con tiempo las celebraciones de victoria.

—No obstante, no me fio de la palabra de un pistolero mas allá de donde puedo mear —añadió Dietrich—. Y perdón por el lenguaje —añadió, al tiempo que inclinaba el sombrero en dirección a Annaliese. Ella rio, ya que le resulto cómica la imagen del enorme explorador con aspecto avergonzado.

—He oído ya cosas mucho peores, Dietrich —le aseguro—. Y estoy segura de que las oiré peores aún.

Grunwald hizo un cálculo rápido mientras descendían hacia el pueblo. Estimo que debía haber en torno a tres mil soldados acampados allí, a juzgar por el número de tiendas y colgadizos que habían levantado en el campo de cultivo del otro lado. No era ni remotamente una fuerza numerosa, y si los informes de los pistoleros resultaban ser ciertos, se verían muy superados en número cuando se trabara la batalla inminente. De todos modos era una cuestión que él no tenía poder para cambiar, así que la aparto de su mente.

—Ese elfo vuestro de ahí —dijo Dietrich, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia Eldanair, que caminaba cerca de ellos, con su rostro pálido e inexpresivo.

—No es mi elfo —replico Grunwald.

—Lo que sea. Volverá a salir con mis muchachos antes del amanecer —continuo Dietrich—, y si él quiere me gustaría que nos acompañara. Ciertamente me dejo en evidencia antes —añadió, frotándose el cuello donde se había posado la fina hoja del elfo justo encima de la arteria.

Grunwald se encogió de hombros.

—Como ya os he dicho, no es uno de mis hombres, y no creo que le interese que lo contraten. Pero, si quiere ir, es asunto suyo.

—Me parece bien —concedió Dietrich, que miró al elfo—. ¿Habla Reikspiel?

—No —replicó Grunwald.

—Ah —dijo Dietrich—. Eso podría complicar las cosas.

—Sin embargo, ella parece tener la capacidad de comunicarse con él —informó Grunwald, que señaló a Annaliese con un pulgar enguantado de

negro.

—¡Preceptor! —llamó uno de los caballeros, un joven procedente de Reikland.

—¿Qué sucede, Jerek? —preguntó Karl.

—Mirad —dijo el joven con tono ansioso, al tiempo que señalaba hacia un campo abierto que había al sur del poblado. Con los ojos entrecerrados para protegerse del resplandor de la luz reflejada en la nieve, Karl vio dos grupos de caballeros que giraban y cargaban por el campo, practicando los movimientos como unidad cohesiva. El estandarte que sostenía un caballero de cada unidad era inconfundible. Karl soltó una sonora carcajada.

—¡Templarios de Myrmidia! ¡Por fin! —dijo—. Y si la diosa nos está mirando con ojos favorables, puede que incluso tengan algunos caballos de guerra de más. ¡Vamos! —gritó—. ¡Reunámonos con nuestro templo!

## VEINTE

Grunwald atravesó a grandes zancadas el pueblo, con Annaliese y Eldanair. Soldados que transportaban barriletes de pólvora y balas les lanzaban largas miradas antes de volver al trabajo, murmurando entre sí. Eldanair había vuelto a echarse la capucha hacia delante para que le ocultara la cara, pero no cabía duda de que ya había circulado entre los soldados el rumor de que había llegado un elfo; las noticias corrían con rapidez dentro de un ejército.

Karl y sus hombres se habían encaminado hacia los templarios de su orden, y Thorrik se había marchado a hablar con uno de los comandantes imperiales; conocía a varios de ellos, dado que había estado destinado en Bechafen durante años, y luchado junto a muchos de los guerreros que ahora los rodeaban.

—Aquí hay muchos que no son soldados —comentó Annaliese.

—Así es —asintió Grunwald. Las calles estaban llenas de gente de aspecto desesperado, familias obviamente desposeídas por la guerra y que seguían al ejército de cerca para estar protegidas—. Pero el resultado de la batalla que se avecina los afectará tanto como a los soldados que salgan al campo de batalla.

Muchas de aquellas harapientas y sucias personas intentaban ganarse el sustento a duras penas como seguidores del campamento, cocinando y limpiando para los soldados a cambio de comida. Otros se prostituían o prostituían a sus esposas o hijas para alimentar a la familia, y tenían expresión acosada en los ojos.

Grunwald paseaba la mirada por la multitud de andrajosas gentes de Ostermark sin hogar, y muchos se apartaban de su mirada al reconocerlo

por lo que era, temerosos de atraer su atención Él entrecerraba los ojos para sondear los rostros, más por hábito que porque pensara que existía alguna posible amenaza. Atravesaron la multitud pasando ante mendigos mutilados o malformados, y tenderetes precipitadamente montados.

Grunwald hacía caso omiso de las manos mendicantes que se tendían hacia él, y continuaba a través de la muchedumbre de desdichados y tullidos. Encima de un barril, un flagelante casi desnudo gritaba y deliraba sobre redención y muerte mientras clavaba lentamente púas metálicas en su propio cuerpo. Pocos prestaban atención a sus demenciales palabras, y ya tenía docenas de púas clavadas en los antebrazos, el pecho y los muslos. Al pasar ellos, el flagelante señaló a Annaliese y comenzó a chillar a pleno pulmón.

—¡El gran cometa volverá! ¡Desde los cielos lo lanzará Él, y el mundo se envuelto en oscuridad y llamas! ¡Los Tiempos del Fin! ¡Estos son los Tiempos del Fin!

Annaliese estaba pálida, y Grunwald la sujetó por un brazo para alejarla del delirante demente. Algo llamó la atención de Grunwald, un alarido procedente de algún lugar cercano y soltó a la muchacha para dirigirse a grandes zancadas hacia el grito.

—¡Comprad vuestra bendición! ¡Auténticos fetiches de Morr! ¡Iconos del largo sueño! —grito una voz, y Grunwald la siguió, con Annaliese y Eldanair pegados a los talones, hasta que llegaron ante un hombre diminuto y ratonil con largo cabello negro que caía como una cascada de su escabroso cuero cabelludo. Llevaba un largo palo del que colgaban todo tipo de imágenes e iconos de muerte representaciones de cráneos que tenían tallado el signo de Morr, relojes de arena en miniatura llenos de arena, flores negras secas y otros fetiches y amuletos menores.

El hombre de negro cabello guardó silencio al ver que Grunwald avanzaba hacia él a grandes zancadas, y sus ojos fueron rápidamente de un lado a otro como si buscaran una vía de escape.

—Sacerdote de Morr, verdad —gruñó el cazador de brujas, que aferro al hombre por la pechera.

—No señor —tartamudeo el hombre. Con una mano enguantada, Grunwald revisó los objetos del hombre; en su rostro había una expresión

dura.

—Cualquier persona que no sea un sacerdote de Morr y se le identifique como vendedor de objetos semejantes, podría ser considerado por algunos como proveedor de curiosidades nigrománticas —dijo el cazador de brujas, con voz baja y mortífera. En torno a ellos quedó un espacio vacío al retroceder de la escena los otros ciudadanos, y el hombre ratonil palideció visiblemente, con los ojos desorbitados.

—¡No, señor! No soy... Yo nunca... —tartamudeó.

—Un sospechoso de practicar la nigromancia se enfrenta a la muerte en la hoguera —continuó Grunwald. Arrebató violentamente el báculo de la mano del hombre y lo arrojó al suelo, donde aplastó con los tacones varias de las miniaturas e iconos, mientras el hombre temblaba ante él.

—Pero tú no eres para nada ese hombre, verdad —añadió, sin que a su voz asomara siquiera el interrogante—. Eres meramente un desgraciado oportunista que busca ganar unas monedas con el miedo de los demás. ¿Correcto?

El hombre se apresuró a asentir con la cabeza.

—Muéstrame lo que has ganado —dijo Grunwald. El hombre lo miró con ojos desorbitados—. Vacíate los bolsillos —lo instó el cazador de brujas. El hombre se manoteó torpemente el cinturón y yació en una mano el contenido de una bolsa. De repente, Grunwald le dio al hombre un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza y lo hizo caer de rodillas—. Todo —dijo el cazador de brujas con un gruñido. Con manos temblorosas, el hombre sacó una bolsa que llevaba oculta bajo la blusa, y la yació en el suelo. Grunwald removió las monedas con la punta de una bota, para contarlas. Había más dinero del que un soldado ganaba en medio año. Frunció el entrecejo mientras asentía lentamente con la cabeza, y luego alzó las cejas.

—Unos buenos ingresos —dijo. Entonces su expresión volvió a endurecerse, y se inclinó para mirar al aterrorizado hombre a la cara—. Quiero que lleves hasta la última de estas monedas a la tienda del cirujano que ha sido plantada en la plaza del pueblo. All  habla con el que est  al mando y dile que quieres hacer una donación. Dile que quieres contribuir a que sean bien atendidos los soldados que resulten heridos o muertos en la batalla de mañana. El donativo deberá dedicarse a eso: ayudar a los hombres

que mañana saldrán al campo de batalla y morirán para que los de tu calaña puedan seguir con vida. Dentro de una hora iré personalmente a la enfermería para comprobar que lo hayas hecho, y asegúrate de haber entregado hasta la última de estas monedas. Si no lo haces, eres hombre muerto. Huye ahora, hombrecillo —gruñó Grunwald—, antes de que cambie de opinión y te queme aquí y ahora.

El aterrorizado hombre anduvo a gatas por el polvo, para recoger las monedas, y huyó con la cara pálida y demacrada. Grunwald se volvió, sonriendo afectadamente, y se encontró con Annaliese que lo miraba con indignación.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Era realmente necesario, eso? —preguntó, mordaz. Grunwald frunció el entrecejo, sin entender.

—Estaba vendiendo falsas bendiciones del dios de la muerte el día antes de la batalla. Estaba sacándoles dinero a los soldados y ciudadanos asustados, enriqueciéndose con su miedo.

—¿Realmente necesitabais amenazarlo de esa manera? —pregunto ella.

—Habría estado muy dentro de mis competencias matar a ese hombre por poseer objetos como estos —dijo, señalando el báculo caído del que colgaban las baratijas y amuletos protectores.

—Misericordioso Udo, así deberían llamaros —dijo Annaliese, con tono burlón.

Grunwald se armó de paciencia, giró sobre sí y la señaló con un dedo. Su brutal rostro estaba encendido y con expresión de enfado, cosa que hacía que las cicatrices resaltaran en nítido relieve sobre la piel enrojecida.

—Sí, maldita seáis, soy misericordioso —dijo—. Más de lo que lo vos suponéis.

La multitud se abrió y un par de agoreros flagelantes se les acercaron, azotándose con largos látigos de cuero que tenían clavos en las puntas. Uno de ellos se había atravesado la piel de las mejillas con anzuelos de pesca, y sobre la piel desnuda llevaban páginas de sagradas escrituras sigmaritas sujetas por largos clavos que tenían clavados en los huesos.

Alzaron la mirada y vieron a Grunwald y Annaliese. Uno de ellos enseñó los dientes amarillos al gorjear algo incoherente, y de los labios le goteó

saliva y espuma. El otro cayó de rodillas y tendió las manos hacia la muchacha, la aferró por el ropón y le sonrió con expresión demente. El cazador de brujas apoyó una bota en un costado del cuello del flagelante y lo derribó de un empujón en la fangosa mezcla de tierra y nieve fundida.

Tras echarle al cazador de brujas una mirada torva, Annaliese se acuclilló para ayudar al hombre a ponerse nuevamente de pie, sin hacer caso del agua y el fango que le manchaban el ropón.

Grunwald miraba a la muchacha con expresión indignada. Ella no tenía ni idea de lo profunda que era su misericordia.

El cazador de brujas suspiró, dio media vuelta y atravesó la multitud cuando algo atrajo su interés. Le compró una tira de carne asada a un vendedor cubierto de suciedad, porque se le hizo agua la boca al oler el animal espetado y asado. Parecía ser un perro, pero en ese momento no le importaba realmente, ya que el hambre se imponía a cualquier delicada sensibilidad.

Al volverse, sus ojos se posaron en los de un hombre que estaba entre la muchedumbre, y que se encontraba a no más de diez pasos de él. Los ojos del hombre eran de colores diferentes: el izquierdo marrón oscuro, y el derecho de un sorprendente azul brillante.

Durante un segundo, Grunwald vio claramente la cara del desconocido. Tenía profundas arrugas, y una expresión alevosa y amarga. Se apoyaba en un alto báculo del que parecían colgar plumas, y Grunwald sintió que el tiempo se detenía por un momento mientras sostenía la mirada del hombre.

Los años que llevaba ejerciendo como cazador de brujas le habían enseñado a confiar en su instinto, y supo con certeza que había algo malo en ese hombre. Uno de los ojos de Grunwald se contrajo, y entonces tendió una mano hacia una de sus pistolas.

—¡Alabado sea Sigmar! —gritó alguien detrás de él, y al volverse el cazador de brujas vio al flagelante postrado ante Annaliese. Para cuando se volvió otra vez, el misterioso hombre que había visto entre la multitud había desaparecido. Sacó una pistola de la funda y avanzó un paso hacia el interior de la muchedumbre, empujando bruscamente a la gente para apartarla de su camino, mientras intentaba avistar al hombre.



—¡Nuestro señor Sigmar está con nosotros! —gritó otra voz, y de repente Grunwald se encontró luchando contra una marca de personas que iba hacia Annaliese, y maldijo mientras empujaba violentamente a la gente fuera de su camino. Pero aquel hombre, que él tenía la pavorosa certeza de que era un agente del enemigo, había desaparecido hacía mucho, así que se volvió para presenciar la conmoción que tenía lugar en torno a la muchacha.

Grunwald volvió a maldecir al ver lo que estaba sucediendo, y comenzó a avanzar de vuelta hacia Annaliese. El compañero del flagelante contemplaba a la joven con ojos muy abiertos.

—¡Sigmar está con nosotros en esta muchacha! ¡La doncella de Sigmar ha venido a luchar contra el enemigo! —gritaba el fanático a pleno pulmón, y cada vez se reunía más gente. El segundo flagelante se arrojó al suelo junto a su compañero, y Annaliese giró frenéticamente sobre sí en medio de la multitud, buscando ayuda.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Grunwald, al acercarse.

—Nada —se apresuro a decir ella—. ¡Lo ayude a ponerse de pie, nada más!

—He sentido la divinidad de Sigmar dentro de ella —declaro el flagelante, postrado, al tiempo que aferraba una bota de Grunwald—. ¡Estamos bendecidos por la presencia de esta joven!

Dos soldados ataviados con librea de colores púrpura y amarillo avanzaron entre la multitud y desenvainaron la espada. Cayeron de rodillas ante ella, con el arma sujeta ante sí como si fuera una ofrenda.

—¡Dadnos la bendición de Sigmar, santa doncella! —dijo uno de ellos. Al cabo de un momento había un apiñamiento de soldados en torno a Annaliese, y Grunwald maldijo.

La cara del hombre que había visto entre la multitud continuaba grabada en su mente. Si, estaba seguro de ello había un enemigo dentro del campamento del Imperio.

\* \* \*

El terreno por el que pasaba Grunwald había sido reducido a fango por numerosos pies, y el olor de la carne asada sobre los fuegos le hacía la boca agua. Apartó estos pensamientos de su mente, y se concentró en no perder de vista al paje de librea púrpura y amarilla que avanzaba rápidamente por entre la hirviente multitud de soldados de Ostermark, para conducirlo hasta la impresionante y opulenta tienda que ocupaba el centro del campamento militar.

El mozalbete que no podía tener más de once años, lo había abordado cuando estaba sentado ante el fuego, calentándose. El cazador de brujas estaba perdido en sus propios pensamientos cuando el chiquillo había aparecido y solicitado su presencia en la tienda del comandante del ejército del Imperio.

—¿Que quieren de mí? —había preguntado pero el chiquillo se había encogido de hombros. Tras ponerse el sombrero de ala ancha sobre la afeitada cabeza, Grunwald se había levantado y dejado que el paje abriera la marcha.

La tienda era grande, y los soldados de guardia permanecían en posición firme ante la entrada, con las alabardas sujetas en posición vertical. Ondeaban estandartes de colores púrpura y amarillo y el paje hizo pasar al cazador de brujas ante los guardias cuyos ojos ni siquiera se desviaron por un segundo hacia él. Un soldado les cerró el paso. El chiquillo asintió con la cabeza y se adentró corriendo otra vez en la masa de soldados.

—¿Nombre? —pregunto el soldado.

—Udo Grunwald, cazador de brujas —replicó él. El guardia asintió con la cabeza a modo de respuesta y, tras indicarle por señas que guardara silencio, lo condujo al interior. La solapa de la tienda cayó tras él, y los ojos de Grunwald necesitaron un momento para adaptarse a la iluminación del interior.

De los puntales de la tienda colgaban linternas que bañaban el interior de luz amarilla, y Grunwald vio que había alrededor de una docena de soldados reunidos en torno a una mesa sobre la que habían extendido un mapa. Karl se encontraba junto a un miembro claramente más veterano de la orden del Corazón Ardiente, que llevaba el ornamentado yelmo bajo un

brazo. El preceptor inclinó levemente la cabeza para saludar al cazador de brujas.

Un hombre de mediana edad dominaba el interior de la tienda, y tenía apoyado en una mano el mentón afeitado. Por encima del guante de cuero de una de las manos llevaba un enorme anillo de oro, y sus ropas eran de rica seda púrpura y amarillo, aunque aparte del imponente anillo lucía pocos adornos.

Había una espada sujeta junto a su cadera, con vaina hermosamente ornamentada, y empuñadura de oro magníficamente recamada. Grunwald se dio cuenta de que se trataba de uno de los famosos Colmillos Rúnicos, espadas mágicas de pasmoso poder forjadas por enanos y empuñadas por los condes electores. Era un potente símbolo de dignidad, y se contaban entre los más preciados objetos del Imperio.

Grunwald miró fijamente al conde elector de Ostermark, Wolfram Hertwig. Nunca se había encontrado tan cerca de un noble de tan alta alcurnia.

Los demás hombres que había dentro de la tienda eran canosos veteranos, claramente los ayudas de campo y comandantes militares de más alto rango dentro del ejército del conde. Hablaban en voz baja, y Grunwald vio que el conde elector suspiraba y negaba con la cabeza. Daba la impresión de que el hombre llevaba días sin dormir.

Al levantar la mirada, el conde vio a Grunwald de pie en las sombras. Tenía ojos de mirada fuerte, y su cara lucía claramente la marca de la nobleza, pero no tenía los rasgos suaves tan comunes entre las clases altas de los estados meridionales; aquel era un hombre de guerra.

—¿Quién es este? —fue la simple pregunta del elector, cuya voz tenía un rastro de acento de Ostermark, ligeramente más áspero que los de otros estados, y con algunas palabras de sonido ligeramente kislevita por el modo de pronunciarlas. Los lazos entre Ostermark y Kislev eran fuertes desde hacía mucho tiempo.

—Este es el cazador de brujas al que mandasteis buscar, mi señor —dijo el guardia que se encontraba junto al recién llegado—. Udo Grunwald.

—Avanzad para que pueda verlos —ordenó el conde elector.

Grunwald le dedicó un brusco saludo y avanzó hasta el círculo de luz. Los condes electores eran los hombres más poderosos del Imperio, y a una palabra suya marchaban los ejércitos; eran leales al Emperador Karl Franz, él mismo un conde elector pero, en general, gobernaban de manera autónoma. Tenían poder de vida y muerte, y se decía que el elector de Ostermark era un gobernante duro y exigente, aunque justo. Le tendió una mano, y Grunwald atravesó la tienda e hincó la rodilla ante el hombre para besar ligeramente el enorme anillo de oro que simbolizaba su dignidad.

—Alzaos.

—¿En qué puedo seros de utilidad, mi señor? —preguntó Grunwald. Aunque nunca se había sentido cómodo cerca de la nobleza, tampoco era alguien que se acobardara fácilmente ante cualquier hombre, y su voz era fuerte y firme.

—Tengo entendido que viajáis con una muchacha. Un verdadero dechado de Sigmar, según se dice.

—Así la llamarían algunos, mi señor. Es mi protegida.

—Este joven preceptor afirma que es toda una guerrera —dijo el elector, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia Karl.

Grunwald siguió su mirada y clavó los ojos en el caballero durante un momento, con expresión dura.

—Y he oído decir que ya ha causado una gran impresión entre los soldados —añadió el conde elector con tono tranquilo.

A Grunwald se le contrajo la mandíbula.

—Un malentendido, mi señor.

—¿Ah, sí? —dijo el conde elector—. ¿Cómo es eso?

—No ha sido confirmada por el Templo de Sigmar —dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras—. No ha recibido formación ninguna y está mal preparada para actuar como emisario de Sigmar.

El conde elector bebió un largo trago de una copa de plata que habría costado más dinero del que Grunwald había visto en toda su vida. El noble saboreó la bebida y se lamió los labios.

—Permitidme que sea franco, cazador de brujas. No tenemos ningún sacerdote con nosotros. El último de ellos cayó contra el enemigo. Y ahora,

un día antes de la batalla, aparece esta muchacha. La Doncella de Sigmar, creo que están llamándola los hombres.

La mirada de Grunwald se desvió hacia Karl, que tuvo la elegancia de sonrojarse y bajar la mirada.

—No es más que una granjera. Sólo eso —dijo Grunwald.

—Para seros franco, no me importa si es una puta de moneda de cobre o la reina de Bretonia. Lo que sí me importa es el espíritu combativo de mis soldados. Y ellos la consideran la Doncella de Sigmar, correcta o incorrectamente, carece de importancia para mí. Lo único que me importa es que los hombres crean que pueden ganar la lucha de mañana, y que Sigmar está con nosotros.

—Lo comprendo, mi señor —dijo Grunwald.

—Bien. En ese caso, estoy seguro de que haréis lo correcto. Aseguraos de que los soldados vean a la muchacha. Dejadla caminar entre ellos. Permitidles tener esperanza. Y mañana, en el campo de batalla, aseguraos de que esté entre los soldados. Aseguraos de que resista con firmeza contra el enemigo. Protegedla bien; yo ordenaré que debe protegérsela como si se tratara del propio Emperador.

—Ella nunca ha estado en el campo de batalla antes, mi señor —dijo Grunwald.

—Eso carece por completo de importancia; no es necesario que luche en primera fila. Sólo tienen que verla allí —dijo el elector, que entonces suspiró y clavó la mirada en los ojos de Grunwald.

—Vos fuisteis soldado antes de convertiros en cazador de brujas, ¿no es cierto?

—Es cierto, mi señor —respondió Grunwald.

—También yo soy un soldado, y no exagero al decir que si nosotros fallamos mañana, la suerte del Imperio penderá de un hilo.

—¿Mi señor? —preguntó Grunwald, con el ceño fruncido, incapaz de ver cómo esa batalla afectaría al resultado de la guerra.

—Talabecland es un estado asediado, cazador de brujas. Lo atacan implacablemente desde Osterland, que se encuentra bajo control enemigo. Las fuerzas que tenemos allí se ven casi abrumadas en este momento. Si

nosotros fallamos aquí, ese ejército con el que nos enfrentaremos marchará al interior de Talabecland sin hallar obstáculo...

—Y atacará la retaguardia de las fuerzas que tenemos allí y que ya están trabadas en combate —acabó Grunwald, al comprender la situación.

—En efecto —dijo el elector—. Talabecland no podrá mantener una guerra en dos frentes.

Grunwald asintió con la cabeza, con expresión ceñuda en el rostro.

—Creo que ahora comprendéis la importancia que tiene esa muchacha cazador de brujas. Si ella puede reforzar la decisión de los soldados, sería negligente, más aún, sedicioso, no aprovechar eso.

—Lo comprendo, mi señor.

—Me alegro. Eso es todo. —El elector volvió a debatir la disposición de las tropas y los movimientos enemigos. Grunwald no hizo el más mínimo movimiento para marcharse, y el guardia que lo había anunciado le tocó un hombro para indicarle que retrocediera. Él hizo caso omiso del hombre y se aclaró la garganta, al tiempo que se acariciaba el largo bigote con hebras plateadas. El elector alzó la vista, claramente sorprendido por el hecho de que aún estuviera allí.

—¿Hay algo más, cazador de brujas?

—Sí, mi señor. Hoy descubrí a alguien entre los ciudadanos y creo que era un agente del enemigo, señor.

Los consejeros se pusieron a murmurar entre sí, y el elector alzó una mano para imponer silencio.

—Explicaos, cazador de brujas.

—Vi al hombre durante apenas un breve instante, pero estoy seguro de que era un brujo... un mago, un hechicero.

—¿Y no pudisteis... aprehender a este individuo?

—No, señor. Desapareció en la masa de gente. He estado peinando la zona por si veía algún rastro de él, pero hasta el momento no he logrado localizarlo.

El elector se pinzó el puente de la nariz, entre los ojos, con los dedos como si intentara aliviarse una jaqueca.

—Ya veo —dijo, al fin—. Hablad con el capitán Heldemund, que os acompaña, cuando salgáis —dijo, al tiempo que señalaba al oficial que

estaba junto a Grunwald—. Él os proporcionara cuantos hombres necesitéis. Encontradlo, cazador de brujas. Lo último que necesitamos es que un enemigo lleve a cabo un ataque desde dentro de nuestro campo.

Grunwald saludó e hizo una profunda reverencia antes de retroceder hasta el exterior de la tienda.

Al salir al aire fresco, soltó un largo suspiro. Le explico al capitán que necesitaba, y acordó reunirse al cabo de una hora con los hombres que pondrían a su disposición. Luego, mientras sacudía la cabeza y maldecía en silencio para sí, desanduvo sus pasos a través de la nieve para ir a buscar a Annaliese.

La encontró sentada en el exterior de una tienda, mojando pan en un caldo espeso. Eldanair estaba sentado con ella, pero no tocaba para nada la comida humana. Los soldados susurraban y miraban fijamente a la muchacha, aunque ella parecía no darse cuenta de la atención que despertaba. Le sonrió a Grunwald cuando con las mejillas hinchadas por la comida que tenía en la boca, se acercó a ella.

—Deberíais probar esto —dijo, después de tragar la comida. Grunwald miró en torno, porque sentía la presencia de ojos curiosos y oídos atentos por todas partes.

—Venid conmigo —dijo con voz ronca, dio media vuelta y se alejó de la masa de soldados a grandes zancadas. La gente se apartaba precipitadamente de su camino, y él empujaba a los que eran demasiado lentos para su gusto. Annaliese corrió tras él, mientras se chupaba los dedos.

—¿Qué sucede? —preguntó. El cazador de brujas no le hizo el menor caso, y entró en una tienda que estaba abierta. Un soldado que yacía de espaldas sobre una simple colchoneta desenrollada alzó la mirada desde el suelo, con sorpresa.

—Salid —gruñó Grunwald. El soldado parpadeó, reparó en el negro atuendo del cazador de brujas, se puso precipitadamente de pie y salió de la tienda. Grunwald dejó caer la solapa de la tienda tras él.

—¿Qué os sucede? —quiso saber Annaliese.

—Vuestra reputación os precede —replicó Grunwald.

—No os entiendo.

—La Doncella de Sigmar —gruñó Grunwald.

—Es sólo un nombre estúpido por el que ha dado en llamarme Karl —dijo ella.

—Bueno, pues ha atraído la atención del conde elector de Ostermark.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Significa —dijo Grunwald, con voz baja y peligrosa—, que quiere que actuéis de acuerdo con ese nombre. Significa que debéis convertirlos en el talismán religioso de este ejército.

—Yo ya sé que no soy sacerdotisa —declaró Annaliese, acaloradamente—, y jamás he afirmado serlo.

—Mañana tendremos encima al enemigo. Y este ejército cree que Sigmar está con vos, de modo que la fe será fuerte mientras permanezcáis en las líneas de batalla. Así pues, permaneceréis en las líneas de batalla, y no vacilaréis.

—¿Es esto lo que Sigmar me ha enviado a hacer? —dijo ella, con el semblante pálido.

—Eso no importa —replicó Grunwald—. Estáis aquí, y ahora tenéis un deber que cumplir.

—¿Por qué estáis tan enfadado? Yo no he pedido esto.

—Estoy enfadado porque nunca habéis puesto el pie en un verdadero campo de batalla, y ahora tenéis que hacerlo..., y tenéis que parecer fuerte y segura.

—No pensáis que esté preparada para esto.

—Sé que no lo estáis —dijo Grunwald—. Los sacerdotes de Sigmar se entrenan desde la infancia para enfrentarse al enemigo sin manifestar miedo. Sólo los más fuertes son escogidos para representar a Sigmar, porque si uno de ellos permite que el miedo lo venza y huye, la moral de los soldados se hace pedazos.

—¿Creéis que yo voy a huir?

—Si lo hicierais, no os lo reprocharía. Pero ahora no puede permitirse que eso ocurra, así que si por un solo segundo llegara a parecer que puede ocurrir, os mataré yo mismo y declararé que sois una bruja. Es mejor eso que permitir que los soldados vean huir a su Doncella de Sigmar.





Karl sonrió al ver acercarse a Annaliese a través de la masa de soldados. Había estado aceitando y lustrando diligentemente su armadura y armas en previsión de la batalla que se avecinaba, y disfrutando de la camaradería que le ofrecía el hecho de estar de vuelta en su orden. Se puso de pie para recibir a la muchacha, sus ojos se demoraron en el cuerpo bien formado, y sacudió la cabeza ante su hermosura.

—Annaliese, sois una visión... —comenzó. Ella lo interrumpió con un puñetazo en la mandíbula, y la cabeza se le fue hacia atrás a causa del repentino golpe. La joven tenía los ojos encendidos de hirviente enojo cuando la miró, conmocionado y sorprendido, y con no poco dolor. Entonces advirtió que en los ojos de ella también había miedo.

—¿Por qué tuvo que ocurrírseos, maldición, ese estúpido nombre? —le gruñó ella.

Él se lamió el interior de la boca y escupió sangre en el suelo. La muchacha sabía dar puñetazos, eso se lo reconocía.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó él, desconcertado.

—¡La Doncella de Sigmar! —le espetó ella.

—Ah —dijo Karl.

—Sois un necio egocéntrico, Karl Heiden. —Hirviendo de enojo, Annaliese giró sobre los talones y se alejó de él como una tromba. Él la observó marchar, mientras se frotaba la mandíbula. Sintió la mirada divertida de los caballeros que lo rodeaban, y tosió, cohibido. Permaneció de pie e inmóvil durante un momento, indeciso respecto a si ir tras la muchacha o dejarla en paz.

El sol apenas comenzaba a ponerse, y optó por lo segundo. No sentía el más mínimo deseo de que ella lo avergonzara por segunda vez en un mismo día.

«Mañana la buscaré y aclararé las cosas —pensó—. Esta noche beberé».

\* \* \*

Grunwald fruncía profundamente el ceño al recorrer con los ojos las caras de los ciudadanos del Imperio que estaban formados ante él. Los miraba fijamente uno por uno antes de hacerle un gesto negativo con la cabeza al sargento, momento en que hacían retirarse a cada uno, con una escolta. Con los hombres que habían puesto a su disposición, había estado durante toda la tarde reuniendo a los centenares de personas desposeídas y desesperadas que se encontraban en el poblado. Hasta ese momento, la búsqueda del hombre que había visto entre la multitud había resultado infructuosa.

Suspiró pesadamente. Así pues, la noche iba a ser muy larga, porque no se permitiría descansar hasta que descubrieran al brujo.

\* \* \*

Horas más tarde, Annaliese encontró al preceptor. Dondequiera que iba era saludada por los soldados que la miraban con ojos esperanzados. Era algo que le resultaba agotador.

Él se encontraba sentado y apartado de sus camaradas, y resultaba evidente que había estado bebiendo. Ella vaciló por un momento. Su deseo había sido hablar con él, pero al verlo, sombrío y borracho, decidió lo contrario y dio media vuelta. Antes de que pudiera escabullirse, él la descubrió y ella maldijo interiormente.

—Lo lamento —dijo él, con voz pastosa—. Tenéis razón. Soy un estúpido.

—Sí que lo sois —asintió ella, que avanzó para sentarse a su lado, y recogió las piernas contra el pecho, se las rodeó con los brazos para conservar el calor, y apoyó el mentón en las rodillas, con los ojos fijos en el fuego.

Él manoteó en torno de sí, se levantó con piernas inseguras, y le puso una manta en torno a los hombros. La muchacha sonrió para darle las gracias.

—Os pido disculpas por haberos golpeado —dijo ella al fin.

Karl se frotó la mandíbula.

—Fue un buen puñetazo —dijo, con una mueca. Annaliese rio. Él le ofreció la botella, pero ella olió los potentes vapores del licor y se apartó.

—¿Cómo podéis beber ese veneno?

—Los soldados bebemos lo que podemos conseguir —replicó él, con voz pastosa, y de repente ella se dio cuenta de lo muy borracho que estaba. Dentro de ella sonó una campana de alarma y decidió que quería marcharse.

—Creo que voy a recogerme —dijo—. Probablemente mañana será un largo día.

—Lo será —asintió el caballero, con los ojos fijos en las pequeñas llamas que aún se alzaban de las ascuas.

—¿No bebáis mas esta noche de acuerdo? Buenas noches Karl —dijo Annaliese, al tiempo que posaba ligeramente una mano sobre un hombro de él al ponerse de pie.

Él cogió la mano de ella cuando la arrastraba por el hombro al retirarse, y se puso de pie con el rostro encendido. Le rodeo la esbelta cintura con una mano, la atrajo bruscamente hacia sí y la besó apasionadamente. Ella luchó contra él pero Karl la sujetó con más fuerza hasta que ella lo empujó violentamente para apartarse, con los ojos encendidos de indignación.

—Marchaos a dormir, Karl. Estáis demasiado borracho —dijo con voz suave, aunque había un tono acerado en las palabras.

—Solo lo justo —dijo él, con voz ligeramente pastosa. Ella retrocedió otro paso, y el rostro del caballero enrojeció de enojo.

—¡Maldición, mujer! ¿Que os sucede? —Se erguía ante ella, una cabeza y media más alto que la muchacha y fácilmente del doble de su peso. Volvió a tender las manos hacia ella, y Annaliese le dio un fuerte puñetazo en una mejilla.

Él fue lanzado hacia atrás, conmocionado y sorprendido, parpadeando. Cuando su visión se aclaró, sus ojos estaban llenos de enojo y lujuria.

Avanzo hacia la joven con un gruñido, y la aferro por las muñecas cuando ella intento golpearlo por segunda vez. La sujeto con la misma facilidad que si fuera una niña, y cerró los ojos, embriagado por el olor del pelo de ella.

Al momento siguiente sintió una aguda punta fría contra el cuello, y abrió los ojos de golpe. Eldanair estaba junto a él y la punta de su fina espada le tocaba el cuello. Una diminuta gota de sangre corría por el plateado filo del cuchillo.

Karl soltó una carcajada seca y aparto a Annaliese de sí. El elfo retrocedió un paso y se desplazo con actitud protectora hacia Annaliese.

—Ya veo —dijo Karl mientras asentía con la cabeza y reía suavemente para sí—. Ya veo lo que sucede aquí.

—Aquí no sucede nada salvo que vos sois un borracho lascivo —gruño Annaliese.

—Me rechazáis porque ya tenéis un amante —dijo Karl, señalando a Annaliese con un dedo.

—Sois un estúpido —le espetó Annaliese—. No veis nada.

—Ah, no, ahora lo veo todo, Doncella de Sigmar —dijo él, con tono burlón—. Habéis estado presentándoos como una virtuosa mujer devota, y durante todo ese tiempo habéis estado revolcándoos con este. ¡Ni siquiera es un verdadero hombre!

—Estáis yendo demasiado lejos, Karl —dijo Annaliese, con tono peligroso.

—¿Es buena? —le preguntó el preceptor al elfo, hablando en voz alta y lentamente, como si fuera sordo en lugar de no entender el Reikspiel. El elfo lo miró fríamente, sin que en su rostro se manifestara expresión ninguna.

El caballero hizo un gesto grosero y Annaliese avanzó hacia él con los puños cerrados.

Entonces él parpadeó, como si se diera cuenta de sus actos, y se pasó una mano por la frente, oscilando ligeramente. Medio cayó y medio se sentó, cogió la botella y bebió un largo trago.

Annaliese y Eldanair se quedaron allí de pie, inmóviles.

—¿Qué? —dijo Karl, al fin—. ¿Había algo más?

Annaliese negó con la cabeza.

—Erais un hombre al que tenía en gran estima, Karl Heiden. Parece que me equivocaba al teneros en tan alto concepto —le espetó ella, antes de girar sobre los talones y marcharse como una tromba, noche adentro, con Eldanair tras de sí.

Karl bebió otro largo trago de la botella, con los ojos fijos en el fuego. Acabó con el resto del licor, y echó el envase a las llamas. Se volvió para ver si Annaliese se había marchado. Lo había hecho.

—Vaya, eso sí que ha ido bien —dijo para sí.

Un momento después estaba de rodillas y vaciaba el contenido del estómago en el suelo. Sus entrañas se contrajeron y lo arrojó todo, hasta que al fin quedó sentado y jadeando, y se enjugó el rostro.

Se puso de pie con piernas inseguras y se encaminó hacia un barril de agua que había cerca, en el que sumergió las manos. En la superficie había comenzado a formarse hielo que se rompió bajo sus dedos. Se lavó la cara en el agua helada. Luego ahuecó las manos para recoger agua y beber en abundancia hasta que se le quedaron los dedos insensibles. Ya más sobrio, evocó la última media hora.

—Eres un estúpido —se dijo, al darse cuenta del daño que había hecho. Pero entonces apareció en su mente la imagen de la cara de Eldanair y volvió a sentir cólera, ardiente y feroz.

«Malditos sean los dos», pensó, y regresó con paso tambaleante a su tienda.

\* \* \*

Dietrich avanzaba con precaución por la nieve, arrastrándose a través de la oscuridad. Todos sus sentidos estaban alerta; vio la silenciosa forma de una lechuga que pasó por encima de él, y percibió el característico olor de la carne quemada en el viento. El resplandor de las hogueras iluminaba la oscuridad perfecta de la noche sobre los montículos que se alzaban justo en frente.

El elector había escogido personalmente un grupo de exploradores y los había enviado unas horas antes a evaluar la fuerza del enemigo y determinar a qué distancia estaba.

El elfo andaba por algún sitio, más adelante, fantasma invisible en la oscuridad. Estaban todos pasmados ante sus habilidades. Habían salido en el momento en que la plateada luna llegaba al zenit, y habían avanzado rápidamente noche adentro, hacia el enemigo. Dietrich sabía que jamás se habría atrevido a acercarse si el elfo no los hubiera guiado; a lo largo de la noche, el elfo los había salvado docenas de veces, al instarlos a tenderse en la nieve. Momentos después habían pasado junto a ellos enemigos que se movían por la oscuridad sin antorchas que les alumbraran el camino.

Habían acabado con dos de estas patrullas enemigas; sus flechas habían derribado a los guerreros de sus caballos y no habían dejado a ninguno con vida. El elfo los había conducido por entre las patrullas enemigas, y habían subido a un montículo para tener una vista general del campamento del Caos.

Dietrich continuó arrastrándose, sin hacer caso del frío cortante. Estuvo a punto de gritar cuando Eldanair apareció ante él como un fantasma, con un dedo sobre los labios. Dietrich hizo rápidamente una señal para que sus hombres se inmovilizaran, y ellos se hundieron en la nieve, como petrificados. El elfo desapareció más adelante, y Dietrich permaneció tendido e inmóvil durante largos minutos, preguntándose qué sucedía. ¿Los habrían descubierto? No, no se habían oído gritos de advertencia ni sonidos de alarma.

Un momento más tarde regresó el elfo, y lo llamó con un gesto. Tras rodear con gran cautela una roca antigua, Dietrich se encontró con el primer cadáver. El cuerpo del guerrero enemigo era enorme, y sus poderosos brazos estaban cubiertos de brazaletes dorados. Incontables aros dorados perforaban la piel de su barbudo rostro, y llevaba un peto circular de negro hierro sobre el torso muy musculoso. Había un yelmo caído en la nieve, junto a él, con altos cuernos que Dietrich no reconoció como pertenecientes a ningún animal.

Vio que Eldanair se ponía de pie como una sombra detrás de otro centinela, y le tapaba la boca y la nariz con una mano. Una hoja metálica

destelló en la noche cuando apuñaló una y otra vez al guerrero enemigo a través de la pesada capa de pieles. La corpulenta figura pesaba fácilmente el doble que el elfo, pero murió en cuestión de segundos, y el elfo bajó el cuerpo hasta la nieve.

Dietrich se arrastró hasta llegar junto a Eldanair, y sus ojos se desorbitaron al contemplar el campamento enemigo situado más abajo.

El tamaño del ejército era inmenso. Los fuegos de campamento se extendían hasta donde llegaba la vista. Tenía que haber decenas de miles de guerreros enemigos, y no sólo había hombres; encadenados a largas estacas se veían enormes mastines de espeso pelaje, bestias que tenían casi el tamaño de un poni. Yacían tendidos unos encima de otros, dormidos, y sus relajadas fauces abiertas dejaban a la vista enormes colmillos y largas lenguas colgantes. Un poco más allá de los guerreros acampados se veían otras figuras de gran tamaño. Sus siluetas quedaban ocultas por la oscuridad, pero eran descomunales, fácilmente tan enormes como los osos más grandes de los que Dietrich hubiera tenido noticia, pero por instinto supo que no se trataba de criaturas naturales. No, sus formas habían sido pervertidas y habían mutado debido a décadas de exposición a los efectos disformadores del Caos.

Eldanair le llamó la atención con un suave toque en un hombro, y señaló a lo lejos, hacia el norte. Al principio Dietrich no pudo ver nada, intentando distinguir algo por encima de los relumbrantes restos de cinco mil hogueras, pero al fin vio movimiento. Unas figuras montadas atravesaban el campo abierto, alejándose del campamento.

Debían ser unos trescientos, y cabalgaban hacia el norte. Entre los guerreros montados rodaban pesados carros tirados por corceles negros, y las ruedas tachonadas de metal hacían volar la nieve tras de sí.

Dietrich supo que aquella era una información de vital importancia que debía transmitirle a su comandante, porque ciertamente parecía que el enemigo estaba enviando un destacamento rápido a dar un rodeo en torno a las líneas del Imperio, con la intención de que las atacara desde un ángulo inesperado cuando ya hubiera comenzado la lucha. Sabía que un movimiento semejante podía decidir el resultado de la batalla.

Tras echar una última mirada al campamento enemigo para calcular el número de guerreros comenzó a arrastrarse de vuelta, montículo abajo, alejándose del ejército oponente. Una vez en terreno abierto, los exploradores se pusieron en marcha a la máxima velocidad que permitía la prudencia, para seguir a los jinetes enemigos. Irían tras ellos durante unas horas para determinar la dirección que llevaban antes de dar media vuelta y regresar a las líneas imperiales.

\* \* \*

Estaba amaneciendo, y Grunwald sentado en el exterior de su tienda, desmontaba y limpiaba meticulosamente sus armas. Las había colocado sobre una hoja de cuero desenrollada, y lustró y aceito primero el mecanismo de las pistolas de rueda, para luego pasar a hacer lo mismo con la pesada ballesta de negro metal.

Los cañones de las pistolas los limpió con un paño de buena calidad y una baqueta, mirando el interior para asegurarse de que no quedara ni una mota de polvo.

Estaba enfadado y el simple acto de ocuparse del mantenimiento de sus armas lo calmaba un poco. El trabajo nocturno de rebuscar entre los ciudadanos no había dado fruto, y el latido sordo de un dolor de cabeza provocado por la presión lo volvía aun mas irritable y tenso.

Se sentía enfadado consigo mismo por haber apartado los ojos de aquel hombre, y frustrado por no haber sido capaz de descubrir su paradero. Incluso había comenzado a dudar de sí mismo —tal vez el hombre no había sido más que un buhonero atemorizado—, pero en lo más hondo de sí sabía que no lo era. El hecho de que el hombre se hubiera ocultado era prueba suficiente de su culpabilidad.

Annaliese lo encontró allí, y se sentó a su lado en silencio, mientras él continuaba limpiando las armas. El cazador de brujas disfrutaba de la quietud de las primeras horas de la mañana y no hizo el más mínimo



esfuerzo por hablar con la joven, así que se alegró al ver que también ella parecía contenta de guardar silencio.

—Estoy asustada por la batalla —dijo Annaliese al fin.

—Es normal —replicó él, que sopló para eliminar una mota de polvo descarriada que había quedado dentro del mecanismo de rueda de una de las pistolas.

—Vos no parecéis preocupado.

—Sería un estúpido de verdad quien no sintiera algo de miedo el día de la batalla —respondió Grunwald, que posó la cuidadosa mirada sobre el arma y la giró entre las manos para buscar cualquier fallo o mácula—. O un estúpido, o un demente. —Al no hallar defecto ninguno, desplazo la atención hacia las saetas de negro metal de su ballesta, y se puso a estudiar la punta de la primera. Satisfecho, la recogió para mirar a lo largo de ella con el fin de asegurarse de que fuera perfectamente recta, sin deformación alguna que afectara a la puntería.

—No soy ni un estúpido ni un demente —continuó Grunwald—, así que temo la batalla que se avecina. Pero lo importante es lo que ese miedo haga con vos. O lo domináis y utilizáis en vuestro propio beneficio, o dejáis que os domine. Si permitís que os domine, crecerá y crecerá en vuestro interior, hasta que no seáis más que su esclava.

—¿Usar el miedo en beneficio propio? —preguntó Annaliese, con el ceño fruncido—. ¿Cómo puede ser el miedo un beneficio?

—El miedo nos mantiene vivos. Es el miedo quien nos dice que no caminemos por el borde de un precipicio durante un vendaval.

—Pero sólo un estúpido haría eso.

—O un demente. Pero he aquí otro ejemplo: si se lo controla, el miedo aporta fuerza, velocidad, y una claridad mental transparente como el cristal. Si se lo deja libre y logra controlamos, trabajará contra nosotros y hará que reaccionemos con lentitud, si acaso nos permite reaccionar.

Annaliese asintió con la cabeza.

—Recuerdo una ocasión en que salí a cazar con mi padre. Nos sorprendió un oso. Yo me quedé petrificada, sin poder huir, disparar ni hacer nada más que mirarlo fijamente. Me habría matado de no haber estado allí mi padre. —A Annaliese se le pusieron los ojos vidriosos al

recordar. Alzó la mirada hacia el cazador de brujas, y salió bruscamente de la ensoñación—. ¿Qué sucederá si hoy me quedo petrificada?

—Que moriréis —fue la simple respuesta de Grunwald—. ¿Queréis un consejo? No os quedéis petrificada —recogió rápidamente una de las pistolas y comprobó el mecanismo de rueda—. Carece de importancia que tengáis miedo; sólo debéis aseguraros de que la Doncella de Sigmar no lo demuestre.



Thorrik apareció de entre el hervidero de actividad de soldados que se preparaban para la batalla, pateando el suelo para quitarse la nieve de las botas. Su expresión era de enfurecimiento, y se sentó pesadamente antes de sacar de la bolsa la pipa en forma de cabeza de dragón.

Grunwald alzó una ceja con expresión inquisitiva, mirando al enano.

—¡Al norte! —farfulló Thorrik—. ¡Mi clan se ha marchado al norte!

—¿Al norte? Pero si estamos en el norte —señaló Grunwald.

—¡A Kislev! ¡Han marchado al interior de Kislev con un ejército de Reikland!

—¿A Kislev? Pero si la guerra se libra aquí, en el Imperio, ¿qué demonios hacen los ejércitos marchando hacia allí?

—Parece que esa llamada Hueste del Cuervo está concentrándose al norte de Kislev. Lo que ya tenemos aquí no es más que la vanguardia. Vuestro Emperador ha enviado un ejército a Kislev para que luche contra ella... ¡y mi gente ha marchado con ellos! —El enano se aclaró ruidosamente la garganta, y comenzó a mascullar para sí en su propio idioma.

—Así pues, si sobrevivimos al día de hoy, os marcharéis al norte, ¿no? ¿Adónde, a la propia ciudad de Kislev?

El enano bufó.

—Aún más lejos: el ejército marcha sobre Praag.

Los ojos de Grunwald se abrieron más. Praag se encontraba muy al norte de Kislev, a miles de kilómetros de la posición que ocupaban en ese

momento. Se tardarían semanas, meses en llegar hasta allí. Silbó, impresionado.

—Bueno —dijo Thorrik—. Primero tenemos que superar esta batalla. ¿También tú lucharas aquí, moza?

—Lo haré —replicó Annaliese.

—Yo estaré en las primeras líneas, que es donde lucha un rompehierros. Sólo espero que los humanos os mantengáis firmes junto conmigo.

—Lo haremos —le aseguró Annaliese, con ceñuda determinación—. Tenemos que hacerlo.

## VEINTIUNO

El despejado cielo azul matinal fue lentamente ocupado por implacables, melancólicas nubes oscuras que avanzaban lentamente. Las sombras envolvieron a las líneas imperiales, y Grunwald se estremeció al descender la temperatura. Estaba alerta y a la expectativa por si aparecía el mago que había visto entre la multitud el día anterior, seguro de que asomaría la cabeza antes de que acabara el día.

El relámpago restallaba entre las cargadas nubes, ondulando de un lado a otro con intensos destellos, acompañado por el implacable retumbar sordo de los truenos. Brillantes rayos se precipitaban hacia el suelo más allá de la cresta de la árida altiplanicie, zigzagueantes líneas de energía y luz que eran seguidas un segundo más tarde por ensordecedores retumbos que hacían que los corceles de los caballeros relincharan de miedo.

La tormenta avanzaba como un malevolente ser viviente y parecía llevar consigo poderosas emociones de odio que prometían muerte y destrucción. Grunwald reparó en que Annaliese respiraba trabajosamente y estaba pálida, mientras contemplaba el banco de nubes que iba hacia ellos.

Era como el enorme escribo de una montaña cuya punta avanzaba inexorablemente en dirección a ellos, una espesa cuña de oscuridad que se aproximaba cada vez más. El ápice de esta fuerza elemental se detuvo por encima de la cresta de la árida meseta, justo en lo alto de la umbría aldea como si hubiera chocado con una barrera invisible. La carga de las nubes aumentó y se oscurecieron de tal manera que ya eran casi negras, y comenzaron a alargarse en torno a los costados del pueblo como un par de gigantescos cuernos, para rodearlo amenazadoramente.

Una gran sombra de oscuridad que parecía viajar ante la masa de nubes se separó de la tormenta y descendió por el aire hacia la aldea. Grunwald vio que se trataba de una masa de aves de negras plumas millares de ellas volando juntas, que llenaban el aire con sus ruidosos graznidos. Descendieron en picado para volar por encima de las cabezas de los soldados del Imperio, momento en que sus ásperos graznidos compusieron un coro ensordecedor, mientras el batir de sus alas se volvió desorientador. Volando coordinadamente como si fueran una única masa viviente, los cuervos eclipsaron completamente el cielo, pasaban lo bastante bajo como para obligar a los hombres a agachar la cabeza, y muchos que no llevaban yelmo sufrieron tajos de los negros picos y las garras con que los acometieron. La masa viviente volvió a girar, un enloquecedor torbellino de plumas negras, y docenas de soldados dispararon ballestas y pistolas hacia la masa, antes de que los sargentos restablecieran el orden a gritos.

Decenas de cuervos cayeron al suelo con las alas rotas por las saetas y las balas de plomo, con el cuerpo roto e incapacitado para volar. Quedaron aleteando inútilmente en el suelo, dejando tras de sí plumas, y arrastrando las alas inutilizadas. Uno golpeó a Annaliese al caer, y ella gritó a causa del susto. El ave graznó ensordecedoramente al tiempo que atacaba con el pico y las garras, y le hizo sangrar el cuello antes de que ella lograra arrojar a la criatura al suelo, ante sí, con gestos frenéticos. Aleteó en círculo con el ala y la pata izquierdas convertidas en un sangrante destrozo, y clavó en Annaliese un feroz ojo como una cuenta de vidrio. En el lustroso globo ocular brillaba la cólera, una hirviente ira y una malevolencia que se proyectaban desde el cuervo que era tan grande como un perro pequeño. Al acercarse Grunwald vio que las plumas no eran negras de verdad sino que en ellas podía verse más bien un rielar de colores, como el del arco iris que se forma sobre el aceite vertido sobre agua.

Cuando Grunwald avanzó hacia la agonizante criatura, esta graznó, abrió el pico y lo dirigió agresivamente hacia él. Él la mató de un pisotón, destrozando sus frágiles huesos con una bota y silenciando sus escandalosos e inquietantes graznidos.

Los cuervos de lo alto describieron un círculo más antes de volver atrás, volando bajo por encima de la tierra hacia la altiplanicie de brezales. Como

una alfombra mágica de plumas negras, las atroces aves del enemigo parecieron fluir cuesta arriba para desaparecer por encima de la cima de la meseta.

En ese momento pudieron verse las primeras figuras oscuras sobre la cresta de los altos eriales, de pie e inmóviles, silueteadas por los destellos de los relámpagos que relumbraban detrás de ellas. Estaban quietas, como estatuas antiguas de infernales dioses guerreros muertos en tiempos remotos, toda una hilera de ellos que se extendía a lo largo de la cima, oscuros, imponentes y mortíferos.

Era como si los cuervos se hubieran metamorfoseado en aquellos terribles guerreros. Grunwald se preguntó si volverían a convertirse en las odiosas aves carroñeras al acabar la batalla, para picotear los cadáveres y arrancarles los ojos.

Los cornudos yelmos de los inmóviles guerreros del Caos podían verse con claridad contra el telón de fondo de los destellantes relámpagos. Ante sí sujetaban enormes estandartes, y aunque las imágenes que había sobre los pendones de piel humana deberían haber quedado en sombras, podía vérselos con claridad: retorcidas y blasfemas formas de glifos hechas de fuego azul que relumbraban con fría luz propia.

Una corriente de miedo recorrió las filas del Imperio cuando los soldados vieron a los guerreros de los dioses del Caos.

Eran guerreros enormes, cada uno fácilmente una cabeza más alto que cualquier hombre del Imperio. Se los educaba desde el nacimiento como luchadores brutales, y se eliminaba despiadadamente a los débiles de entre ellos. Se les enseñaba a sujetar una espada o un hacha desde el momento en que podían ponerse de pie, y antes de llegar a las ocho primaveras de vida ya eran asesinos curtidos que hacían presa en los que eran más débiles que ellos y cuyas almas les ofrecían a los Dioses Oscuros del Caos.

Sólo lo más fuertes y feroces de entre ellos llegaban a la edad adulta, y cada uno había demostrado ya su valía ante los demoníacos dioses.

Pero cuando nueve rayos hirieron simultáneamente la tierra por debajo de la cima, las figuras que habían sido meras siluetas quedaron perfectamente visibles, y la sensación de terror y mal augurio generalizado que imperaba en las líneas del Imperio se redobló. Porque aquellos no eran

guerreros del Caos corrientes, sino la élite de elegidos de la Hueste del Cuervo.

Cada guerrero iba completamente revestido de metal oscuro, y llevaba un yelmo cerrado rematado por curvos cuernos demoníacos. En el centro de cada yelmo había una relumbrante gema azul tallada en forma de ojo de fija mirada. Empuñaban brutales armas mortíferas —espadas, hachas y pesadas mazas de pinchos— que un hombre normal sería incapaz de levantar con las dos manos, mucho menos con una, como parecían hacer, sin esfuerzo aquellos guerreros. Muchos de ellos llevaban escudos rematados por púas y ganchos, todos con un ojo azul de fija mirada en el centro. Capas de plumas de cuervo cubrían los hombros de estos guerreros de elite, los escogidos de Tzeentch, que observaban sin moverse el pueblo y las magras filas de temblorosos soldados del Imperio.

A ambos lados de los inmóviles guerreros escogidos aparecieron más enemigos, y a lo largo de la cresta clavaron enormes estacas metálicas. Todas eran de cuatro metros y medio de altura como mínimo, y en el extremo de cada una había ensartado un hombre que vestía los colores púrpura y amarillo de Ostermark; eran, claramente, soldados a los que habían dado muerte en una confrontación anterior, tal vez en la toma de Bechafen.

No. Grunwald se dio cuenta de que no habían muerto en una batalla anterior: un gran gemido de horror se alzó entre las filas del Imperio cuando vieron que aquellos soldados no estaban muertos en absoluto. Todas las figuras empaladas se contorsionaban, y agitaban brazos y piernas en medio de la agonía, mantenidos con vida y atormentados por la atroz magia del enemigo. Los gemidos y alaridos de los torturados hombres de Ostermark descendieron desde lo alto de la meseta hasta la aldea, y Annaliese se cubrió la boca al oír los agónicos lamentos desesperados.

Un millar de estacas fueron plantadas en lo largo de la cresta, y también fueron alzadas otras más grandes mediante cuerdas y cadenas; en cada una de estas últimas había empalados cinco soldados o más. Los cuervos se posaban sobre muchos de estos hombres torturados para arrancarles tiras de carne y picotearles la cara, pero ni uno sólo de ellos estaba muerto.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Annaliese, con voz tensa.

—Están intentando asustarnos —replicó Grunwald.

—Están lográndolo —dijo Annaliese, y tragó con dificultad porque tenía la boca y la garganta resecas.

—O están esperando algo —dijo el cazador de brujas. Estiró el cuello, y se volvió a mirar hacia el sitio donde se apiñaban los ciudadanos, por detrás de las líneas de soldados. Su mirada paseó por la masa de humanidad desesperada, pero no vio el rostro que buscaba: la cara de profundas arrugas del brujo que sabía que acechaba en algún sitio, allí atrás.

\* \* \*

Karl estaba sentado a horcajadas sobre un enorme corcel, contento de haber vuelto por fin a la silla de montar. Sentía al animal temblar debajo de sí a causa del miedo y la expectación. Se inclinó hacia delante y le dio unas enérgicas palmadas en el cuello; mientras le hablaba con tono suave y tranquilizador. Sabía cómo se sentía.

Los corceles de los caballeros pateaban el suelo, y tenían las orejas gachas y pegadas a la cabeza. Estaban intranquilos y tensos. Así solían comportarse antes de una batalla, pero el miedo que recorría las líneas del Imperio era casi como un ser vivo. Giraba en torno a los hombres y los hacía sudar a pesar del gélido frío. El cielo continuaba oscureciéndose, y descomunales bancos de nubes rodeaban casi completamente la aldea.

Karl tenía ganas de que el enemigo avanzara de una vez, para que acabara la espera. Se trabaría el combate, comenzaría la matanza, y él podría perderse en la refriega.

Intentó apartar de su pensamiento el encuentro de la noche anterior con Annaliese, pero el rostro conmocionado y enfadado de ella continuaba apareciéndosele ante los ojos, y lo perseguía la expresión de miedo con que lo había mirado cuando la había atraído bruscamente hacia sí. Apretó los dientes y empujó la imagen al fondo de su mente, pero no dejaba de resurgir, burlona y dolorosa.

Se sentía desgarrado por la vergüenza. ¿En qué había estado pensando?, se preguntó. ¿Qué maleficio se había apoderado de sus sentidos?



Ella se lo había buscado, decía una voz oscura de su interior. Había estado tentándolo durante semanas con su aspecto seductor y sus deliciosos ojos. Lo había incitado, haciéndole creer que había algo entre ellos, pero durante todo el tiempo había estado riéndose de él, ella y ese maldito elfo.

Karl cerró los ojos para defenderse de estos pensamientos enloquecedores, esforzándose por apartarlos de su mente. ¿Acaso el enemigo lo había infectado con alguna vil brujería? No, respondió él mismo; esto no era más que celos y deseo, emociones muy humanas, que habían sido inflamadas por la bebida.

¡Qué estúpido había sido! Había estropeado las posibilidades que tenía con la muchacha, y no podía culpar a nadie salvo a sí mismo.

Aunque ahora importaba poco, pensó, sombrío, al mirar al enemigo que permanecía inmóvil al borde de la meseta de brezales. Dentro de poco se perdería en medio del estruendo de la batalla, y ya no tendría importancia.

Al mirar en torno, Karl vio cómo se bamboleaban las plumas que adornaban gorras blandas de los arqueros, arcabuceros y ballesteros que avanzaban a paso ligero para variar el ángulo de la formación al otro lado de la pantanosa depresión que se extendía al pie de la árida cresta.

Falanges de soldados regulares marchaban más lentamente detrás de ellos, alabarderos y espadachines, con los pendones flameando violentamente. En el centro de la formación iban los espadones un destacamento de endurecidos soldados armados con enormes mandobles que apoyaban sobre el hombro derecho. Grandes penachos coronaban sus cascos cónicos, y caminaban en perfecta sincronía, pues eran los soldados de elite de la infantería del ejército, sus soldados más curtidos y veteranos.

La caballería ligera iba retrasada con respecto a la línea principal, y otros regimientos de lanceros, alabarderos y piqueros permanecían inmóviles a lo largo de la periferia del pueblo. Había reunida una desordenada turba de refugiados miles de supervivientes desesperados de poblados y pequeñas ciudades remotas que seguían al ejército. Estaban allí, mirando el campo de batalla desde cualquier puesto de observación que pudieran encontrar, en espera de ver el resultado de la batalla, Karl sabía que si perdían el combate, todos ellos serían asesinados.

Los comandantes del Imperio habían intentado obligar a aquellos rezagados a abandonar el área, pero era una tarea imposible. En verdad, Karl podía entender que no quisieran estar lejos del ejército y la protección que este les proporcionaba, aunque la duración de esa protección quedaría determinada dentro de poco.

Karl se preguntó donde estaría Annaliese. Giro sobre la silla y recorrió con la mirada los atemorizados rostros de los soldados. Primero descubrió al cazador de brujas Udo Grunwald, era difícil no verlo de pie entre los soldados, ya que llevaba puestos el sobretodo negro y el sombrero de ala ancha del mismo color que distinguían a los de su oficio. Estaba con un pequeño grupo de soldados, en la retaguardia de las fuerzas reunidas. Parecía buscar a alguien porque miraba con gran atención en torno de si.

Los ojos de Karl se abrieron mas al reconocer a Annaliese, que estaba junto al cazador de brujas. Llevaba una celada ajustada, con la cara descubierta, y mantenía la cabeza alta mientras miraba con ferocidad hacia el otro lado del campo de batalla a los inmóviles enemigos. Sujetaba el martillo con una mano y un escudo circular en el brazo contrario. Sus brazos y hombros estaban protegidos por placas metálicas, y el borde de la larga cota de mafia que llevaba puesta podía verse por debajo del ropón rojo y crema desgastado por el viaje.

Era como una brillante luz radiante entre los soldados. Era la Doncella de Sigmar, y realmente representaba a la perfección el papel mientras esperaba, impertérrita, el comienzo de la batalla. Él la miró con reverencia abierta y admiración. Entonces lo golpeó la vergüenza por sus actos, y apartó la mirada, al tiempo que se maldecía.

\* \* \*

—¿Por qué demonios no atacan de una vez? —gruñó Thorrik, mientras pateaba el suelo para intentar devolverles algo de sensibilidad a los fríos dedos de los pies. Se encontraba en la primera línea de una falange de alabarderos que lo superaban mucho en altura. Los hombres que lo

rodeaban guardaban silencio y estaban ceñudos. A lo largo de la línea, el estandarte púrpura y amarillo de Ostermark restallaba ruidosamente en el viento cada vez más fuerte.

Al fin, se produjo movimiento en lo alto de la meseta cuando los guerreros inclinaron la cabeza y se apartaron respetuosamente del camino de una figura gigantesca que iba sobre un corcel negro que bufaba. El personaje llevaba una ornamentada armadura estriada de oro cuyo brillante casco estaba coronado por retorcidos cuernos que se enroscaban uno en torno al otro. Entre estos cuernos flotaba, en el aire, un ojo de fuego azul del tamaño del torso de un hombre, cuyas llamas ardían ferozmente con luz atroz. En el centro del ardiente iris azul había una gran pupila negra, y cuando otro rayo hirió la tierra ante el señor del Caos, esta pupila se contrajo bruscamente hasta ser no más que una ranura negra vertical, como la de una serpiente.

El atroz corcel pateaba el suelo, y sus ojos ardían con pálido fuego. Iba también acorazado con armadura de oro estriada como la del jinete, y sobre su cabeza se alzaba un par de cuernos retorcidos similares a los de este.

El enorme guerrero llevaba una larga capa de plumas que ondulaba detrás de él como una mortaja. Alzó con una sola mano un chafarote de enorme hoja por encima de la cabeza, en el momento en que la infernal montura se alzaba de manos y de los cielos caía otro rayo sobre la larga arma. La electricidad recorrió a la enorme figura y crepitó por encima de la armadura antes de descargar a tierra a través de los cascos del corcel.

El sonido del rayo alcanzó a las líneas del Imperio un segundo más tarde, y fue tan potente como si la tierra hubiera sido partida por la mitad. Los caballos se alzaron de manos y relincharon de miedo, y los jinetes lucharon para recuperar su control.

Los últimos destellos eléctricos del rayo se fundieron sobre el señor del Caos, y este comenzó a hablar. Sus palabras eran las de un demonio, y se alejaron de él como una ola ensordecedora, para llegar a los oídos de todos los hombres que se encontraban en el campo de batalla como si el señor del Caos les gritara al oído.

El sonido parecía estar formado por un millar de voces que bramaban al mismo tiempo, y los soldados del Imperio pío rodeaban a Thorrik

retrocedieron involuntariamente cuando la muralla sonora los golpeó. En la voz había alaridos y rugidos de furia y dolor, así como los gritos de almas torturadas.

Las palabras eran extrañas y carecían de sentido para los hombres del Imperio, pero su poder era enorme. Se oyeron gemidos de miedo entre los soldados que rodeaban a Thorrik, y varios cayeron de rodillas y se cubrieron los oídos en un fútil intento de protegerse del espantoso estruendo. El propio Thorrik apretó los dientes y aferró con fuerza el mango del hacha, para soportar con expresión ceñuda la tormenta de vociferadas palabras incoherentes.

Grunwald sintió la potencia de las palabras del Caos aporreando su cordura, y resistió su poder. A su lado, Annaliese rodeó con una mano el colgante de Sigmar y comenzó a formar con los labios las palabras de una plegaria, con expresión desafiante en la cara. El cazador de brujas percibió que aumentaba el poder, y apretó los dientes al sentir que el aire se cargaba del olor eléctrico de la magia.

Un regimiento de soldados que se encontraba a unos cincuenta pasos por delante de su posición quedó repentinamente envuelto en un borroso torbellino al desgarrarse el tejido de la realidad.

Un centenar de hombres que fueron envueltos por una gigantesca ola de energía demoníaca cayeron al suelo entre alaridos y rugidos. Sufrían violentas convulsiones, y los que estaban cerca retrocedieron con expresión de horror en la cara. Los hombres comenzaron a retorcerse, entre gritos, y la carne de su cuerpo pareció ondular y contorsionarse. Los huesos abultaron bajo la piel al crecer de modo incontrolable, y la atravesaron para formar gigantescas excrecencias puntiagudas. La columna vertebral de los hombres se deformó y atravesó la piel de la espalda con púas de hueso que nacían de las vértebras para empalar a otros hombres demencialmente mutados. De los antebrazos de algunos brotaron plumas, ensangrentadas y cubiertas de mucosidad, y del pecho de otros salieron tentáculos que se tendieron hacia el cielo como inquisitivas sanguijuelas.

La boca de algunos fue forzada a abrirse mucho más allá de sus límites naturales, y de los huesos de las mandíbulas les brotaron enormes colmillos de hueso. Otros hombres fueron atraídos entre sí y su carne se fundió, y en

la piel se les abrieron globos oculares que lloraban sangre, junto con bocas llenas de colmillos que chillaban de dolor.

El trueno resonaba en lo alto mientras los soldados mutaban y cambiaban de manera enloquecedora, como si los atroces dioses demoníacos del Caos se sintieran complacidos.

Entre gritos y alaridos de dolor y cólera, los monstruosos engendros del Caos creados con la carne de los soldados del Imperio comenzaron a atacar a los que estaban en torno a ellos con extremidades llenas de púas y poderosas garras, con las que partían los huesos y destrozaban a los que hasta ese momento habían sido sus camaradas. Bocas llenas de hileras de dientes lanzaban mordiscos con los que atrapaban brazos y cuellos, destrozaban y mataban. Con piernas rotas y malformadas, los engendros gateaban y daban traspiés, al tiempo que tendían hacia los soldados de Ostermark apéndices como aletas, y tentáculos como gusanos que azotaban el aire.

Los soldados retrocedían ante aquellas monstruosidades que momentos antes eran sus amigos y camaradas, y decenas de ellos fueron muertos por potentes mandíbulas que los desgarraron y extremidades deformes que los golpearon.

Grunwald salió de la línea de soldados que había escogido para que lo acompañara en la búsqueda del brujo, y giró sobre sí mientras sus ojos iban de un lado a otro.

Al final su vista se clavó en una figura oscura que estaba de pie en el curvo ático de un edificio del poblado. Encima de la construcción giraba un extraño globo metálico que rotaba, un ingenio con mecanismo de relojería que mostraba las posiciones de las lunas y el tránsito del sol. La figura del hombre al que había estado buscando durante toda la noche estaba allí, con el báculo alzado por encima de la cabeza, y pronunciaba un encantamiento.

Dado que la atención de todo el ejército estaba concentrada en la línea enemiga silueteada contra el cielo, y en las horrendas criaturas que causaban estragos entre ellos, nadie había mirado hacia atrás ni visto aquella espantosa figura.

No permitáis que la bruja viva, era uno de los mantras de los cazadores de brujas, y Grunwald no tenía la más mínima intención de permitir que

aquel brujo viviera durante más tiempo.

Tras vociferar una orden para que los soldados que lo rodeaban lo siguieran, comenzó a correr hacia el edificio sin apartar los ojos de la demencial figura. Vociferaba mientras corría, para ordenarle a la aterrorizada muchedumbre de ciudadanos que se apartara de su camino. La gente se apartaba al verlo llegar con los soldados corriendo tras él.

No obstante la masa era demasiado densa como para que se abriera un sendero ante él, así que empujaba a la gente hacia los lados a causa de la ansiedad por acercarse al enemigo. La gente caía al suelo entre gritos y los que formaban parte de la aglomeración los pisoteaban.

—¡Allí! ¡Vamos! —grito Grunwald, para dirigir a los soldados hacia el edificio, tras lo cual se apoyó la ballesta contra un hombro y apuntó al brujo que aún entonaba el encantamiento en el ático.

La negra flecha hendió el aire y se clavó en el balaustre de madera, a un par de centímetros del mago. La figura dio un respingo e interrumpió el encantamiento, para bajar la mirada y clavar en Grunwald ojos llenos de odio.

Con un gruñido, el brujo dirigió bruscamente el báculo en dirección a Grunwald, y un abrasador rayo de fuego azul salió disparado hacia él. El cazador de brujas aferro con fuerza su icono de Sigmar, mientras murmuraba una plegaria y se preparaba para el ataque. Sintió que el icono se calentaba en su mano a medida que el fuego infernal se acercaba rugiendo por el aire. Dentro de las llamas se veían rostros demoniacos que gruñían y siseaban. La gente grito y se puso a correr, y las llamas estallaron en torno a Grunwald como un colérico infierno.

Pero no lo tocaron. Por el contrario fluyeron inofensivamente en torno a él como si hubieran chocado contra una barrera invisible. Él veía las malevolentes formas de los demonios que tendían las garras para arañarlo, y siseaban y bufaban al no poder alcanzarlo. No obstante, las azules llamas continuaban empujando hacia él, y cayó sobre una rodilla al sentir que la ola de maligna energía lo golpeaba. La temperatura aumentó bruscamente cuando las llamas estallaron en torno a Grunwald, y de las ropas mojadas de él se alzo vapor. Tenía la cara caliente a causa de la furiosa conflagración que ardía a apenas treinta centímetros de él, y el cazador de brujas se protegió los

ojos pero el fuego no le tocó la piel y un segundo más tarde había desaparecido. Grunwald quedó de pie dentro de un estrecho círculo de nieve fundida, aunque en torno a él el suelo estaba chamuscado y ennegrecido.

Al percibir una presencia detrás de sí, Grunwald se volvió y vio a Annaliese de pie allí, con el martillo en alto. En torno a una muñeca llevaba la cadena de la que pendía su colgante de Sigmar, y que parecía relumbrar con luz que se apagaba. La joven tenía los ojos fijos en el atroz hechicero, y verdaderamente parecía la Doncella de Sigmar que la gente afirmaba que era. Por un breve instante Grunwald se preguntó si había sido la fe de ella o la suya propia que lo había protegido de la magia enemiga, pero no tenía importancia; lo único que importaba era que el brujo estaba vivo y debía morir.

Grunwald vio que la masa que había sido presa del pánico había detenido su huida, y se había vuelto para mirar a Annaliese con ojos cargados de reverencia.

—¡La Doncella de Sigmar! —gritó alguien, y Grunwald percibió el poder crudo de la fe de aquella gente.

—¡Quedaos aquí atrás! —gritó Grunwald a la muchacha, cuando vio que la figura del brujo enemigo soltaba un gruñido y abandonaba su puesto de observación. Con el corazón encendido de furia y enojo abrasadores, el cazador de brujas se puso a correr una vez más hacia el edificio, abriéndose paso a empujones entre la inmóvil muchedumbre que miraba fijamente a Annaliese con reverencia.

Los soldados estaban esperándolo, aunque habían ocupado posiciones en torno al edificio para que el brujo no pudiera escapar. La construcción parecía ser algún tipo de almacén, con los niveles superiores convertidos en rica vivienda. Cuando Grunwald hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, uno de los soldados, un guerrero veterano con la constitución de un buey, hundió de una patada una puerta lateral cuyo marco de madera se rajó.

Antes de que pudiera gritar una advertencia, el soldado había irrumpido en la oscura nave, arrastrado por el ímpetu. Destelló una luz y el hombre fue envuelto por abrasadora energía que crepitó pasando por todos los colores del espectro al cubrirle toda la piel. El hombre cayó al suelo, retorciéndose y

presa de convulsiones, y bajo la ropa le aparecieron bultos al mutar su cuerpo.

Una de las pistolas de Grunwald detonó, la bala entró en la cabeza del soldado y acabó con su sufrimiento, pero el cadáver continuó estremeciéndose y contorsionándose a causa de la magia maligna. En la cara del soldado aparecieron bultos cuando unos dedos imposibles empujaron desde el interior. Una pálida garra abrió un agujero en la piel, y largos dedos de múltiples falanges se esforzaron por arrancarle la carne. Como un traje de buena tela que desgarraran, la piel del hombre fue arrancada desde la coronilla hasta el esternón, mientras el acero del peto se fundía y burbujeaba como si lo hubieran metido en un infierno. El cuerpo del soldado fue abierto ante los horrorizados ojos de sus camaradas, mientras el mutilado cuerpo disforme se agitaba violentamente por el suelo, al salir del interior la inmunda entidad demoníaca.

El aire se estaba saturado de hedor a ozono y carne cauterizada, y el ser infernal salió del aún convulso cuerpo como un demente recién nacido, con la piel rosácea cubierta de sangre y mucosidad.

Estaba acucillado, y sus ojos parpadearon al abrirse mientras estiraba los largos brazos desgarrados. Parecía no tener cabeza, o más bien tenía la cabeza aplastada contra el pecho, y sus iris de color amarillo estaban llenos de locura y maníaca energía atroz. En el cuerpo aparecieron largas protuberancias como gusanos que se pusieron a agitarse ciegamente, inmundas e inquietantes.

Se abrió una boca como un largo tajo que casi dividía en dos el torso, y dejó a la vista miles de diminutos dientecitos como de coral, cada uno cubierto de minúsculas púas. Exhaló, una larga expiración ronca, y una bruma azulada de energía mágica salió ondulando de la inmunda criatura, acompañada por una demente risilla entre dientes salida del pozo del infierno. Como una desechada muda de carne, el desgarrado cadáver del soldado que había dado a luz al inmundo demonio aún se estremecía en el suelo, a los pies del monstruo.

Con un gruñido, Grunwald avanzó y estrelló la suela de una bota sobre la cara de la criatura. Le dio de lleno y descargó todo su peso en el golpe, así que la criatura salió despedida hacia atrás. Rodó, riendo histéricamente con



voz aguda, y se arrastró por el suelo, con los desgarrados brazos temblando por encima de sí.

—¡Purificad este lugar en nombre de Sigmar! —rugió Grunwald, al lanzarse al interior del almacén con los soldados un paso por detrás.

Oyó un murmurado encantamiento en el contaminado idioma oscuro del Caos, y se lanzó al suelo para dar una voltereta en el momento en que un arco de luz purpúrea salía disparado hacia él desde la escalera de madera que ascendía al primer piso y más arriba. Impactó en la mesa de madera que tenía detrás, y cuya forma quedó instantáneamente alterada hasta ser casi irreconocible, con las curvas patas de madera retorcidas y llenas de pilas y espinas que acababan de crecerle. La sólida superficie se hundió como cera fundida antes de estallar en llamas verdes.

Una bola de fuego, azul rugió al pasar de largo junto a Grunwald en el momento en que él se ponía de pie; la había lanzado la demoníaca criatura de risa cacareante, que la había formado del aire, por encima de su cabeza. Se oyó una gritería desesperada detrás del cazador de brujas cuando las llamas prendieron en varios soldados, pero Grunwald no huyó. Con una pistola en una mano y la maza en la otra, saltó hacia el atroz ser. La pistola detonó y la bala acertó a uno de los enloquecidos ojos de la criatura, que retrocedió con paso tambaleante, mientras le manaba una espiral de humo azul de la herida. Comenzó a fundirse, y su forma antinatural se convirtió en un líquido viscoso al morir.

El cazador de brujas saltó por encima del vencido demonio y subió de tres en tres los peldaños de la escalera. Ahora veía al mago, que ascendía de espaldas para alejarse de él, mientras de sus ojos manaba fuego azul. Estaba sonriendo, y Grunwald gruñó al acortar la distancia que lo separaba del odiado enemigo.

Mientras subía a saltos la escalera, algo lo aferró por una pierna y cayó pesadamente de cara sobre la sólida madera. Sintió que unas garras le atravesaban los gruesos pantalones de cuero, y se volvió al tiempo que le asestaba patadas a lo que fuera que lo sujetaba. Se trataba de una versión más pequeña de la criatura que acababa de matar, aunque su piel estaba teñida de azul, y presentaba una expresión ceñuda en lugar de la maníaca risa que había en la cara del primero.

Más abajo de la escalera había un soldado que batallaba contra otro de esos demonios teñidos de azul que habían nacido del cadáver agonizante el primer ser infernal, y Grunwald vio que caía de rodillas, gritando, cuando la criatura cerraba los largos dedos en torno a su cara. De debajo de las manos ascendieron humo y hedor a carne quemada, antes de que otro guerrero ataviado con la librea púrpura y amarilla hundiera la espada en la cabeza de la criatura.

Grunwald volvió a patear a la monstruosidad que se aferraba a él, pero las garras se le clavaron más profundamente y atravesaron la piel. La boca llena de colmillos se abrió de par en par para cerrarse sobre su pierna, pero entonces le asomó la punta de una lanza entre los ojos, y uno de los soldados alzó al demonio y lo apartó de él.

Grunwald se levantó hasta quedar con una rodilla en el suelo, y metió una mano dentro de la bota. El mago se encontraba en lo alto de la escalera del almacén, de cara a él.

—Siente el poder de Tzeentch, lastimoso mortal —dijo el brujo al bajar el báculo hacia Grunwald, pero una mano del cazador de brujas se movió a la velocidad del rayo y una daga se clavó en la garganta del hechicero, que dejó caer el báculo y aferró el arma. Entre los dedos le manaba la sangre a borbotones, y dio un traspié antes de caer pesadamente por la escalera.

Cuando la figura pasó rodando, Grunwald le propinó una fuerte parada que hizo que el mago atravesara la barandilla y se precipitara desde una altura de tres metros sobre el suelo de dura madera de abajo.

—¡Apresadlo! —ordenó, y tres hombres saltaron sobre el mago caído.

—Sujetadlo bien —dijo el cazador de brujas mientras bajaba precipitadamente por la escalera y cada uno de sus pasos resonaba con fuerza, ahora que todo estaba en silencio salvo por el gorgoteo de la respiración del brujo.

Pasó por encima de las burbujeantes masas de icor, lo único que quedaba de los demonios vencidos por los hombres. Tras desenvolver un paquete de cuero que llevaba al cinturón, Grunwald seleccionó un instrumento de la miriada que llevaba, y se arrodillo junto al mago. Sostuvo el par de alicates de hierro negro ante la cara del brujo, disfrutando de la

expresión de dolor y miedo que tenía ahora que el fuego azul había abandonado sus globos oculares.

—Abridle la boca —le ordeno a un soldado que se encontraba cerca, de pie, y que tenía el semblante pálido. El hombre asintió con la cabeza y se arrodilló junto al cazador de brujas para obligar al mago a abrir la boca.

Grunwald sujeto la lengua del hombre con los alicates y tiro de ella hacia fuera tanto como pudo. Luego blandió un cuchillo ante si.

—No pronunciarás tus inmundos encantamientos mientras ardes —dijo, y comenzó a cortar. Y rogó a Sigmar que aquel fuera el único enemigo que tenían entre ellos.

En el exterior, el monstruoso clamor de las voces demoniacas se había apagado para ser reemplazado por el resonando batir de un millar de tambores enemigos.

El suelo comenzó a reverberar cuando la Hueste del Cuervo inicio el avance.

# VEINTIDÓS

Como si el primer horrendo encantamiento del mago hubiera sido la señal para atacar, el enemigo descendió a paso de marcha desde la meseta para trabarse en batalla. Mientras los comandantes del Imperio intentaban recuperar un cierto orden en las líneas de combate, y los soldados daban muerte a más gimientes engendros del Caos nacidos del cuerpo de soldados imperiales, el enemigo avanzaba hacia la aldea.

Los guerreros escogidos de la hueste del Caos permanecieron inmóviles en lo alto de la elevación, pero miles de guerreros descendieron pasando en torno a ellos, gritando alabanzas a sus dioses y batiendo sus tambores de guerra.

Ataviados con pieles y blandiendo armas de oscuro acero, los bárbaros descendieron como una tromba por la pendiente, un mar de guerreros con los enormes músculos decorados con pinturas tribales de dibujos en espiral. Algunos de entre ellos lucían muestras del favor de los dioses, ya que sus cuerpos habían sido bendecidos con el cambio: brazos con su forma alterada, músculos y huesos disformados hasta transformarse en brutales apéndices mortíferos, o gruesos colmillos que les salían de la boca. Estos guerreros eran reverenciados como poderosos paladines, ya que en ellos era patente el toque de los dioses.

Gritaban mientras corrían desde los altos páramos hacia el pantano de la base de la cuesta, y se ponían al alcance de las armas de fuego del Imperio. Cuando entraron en el pantano cubierto de nieve y se sumergieron hasta el muslo en agua helada, atronaron los primeros disparos de cañón. Por las

bocas de las potentes armas de Nuln salieron humo y llamas, y las balas se estrellaron contra las primeras filas de los bárbaros, a los que descuartizaron.

Las macizas bolas de hierro y acero cayeron al suelo, donde rebotaron para atravesar la masa de guerreros y destrozar piernas y brazos, y aplastar todo lo que hallaban a su paso. Bajo la vigilante mirada de su señor y su elite de guerreros elegidos, los bárbaros continuaron adelante, indiferentes ante sus bajas, avanzando como podían por el fango y pasando por encima de sus compañeros agonizantes.

Decenas se ahogaron en las gélidas aguas atestadas de juncos, y al cabo de poco el pantano estaba abarrotado de muertos.

Aunque en una sección de las líneas del Imperio reinaba el desorden porque los engendros mutantes, frenéticos de sangre, continuaban atacando en torno de sí y causando estragos, las demás secciones estaban intactas y avanzaron contra el enemigo que vadeaba trabajosamente por el fango de la depresión situada al pie de la meseta de páramos.

A una señal gritada, centenares de flechas fueron colocadas en las cuerdas y se tensaron los arcos. Las armas de fuego que ya habían sido cargadas fueron alzadas para apuntar.

Con un grito, comenzaron a disparar, y el cielo se oscureció aún más cuando las primeras andanadas de flechas describieron un alto arco en el aire. Antes de que llegaran a ningún blanco, se disparó una segunda salva de flechas. Cayeron entre los guerreros del Caos y alcanzaron a decenas de hombres. Las astas penetraban en los cuerpos, clavándose en pechos y cuellos, atravesando muslos y brazos muy musculosos. Los hombres tropezaban y eran pisoteados hasta quedar sepultados en el pantano, pero los supervivientes continuaban adelante y llegaron a la elevada orilla del cenagal, que treparon trabajosamente hasta suelo sólido y cubierto de nieve.

Entonces hablaron los arcabuces y las ballestas del Imperio, grandes zonas del campo de batalla quedaron oscurecidas por el humo de los disparos cuyas secas detonaciones resonaban contra las altas pendientes, y centenares de guerreros cayeron al chocar contra ellos la muralla de plomo. Las potentes armas atravesaban escudos y yelmos como si fueran de papel, y más enemigos murieron cuando las saetas de ballesta comenzaron a

atravesar cuerpos. Los cañones volvieron a atronar, y las grandes balas abrieron enormes surcos en las líneas de bárbaros.

Miles de hombres murieron en los primeros momentos de la batalla, pero eso no fue más que el principio de la matanza que estaba por venir.



Rodeado por un círculo de soldados, Grunwald salió a grandes zancadas al exterior, haciendo avanzar a patadas a la tambaleante figura sangrante del mago enemigo que iba ante él. Con alabardas y lanzas se apartó a la muchedumbre hacia los lados, y el cazador de brujas se detuvo en medio de ella. El hechicero estaba de rodillas, con el mentón y la pechera empapados de sangre, y hacía patéticos sonidos agónicos, con la boca sin lengua muy abierta y goteando sangre.

Por orden de Grunwald, uno de los soldados avanzó y yació un pequeño barril de aceite sobre el brujo, que gritó incoherentemente. Otro le entregó a Grunwald una linterna encendida, que él sostuvo en alto por encima de la cabeza.

—¡Contemplad la suerte que corren aquellos que se asocian con poderes diabólicos! —gritó, mientras rotaba para que todos pudieran oír sus palabras—. ¡Esta es la suerte de todos aquellos que se oponen a nuestro señor Sigmar! ¡Y esta será la suerte del ejército enemigo en el día de hoy!

Grunwald estrelló la linterna contra el suelo, a los pies del mago empapado en aceite, el cual quedó instantáneamente envuelto en llamas. Sus ropas y cabello se consumieron y lo dejaron desnudo, y su piel se ennegreció y ampolló por obra del calor abrasador del fuego.

Tras ponerse de pie, con la sangre manando abundantemente por la boca, el mago avanzó hacia la muchedumbre con paso tambaleante, pero el fuerte golpe de una alabarda lo derribó otra vez al suelo. Sus torturados alaridos ascendieron a los cielos, y los ciudadanos reunidos lanzaron sonoras aclamaciones y agitaron el puño en el aire mientras el enemigo moría quemado, pataleando como loco.

Al cabo de pocos momentos la vida había abandonado al brujo, que yacía en el suelo, inmóvil.

Con el rostro salpicado de sangre, Grunwald condujo a los soldados fuera de la muchedumbre. Al salir de la palpitante masa humana, vio que los soldados del Imperio y las pululantes filas de los enemigos se acercaban entre sí.

Thorrik sujetó el escudo de gromril ante sí cuando las hordas de bárbaros corrieron hacia las líneas del Imperio, gritando y vociferando alabanzas a sus dioses oscuros. Se oyó que alguien bramaba una orden, y los alabarderos que lo rodeaban apoyaron en el suelo sus largas armas con la mortífera punta dirigida hacia fuera, en dirección a los enemigos que cargaban formando un mar de metal contra el que se estrellaron los bárbaros.

La distancia que mediaba entre los ejércitos se cerraba con rapidez, y Thorrik vio los rostros de los hombres a los que estaba a punto de matar. Eran feroces, muchos cubiertos de tatuajes y pinturas de guerra, y lo superaban ampliamente en estatura igual que superaban en estatura a los hombres del Imperio. Rugían mientras corrían por el suelo desigual, y echaban atrás enormes hachas de guerra y espadas dentadas para asestar tajos mortales.

—Por el Emperador Karl Franz —grito el sargento del regimiento—. ¡Ahora!

Como un solo hombre, los alabarderos avanzaron un paso al aproximarse más los nórdicos con capa de piel, y acometieron a los enemigos con las puntas de sus armas. Los enemigos se estrellaron contra ellos con una fuerza vertiginosa y fueron cientos los que resultaron ensartados en la embestida inicial al arrojarse de cabeza contra las alabardas y lanzas de los soldados del Imperio.

Los hombres de Ostermark se vieron obligados a retroceder a causa del descomunal peso del enemigo, y los gritos de los agonizantes sumados al chocar de las armas entre si se volvieron ensordecedores. Ante Thorrik, un barbudo guerrero enemigo cayó de rodillas, sangrando a borbotones por la herida que le abrió una alabarda que se le clavó en la garganta, y otro rugió con los dientes apretados al morir ensartado en otra de aquellas armas de

asta larga. Un espadón enorme descargó un golpe sobre el asta de otra alabarda que se partió, y Thorrik avanzó un paso y barrió el aire con el hacha para clavar la hoja en el estomago del gigantesco guerrero, que cayó antes de que el enano hubiera regresado a la línea de soldados del Imperio que se extendía a ambos lados de él.

La fuerza y peso del enemigo eran inmensos, y los bárbaros avanzaron implacablemente hasta acortar las distancias lo suficiente como para trabarse en combate cuerpo a cuerpo con los soldados del Imperio. Algunas alabardas fueron arrebatadas de las manos de sus dueños cuando los enemigos ensartados cayeron al suelo, mientras que otras fueron hechas pedazos por golpes descomunales. La sangre del soldado que Thorrik tenía a la izquierda salpicó la armadura del enano cuando la hoja de una espada le abrió un tajo en un costado de la cabeza, donde la fuerza del golpe hizo que atravesara el metal del yelmo y el cráneo con facilidad. A la derecha, un soldado murió cuando un bárbaro de enormes músculos descargó un golpe de espada sobre una de sus clavículas, y la hoja penetró profundamente en el cuerpo.

Thorrik acometió con su hacha a la velocidad del rayo, y el arma abrió el cuello del bárbaro; del que manó sangre a borbotones antes de que cayera y fuera pisoteado.

La segunda fila de soldados del Imperio alzó las armas en alto, y las hojas de hacha de las alabardas cayeron sobre las cabezas y hombros de los enemigos, atravesaron metal y rompieron huesos. Escudos que los bárbaros mantenían en alto fueron rotos por la fuerza de los tremendos golpes; pero el enemigo ya estaba entre los soldados del Imperio, y la matanza comenzó de verdad.

Alimentado por un creciente resentimiento al ver morir a los hombres que tenía a su lado, Thorrik asestaba furiosos tajos en torno de sí. Cercenó el antebrazo de un bárbaro, y el miembro cortado cayó al suelo sin soltar la espada que aferraba con fuerza. Con el golpe inverso, Thorrik estrelló el hacha contra el rostro del hombre, que salió despedido hacia atrás, con el cráneo hendido.

Llovían golpes contra Thorrik, pero él los soportaba todos con estoicismo de enano, gruñendo con enojo cada vez que un golpe se



estrellaba contra su armadura. Su furia aumentaba con cada impacto, y asestaba en torno de sí salvajes tajos a los que la cólera imprimía fuerza.

No obstante, en la lucha cuerpo a cuerpo los enemigos eran más fuertes, más feroces y tenían menos miedo a morir que los hombres del Imperio, así que comenzaron a hacer retroceder a los soldados de Ostermark, que morían por decenas, y Thorrik sintió que la batalla estaba decantándose a favor del enemigo.

—¡Caballeros del Corazón Ardiente! ¡Adelante!

La resplandeciente línea de caballeros taconeó a los corceles para que avanzaran, y se lanzó al galope a través del terreno abierto, con las lanzas en posición vertical Karl cabalgaba en cabeza hacia la refriega, con expresión ceñuda bajo el yelmo.

El suelo retumbaba bajo los cascos, y el preceptor sintió un salvaje júbilo al cabalgar hacia la batalla una vez más había pasado mucho tiempo inactivo. Al oír el atronador pataleo de los cascos de los caballeros que corrían por el campo, los enemigos se volvieron para hacer frente a esta nueva amenaza, y un destacamento se separó del cuerpo principal del ejército y giró para recibir la carga de los caballeros.

Eso era lo que Karl había estado deseando que sucediera, y varió el ángulo de aproximación del regimiento al tiempo que aceleraba, para dirigirse hacia la brecha que estaba abriéndose en la línea enemiga.

El estandarte de la orden restallaba al viento como las velas de un gran barco, y Karl se regocijaba con la sensación de velocidad y poder. Había sido un gran honor que lo situaran al mando del regimiento, porque nunca había conducido a la batalla a tantos guerreros hermanos: El superior del templo de Bechafen se había llevado al resto de los caballeros hacia el nordeste, ya que a primeras horas del amanecer había llegado la noticia de que un destacamento de choque que se movía con rapidez intentaba dar un rodeo en torno al flanco del ejército del Imperio, y había considerado que la amenaza era lo bastante seria como para salir personalmente a hacerle frente.

Volvió la cabeza para hacerle un gesto de asentimiento al caballero que cabalgaba a su lado —el único caballero del regimiento que no llevaba puesto un yelmo cerrado, con visera—, y el hombre se llevó un cuerno a los

labios y tocó una serie de notas largas. El sonido corrió por el campo de batalla ante ellos, y Karl comenzó a bajar la lanza para situarla en posición horizontal.

—Myrmidia, guía mi lanza —dijo, invocando a la diosa de su orden.

Los guerreros hacia los que iban corrieron a cerrar la brecha, pero Karl vio que reaccionaban con excesiva lentitud. No obstante, no demostraban miedo ninguno, y avanzaban ansiosamente hacia los caballeros que galopaban estruendosamente por el campo. Mientras se acercaban cada vez más y los caballeros enristaban las lanzas, Karl escogió un enemigo en particular como blanco. El guerrero tenía un icono azul en forma de espiral pintado en un costado de la cara, y la misma marca dibujada en el pecho desnudo. Con la mano izquierda alzaba un hacha brutal, pero fue el brazo derecho lo que atrajo la atención del preceptor, porque su naturaleza no era ni remotamente humana. La extremidad que emergía de debajo de la pesada hombrera metálica estaba cubierta de plumas oscuras. Entre la muñeca y el codo tenía una articulación de más, y los dedos habían sido transformados en las garras de una gran ave, aunque eran de un color sorprendentemente amarillo.

Los caballeros corrían atronadoramente hacia el enemigo, y Karl se puso de pie sobre los estribos y se preparó para asestar el golpe. El bárbaro alzó la mirada para gruñirle y se hizo a un lado, pero el preceptor había luchado durante muchos años a lomos de caballo y siguió el repentino movimiento del hombre con la punta de la lanza.

Hirió al bárbaro en lo alto del pecho, y la lanza de tres metros y medio le atravesó el cuerpo y le salió por la espalda. Un segundo hombre que seguía al primero de cerca también fue ensartado por la lanza cuya asta le atravesó el cuello y lo mató al instante.

Entonces los caballeros se encontraron entre los enemigos, atravesando sus filas al galope, y Karl soltó la lanza para desenvainar la espada de ancha hoja. Las coces que el corcel lanzaba en torno de sí partían cráneos, y aplastaba otros con su peso, bajo las patas. Karl asestaba tajos de espada mientras los caballeros atravesaban la formación enemiga a toda velocidad, y mataba a los guerreros que intentaban derribarlo del caballo.

La velocidad de la carga comenzó a disminuir, y vio que caían varios caballeros al ser heridos sus corceles. Los caballos relinchaban cuando hachas y espadas les herían las patas, y otro caballero murió al ser atravesado por una larga hoja de espada y alzado de la silla por la potente estocada.

Karl gritó mientras intentaba mantener el impulso de la carga, taconeando el caballo e instando a los guerreros a continuar adelante. Cuando un enemigo lo aferró por una pierna acorazada, él descargó un tajo que abrió el cráneo del guerrero, y taconeó con fuerza al caballo para que siguiera avanzando.

Y entonces se encontraron fuera de la frenética refriega, al salir por la retaguardia de la formación enemiga. Los ojos de Karl se abrieron más al ver lo que aguardaba allí, y su corcel se encabritó, relinchando de terror.

Un garrote con púas casi tan largo como una carreta se estrelló contra la cabeza del corcel de Karl, y la sangre salpicó la armadura negro y bronce del preceptor, que vio cómo el suelo ascendía a toda velocidad hacia él al desplomarse su caballo de guerra.

\* \* \*

Annaliese observaba a las dos fuerzas que combatían y cuyas líneas se fundían una con otra en la pesadilla de la batalla. Se le había cortado el aliento al ver a los caballeros del Corazón Ardiente atravesar las líneas enemigas, y se preguntó brevemente si Karl estaría entre ellos. Luego habían desaparecido, aparentemente tragados por el ejército enemigo, y dejó de verlos.

Tenía la respiración agitada y el corazón le latía como enloquecido dentro del pecho. Los gritos de los que morían resonaban débilmente por el campo, y la envolvía el verdadero horror de la guerra. A pesar de eso, la joven intentaba mantener un aspecto sereno, sabedora de que los soldados que la rodeaban la miraban para extraer fuerza de ella.

Los cañones continuaban disparando, vomitando humo y llamas a través del campo de batalla, pero vio que las líneas de arqueros y ballesteros retrocedían a paso ligero hacia el poblado para poner más distancia entre ellos y el enemigo. Los arcabuceros aun se mantenían firmes en sus dentadas filas, donde cada línea se arrodillaba para cargar con el fin de permitir que los de detrás dispararan por encima de sus cabezas.

La línea secundaria de soldados imperiales fue instada a avanzar, y los soldados que la formaban echaron a correr para ir en auxilio de la vacilante línea de batalla. Annaliese se encontró corriendo con la muchedumbre de soldados por el campo cubierto de nieve, con las manos temblorosas aferradas al mango del martillo y al escudo. Se sentía pesada y constreñida por la armadura que llevaba puesta, cuyo peso extraño le resultaba incomodo y se le movía sobre el cuerpo.

Eldanair corría a su lado con comodidad, y disparaba flechas con su largo arco mientras se desplazaba sobre la nieve con la levedad de un fantasma, las saetas de blancas plumas describían arcos en el aire para caer en medio de las oscuras filas de enemigos. Ni siquiera la presencia del elfo lograba animar a Annaliese, pero ella apretaba los dientes y reprimía el miedo para que no llegara a dominarla. Deseaba que Grunwald estuviera con ella, pero no había vuelto a verlo desde que había entrado en el edificio tras el mago enemigo.

—¿Dónde estará? —pensó, frenética.

\* \* \*

Los cascos pasaron veloces como rayos en torno a Karl cuando los caballos se alzaron de manos y corcovearon. Empujó con los brazos para alzarse fango y el agua sucia, con la visión borrosa. Se le aclaró la visión al apoyar una rodilla en el suelo y alzar la mirada hacia las monstruosas criaturas que tenía delante.

Medían más de tres metros, de estatura, y sus robustos cuerpos estaban cubiertos de pieles y llenos de cicatrices de heridas de guerra y marcas

rituales hechas con hierros candentes. Sus cabezas eran pesadas y bestiales, y se apoyaban sobre gruesos cuellos en los que ondulaba una poderosa musculatura. De sus fosas nasales manaba vapor, y les crecían cuernos en los costados de la cabeza, justo por encima de unas orejas bovinas. En sus ojos ardían el frenesí sanguinario y el odio, y empuñaban armas inmensas en sus manos humanas desproporcionadamente grandes. Eran genuinas criaturas del Caos que habían salido de los bosques del norte para unirse a la matanza.

Karl se puso de pie en el momento en que uno de los monstruos saltaba al aire. La bestia descargó sobre uno de los caballeros su hacha descomunal, y lo cortó desde un hombro hasta la cintura. El guerrero muerto cayó de la silla al alzarse de manos su corcel, y arrebató el hacha de las manos de la criatura, que entonces atacó con un puño. El golpe le dio al caballo en un costado de la cabeza, y el animal se desplomó en el suelo como un enredado lío de patas.

Un caballero hizo avanzar al corcoveante caballo, y clavó profundamente la punta de la espada en el pecho de la bestia, que bramó de dolor e indignación. A continuación, cogió al caballero por el cuello y lo alzó de la silla de montar, para luego estrellarlo con fuerza contra el suelo.

—¡Myrmidia! —gritó Karl, al tiempo que alzaba la espada por encima de un hombro. Avanzó con paso tambaleante y la descargó contra el cuello de la bestia, cuyas arterias cercenó. La sangre manó de la herida como una fuente, pero la criatura no murió. De sus gruesos labios salió volando espuma cuando sacudió la pesada cabeza de un lado a otro, y sus ojos encarnados se fijaron en Karl.

Se lanzó adelante con un bufido, y le metió un cuerno entre las piernas. En un violento movimiento alzó la cabeza y lo lanzó al aire, agitando brazos y piernas. Se estrelló contra uno de sus hermanos caballeros, y ambos cayeron al suelo.

Karl se levantó, mareado, y cuando una espada enorme descendió a toda velocidad, él se echó hacia atrás. La hoja descargó el golpe sobre el camarada caído, que fue cortado en dos. Karl se puso de pie, tambaleante.

Un caballo sin jinete se alzó junto al preceptor, que tendió una mano a ciegas y aferró las riendas, para luego subir a la silla. Lo rodeaba la matanza

por todas partes, porque los caballeros batallaban en vano contra las bestiales criaturas que los asesinaban brutalmente.

—¡Sol Ardiente! —gritó, de modo que su voz atravesara el estruendo de bestias que bramaban y caballos que relinchaban—. ¡Conmigo! —vociferó, y taconeó con fuerza al caballo. El animal se lanzó al galope, y Karl salió de la batalla de un solo bando—. ¡Conmigo! —volvió a rugir.

Menos de un tercio de los caballeros del Sol Ardiente lograron salir con vida y atravesar al galope el campo de batalla. Los minotauros, enloquecidos por la batalla, corrieron tras ellos, bramando de cólera y mugiendo para pedir sangre.

Los caballeros viraron bruscamente hacia el sur para dejar despejada la línea de disparo de los arcabuceros. La primera línea de armas detonó, y los soldados se arrodillaron. Dispararon los integrantes de la segunda fila y también se arrodillaron para cargar apresuradamente sus largas armas, mientrasabría fuego la tercera fila.

Cuando el humo se disipó, quedaban pocos minotauros que aún estuvieran de pie, y esos pocos se tambaleaban sobre piernas inestables, con el cuerpo perforado por una docena de balas, mientras la sangre que manaba por las heridas les apelmazaba el espeso pelaje.

Los caballeros, tras haber girado en el campo abierto, volvieron a cabalgar atronadoramente hacia las enormes bestias, y los últimos murieron por sus espadas.

\* \* \*

Dietrich se mordió el labio inferior, tenso y alerta. Sabía que se había trabado batalla a cinco millas al sur —oía los disparos de los cañones—, y rezó por los hombres que allí se encontraban. Pero había visto la escala del enemigo que formaba contra el Imperio, y pensaba que no había muchas probabilidades de victoria.

¡Qué cosa tan mudable era la probabilidad! Dietrich pensó que en algún lugar de los cielos, Ranald, el dios de la probabilidad y el engaño, estaría

riendo para sí, y juró que les entregaría un año de paga a los acólitos del estafador si el dios le sonreía ese día.

La suerte era lo único que podría salvarlos, pensó. Si la caballería enemiga daba un rodeo más amplio en torno al campo de batalla y atacaba por retaguardia, se volatilizaría cualquier probabilidad de victoria. Si el aceite de los ingenieros había calado demasiado profundamente o si la nieve menoscababa su efecto, se habría perdido toda esperanza. Si los enemigos detectaban algo extraño en la nieve que tenían por delante, si reparaban en que allí estaba más fundida que en los otros sitios —un inesperado efecto colateral del aceite—, la emboscada fracasaría antes de comenzar siquiera. «Ranald —rezó—, concédenos esta única probabilidad».

Uno de sus hombres gritó, y él alzó la cabeza.

—¡Dietrich! ¡Ya llegan!

El explorador se arrastró hasta el borde del terreno elevado para mirar hacia el estrecho desfiladero de abajo. Tenía unos trescientos metros de ancho, y la nieve ocultaba por completo el camino empedrado del fondo.

A lo lejos, hacia el norte, se veía movimiento borroso, y el corazón de Dietrich dio un salto. Los enemigos venían por el camino, cabalgando al galope en dirección a ellos.

—Gracias —murmuró Dietrich, al tiempo que alzaba la vista hacia el cielo.

Retrocedió del borde a rastras, y bajó a toda velocidad por la pendiente del otro lado.

—¡Encended esos fuegos, muchachos! —gritó, y se encendieron docenas de braseros. Dietrich observaba atentamente el cielo en busca del más leve rastro de humo. Les había dicho a sus hombres que emplearan sólo la leña más seca, porque cualquier rastro de humo en el cielo podría poner al enemigo sobre aviso, y podrían evitar fácilmente la trampa si sospechaban algo. Poco humo ascendió de los braseros, y entonces dejó escapar el aire que no se había dado cuenta que estaba conteniendo.

—¡Están acercándose, señor! —gritó alguien desde el borde, y Dietrich ordenó que los braseros fueran llevados cuesta arriba. Cada uno de los braseros metálicos era transportado por dos hombres, sobre un par de palos de madera.

Uno de los hombres resbaló mientras ascendía, y el brasero cayó de lado y derramó las ascuas encendidas sobre la gruesa capa de nieve de la que se alzó una nube de vapor, al tiempo que se oía un sonoro siseo. Comenzó a alzarse humo cuando los carbones prendieron fuego a la hierba seca que había debajo de la nieve.

Dietrich maldijo y atravesó el ventisquero a saltos para echarle encima su gastada capa y apagar el fuego. Luego se puso en pie de un salto y pisoteó el área hasta que se apagaron las ascuas, empapadas por la nieve derretida y enterradas en el suelo húmedo. Dietrich retrocedió para mirar su ennegrecida capa enfangada, y a continuación se volvió a mirar con expresión amarga al explorador que había tropezado.

—Si salimos de esta, me quedaré con tu capa —dijo.

Los otros braseros estaban en posición, justo detrás de la cumbre del montículo, y Dietrich ocupó su posición. Los cuarenta hombres permanecían tendidos e inmóviles, justo detrás de la cima, y él rezó para pedir que no los hubiera visto ningún explorador enemigo. Con que el regimiento oponente simplemente se apartara del camino y recorriera cien metros por el terreno más alto y abrupto, ese riesgo quedaría en nada.

Pero llegaron al galope. En cabeza iban unos ciento cincuenta jinetes que montaban resistentes ponis de la estepa, con enormes mastines de tamaño aterrador corriendo junto a ellos. Los jinetes iban cubiertos con capas de pieles y armados con lanzas. Las monturas eran rápidas; no tanto en la distancia corta como los grandes corceles de los caballeros del Sol Ardiente, pero podían correr durante horas seguidas sin cansarse. La distancia que aquellos jinetes podían cubrir en un día superaría con mucho a la que podían cubrir los nobles templarios.

Detrás de ellos iban los pesados caballeros del Caos. Montaban corceles negros como la medianoche que fácilmente medían veinticinco palmos menores hasta la cruz, bestias enormes cuyos ojos ardían con luz atroz. Los caballeros iban metidos dentro de negras armaduras, y empuñaban mortíferas armas de guerra. Cada uno llevaba puesta una ondulante capa de plumas y un ojo de brillante azul destellaba en el centro de su negro yelmo.

Junto a estos temibles guerreros del Caos rodaban mortíferos carros en cuyas ruedas de llanta de acero giraban dentadas hojas de guadaña. Un par



de negros corceles gigantes tiraban de cada una de estas pesadas máquinas de guerra, y en la acorazada plataforma de los carros iban guerreros completamente recubiertos por armadura, que hacían restallar látigos tachonados de clavos.

No había más de cincuenta de estos monstruosos caballeros del enemigo, pero el aura de terror que exudaban era palpable.

—Continuad por el camino, continuad por el camino —los instaba mentalmente Dietrich, con todos los músculos en tensión. Se acercaron cada vez más, y él esperaba el momento en que detectaran algo raro, algo que les advirtiera de la emboscada. Pero continuaron adelante, sin evidenciar ningún signo de alarma ni nada que indicara que se habían dado cuenta de la amenaza hacia la que cabalgaban.

Con un gesto de asentimiento de cabeza, Dietrich acercó la primera flecha a uno de los braseros, y el trapo empapado en aceite que tenía envuelto en la punta se encendió al instante. A lo largo de la cumbre del montículo, cincuenta arqueros hicieron lo mismo.

—¡Ahora! —gritó, y se irguió con una rodilla apoyada en el suelo. Con un solo movimiento, tensó la cuerda del arco y disparó. El peso del trapo empapado en aceite desbarataba el equilibrio de la flecha, pero él había compensado eso y el proyectil dio en el blanco.

Oyó los gritos de los enemigos cuando repararon en la presencia de los arqueros que estaban en lo alto del montículo, pero habían avanzado demasiado como para poder evitar lo que vendría a continuación.

Cincuenta flechas hendieron el aire en torno a los jinetes, y alrededor de una docena de ellos resultaron heridos. Otras flechas se clavaron en el cuerpo de los caballos y de los brutales mastines, y los animales se alzaron de manos y patearon de dolor y miedo, e inundaron el aire con sus relinchos y gruñidos. Pero fueron las flechas que impactaron en el suelo mismo las que causaron verdadero daño.

Las llamas corrieron cuando prendió el aceite que habían vertido por la zona en las horas anteriores al alba, se encendió un fuego caliente y voraz, y decenas de hombres fueron desazonados cuando los caballos saltaron al prender las llamas en sus colas y en el largo pelaje que les rodeaba los cascos.

El largo pelo revuelto de los mastines se encendió, y los animales se pusieron a ladrar, rugir y lanzarle dentelladas a todo lo que tenían cerca. Las frenéticas bestias destrozaron patas de caballos con sus enormes mandíbulas, y arrancaron la garganta de jinetes caídos. Otros mastines de guerra se atacaban unos a otros, rodando por el fuego y extendiendo aún más las llamas.

Entre los caballos aterrorizados estallaron repentinas explosiones, por que los ingenieros del elector habían ocultado justo debajo de la nieve, junto con el aceite, una serie de pequeños barriletes de madera llenos de pólvora negra. Al encenderse el aceite y correr las llamas por el camino hacia el norte, habían prendido en estos barriletes empapados de aceite, que habían estallado. Los caballos fueron derribados al suelo, y los hombres lanzaron alaridos cuando su carne era calcinada por las detonaciones. Una explosión arrancó una pata a un caballo, y los trozos de carne llovieron sobre los otros.

En esos primeros momentos resultaron muertos decenas de hombres, pero la destrucción aún no había acabado. Como estaba previsto, los jinetes que no se habían visto envueltos en el fuego retrocedieron para escapar del infierno, y fue entonces cuando el otro grupo de exploradores apostados más al norte lanzó su ataque. Más flechas llameantes describieron un arco en el aire para caer sobre la retaguardia de la columna enemiga, y se aló una segunda muralla de fuego que les cerró la retirada.

Los jinetes y los mastines quedaron dando vueltas entre las dos barreras de fuego, y fueron brutalmente eliminados por una ola de flechas tras otra. Dietrich agotó toda una aljaba de flechas y pasó a la segunda, porque el enemigo no tenía adónde huir: a ambos lados del camino el suelo era demasiado abrupto y empinado como para que pudieran trepar, y el paso por delante y por detrás estaba cerrado por el fuego al que ningún caballo estaba dispuesto a acercarse.

Docenas de hombres saltaron del lomo de sus caballos y corrieron hacia los exploradores para intentar trepar por el empinado suelo, pero eran como blancos inmóviles para los arqueros que los mataron despiadadamente, uno a uno.

Los mastines, no obstante, no tuvieron el mismo problema para trepar por el abrupto terreno, y ascendieron por la pendiente del precipicio a una

velocidad aterradora. Con su peso derribaron al suelo a docenas de exploradores, y las chasqueantes mandíbulas partieron extremidades y desgarraron carne. Un hombre fue sacudido como un conejo entre las fauces de una bestia descomunal, y se le partió el espinazo con un crujido audible.

Uno de los monstruosos mastines de guerra saltó hacia Dietrich, sus fauces se cerraron sobre uno de sus antebrazos, y lo tiró al suelo. El gruñido de la bestia le inundó los oídos, el caliente aliento le bañó el rostro, y él gritó. Cambió de dirección la flecha que sujetaba con la mano libre, y la clavó en la cabeza de la bestia, pero sintió que la punta se rompía contra el cráneo duro como la piedra del monstruo. Con un último ataque desesperado, clavó el asta de madera en un ojo de la criatura, que lo soltó con un gruñido.

Dietrich volvió a ponerse de pie, con el brazo convertido en un destrozo sangrante, y desenvainó el cuchillo de caza. Saltó hacia el herido mastín de guerra y le clavó la afilada hoja en el cuello, una vez y otra, hasta que por fin quedó inmóvil.

Los caballeros del Caos de pesada armadura instaron a los corceles infernales a seguir, y estos continuaron al trote por el camino sin hacer caso de la carnicería que los rodeaba. Los carros rodaban con estrépito junto a ellos, con docenas de flechas clavadas en los acorazados laterales.

Con una mueca debido al dolor del brazo, Dietrich apuntó con cuidado y disparó, y se quedó observando cómo la flecha atravesaba el humo y el fuego y se clavaba en la parte superior del cuello de un caballero. El guerrero apenas dio un respingo, y la flecha cayó, inofensiva, al suelo. El explorador maldijo.

Y entonces los caballeros pasaron con sus caballos a través de las llamas, como si estas no tuvieran la más mínima importancia.

Maldiciendo otra vez, tendió una mano hacia la última flecha empapada en aceite que le quedaba, y la encendió en un brasero. Tensó al máximo la cuerda del arco, y disparó la flecha en línea recta, hacia lo alto.

\* \* \*

Al ver la flecha que simbolizaba que la trampa había fallado, los caballeros del Sol Ardiente taconearon a los corceles para que avanzaran, y un centenar de templarios se lanzó al galope por los páramos situados a trescientos metros más al sur, ocultos a la vista de quien estuviera en el camino.

Cabalgaron hacia el montículo, y vieron a los caballeros y los carros enemigos que iban al trote en línea perpendicular a la ruta que seguían ellos. Entonces se lanzaron al galope por la despejada ladera que tenían delante, al tiempo que enristraban las lanzas. Tocaron los cuernos, taconearon a los corceles para que aceleraran la carrera, y se lanzaron contra el flanco de la formación del Caos. Enormes caballeros enemigos de negra armadura fueron derribados de las sillas, y los caballos relincharon al ser lanzados contra el suelo por la fuerza del impacto.

Los erizados carruajes, con las ruedas encendidas por el llameante aceite, intentaron girar hacia esta repentina amenaza, pero se trataba de máquinas poco maniobrables y los templarios del Sol Ardiente cayeron sobre ellas en cuestión de segundos. Los lanceros derribaron a los guerreros de los carros, y los enormes corceles infernales de color negro se alzaron de manos y corcovearon. Uno de los carros golpeó contra una piedra al girar, y cuando uno de sus corceles se desplomó, relinchando, una lanza se le clavó en el pecho y el carro volcó y lanzó a los ocupantes al suelo.

Los caballeros del Caos se defendían ferozmente, y sus enormes armas herían a los guerreros del Imperio y los hacían caer del lomo de sus caballos de guerra al atravesarles la armadura como si fuera de papel. El impulso obraba a favor de los templarios de Myrmidia, que atravesaron la fina línea del Caos y mataron a decenas en la primera carga. Había caído casi la mitad de ellos, pero dieron media vuelta para volver a acometer a los saqueadores del norte que aún sobrevivían.

Superada ya la sorpresa del ataque, las dos fuerzas de caballería se estrellaron la una contra la otra cuando los caballeros de ambas taconearon a sus caballos para lanzarlos a la carga. Al cabo de minutos, ambas fuerzas habían quedado prácticamente diezmadas.

\* \* \*

Thorrik asestaba tajos y más tajos a medida que retrocedía a la misma velocidad que la línea del Imperio que iba debilitándose. Detestaba la idea de ceder en lo más mínimo ante aquellos enemigos, pero sabía que si se plantaba, lo rodearían en pocos segundos y lo matarían. ¡Cuándo habría preferido estar junto a valerosos guerreros enanos, en lugar de aquellos humanos!

Gruñó cuando una espada se estrelló contra su yelmo. Rechazó el siguiente ataque con el escudo, y clavó el hacha en la articulación de la rodilla de un enemigo al que le destrozó el hueso y lo precipitó al suelo. El guerrero desapareció en la masa de enemigos y fue reemplazado por un par de ellos que se abrieron paso con un hombro a través de la refriega.

Al sentir que flaqueaba la frágil valentía de los soldados imperiales, y sabedor de que se derrumbarían en cualquier momento, Thorrik rugió y se lanzó hacia delante. Si iba a morir allí, al menos quedaría en buen lugar, lo bastante bueno como para ser bien recibido en los salones de sus ancestros. Arremetió contra el primer hombre, al que golpeó con el borde del escudo y le partió los huesos de un brazo. Clavó el hacha en el cuello del otro, y por la mortal herida manó la sangre a borbotones.

Desvió con el escudo otra estocada de espada, pero un fuerte golpe de hacha le acertó en un costado, y se tambaleó. Sintió en los labios el fuerte sabor metálico de la sangre, y entonces lo golpeó otra arma, un martillo con púas que impactó contra su hombro izquierdo y abolló la hombrera de metal antiguo hasta el punto de deformarla. No pudo romper la gruesa chapa ni la buena malla de debajo, pero él sintió que se le partían huesos bajo el golpe, y que un dolor le bajaba por el brazo.

Thorrik lanzó un tajo lateral y clavó el hacha en las costillas de un enemigo. La hoja del arma quedó atascada durante un momento, y cuando él luchaba por arrancarla, un golpe de escudo lo hizo retroceder un paso. Perdió presa en el mango del hacha, y una espada que impactó contra su hombro herido lo hizo girar sobre sí.

Desorientado y dolorido, Thorrik cayó de rodillas.

\* \* \*

El corazón de Annaliese estaba desbocado cuando cargó hacia el combate a la cabeza de la línea del Imperio. Dirigió un martillazo hacia la cabeza de una enorme figura barbuda mucho más alta que ella, pero el golpe fue fácilmente interceptado cuando el guerrero avanzó un paso y alzó una espada que situó en el camino del martillo que descendía. Murió cuando la espada de Eldanair le clavó una estocada en la garganta, y entonces las líneas de soldados del Imperio se mezclaron con las líneas enemigas al chocar ambos bandos entre sí.

Annaliese fue lanzada hacia un lado al recibir un golpe en el escudo, y gritó de miedo, rodeada por el caótico torbellino de la batalla. El aire estaba inundado de gritos y alaridos, el ensordecedor ruido de las armas que chocaban unas contra otras, y el horrendo sonido de las espadas que atravesaban carne y hueso. Le llegaban empujones y golpes desde todas direcciones, y ella, frenética, mantenía el escudo alzado ante sí, con los ojos desorbitados y cargados de pánico.

Miró los ojos de un soldado del Imperio que caía de rodillas con la cara cubierta de sangre, y una calma repentina descendió sobre ella. De su interior surgió enojo y una contumaz negativa a permitir que el enemigo la venciera, y entonces contraatacó y su martillo impactó contra un costado de la cara de uno de los enemigos. El golpe rompió hueso y dislocó la mandíbula del hombre, que se tambaleó y fue ensartado por la espada de otro soldado.

—¡Por Sigmar! —chilló Annaliese, y volvió a golpear, aunque esta vez el golpe fue desviado por el escudo de un guerrero. No obstante, otro soldado del Imperio avanzó un paso y clavó la espada en el cuello del bárbaro, donde la espada atravesó fácilmente la carne.

—¡Sigmar! —rugieron los soldados que rodeaban a la muchacha, y se pusieron a estocar y bloquear furiosamente, salpicándolo todo de sangre.

Docenas murieron bajo el brutal poder del enemigo, pero los soldados de Ostermark avanzaron, asestando tajos y matando.

Eldanair giraba con la larga espada en una mano y un cuchillo sujeto en posición baja en la otra. Mató a un guerrero enemigo con la veloz espada con cuya hoja le hizo un profundo tajo en el cuello, antes de abrirle un corte en la cara de otro, para luego invertir el golpe y clavarle una puñalada en el esternón cuando retrocedía con paso tambaleante.

El elfo giró limpiamente, bloqueó una estocada que habría atravesado a Annaliese, y clavó una puñalada en un ojo. Otro golpe que habría matado a la muchacha fue desviado por el escudo de un soldado imperial que murió al instante siguiente, cuando un martillo con púas le pulverizó la cabeza.

Annaliese descargó el martillo contra un brazo de un berseker que tenía la cara transformada en una infernal máscara de odio y frenesí, y el golpe le partió el hueso e inutilizó la extremidad. Sin hacer caso del dolor, el berseker le asestó a la cabeza de la muchacha un golpe con un puño recubierto de malla, y ella cayó al suelo, donde se quitó el yelmo que estaba abollado hasta tal punto que había perdido la forma, y alzó la mirada hacía el maníaco asesino que se hallaba de pie ante ella.

Una espada descargó un golpe descendente que abrió la cabeza del berseker, y su caliente sangre salpicó la cara de Annaliese. Ella alzó los ojos hacia la cara de su salvador, y vio los ojos de Karl Heiden a través de la estrecha ranura del casco negro y dorado cuando el corcel alzó sus patas y pateó con los cascos delanteros. Los ojos de ambos se encontraron durante un segundo, y luego el caballero se adentró más en la formación enemiga, asestando tajos a diestra y siniestra.

Eldanair la levantó para ponerla de pie, y ella se limpió la sangre de la mano para poder sujetar mejor el martillo. Entonces volvió a lanzarse a toda velocidad hacia la refriega.

\* \* \*

Grunwald no había visto ni rastro de Annaliese, pero continuaba adelante a través de la brutal refriega, abriéndose paso a golpes en dirección al centro, al tiempo que sus ojos iban rápidamente de un lado a otro para intentar encontrar a la muchacha.

A través del caos que lo rodeaba vio una figura de baja estatura que caía al suelo, y echó a correr, apartando a un hombre de su camino con un golpe de escudo, y derribando a otro al suelo con la maza.

Y luego se encontró junto al enano, justo en el momento en que aparecían caballeros en torno a ellos, abriéndose paso brutalmente a través de las líneas enemigas. Tras la atronadora llegada de los caballeros se produjo un momento de respiro, y Grunwald echó una rodilla en tierra junto al rompehierros. Quedó asombrado ante la cantidad de lesiones que el enano parecía haber aguantado; tenía la armadura abollada y perforada en una docena de sitios, y su casco y escudo daban testimonio de los numerosos ataques de que habían sido objeto.

—¡Thorrik! ¿Estás herido? —gritó, por encima del estruendo.

—Estoy bien —gruñó el enano, y Grunwald intentó ayudarlo, a ponerse de pie. Pesaba una tonelada, y habría sido tan fútil como intentar levantar una montaña.

—¡Quítateme de encima! —tronó la voz de Thorrik. El cazador de brujas vio que el brazo izquierdo del enano colgaba, laxo, a su lado.

—Está bien —gruñó el rompehierros al ver la mirada de Grunwald.

Se oyeron roncadas aclamaciones, y Grunwald se irguió para mirar en torno de sí. Podía ver pocos enemigos, y estos fueron derribados mientras él observaba, y cortados en pedazos por docenas de espadas lanzas. Una alabarda cayó sobre la espalda de un enemigo herido y lo mató al instante. El suelo estaba sembrado de muertos y agonizantes, y los soldados asestaban tajos a diestra y siniestra, y descargaban sus armas en los cuerpos caídos de los oponentes.

La voz corrió con rapidez por las filas, y se oyó el sonido de los cuernos del Imperio. ¡El enemigo había sido puesto en fuga!

Los hombres aclamaban y alzaban las armas muy en alto, en el aire, con gesto desafiante.



—¡Victoria! —gritó un soldado, pero el cazador de brujas negó con la cabeza, sin apartar los ojos de la oscura elevación que dominaba el campo de batalla.

En los elevados páramos que dominaban el campo de carnicería del llano, comenzó un tamborileo cargado de muerte. Descendió, reverberando, y atravesó el territorio como el pesado latido de un corazón demoníaco, cuando los enormes centinelas acorazados que habían estado observando el desarrollo de la batalla comenzaron a golpear, perfectamente al unísono, los escudos con las armas para producir un sonido potente que instilaba miedo en los ensangrentados soldados imperiales que estaban abajo.

Montado sobre el lomo de su corcel infernal que bufaba, con el llameante ojo azul flotando en el aire por encima de su cabeza, el señor de la guerra de aquella hueste del Caos bajó su largo chafarote dentado hacia las debilitadas líneas del Imperio.

Al ritmo del reverberante sonido de las armas que golpeaban los escudos, los guerreros de élite de las fuerzas del Caos, los elegidos de los dioses oscuros, comenzaron a marchar pendiente abajo, hacia la batalla. Y el señor de la guerra descendía en cabeza, mientras a lo largo de la hoja de su antigua espada demoníaca se encendían llamas azules.

# VEINTITRÉS

El miedo proyectado por los oscuros guerreros, que hacía mucho que habían vendido sus almas a los infernales poderes del Caos, era como una ola de marea que rompió contra las líneas del Imperio y pasó sobre ellas como un torrente devorador. Los hombres gritaron de horror al sentir el gélido frío que acompañaba a la ola de miedo, y las armas cayeron de sus temblorosas manos mientras observaban a las infernales figuras que avanzaban hacia ellos.

El terror envolvió a los hombres del Imperio, y de la punta del chafarote del señor de la guerra salió un rayo de fuego azul. Fue a estrellarse en el centro de los soldados de Ostermark, que gritaron al fundírseles la carne y caérsele de los huesos, al tiempo que se retorcían sus armaduras. El terror se convirtió en pánico, ciego y enloquecedor, y la línea del Imperio se rompió.

Los hombres comenzaron a huir de los enemigos que avanzaban, dejaron caer los estandartes en el fango, la sangre y el agua sucia, y los templarios fueron desarzonados al corcovear y patear sus corceles.

Entonces, Grunwald supo que estaba todo perdido, desvanecida toda esperanza de victoria al ser aplastada la resolución de los soldados como un frágil cristal bajo un martillo. Las filas le volvían la espalda al infernal enemigo, y los hombres se empujaban unos a otros en su prisa por huir. Todo orden quedó desbaratado y el pánico se convirtió en huida desordenada.

Los hombres que caían eran pisoteados por otros en la frenética estampida. Grunwald cayó de rodillas y lo pisaron pies que pateaban y daban coces en la prisa por huir ante el infernal enemigo. Juro mientras

luchaba contra la multitud, y se le escapó el escudo de la mano al pasarle por encima unos pesados pies.

Cuando intentaba levantarse, le golpearon la cabeza y volvieron a derribarlo. La amenaza de morir aplastado bajo el peso de la multitud era muy real, y luchó como un animal acorralado para poder levantarse.

Por un instante vio un cabello rubio y una cara aterrorizada, y se levantó al tiempo que desenfundaba una de sus pistolas.

Annaliese era arrastrada por la multitud cuyo miedo alimentaba el suyo propio, y tenía la mente en blanco, ya que la desesperada necesidad de huir se imponía a todo pensamiento racional. Entonces vio a Grunwald ante sí, vio el enojo y la fuerza de su cara, y todo el mundo de ella se concentró en él. Su visión se estrechó, y bajó los ojos hacia el negro cañón que la apuntaba.

Las palabras del cazador de brujas pasaron por su mente.

*Os mataré yo mismo... E mejor eso que permitir que los soldados vean huir a su Doncella de Sigmar.*

La joven se detuvo en seco, aunque la golpeaban y empujaban por detrás.

Todo se reducía a ese instante, pensó. «Si dejas que el miedo te domine ahora y sobrevives, continuarás huyendo durante toda la vida, esclava de su capricho».

En algún momento había perdido el escudo —no recordaba ni dónde ni cómo—, y cerró la mano alrededor del colgante de Sigmar que aún le rodeaba la muñeca. Se aferró a él como si fuera un talismán, como si fuera a protegerla, algo que le daría ánimos en aquel mar de terror.

Se volvió lentamente, con la cabeza en alto, y se mantuvo firme ante el aterrorizado flujo de humanidad que pasaba en torno a ella. Un hombre la golpeó en el pecho y estuvo a punto de caer, pero se obligó a permanecer erguida. Una mano la aferró por una pierna, y al bajar la vista vio el rostro salpicado de sangre de un soldado que alzaba la mirada hacia ella con temerosa esperanza en los ojos. Luego murió y cayó de cara en el fango, y ella vio el asta que aferraba con la otra mano.

El estandarte estaba rasgado y pisoteado, cubierto de sangre, fango y suciedad. Se inclinó para recogerlo y tuvo que forzar los dedos del soldado que aún lo sujetaba fuertemente, tras lo cual luchó con todas sus fuerzas

para enarbolarlo. La presión de la masa era excesiva, y gritó de desesperación cuando cayó sobre ella el peso del fracaso al darse cuenta de que no podía hacerlo. Pero entonces Grunwald apareció a su lado, y entre ambos lograron alzar el estandarte en el aire.

Aleteó en el viento que desplegó la pesada tela, y luego flameó por encima de las cabezas de los guerreros que huían. En la brisa, pareció que el grifo que blasonaba el pendón estaba volando.

Grunwald experimentó una profunda sensación de reverencia cuando el estandarte fue alzado en alto, y por un momento pareció que una luz dorada rodeaba a Annaliese. La joven se erguía, fuerte y desafiante, y sujetaba con una mano el asta.

—¡Por Sigmar! —rugió él, a pleno pulmón, cuando algunas caras se volvieron a mirarlo. Los hombres ralentizaron la huida al ver ondear el estandarte de Ostermark, y a la vapuleada y ensangrentada muchacha que lo sujetaba en alto.

—La Doncella —murmuró alguien, y más hombres ralentizaron el paso y se detuvieron para posar una mirada reverente sobre el estandarte y la muchacha.

—¡Por Sigmar! —volvió a rugir Grunwald, con una voz que atravesó el campo de batalla.

Annaliese comenzó a caminar entre las confusas filas de soldados, con la cabeza en alto y el rubio cabello revuelto por el viento, con el estandarte enarbolado por encima de sí.

Como las ondulaciones que se propagan por la superficie de un lago a partir del más diminuto guijarro arrojado en su centro, la enloquecida fuga quedó interrumpida. Al ver que otros soldados se volvían a mirar a la muchacha que desfilaba a través del ejército, cada vez eran más los guerreros que dejaban de huir y se volvían hacia el enemigo.

—¡La Doncella de Sigmar! —bramó alguien, y el grito fue repetido y recorrió las líneas, inundando los corazones de los guerreros con una nueva esperanza.

Grunwald sacudía la cabeza con incredulidad mientras seguía a Annaliese. Los soldados se apiñaban en torno a ellos, empujándose para marchar tras la Doncella de Sigmar.

Al frente mismo del ejército del Imperio caminaba la joven, con el estandarte en alto. Ante ella se abría una senda despejada por la que continuaba avanzando. Luego, cuando ya no quedaba ningún hombre ante ella, dirigió su mirada desafiante al otro lado del campo abierto, sembrado de cadáveres, hacia las infernales filas de oscuros guerreros que se acercaban cada vez mas.

Alzó el martillo en alto.

—¡Por Sigmar! —gritó, y la totalidad del ejército del Imperio repitió su grito como un eco.

Entonces ella echó a correr al tiempo que bramaba su desafío, en línea recta hacia el corazón de las líneas enemigas. Con un rugido, el ejército de Ostermark se lanzó adelante y la rodeó.

Los hombres del Imperio luchaban con inspirada furia devota, pero eran como niños comparados con los enormes guerreros acorazados, los elegidos del Caos, y morían a centenares.

Los soldados formaron una muralla protectora en torno a Annaliese, desesperados por garantizar que la Doncella no sufriera ningún mal, y libraban una batalla que estaban condenados a perder.

Uno de ellos cayó, gritando, cuando le cortaron un brazo a la altura del hombro. Otro recibió en la cara el tremendo golpe de un enorme puño acorazado, y se tambaleó. En ese momento, una espada le atravesó el peto, y fue levantado en el aire ensartado en ella, antes de que el guerrero del Caos la agitara con un gesto seco para que el hombre saliera despedido y dejara libre la hoja.

Los elegidos del Caos eran como semidioses de la guerra, y al atravesar las líneas del Imperio dejaban tras de sí un rastro de cuerpos destrozados. Entraron en la brecha que se había abierto ante Annaliese, matando soldados imperiales a diestra y siniestra. Grunwald avanzó y estrelló su maza contra la visera del primero, cuyo metal perforó, pero el guerrero no cayó, y le dio al cazador de brujas un revés que lo hizo retroceder con paso tambaleante. Thorrik bramó un grito de guerra de los enanos y estrelló contra el estómago del guerrero el hacha que atravesó el grueso metal y derribó al poderoso enemigo, pero otros acometían a los soldados que

rodeaban a Annaliese, destruyendo y matando todo lo que se interponía en su camino.

Entonces las líneas enemigas se separaron y apareció el atroz señor de la guerra del Caos, montado sobre su negro corcel infernal. La descomunal bestia pateaba el suelo con los cascos provistos de púas, de debajo de los cuales se alzaba humo, y tenía los ojos encendidos con llama azul. Asomaban colmillos de la boca equina, y el aire se cargaba de vapor con cada una de sus potentes exhalaciones.

El señor de la guerra era inmenso, y el llameante ojo azul que flotaba en el aire entre los curvos cuernos del casco estaba fijo en la desafiante figura de Annaliese, que sujetaba el estandarte con una mano y con la otra empuñaba su martillo de Sigmar. El señor del Caos se daba cuenta de que la resolución del ejército del Imperio se centraba en torno a la muchacha, y se aproximó a ella con aterradora determinación, decidido a destrozarla y enviar su alma, entre alaridos, al reino del Caos.

La batalla rugía en torno a ellos, pero Annaliese, de repente, dejó de percibir nada que no fuera aquel pasmoso y terrible ser.

La náusea y un intenso malestar que incapacitaba para la acción se apoderaban de todos aquellos que posaban los ojos sobre la figura tres veces maldita. Los rasgos de su rostro quedaban ocultos tras el yelmo cerrado, aunque en los orificios oculares ardían brillantes llamas azules, y este asombroso color se reflejaba en la rielante superficie de la capa de plumas de cuervo que cubría los anchos hombros del señor de la guerra.

Con un enorme guantelete provisto de púas, el señor de la guerra empuñaba el chafarote dentado que fácilmente medía tres metros, cubierto de púas óseas. Alzó en el aire la otra mano enfundada en guantelete, y en la palma apareció una crepitante esfera de pálida luz, al tiempo que por el brazo le subían destellantes chispas azules de electricidad.

Nadie se movió, hipnotizados todos por el poder del diablo que tenían delante, y Annaliese alzó más la cabeza y miró al enemigo a los ojos, aunque su alma se encogía de miedo y retrocedía en su interior.

El flameante ojo azul de los dioses que flotaba por encima de la cabeza del señor de la guerra miró brevemente hacia la izquierda, y junto a Annaliese se produjo un repentino movimiento fugaz. Eldanair, cuyos

movimientos eran tan veloces que el ojo humano no podía seguirlos, había colocado una flecha en la cuerda del arco que hasta entonces llevaba colgado a la espalda, y lo tensó para disparar. Con una rapidez aún mayor que la del elfo, el señor de la guerra lanzó la bola de luz que tenía en la mano, y que se estrelló contra el pecho de Eldanair y lo hizo caer de espaldas mientras su cuerpo era envuelto por un arco de electricidad.

Annaliese gritó.

Thorrik avanzó, sopesando el hacha, pero fue arrojado hacia un lado por el potente golpe de un guerrero del Caos, y Grunwald apuntó con una pistola a la cabeza del señor de la guerra, y disparó.

El azul ojo de los dioses se desvió hacia él, y sintió que se le encogía el alma. El iris del ojo demoníaco, que parecía una ranura, se ensanchó ligeramente al enfocar la bala de plomo, que fue detenida a apenas treinta centímetros de la cabeza del señor de la guerra, y quedó flotando en el aire, ante él.

El señor de la guerra giró la cabeza hacia Grunwald, y la bala invirtió su dirección para impactar en un hombro del cazador de brujas, que cayó con un grito de dolor.

Entonces, el temible señor del Caos volvió el ojo hacia Annaliese, y habló. Su voz era la de un demonio, un millar de voces que hablaban en su interior, y no se expresaba en ningún idioma que pudieran entender los soldados del Imperio.

No obstante, sus palabras fueron comprendidas, como si se reconfirmaran en el aire para que todos las entendieran.

—No soy más que el heraldo de la Hueste del Cuervo, su mensajero. Antes de morir debes saber que todo lo que jamás has conocido será aplastado, hecho pedazos, destruido y olvidado. Todos los que has conocido jamás serán asesinados, y sus almas torturadas durante toda la eternidad por atreverse a resistir a los grandes dioses. Y ahora, perra del dios hombre ambulante Sigmar —declaró la voz cargada de locura y horror—, morirás.

El señor de la guerra hizo avanzar a su corcel, que se encumbraba ante Annaliese, y la joven sintió el caliente aliento fétido de la criatura, olió el hedor diabólico de su presencia antinatural. Alzó el martillo en el aire, ante

sí, en una aparentemente fútil exhibición simbólica de desafío. Se sentía muy pequeña y completamente sola, y la voz de la criatura le aporreaba la mente.

*Tu alma será un delicado bocado para el Gran Dios que Cambia las Cosas.*

Sintió que comenzaba a flaquearle la cordura, y el corazón le latía con tal fuerza dentro del pecho que ahogaba todo otro sonido, y le bombeaba la sangre a la cabeza con la potencia de un poderoso torrente.

De un momento a otro iban a matarla, sería ensartada en el chafarote que blandía el arroz señor de la destrucción, y los pataleantes cascos del corcel infernal aplastarían sus huesos. Entre alaridos, su alma sería arrebatada del destrozado cuerpo físico y esclavizada por los dioses demonios del Caos, para continuar existiendo en una eternidad de tormento en medio de una horrenda pesadilla.

—Sigmar —susurró, con una voz que sonó diminuta e insignificante comparada con el infierno de sonidos cargados de odio que le invadían la cabeza. Rezó para pedir que el enemigo sediento de sangre hubiera sido contenido durante el tiempo suficiente para que los ejércitos del Emperador que estaban en Talabecland no fueran vencidos. Rezó para pedir que su sacrificio y el sacrificio de los soldados de Ostermark no fuera en vano.

Un estruendo atronador se alzó en medio del caótico rugido de la batalla que la rodeaba, y ella alzó la cara hacia los cielos con desesperación al aproximarse la muerte. El ensordecedor retumbar del trueno aumentó en intensidad, y vagamente percibió el toque de cornetas de latón que sonaban con la fuerza de trompetas infernales que la convocaban al infierno.

El llameante ojo azul se desvió hacia la derecha mientras la pupila en forma de ranura se contraía y expandía, y Annaliese miró detrás de sí, confusa.

Apareció una muralla viviente de caballeros que atravesaban las filas enemigas a la carga y aplastaban a los guerreros del Caos bajo los cascos de los caballos. Vio lanzas que se clavaban en pechos que tenían pintados símbolos infernales, y espadas que descargaban tajos y hendían cascos astados. Llevaban escudos blancos blasonados con las cruces y los cascos coronados imperiales, símbolos del propio Emperador. Abrieron un enorme surco en la formación enemiga, y Annaliese alzó los ojos hacia ellos, con asombro y reverencia.



Con un rugido de frustración y cólera, el señor del Caos ejecutó un barrido con su chafarote, y el arma del demonio quedó envuelta en densa luz al hender el aire y rasgar el tejido de la realidad, La hoja penetró en el pecho del primer caballero como si fuera de papel, y lo cortó en dos. Con el golpe de retorno el señor de la guerra clavó profundamente la hoja del arma en el acorazado pecho del corcel de otro caballero, alzó a la relinchante criatura en el aire, y los lanzó a ella y al jinete por encima de un hombro.

Annaliese se tambaleó cuando los caballeros pasaron al galope en torno a ella como un borrón, y creyó que de un momento a otro la derribarían al suelo y la aplastarían. Un brazo la sujetó para que recobrara el equilibrio, y vio que Grunwald estaba a su lado, con el brazo convertido en un destrozo ensangrentado. Vio que el cazador de brujas alzaba los ojos con asombro hacia los caballeros que pasaban atronando junto a ellos, sin pensar siquiera en el dolor de la herida. Era como si estuvieran rodeados por las protectoras manos del propio Sigmar, porque permanecían ilesos en medio de la matanza que los rodeaba.

El señor del Caos volvió a rugir, un ensordecedor sonido cargado de cólera y desafío, cuando su guardia personal se perdió bajo las lanzas, espadas y cascos de los caballeros.

Clavó el chafarote a través de la visera bajada de otro caballero y lo arrebató de la silla cuando la hoja salió por la parte posterior del cráneo, para luego estrellar el pomo del arma contra la cabeza del corcel al que le partió el cuello, antes de lanzar al jinete volando por el aire.

En el cuerpo del señor de la guerra se clavaban lanzas que lo hicieron tambalear, pero él se negaba a caer. Otro par de caballeros fueron cortados en dos por el atroz chafarote. Contra la ornamentada armadura impactaron espadas que hicieron retroceder al señor de la guerra con paso tambaleante, y otro caballero fue decapitado. El llameante ojo azul miraba velozmente a derecha e izquierda en busca de una escapatoria, pero no había ninguna. El guerrero maldito cortó la cabeza de un caballero con un veloz gesto de muñeca, pero el poderoso señor de la guerra fue finalmente puesto de rodillas cuando una espada que relumbraba con luz blanca le abrió en el pecho un tajo que atravesó la armadura y la carne mutante.

Con el rostro iluminado por la fría luz azul que manaba del ojo demoníaco, Kurt Helborg, Gran Mariscal de los caballeros de la Guardia del Reik, desmontó y fue a detenerse ante el quebrantado señor de la guerra enemigo. Posó sobre el paladín de la Hueste del Cuervo una ardiente mirada de odio y aversión.

—Has de saber que el Imperio os resistirá siempre —siseo—. No obtendréis una victoria hasta que se derrame la última gota de sangre del último soldado de este territorio.

Con un rugido de furia el mariscal del Reik hundió su espada relumbrante, el Colmillo Rúnico de Sollan, directamente en la cara del paladín del Caos. Clavó la punta con tal fuerza en el orificio ocular del yelmo del señor de la guerra, que emergió, crepitando y siseando, por la parte posterior del cráneo, y atravesó el ornamentado casco cornudo. El mariscal del Reik continuo empujando hasta que la empuñadura del colmillo rúnico topo contra el hueso.

Con un sonido de succión debido al desplazamiento de aire, el ojo azul oscilo y desapareció, y el señor de la guerra de la Hueste del Cuervo se desplomó en el suelo, muerto.

# EPÍLOGO

Precedida por la poderosa carga de los caballeros de la Guardia del Reik, la Orden del Grifo descendió sobre el campo de batalla y atravesó el vacilante ejército enemigo con la fuerza de un ariete. Miles de soldados de ambos bandos cayeron en la matanza, pero al fin el campo quedó libre de enemigos.

—Esto no es más que el principio —declaró el mariscal del Reik, Kurt Helborg, y sus palabras cuidadosamente escogidas resonaron al recorrer al ejército ensangrentado pero triunfante.

—Los ejércitos de la Hueste del Cuervo están concentrándose. Han vencido a Ostland y Talabecland, y Ostermark está en ruinas. Marchan hacia el sur, en dirección a Altdorf.

Se oyeron murmullos de conmoción y miedo entre los soldados, y el mariscal del Reik alzó una mano para imponer silencio.

—Pero aún hay esperanza, incluso en esta hora de oscuridad. Vuestra victoria del día de hoy será una luz dorada en la inhóspita noche, una hazaña inspiradora que habla del orgulloso espíritu luchador de nuestra nación. Habéis defendido este campo, que si se hubiera perdido, habría garantizado la destrucción del Imperio. Sin estorbos, esta horda habría atravesado Talabecland sin más impedimento, y caído sobre el flanco de los ejércitos que tenemos allí. En el nombre del Emperador, gracias por vuestra valentía y resolución.

El mariscal del Reik hizo girar su poderoso corcel, y recorrió las desiguales filas de soldados exhaustos.

—En el remoto norte, la gran ciudad de Praag ha sido tomada por el enemigo, igual que lo fue durante la época de Magnus el Piadoso. Pero aún

hay esperanza.

Ni un sonido se oyó en el ejército reunido, porque todos los soldados estaban atentos a las palabras del mariscal del Reik.

—La Orden del Grifo marcha a la guerra. En este preciso momento, en Kislev, en el gélido norte, nuestros ejércitos ponen cerco a Praag. Luchan por recuperarla para las fuerzas del orden.

»¡Aún hay esperanza! —bramó—. Con soldados valientes como vosotros, hombres de Ostermark, el Imperio resistirá con firmeza.

»En el nombre de nuestro fundador y dios patrón, os hago este juramento, soldados de Ostermark: ¡Ninguno de nosotros descansará hasta que las fuerzas de la destrucción hayan sido completamente aplastadas!

La fuerte voz del mariscal del Reik ascendió hasta transformarse en furia rugiente, y bramó las palabras que recorrieron todo el ejército reunido, con la cara transformada en una máscara de determinación y odio.

—Juntos los empujaremos de vuelta al norte y recuperaremos Praag, pero no nos contentaremos con eso. ¡No, les daremos caza como a lobos rabiosos, y los perseguiremos hasta dondequiera que intenten esconderse! Los lanzaremos de vuelta al infierno del que salieron, y continuaremos persiguiéndolos. ¡Marcharemos hasta los remotos confines del norte, llevaremos la lucha directamente a su territorio, y no descansaremos hasta que la propia Ciudad Inevitable quede convertida en una ruina humeante! ¡Por Sigmar!

El rugido del ejército fue ensordecedor cuando los hombres gritaron su promesa, alabaron a Sigmar y golpearon el asta de su arma contra el suelo.

\* \* \*

—¿Has estado alguna vez en Praag, humano? —preguntó Thorrik, con los ojos alzados hacia Grunwald.

El cazador de brujas le respondió con una sonrisa torcida, mientras sus dedos jugaban con el colgante que descansaba sobre su largo abrigo negro: un emblema de bronce que representaba a la Orden del Grifo.

Annaliese se volvió de espaldas a las aclamaciones al percibir el espacio vacío que tenía detrás. Atravesó la multitud que gritaba, hasta que al fin logró salir de ella. Vio la figura embozada de gris de Eldanair que se alejaba hacia el sudeste.

Al sentir la mirada de ella sobre sí, él se volvió y los ojos de ambos se encontraron.

Ella sabía lo que significaba el tatuaje que él tenía en la mejilla: Venganza. Tal vez porque ahora la consideraba a salvo, se marchaba en busca de quienes habían matado a sus compañeros, y era un sendero que debía recorrer en solitario.

Sin más ceremonia, Eldanair se echó la capucha sobre la cabeza, y se alejó.

Annaliese lo observó hasta que desapareció en la bruma y se desvaneció como un espectro, un guerrero de sombra que desaparecía en la oscuridad.

Karl observaba desde cierta distancia, cargado de amargura. Mientras contemplaba la partida del elfo, en sus ojos de gélido azul ardieron ferozmente las llamas del odio.



ANTHONY REYNOLDS es un escritor y un desarrollador de juegos australiano. Después de terminar la universidad Reynolds marchó de Australia y terminó instalándose en el Reino Unido, donde consiguió abrirse camino en el Estudio de Diseño de Games Workshop. Allí trabajó durante cuatro años como desarrollador de juegos y dos años como parte del equipo directivo, siendo el encargado de escribir algunos de los libros de Ejército de Warhammer y Codex de Warhammer 40000, además de numerosas novelas para ambos universos.

Desde entonces, es escritor independiente de varias compañías, incluyendo Black Library Publishing, Mantic Games, THQ, Bandai-Namco, Behavior Interactive y River Horse Games. Actualmente reside en California junto a su esposa, y trabajando como escritor principal en Riot Games.